KENDRA ELLIOT
ENTRE LOS PINOS
Traducción de Roberto Falcó
AMAZON CROSSING

ENTRE LOS PINOS

ENTRE LOS PINOS

KENDRA ELLIOT

Traducción de
Roberto Falcó

AMAZON CROSSING

Los hechos y/o personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Título original: *In the Pines*
Publicado originalmente por Montlake, Seattle, 2022

Edición en español publicada por:
Amazon Crossing, Amazon Media EU Sàrl
38, avenue John F. Kennedy, L-1855 Luxembourg
Diciembre 2022

Copyright © Edición original 2022 por Kendra Elliot
Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2022 traducida por Roberto Falcó Miramontes

Adaptación de cubierta por PEPE *nymi*, Milano
Imagen de cubierta © Andrei Cosma / ArcAngel
Producción editorial: Wider Words

Primera edición digital 2022

ISBN Edición tapa blanda: 9782496708684

www.apub.com

SOBRE LA AUTORA

Kendra Elliot es una habitual de la lista de libros más vendidos de *The Wall Street Journal* y es la laureada autora de las series Bone Secrets, Callahan & McLane y Columbia River, así como de las novelas de Mercy Kilpatrick. Ha ganado el Premio Daphne du Maurier en tres ocasiones y ha sido finalista del International Thriller Writers Award y del RT Award.

Lectora voraz de toda la vida, aprendió el oficio leyendo a heroínas clásicas como Nancy Drew, Trixie Belden y Laura Ingalls. Nació y creció en la lluviosa región del Noroeste del Pacífico, pero ahora vive en un lugar donde puede llevar sandalias todo el día. Encontrarás más información en www.kendraelliot.com.

Para mis hijas

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Agradecimientos

CAPÍTULO 1

—Me alegro de tener tanto trabajo, jefe, pero los turistas dejan pocas propinas.

El jefe de policía Truman Daly levantó la vista mientras Sara le llenaba la taza de café frunciendo el ceño.

—Y todos son iguales… un hatajo de tacaños —continuó—. ¿Cree que seguirán siendo tan mezquinos, aunque encuentren el tesoro?

—Es probable, no creo que vayan a cambiar de costumbres. Lo siento, Sara. —Truman tomó nota mental para dejarle un par de dólares más.

Tres semanas antes, un abogado había publicado en internet un desvarío de unas diez líneas titulado «Entre los pinos» que, en teoría, conducía a un tesoro escondido de dos millones de dólares. El texto era obra de Chester Rollins, un millonario que había fallecido recientemente, y la gente había abordado el misterio con voracidad, especulando sobre qué palabras podían ser referencias reales al tesoro y cuáles eran pistas falsas. Esa semana algunos de los cazadores de tesoros decidieron que una de las frases aludía a la población de Eagle's Nest, la pequeña ciudad de Truman, situada en la zona central de Oregón, y el lugar se había llenado de gente.

Otros dos desconocidos entraron por la puerta de la cafetería. Todos tenían la misma mirada. Traslucía hambre, pero no de comida. Era hambre de dinero.

Truman observó a Sara, que acompañó a los recién llegados a una mesa en el extremo más alejado del establecimiento. Parecían un matrimonio venido a menos. Él tenía un aspecto desgreñado y las zapatillas muy gastadas. Ella, muy delgada, vestía unos pantalones cortos descoloridos y llevaba una mochila mugrienta y deshilachada. Tenía un fajo de papeles en una mano y, cuando se sentaron, acercaron la cabeza, examinando las páginas y lanzando miradas furtivas a otros comensales.

«Las pistas».

Truman admitía que el revuelo de la búsqueda del tesoro le había llamado la atención. Había revisado las pistas, pero no entendía por qué la gente había decidido que aludían a Eagle's Nest. Estaban llenas de referencias vagas y de un lenguaje confuso, no eran indicaciones claras. Era como leer el poema de un universitario colocado.

La prensa también estaba llegando a la ciudad. La búsqueda del tesoro se había convertido en una noticia nacional. Aquella mañana había visto tres furgonetas de los servicios informativos de diferentes cadenas de televisión de Portland.

Terminó el desayuno y tomó un sorbo de café, mirando por la ventana. La población solo congregaba a tanta gente el Cuatro de Julio, y aún faltaba un mes.

Se abrió de nuevo la puerta y entró un adolescente. Se detuvo y observó a los clientes, buscando a alguien. El radar de Truman se fijó en el muchacho.

«Botas muy gastadas. Camisa demasiado grande. Vaqueros demasiado pequeños».

Había algo en aquel chico que le hizo pensar en Ollie, su hijo no oficial. Destilaba una calma muy consciente, acompañada de una actitud cauta. Estaba acostumbrado a cuidar de sí mismo. Acaso por necesidad.

Igual que Ollie.

La mirada del muchacho se posó en Truman y descendió hasta la placa que llevaba en el pecho. El policía esperaba que saliera corriendo, pero en lugar de eso el chico se acercó, con un gesto de gran concentración. Se detuvo a un par de metros, observándolo de hito en hito.

—¿Es el sheriff? —preguntó.

—No, soy el jefe de policía —respondió Truman con firmeza, sin apartar las manos de la taza de café.

La cautela del chico le recordaba la de un animal salvaje, de modo que no quería hacer ningún movimiento brusco.

Un gesto de alivio se dibujó en el rostro del adolescente.

—¿Qué puedo hacer por ti, hijo?

El muchacho tragó saliva y levantó la barbilla.

—Mi madre ha desaparecido. Fue a visitar a mi tío y no ha vuelto.

Truman frunció el ceño.

—¿Cuándo se fue?

—Hace casi dos semanas.

Las manos de Truman se estremecieron en un gesto involuntario y se le derramaron unas gotas de café.

—¿Tanto tiempo?

El chico asintió.

—¿No has tenido noticias de ella? ¿Has intentado llamarla?

Truman se inclinó hacia delante, muy preocupado, mientras limpiaba el café con una servilleta.

—No tiene teléfono.

Miró fijamente al joven y confirmó su primera impresión: era de

familia pobre.

—¿Y tu padre?

—Murió hace poco. Y no, no sé cómo localizar a mi tío.

El chico era elocuente y tenía una mirada inteligente. Truman pensó de nuevo en Ollie.

—¿Llevas dos semanas viviendo solo?

El adolescente se encogió de hombros en un gesto de despreocupación.

—Con mi hermana Charlotte, que tiene once años.

Truman apartó la taza y se puso en pie. Sacó la cartera y dejó dinero más que de sobra en la mesa.

—Vamos a la comisaría y me cuentas lo que ha pasado. Averiguaremos qué le ha ocurrido a tu madre.

—Y a mi hermana pequeña.

Aguzó los ojos y miró al adolescente.

—¿También ha desaparecido tu hermana?

—Mi madre se llevó al bebé cuando se fue.

—¿Bebé?

Truman se caló el sombrero con los dedos helados.

—Sí, tiene un año y medio.

«Niña desaparecida. Tengo que avisar a Mercy y al FBI».

CAPÍTULO 2

La agente especial del FBI Mercy Kilpatrick frenó el todoterreno Tahoe al entrar en Eagle's Nest. Después de hablar con Truman, había ido a toda velocidad desde su oficina en Bend hasta la diminuta población, a media hora de distancia. La zona central de Oregón estaba formada por pequeños pueblos rurales unidos por tramos largos y desiertos de estrechas carreteras.

La cordillera de las Cascadas separaba las ciudades demócratas de Oregón de las pequeñas poblaciones republicanas del este. Bend era una excepción: una ciudad de dimensiones considerables con zonas de recreo al aire libre de primera calidad que atraían a turistas de todo Estados Unidos. Ofrecía la posibilidad de esquiar durante el invierno y todos los deportes fluviales imaginables durante el verano. Su ubicación en el desierto y las impresionantes vistas de las montañas nevadas durante todo el año habían hecho crecer exponencialmente la población de Bend en los últimos treinta años.

La ciudad ofrecía arte moderno y conciertos populares junto con tiendas de alimentación y rodeos.

Mercy pasó por delante del aserradero abandonado y del instituto, y se dio cuenta de que el tráfico era bastante intenso para la pequeña población, lo que significaba que se había encontrado con cinco vehículos que viajaban en sentido contrario. Dejó atrás el concesionario John Deere y el diminuto cine y aparcó junto a una antigua furgoneta Ford frente al Departamento de Policía de Eagle's Nest.

En la puerta, bajo el nombre del departamento, figuraban las palabras TRUMAN DALY, JEFE DE POLICÍA.

«Mi marido».

Habían pasado seis meses desde su boda y todavía no se había acostumbrado a definirlo así.

La llamada de Truman una hora antes la había alarmado y, al mismo tiempo, había despertado su interés, por eso se desplazó hasta Eagle's Nest, para conocer al chico de trece años. Mercy había recurrido al Departamento de Vehículos de Motor para hacer una rápida búsqueda de la madre del adolescente, Bridget Kerr, pero no había encontrado un permiso de conducir vigente. El compañero de Mercy, Eddie Peterson, seguía investigando mientras ella entrevistaba

al muchacho.

Mercy bajó del todoterreno y la recibió el cálido sol. Junio era el mes perfecto en el centro de Oregón. Jornadas cálidas y largas, cielos azules casi a diario, noches frescas. Era difícil trabajar en la oficina durante el verano. Ese día tenía ganas de ir de excursión al bosque o a nadar al río.

—¡Hola, Mercy!

Dentro, Lucas Ingram, el corpulento secretario de la oficina, la saludó con una sonrisa. El joven de veinte años era muy eficiente, trabajador y una de las personas más alegres que conocía. Había sido jugador de fútbol americano en el instituto y se había hecho cargo del trabajo de oficina cuando su abuela se jubiló. No tenía ningún deseo de ser policía; prefería dedicarse a organizar y contribuir a que el departamento funcionara como la seda.

—Truman está en su despacho con el chico.

—¿Qué tal tu madre? —preguntó Mercy mientras se detenía ante su escritorio y observaba la perfecta alineación del teclado, las libretas de notas y el lapicero. Como de costumbre.

—Bien. Todo bien. Cocinando como siempre.

—Salúdala de mi parte.

Mercy recorrió un largo pasillo y pasó frente a las fotos enmarcadas de anteriores jefes y agentes de policía.

La puerta del despacho de Truman estaba entornada, por lo que llamó un par de veces antes de empujarla. Su mirada se posó de inmediato en él, y su marido le sonrió. Sintió cosquillas en el estómago.

Era culpa de su sonrisa.

Había un adolescente delgado con un cubo de Rubik en la mano sentado en una silla frente al escritorio de Truman. El muchacho se puso en pie al entrar Mercy y la saludó con un gesto rápido de la cabeza, mirándola con sus ojos castaños.

«Qué educado».

Esos ojos solemnes le resultaron familiares, y se preguntó si conocía a alguno de sus familiares. Había crecido en Eagle's Nest y a menudo se encontraba con gente de su pasado.

Le tendió la mano.

—Soy Mercy Kilpatrick. Trabajo para el FBI.

Le dio un fuerte apretón.

—Theodore Kerr, señora.

—¿Te llamas Theo?

—Theodore, por favor —dijo él con rotundidad.

Mercy se dio cuenta de que se encontraba ante un muchacho con alma de anciano. El nombre le quedaba que ni pintado.

Conocía a muchos chicos como él. Se había criado en un entorno

rural y sabía ser independiente. Ella había recibido una educación muy parecida y Theodore le recordaba a sus hermanos y a Ollie. Si estaba asustado porque su madre y su hermana llevaban semanas desaparecidas, no lo exteriorizaba. Mercy sospechaba que había sopesado durante días la decisión de pedir ayuda a la policía.

Mercy ocupó la silla junto a Theodore, que se sentó con la espalda recta como el palo de una escoba y empezó a manipular el cubo. Llevaba el pelo afeitado en las sienes y la nuca, pero necesitaba un buen repaso. Mercy abrió el bolso y buscó un cuaderno de notas, sin dejar de observar al chico con el rabillo del ojo.

Theodore examinó en silencio cada centímetro del despacho de Truman mientras sus manos intentaban solucionar el cubo, y su mirada se detuvo en las fotos personales. Una foto de boda en la que aparecían ella, Truman, Ollie y su sobrina Kaylie fue la que retuvo su atención más tiempo. La inocente instantánea era una de sus favoritas. Los cuatro se abrazaban entre risas por una broma que había hecho Ollie. A Mercy le gustaba más que las fotos formales.

—El jefe Daly me ha llamado porque tu madre y tu hermana han desaparecido —dijo Mercy—. Los niños desaparecidos son una de las responsabilidades del FBI, ya que tenemos más recursos para encontrarlos.

—En realidad, Molly no ha desaparecido —replicó Theodore—. Está con mi madre, pero Charlotte está en casa.

—¿Es tu otra hermana?

—Sí, tiene once años.

«¿Los dos han estado solos durante semanas?», pensó Mercy.

—Tu madre se fue a visitar a tu tío, ¿no es así?

—Sí, señora.

—El jefe Daly dice que no sabes su nombre. Ni el apellido de soltera de tu madre.

El adolescente bajó los hombros.

—Es cierto. Nunca hablaba de él. Siempre que le preguntaba por mis abuelos o el resto de los familiares, me decía que no quería hablar del tema.

—¿No has conocido a tus abuelos? ¿Y por parte de tu padre?

—No. Sé que mi madre tiene un hermano, y solo lo sé porque decidió ir a visitarlo. Nunca lo había mencionado.

«¿Se lo habrá inventado ella?».

—¿Te pareció que tu madre estaba emocionada por ir a visitar a su hermano? —preguntó Mercy—. ¿O nerviosa por el viaje?

—Las dos cosas. Me aseguró que no lo veía desde antes de casarse.

—Su hermano sabía que iba a verlo, ¿verdad? —preguntó Truman.

Theodore negó con la cabeza.

—No sabía cómo contactar con él, por eso decidió presentarse en su casa sin más.

—Entonces, tenía una dirección. ¿No la encontraste escrita en algún sitio? —preguntó Truman.

—No, señor, a pesar de que he mirado.

—¿Y si se ha mudado? —preguntó Mercy.

—Me dijo que entonces preguntaría a dónde se había ido —respondió Theodore con toda la lógica del mundo.

La ingenuidad del muchacho le hizo preguntarse hasta qué punto estaba aislada su familia.

—Theodore. —Mercy hizo una pausa. No sabía por dónde empezar—. ¿Dónde está tu casa?

El chico frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque la dirección nos permitiría iniciar una investigación.

—Mi madre no está ahí —respondió, mirando fijamente el cubo.

—Lo sé. —Mercy probó suerte con un enfoque distinto—. Cuando era pequeña, mis padres no le decían a casi nadie dónde vivían. Les gustaba mantener su intimidad. Además, habían almacenado muchas provisiones para nuestra familia y no querían que los demás lo supieran. Todo eso era para no correr riesgos en el futuro.

La mirada oscura del chico se cruzó con la suya; le había tocado una fibra.

«Vive con una familia preparacionista».

Igual que la de Mercy. Ahora entendía sus dudas para dar su dirección. Los preparacionistas eran muy recelosos. Si había una emergencia, no querían que la gente acudiera a robarles sus provisiones. Dedicaban mucho tiempo y esfuerzos a estar preparados para cualquier gran eventualidad: guerras, caídas de la red eléctrica, pandemias. Era un estilo de vida.

—No tienes que decírmelo ahora —dijo Mercy—. Pero sí necesito ver tu casa. Es posible que tu madre haya dejado algo que indique a dónde fue, y a mí se me da muy bien encontrar ese tipo de pistas. Si prefieres llevarnos en lugar de darnos una dirección, por mí ningún problema.

El chico pensó unos instantes y asintió.

—He venido andando, pero sería mucho más rápido con quads.

—¿No podemos ir en coche? —preguntó Truman.

—No —se apresuró a responder el chico—. No todo el camino.

—Cargaré los dos quads del departamento —afirmó Truman.

—Te ayudaré —dijo Mercy—. Es un buen día para dar un paseo.

Se puso en pie, satisfecha de haber llegado a un acuerdo con Theodore y de haber hecho avanzar la investigación.

«Además, me apetece disfrutar de un poco de actividad al aire libre», pensó.

CAPÍTULO 3

—Hasta yo me he perdido —murmuró Mercy mientras seguía el quad de Truman por el bosque. Theodore iba detrás de Truman, dando indicaciones.

Mientras avanzaban serpenteando entre los árboles, Mercy agradeció las escasas sombras que los protegían de la canícula. El aroma de las agujas de pino secas y de la artemisa caliente impregnaba el aire. Mercy conocía la zona general por la que pasaban y se dio cuenta de que Theodore les había obligado a dar varios rodeos innecesarios, como si estuvieran trazando un gran círculo.

«No quiere llevarnos directamente a su casa», pensó.

Lo entendía. Las personas que elegían vivir aisladas en el bosque solían hacerlo para evitar a otros humanos, y era evidente que Theodore había recibido el adiestramiento necesario para proteger su intimidad. Tras una hora de viaje, entraron en un gran claro, y Mercy se sorprendió al ver una cabaña bien conservada. No era nueva, pero el tejado estaba en perfecto estado y las ventanas brillaban al sol. Más allá de la casa vislumbró un gran granero y varias dependencias más pequeñas.

«Tiene que haber por fuerza un camino más rápido. Estoy segura de que Theodore nos ha traído por el trayecto más largo».

Aparcó junto a Truman y se quitó las gafas de sol antes de sacudirse el polvo que le cubría los pantalones y la camisa. Bebió un trago de su botella de agua para limpiarse la inevitable arenilla.

—Quiere que esperemos fuera un minuto —dijo Truman mientras Theodore se dirigía a la casa.

—¿Ha dicho algo durante el viaje? —preguntó ella.

—No, se ha limitado a dar indicaciones. ¿Te has dado cuenta de que nos ha guiado en círculo?

—Sí.

—Sospecho que hay una carretera principal más cerca de lo que nos ha dicho. —Truman observó la casa—. No la construyeron con materiales traídos en quads.

—Estoy de acuerdo. —Puso la mano en el brazo de Truman para que la mirara—. Theodore me recuerda a Ollie.

Él asintió con un gesto enfático.

—Yo también me he dado cuenta enseguida.

—No creo que mis hermanos fueran tan independientes cuando eran más jóvenes, aunque nos criaron aislados del mundo.

—Pero vosotros fuisteis a la escuela. No me parece que Theodore haya pasado mucho tiempo con otras personas. Ollie no lo hizo, de eso no hay duda.

—Ha cambiado mucho —afirmó Mercy, pensando en Ollie—. Odio decir que «ha florecido» para describir su proceso, pero la expresión es bastante precisa.

El adolescente huérfano había vivido solo en el bosque durante unos años tras la muerte de su abuelo. Truman había establecido un vínculo con él y le había ofrecido un hogar.

—Kaylie ha sido una gran influencia —dijo Truman—. En general positiva.

Mercy sonrió. Su extrovertida sobrina se había propuesto el objetivo de integrar plenamente a Ollie en la sociedad.

—Esos dos están más unidos que muchos hermanos. Les he oído tener unas conversaciones muy profundas sobre la búsqueda del tesoro. Ambos están convencidos de que pueden descubrir las pistas.

—También lo piensa la mitad de la ciudad y todos los turistas que han ido llegando. —Truman esbozó una sonrisa irónica—. Qué ganas tengo de que termine todo esto para que Eagle's Nest regrese a la normalidad. —Dirigió la mirada hacia la casita—. ¿Crees que podemos convencer a Theodore y a su hermana para que abandonen la casa hasta que vuelva su madre?

—Eso espero —dijo Mercy—. Pero si su hermana es tan terca y taciturna como parece Theodore, creo que no darán el brazo a torcer.

—Tienes razón —convino Truman—. Pero no son como algunos críos de ciudad, que nunca levantan la vista de las pantallas de los videojuegos. Se las han apañado por su cuenta y no me hace especial ilusión obligarlos a cambiar de vida.

—Algunos de los niños de hoy a duras penas serían capaces de encontrar una tienda de comestibles, y menos aún de prepararse algo de comer.

—Sí, creo que…

Truman dejó la frase a medias.

La puerta se abrió de golpe y salió una chica de la casa. Theodore la seguía, con cara de enfado. La niña era varios centímetros más baja que su hermano, pero tenía la cabeza erguida y levantaba el mentón en un gesto desafiante. Su cola de caballo rubia oscilaba con cada paso que daba.

«Está claro que su hermana tiene su propia opinión».

Mercy se mordió los labios para ocultar la sonrisa y observó al dúo. La chica llevaba unos pantalones cortos desteñidos y una camiseta de tirantes; tenía los brazos y las piernas tostados por el sol.

Se detuvo a unos metros de Mercy y Truman, puso los brazos en jarras y los observó detenidamente.

—Theodore dice que no saben dónde está nuestra madre.

—Todavía no —concedió Mercy.

—Acabamos de empezar a buscarla.

—No parece que las estén buscando ni a ella ni a Molly. Están aquí sin hacer nada.

Truman reprimió un gruñido y Mercy se tapó la boca para que no la vieran sonreír.

—Tenemos a gente en la ciudad buscando a tu madre y a tu hermana. Hemos venido a ver si encontramos algo aquí que nos ayude a descubrir dónde vive tu tío —replicó Mercy sin alterarse.

Charlotte intercambió una mirada con Theodore que Mercy no supo interpretar.

—¿Te importa que hablemos dentro? —le preguntó Truman.

Los niños compartieron otra mirada, pero Charlotte asintió y les indicó que la siguieran mientras se volvía hacia la casa. Se fijó en los pies de Mercy.

—¿De qué marca son esas botas de montaña?

Mercy parpadeó y miró sus botas rojas.

—Oboz.

—Me lo imaginaba. Me gusta el color. —Charlotte asintió con un gesto de aprobación—. También me gustan las botas Lowa.

«Tal vez no estén tan aislados como pensaba».

Cuando era pequeña, los padres de Mercy no habían tenido tiempo ni dinero para frivolidades, lo que incluía la moda, las aficiones y el entretenimiento. Su hermana Pearl y ella escondían revistas de moda y famosos para leerlas a escondidas por la noche. Mercy le describía los zapatos, los peinados y las joyas con todo lujo de detalles a Rose, su hermana ciega. Se preguntó si Charlotte tendría revistas similares.

El interior de la casa estaba inmaculado, pero acusaba el paso del tiempo. Como era de esperar, Mercy no vio ni televisión ni ordenador. En un aparador había una vieja radio de manivela.

«A pesar de todo, Charlotte tiene acceso a información como las marcas de botas de montaña».

Mercy se moría de ganas de mirar bajo el colchón de la chica para comprobar si había escondido un catálogo de ropa deportiva REI.

Truman abrió los armarios de la zona de la cocina e inspeccionó la nevera. Todos estaban bien abastecidos de comida. Se dirigió a una ventana que daba a una enorme pila de leña cubierta y asintió. Mercy estaba de acuerdo; los niños tenían de todo y podían cuidar de sí mismos. La casa limpia y su aspecto físico saludable lo atestiguaban.

—¿Necesitáis algo? —le preguntó a Theodore. El chico se encogió

de hombros.

—No —afirmó Charlotte. La niña se cruzó de brazos y levantó la barbilla.

«Qué dura es».

A Mercy le caía bien.

Charlotte cogió cuatro vasos, sacó una jarra de la nevera y sirvió algo.

—¿Quieren sentarse? —le preguntó con educación, señalando una pequeña mesa de comedor y las sillas.

«Y es muy educada».

Todos tomaron asiento y Mercy bebió un sorbo del vaso que le había dado la chica. Era limonada, una limonada excelente. Truman bebió un buen trago.

«¿Cómo les digo que no podemos dejarlos aquí solos?».

Si le ocurriera algo a uno de los niños, y Mercy les hubiera permitido quedarse después de esta visita, se quedaría sin trabajo. Nunca se lo perdonaría.

—¿Tu madre mencionó alguna vez que tuviera intención de visitar a tu tío? —preguntó Mercy.

—Nunca hablaba de él —respondió Theodore.

—Papá no la dejaba —añadió Charlotte.

Mercy hizo una pausa.

—¿Qué quieres decir con que «no la dejaba»?

—Era una norma. No hablaban de sus parientes —respondió Charlotte con naturalidad—. Si se me ocurría preguntar por los abuelos, me encargaban más tareas.

Mercy tomó un sorbo de limonada mientras recapacitaba.

—¿Te parece extraño? —preguntó con cautela—. ¿O había algunos temas que estaban prohibidos?

—Los abuelos, la escuela pública, las vacaciones… —Charlotte frunció la nariz mientras pensaba.

—Las motos —añadió Theodore con un deje de anhelo.

—¿Os han educado en casa? —preguntó Mercy, que ya sabía la respuesta.

—Sí. A mamá le gustaba enseñar —explicó Theodore—. De joven quería ser profesora. Fue a una escuela de verdad en Bend.

Mercy se preguntó cómo había acabado su madre en aquella casa aislada y sin teléfono.

«¿Por amor?».

—Truman me ha dicho que vuestro padre ha muerto hace poco. Lo siento mucho.

Los niños guardaron silencio durante un largo rato.

—Gracias —dijo al final Theodore.

Mercy esperó a ver si añadían algo más, pero no fue así.

—¿Estuvo mucho tiempo enfermo?

—Mamá dijo que fue un ataque al corazón —respondió Theodore —. Murió mientras dormía —dijo entrecortadamente, sin apartar la vista de la mesa.

Charlotte no dijo nada y se limitó a dibujar líneas en la condensación de su vaso.

«Ya volveremos al tema del padre más adelante».

—¿Puedes enseñarnos la habitación de tu madre? —preguntó—. ¿Y tal vez el resto de la casa?

—¿Por qué? —fue la respuesta de Charlotte.

—Porque a Truman y a mí nos han entrenado para ver cosas que a mucha gente le pasan por alto —explicó Mercy con amabilidad—. Puede que descubramos algo que nos permita saber dónde está.

—En casa de nuestro tío —replicó Charlotte con el ceño fruncido.

—Pero no sabes cómo se llama ni dónde vive —afirmó Mercy.

—Es cierto —concedió la pequeña.

—Puede que hallemos algo que nos ayude a averiguar quién es —dijo Truman.

Theodore se puso en pie.

—Por aquí. —Se dirigió a un estrecho pasillo.

Mercy enarcó una ceja mirando a Truman y ambos se levantaron.

La casa era de una sola planta. Habían tomado la limonada en una sala grande con cocina de leña, una mesa de comedor y dos sofás muy gastados. Cerca de la mesa había una estantería llena de libros, en uno de cuyos estantes se agrupaban los de texto: matemáticas, historia estadounidense y química. En los otros había volúmenes sobre jardinería, ganadería, primeros auxilios y supervivencia. Tal vez sus padres no habían tenido mucha experiencia en esto de vivir al margen de la sociedad.

En cualquier caso, habían criado a unos hijos muy capaces.

Al final del pasillo había dos dormitorios y un pequeño baño. Pasaron por delante de un cuarto con literas bien hechas, y Mercy recordó el desorden que había visto en la habitación de su sobrina Kaylie esa misma mañana; la ropa desparramada por el suelo y las sábanas amontonadas de cualquier manera. El otro dormitorio era algo más grande, tenía una cama de matrimonio, también perfectamente hecha, y una cuna. En una esquina había un pequeño escritorio lleno de libros. Mercy tomó un libro de álgebra gastado con varias páginas dobladas y lo hojeó.

—¡Eh! —exclamó Theodore mientras Truman abría un cajón de la mesita de noche—. No toque sus cosas.

—Estamos buscando pistas para averiguar dónde vive tu tío —replicó Mercy—, por eso no nos queda más remedio que mirar un poco. Sé que parece una violación de su intimidad, pero desapareció

hace varias semanas y no ha dado señales de vida. Creo que entenderá que intentemos ayudar.

El joven adolescente apartó la mirada con un gesto de frustración. Truman lo observó un momento y luego rebuscó en el cajón.

Mercy dejó de lado su compasión por el muchacho y continuó examinando el escritorio. Todo parecía relacionado con las clases de los dos niños. Un pequeño calendario enumeraba las tareas escolares diarias, y Mercy se dio cuenta de que los planes detallados de las materias habían terminado dos días antes.

«¿Preveía Bridget estar fuera tanto tiempo?».

Mercy se arrodilló para mirar debajo de la cama y se sorprendió al ver que estaba completamente despejada. En una casa tan pequeña, habría sido lógico que utilizaran ese espacio de almacén. Truman pasó las manos entre el somier y el colchón, lo que dejaba solo el armario por registrar. Mercy abrió la puerta, convencida de que se lo encontraría todo lleno, y se sorprendió gratamente al ver la gran cantidad de espacio y los distintos compartimentos pulcramente etiquetados.

La mitad de la ropa era para un hombre adulto. Tres pares de botas de trabajo grandes y desgastadas estaban alineadas en un lado.

«La ropa de su marido fallecido».

No iba a donar la ropa que pudiera aprovecharse; la guardaría para Theodore. Mercy se preguntó qué pensaría el chico sobre la idea de llevar algún día la ropa de su padre muerto. Abrió un compartimento con la etiqueta de JERSÉIS. Rebuscó con cuidado y determinó que contenía exactamente eso: jerséis. Al investigar un poco más, vio que los otros compartimentos estaban llenos de ropa y que el contenido coincidía con la etiqueta. Registró los bolsillos de los abrigos colgados y encontró cuatro tornillos, una navaja multiusos Leatherman y un pañuelo.

Salió del gran armario, dispuesta a pasar a las alacenas de la cocina. Los dos hermanos los observaban en silencio desde la puerta del dormitorio mientras Truman hojeaba un pequeño montón de fotos que había sacado de un sobre grande.

—¿Dónde has encontrado las fotos? —preguntó Mercy.

—Bajo el colchón.

—Qué tópico —dijo ella—. Es uno de los primeros lugares donde se mira.

Se acercó a su compañero y examinó las fotos. Charlotte eligió ese momento para desaparecer, y Mercy se preguntó si iba a sacar algo de debajo del colchón.

La mayoría de las instantáneas parecían ser de los años noventa, a juzgar por la ropa y el pelo. Eran fotos familiares. Padres, hija, hijo y

varios perros. Cumpleaños. Navidades. Vacaciones. Mercy pensó que la hija de las fotos se parecía a Charlotte, así que le tendió una foto a Theodore.

—¿Es tu madre?

El muchacho tomó la foto, con gesto atónito.

—Nunca la había visto, pero sí, creo que es ella. Parece tan joven… —afirmó aturdido.

Mercy sonrió. A todo el mundo le costaba creer que sus padres habían sido jóvenes.

—¿Puedo ver el resto? —preguntó Theodore.

Charlotte reapareció y le quitó la foto a su hermano.

—Tenía el pelo del mismo color que yo —afirmó con un deje de asombro—. Ahora es mucho más oscuro.

Truman entregó las otras seis fotos a los niños, que las examinaron con entusiasmo.

«¿Por qué iba a ocultar Bridget esto a sus hijos?».

—Tenemos abuelos —susurró Charlotte—. ¿Cree que todavía viven?

—Lo averiguaré —prometió Mercy.

«Si su madre está muerta, ¿los abuelos los acogerían?».

Mercy detuvo ese pensamiento de inmediato. No había ningún indicio de que Bridget Kerr hubiese fallecido.

«Quizá los abuelos o el tío eran violentos… Quizá Bridget rompió todo contacto por razones de seguridad».

—Ese debe de ser el tío al que iba a ver tu madre —dijo Truman.

Mercy se acercó para mirar por encima del hombro de Charlotte. De pie frente al árbol de Navidad, el hermano era mucho más alto que Bridget.

Miró la imagen, preguntándose cómo iban a localizarlo sin un nombre.

«De alguna manera lo encontraremos».

Algo hizo clic en su cabeza.

—Charlotte, ¿me dejas ver esa foto de Navidad? —Tomó la fotografía con las manos heladas y examinó los rasgos del hermano.

«Que me parta un rayo».

Le mostró la foto a Truman.

—¿Lo reconoces?

Su compañero frunció el ceño.

—No. ¿Debería?

—Sí. Imagínatelo con el pelo corto y treinta kilos más de músculo.

Entonces se le iluminaron los ojos.

—Es Evan Bolton.

El detective del sheriff del condado de Deschutes era amigo de

ambos.

Mercy miró a Theodore.

«Sabía que había visto antes esos ojos de alma vieja».

CAPÍTULO 4

Evan Bolton vio a Mercy y un quad esperando en el arcén de la autopista, exactamente donde le había dicho que estaría. Se había mostrado algo críptica por teléfono. De hecho, se había limitado a asegurarle que las noticias que iba a compartir con él le interesaban mucho y se disculpó también por el extraño lugar de encuentro.

Se detuvo, levantando una nube roja de la tierra que cubría el camino. Dejó que el polvo se asentara y bajó la ventanilla. Mercy también estaba cubierta por una fina capa de polvo, pero le brillaban los ojos. Le pareció una mujer radiante a pesar de estar tiznada de pies a cabeza.

«No».

Estaba casada. Cuando se conocieron en un caso, también en medio de la nada, se sintió inmediatamente atraído por la agente del FBI, pero no tardó en descubrir que estaba saliendo con Truman Daly. Al final, tuvo que admitir a regañadientes que formaban una pareja perfecta. Los tres eran buenos amigos, pero cuando salían juntos Evan siempre se sentía como el tercero en discordia.

—¿A qué se debe la misteriosa reunión, Mercy? —preguntó a modo de saludo—. ¿Hay micrófonos en mi despacho? ¿O en el tuyo?

—Yo también me alegro de verte.

—Me has convencido para que viniera hasta aquí a la hora del almuerzo. Dime por qué.

—¿Tienes una hermana, Evan? —le preguntó, mirándolo muy seria.

A Evan se le agarrotaron los dedos en el volante.

«¿Qué ha encontrado?».

—¿Está muerta? —susurró, y la imagen de Bethany inundó sus pensamientos.

—No sé nada de una muerte —se apresuró a responder Mercy—. Y no tenemos pruebas de que se haya cometido ningún crimen, pero ha desaparecido.

—Bethany lleva catorce años desaparecida. —Se le quebró la voz.

Mercy frunció el ceño.

—¿Bethany? ¿Así se llama tu hermana?

—Sí —le espetó él—. Ahora dime qué coño está pasando.

El corazón le latía desbocado desde que Mercy había

pronunciado la palabra «hermana».

Mercy sacó una foto de la bolsa.

—¿Eres tú? ¿Con Bethany?

Cogió la foto y recuperó el aliento. Era de una Navidad, cuando aún era adolescente. Examinó con avidez el rostro de Bethany. Había visto otras fotos de aquellas fiestas, pero no esa. Cuando se marchó a la universidad, su hermana estaba en el último curso del instituto.

Bethany había desaparecido un mes antes de que él se mudara tras su primer año. No había vuelto a verla.

—¿De dónde la has sacado? —gruñó.

—¿Por qué dices que lleva mucho tiempo desaparecida? ¿Qué ocurrió?

—Maldita sea, Mercy. ¿De dónde has sacado esta foto?

—De su casa.

—¿Sabes dónde vive? —logró preguntar a duras penas.

Mercy señaló detrás de ella un estrecho camino de tierra que se adentraba en el bosque.

—Oye, Evan…, ¿de verdad que no has tenido contacto con ella en catorce años?

—Te lo prometo. Huyó con un novio cuando tenía diecisiete. Mis padres se pusieron furiosos. Yo aún estaba en la universidad, y ninguno de nosotros volvió a saber de ella.

Tragó saliva.

—Ahora se hace llamar Bridget —dijo Mercy—. Bridget Kerr.

—¿Cómo lo sabes?

Mercy respiró hondo y le contó lo del chico que había entrado en la cafetería de Eagle's Nest esa mañana. Evan escuchó. Atónito.

«¿Tengo un sobrino y dos sobrinas?».

—¿Lleva dos semanas desaparecida? ¿Y nadie lo ha denunciado hasta ahora? —Las preguntas se agolpaban en su cabeza.

—Creo que lo entenderás mejor cuando conozcas a Theodore y a Charlotte. Son muy capaces. —Mercy hizo una pausa—. Tu hermana les dijo a los niños que iba a verte.

—Pues no sé nada de eso. No he tenido noticias de ella.

—¿Crees que podía saber cómo encontrarte? —preguntó Mercy.

Se encogió de hombros.

—Vivo en la antigua casa de mis padres, que se mudaron a Arizona. Y cualquiera que haga una búsqueda en Google averiguará que trabajo para la oficina del sheriff.

A Mercy la asaltaron las dudas.

—Ha criado a sus hijos al margen de la sociedad. No sé si han utilizado alguna vez un ordenador.

—¿Son preparacionistas?

—Lo dices como si fuera algo malo.

—No me refería a eso. Es que Bethany odiaba las acampadas y las incomodidades. —Sacudió lentamente la cabeza—. No doy crédito a lo que me estás contando.

Mercy señaló la foto que tenía en la mano.

—Los dos niños dicen que es su madre.

Evan se quedó mirando la foto.

«¿Qué te ha pasado, Bethany?».

—Será mejor que me lleves con ellos.

—Por eso te he llamado.

—¿Por qué has venido en un quad?

Sonrió.

—Theodore no quería que supiéramos que se podía acceder a su casa desde esta carretera. Nos ha guiado por un enrevesado camino secundario desde el sur, inaccesible para una furgoneta. Pero la casa está a solo unos minutos de aquí.

Se subió a la moto y le hizo un gesto para que la siguiera.

Su todoterreno avanzó por el estrecho camino de tierra que atravesaba el bosque. Si Mercy no le hubiera estado esperando junto a la carretera, nunca lo habría visto.

—¿Bethany ha estado viviendo a menos de una hora? —murmuró.

La había buscado. Cuando se incorporó al departamento del sheriff del condado, había intentado localizar a su hermana por todos los medios, pero siempre había acabado en callejones sin salida. La había buscado todos aquellos años. Siempre en vano. Esperaba que no estuviera muerta. Su madre nunca había perdido la esperanza, pero su padre creía que ya no estaba con vida. O al menos eso era lo que siempre decía.

Bethany se había fugado en mitad de la noche tras numerosas discusiones sobre su novio. A sus padres nunca les había gustado. Era mayor y no entendían por qué un chico de veintitantos años estaba interesado en una chica de diecisiete.

Evan tampoco lo comprendía.

Su madre siempre había pensado que el novio era demasiado controlador, y Evan estaba de acuerdo, ya que había convencido a Bethany para que dejara atrás toda su vida. Ni él ni sus padres habían conocido a Victor ni sabían su apellido.

El camino dobló bruscamente a la derecha y el todoterreno dio varios bandazos. Poco después llegaron a un claro. Pasó junto a un granero y dos cobertizos antes de alcanzar la casa.

Aparcó junto a Mercy y abrió la puerta, pero le resbalaron las manos por culpa del sudor.

«Bethany no está aquí. Pero sus hijos sí».

No tenía mucha mano con los niños. Nunca sabía qué decir y

cuando los niños se enteraban de que trabajaba en la policía, se lo quedaban mirando como a un bicho raro.

Mercy y él se dirigieron hacia la casa.

—No saben que vas a venir. No estaba segura de cómo irían las cosas y no quería darles esperanzas.

—¿Cómo se llaman?

Todavía se sentía aturdido.

—Theodore y Charlotte. El bebé es Molly.

—Esto es una locura. ¿Qué se supone que debo decirles?

Mercy se detuvo y se volvió hacia él con cara de sorpresa.

—Salúdalos.

—No tengo mucha experiencia en el trato con niños —murmuró —. Me da la impresión de que no les caigo bien.

—A Ollie y Kaylie sí les caes bien.

—No son niños. ¿No tienen veintidós años?

Ella lo fulminó con la mirada.

—Kaylie acaba de graduarse en el instituto.

—Parece mayor.

—Pues no lo es. —Le golpeó en el pecho con un dedo—. Yo tampoco sabía cómo tratar a los adolescentes, pero me fue muy bien cuando conocí a mi sobrina. Estoy segura de que te las apañarás.

—Tú eres una mujer.

Mercy enarcó las cejas.

—¿De verdad crees que tenía alguna experiencia como madre cuando acogí a Kaylie? No había hecho otra cosa que trabajar a destajo desde la universidad.

En ese instante, Evan fue consciente del alcance de la situación.

—¿Tengo que acoger a dos niños?

—Nadie ha dicho eso.

—Lo has insinuado.

—No era mi intención. Sinceramente, aún no sé muy bien qué hacer.

—Tienes que llamar a los servicios sociales —señaló Evan.

—Lo sé, pero quiero ofrecerles una buena opción en lugar de dejar que se abalancen sobre ellos y los coloquen en una casa de acogida con desconocidos.

Evan suspiró. Una vez había salido con una mujer que tenía dos hijos pequeños. Le resultó extraño y le hizo preguntarse si estaba destinado a ser padre. Esa era toda su experiencia con niños. No podía dejar que Mercy lo convenciera de algo que podía estropear.

Lo miró de arriba abajo.

—Respira. Ni que estuviera a punto de empujarte por un acantilado.

«¿Acaso no es así?».

Lo acompañó al interior, donde Truman charlaba animadamente de sus experiencias montando en vacas cuando era joven. El chico que estaba a su lado lo escuchaba embelesado. Al otro lado, una niña rubia se tapaba la boca, riéndose de su historia.

«Bethany».

Charlotte lo dejó sin aliento. Era como si hubiera retrocedido en el tiempo.

Su rostro tenía una forma ligeramente distinta, pero había heredado los ojos y la nariz de su madre.

Truman les contó que había acabado cayendo en el barro y las boñigas de vaca, y Charlotte se echó a reír.

Sus carcajadas resonaron en el cerebro de Evan; era la risa de Bethany.

—Jesús —murmuró dando un paso atrás.

«Esto es demasiado».

Mercy le dio un codazo.

—Sé un hombre —susurró—. Eres mucho mayor que ellos.

No era eso. Era el asalto de los recuerdos que había encerrado en un rincón de su cabeza, preocupado por la muerte de su hermana. En los últimos cinco minutos había descubierto que estaba viva, que había tenido tres hijos, y que ahora ella y su otra sobrina habían desaparecido.

No era un lunes normal.

Charlotte fue la primera que se fijó en Evan y guardó silencio, sin dejar de observarlo. Truman y Theodore fueron los siguientes en verlo.

—Bolton. Me alegro de que hayas venido.

Truman se levantó y cruzó la habitación. Se estrecharon la mano.

—Día de sorpresas —le dijo Evan a Truman en voz baja.

—La mayoría son buenas sorpresas —respondió Truman mientras se volvía hacia los niños, que observaban la conversación—. Este es el hermano de vuestra madre, Evan Bolton. Es detective.

—¿No está con usted, señor? —preguntó Theodore. Los ojos castaños del adolescente parecían los de un viejo y contrastaban con su rostro.

«¿No es precisamente eso lo que la gente dice de mí?».

—Lo siento, Theodore. Hace años que no veo a tu madre.

El rostro del chico se demudó y a Evan se le cayó el alma a los pies.

—Haré todo lo que pueda para encontrarla a ella y a Molly.

Miró a Charlotte, incluyéndola en su respuesta. La pequeña observaba a Theodore y Evan.

—Se parece a ti, Theodore —dijo ella, frunciendo la nariz—. Cuando seas viejo, serás como él.

Mercy tosió.

Theodore se puso en pie.

—Encantado de conocerle, señor.

Charlotte se levantó de un salto y repitió las palabras de su hermano.

—Por favor, no me llaméis señor —les pidió Evan, que tuvo que hacer un gran esfuerzo para encontrar las palabras adecuadas—. Soy… el tío Evan.

«¿Lo he dicho yo?».

Charlotte sonrió.

—Tío Evan —dijo, como si estuviera probando qué tal sonaba. Theodore asintió con la cabeza, con un atisbo de duda en su mirada.

Evan respiró hondo.

—¿Qué tal si nos sentamos todos y me ponéis al día?

Se dirigió al lugar que Truman había dejado libre, entre los dos niños, y se sentó, decidido a poner lo que fuera necesario de su parte para iniciar la relación con buen pie. La decepción de Theodore y la alegría de Charlotte le habían tocado una fibra sensible. Le correspondía a él solucionar el problema.

«Si puedo interrogar a un asesino en serie, también puedo hablar con mis sobrinos».

CAPÍTULO 5

—Me parece que no vamos bien, Ollie.

Él suspiró mientras subían la empinada colina. Estaba harto de oír las quejas de Kaylie.

—Si estuviéramos en el lugar correcto, ya habría otros buscadores de tesoros, ¿no crees? —preguntó ella.

A Ollie se le había pasado por la cabeza esa posibilidad mientras aparcaba junto a Owlie Lake. Para ser un día de verano, el lugar estaba más tranquilo de lo habitual. Un par de familias hacían pícnic en la pequeña playa de piedras mientras los niños chapoteaban en el agua helada.

—Si no quieres que nadie sepa dónde crees que está el tesoro, ¿dejarías que alguien viera dónde lo buscas? —preguntó Ollie—. No quieren revelar su ubicación.

Su perro, Shep, se había adelantado por el sendero y olfateaba cada dos árboles, mirando de vez en cuando hacia atrás para asegurarse de que Ollie y Kaylie le seguían el ritmo.

—Pues nosotros no destacamos por nuestra discreción —afirmó Kaylie—. Tu furgoneta roja está aparcada en la carretera, a la vista de todo el mundo. Y tampoco intentamos escondernos. Todos los que estaban en el lago han visto que nos dirigíamos hacia aquí.

«Tiene razón».

—Nos conviene actuar con naturalidad… Nuestra táctica consiste en escondernos a la vista de todo el mundo. Nadie sabe que lo estamos buscando.

Kaylie puso los ojos en blanco.

Ollie había perdido la cuenta de cuántas veces lo había hecho desde que la había convencido para que se uniera a él en la búsqueda del tesoro. Había sido una decisión fácil pedirle a Kaylie que fuera su compañera. Si encontraban el tesoro y se lo repartían, todo quedaría en familia. No era su hermana biológica, pero la quería como si lo fuera.

Cuando Truman y Mercy se casaron, habían formado una pequeña familia. Cuatro personas de distintos ámbitos de la vida. Ollie había estado completamente solo hasta que conoció a Truman. Habían forjado un vínculo, y luego Truman le había dado un lugar en su casa y en su vida. El padre de Kaylie había muerto hacía casi dos años, y a

ella la acogió su nueva tía, Mercy.

Los cuatro estaban más unidos que las familias con lazos de sangre.

A diferencia de Ollie, Kaylie se había criado en la zona y conocía muy bien los alrededores de Eagle's Nest. Después de que Ollie señalara que varias palabras de las pistas podían tener un doble sentido, había sugerido que una de ellas podía ser una referencia Owlie Lake, el lago del búho. Pero ¿era todo deliberado o una simple coincidencia?

«No tengo ni idea de lo que estoy buscando».

Suponía que lo reconocería cuando lo viera.

—No entiendo la pista de las alas —dijo Kaylie.

—«Donde el claro aplane sus alas» —citó Ollie—. Esa es la penúltima línea. Te estás adelantando.

—Pero es que tenemos que avanzar. Si no, ¿cómo vamos a saber qué debemos buscar a continuación? Además, nada indica que los versos deban resolverse en orden. Creo que hay que verlo todo como un gran cuadro.

Tenía razón, como todos los que abrigaban una teoría sobre las pistas. El creador de la búsqueda del tesoro no había elaborado ningún tipo de regla. Solo un montón de pistas inconexas que daban forma a un breve ensayo. Más bien un mal poema.

Entre los pinos

Sigue al ave albina sobre las montañas donde cae el agua
A lo lejos hay una visión cabal
Allí debes inclinarte ante la lluvia
Sin embargo, tu alma se debilitará
Tómate tu tiempo para escribir donde el cerro es de carbón
Luego busca las peras que conquistaron las llanuras
Y encuentra el sol que me llevó a la alta cresta
Cada mochuelo a su olivo si quieres descubrir lo que se esconde
Usa la fuerza para alcanzar el lugar donde el claro aplana sus alas
¿Dónde será? Quien la veja, ganará.

Era un sinsentido. Pero Ollie estaba enganchado. Tenía tantas posibilidades como cualquiera de resolverlo.

Shep se detuvo junto a él, con la vista puesta en el camino accidentado. Emitió un gruñido grave, reacción que sorprendió a

Ollie.

—¿Ha gruñido? —susurró Kaylie, con un deje de sorpresa.

—Sí. —Ollie examinó la zona. Shep rara vez gruñía, ni siquiera cuando se habían cruzado con gatos monteses o hallado señales de osos. Las pocas veces que había gruñido, lo había hecho a gente con malas intenciones—. Salgamos del camino.

—Camino… Ojalá lo fuera —murmuró Kaylie mientras se adentraban en la maleza.

Tenía razón. Habían seguido una senda que apenas se distinguía y que parecía más bien una vía de tránsito de ciervos que de humanos.

Como entre la fauna local había osos, pumas y gatos monteses, tanto Ollie como Kaylie iban armados. Kaylie tenía mejor puntería; le habían enseñado cuando era joven. Ollie había empezado mucho más tarde, pero se había esforzado por mejorar porque no le gustaba quedar en evidencia.

Agarró a Shep del collar.

—Shh —le dijo al perro, y siguió a Kaylie.

Encontraron un lugar decente detrás de varios pinos que habían crecido juntos. Shep permaneció en silencio mientras Ollie aguzaba el oído, buscando cualquier movimiento en todas las direcciones. No creía que el perro hubiera gruñido por la presencia de animales; estaba casi seguro de que se trataba de personas.

No era un delito estar en el bosque. Y lo más probable era que se tratara de excursionistas. Pero la evidente aversión de Shep a lo que hubiera en el sendero hizo que Ollie tomara más precauciones de lo habitual.

Al cabo de unos segundos oyeron voces.

Kaylie lo miró a los ojos y asintió con un gesto leve. Iban a quedarse donde estaban hasta que pasara la gente.

Ollie oyó dos voces masculinas, con un tono de enfado.

—… puta pérdida de tiempo —dijo el primer hombre.

—¿Debemos centrarnos en otra persona? —preguntó el segundo.

—No. Sé que estos tipos son cazadores serios —respondió el primero—. Han venido desde Misuri.

La primera voz le puso la piel de gallina a Ollie. Tim Giles.

Ollie había conocido a Tim cuando ambos trabajaban en el almacén de Lake Ski and Sports. Tim se había ofrecido a enseñarle los entresijos del negocio. Era mayor que él, estaba a punto de cumplir los treinta, y Ollie había asumido que sabía lo que se hacía. Pero un día lo vio esconder mercancía en su furgoneta durante el almuerzo. Tim lo pilló mirando y le prometió que le haría la vida imposible si no mantenía la boca cerrada.

Ollie aceptó, se encogió de hombros y le dijo que no le importaba lo que hiciera.

Sin embargo, grabó a Tim robando una mochila de 300 dólares, un modelo nuevo que aún no se había puesto a la venta, y fue a ver al dueño con la prueba.

Tim fue despedido de inmediato, y durante varias semanas Ollie encontró caca de perro, suponiendo que fuera de perro, en la plataforma de su furgoneta. También le destrozaron el espejo retrovisor del lado del conductor y le rayaron las puertas cuatro veces. No se lo dijo a Truman, pero le preguntó a su jefe si podía aparcar junto a la entrada del almacén, un lugar que estaba a la vista de al menos un trabajador en todo momento. El gerente lo miró fijamente, pero no hizo más preguntas. Ollie sospechaba que conocía el motivo. Una vez que le concedieron el permiso, se acabaron las hostilidades.

Desde entonces se había encontrado con Tim dos veces. La primera le dio un golpe en el hombro cuando se cruzaron en la ferretería y, la segunda, le hizo un gesto obsceno con el dedo corazón en el aparcamiento del supermercado.

Era un vulgar matón.

—¿Sabían que les estábamos siguiendo? —preguntó la segunda voz.

—Probablemente —respondió Tim—. Les voy a pinchar la rueda por hacernos dar vueltas en círculos. —Se rio.

—Tenía la esperanza de que lo encontraran y nosotros los viéramos —comentó el otro—. Entonces sería nuestro.

—No tendríamos que volver a trabajar —dijo Tim.

Ollie hizo una mueca. Tim había tomado unas cuantas cervezas. Se le iba toda la fuerza por la boca. Se fundiría el premio de dos millones de dólares en un año.

Las voces pasaron y se desvanecieron.

Kaylie le dio un golpe en el brazo.

—Tenemos que decirle a Truman que alguien está acosando a los cazadores de tesoros —susurró.

—Uno de ellos era Tim Giles.

—¿El imbécil al que hiciste que despidieran?

—Él solito logró que lo despidieran cuando decidió empezar a robar.

—Espero que no vea tu furgoneta aparcada junto al lago.

Ollie había pensado lo mismo. Se levantó y estiró las piernas.

—¿Lista para rastrear un poco más? Si hay otros buscadores de tesoros en la zona, puede que tengamos algo.

—Sí, vamos —convino Kaylie—. Me pregunto qué buscadores les habrán dado esquinazo.

—Debemos tener cuidado y no dejar que la gente sepa que lo estamos haciendo —le dijo Ollie—. No hables del tema con nadie.

Kaylie asintió y se quitó una aguja de pino del hombro.

—Puede que esos imbéciles no sean los únicos que intentan hacer trampas para conseguir el premio. Si dieran con alguien que lo encontrara, ¿qué crees que harían?

Ollie meditó la respuesta.

—Tim es un bocazas, pero cuando hay dinero de por medio es capaz de pasar a la acción.

—¿Acción?

Ollie tocó la culata de su pistola.

—¡Santo cielo! ¿Crees que sería capaz de disparar a alguien?

—Puede que él no, pero ¿quién sabe cuántos más andan por ahí intentando hacerse ricos de la noche a la mañana? ¿Y si están desesperados?

—A mí no me asustarán —dijo Kaylie, pasando junto a él en dirección al sendero—. Aquí ya han estado otros buscadores, lo que significa que puede que tengas razón con la referencia a Owlie Lake.

«Qué tozuda».

—¿No tienes que dar de comer a los gatos? —preguntó él.

—Más tarde.

Mercy se había quejado en numerosas ocasiones de la tendencia de su sobrina a hacer lo que le daba la gana sin tener en cuenta las posibles consecuencias.

Shep y él la siguieron.

«Alguien tiene que evitar que Kaylie se meta en problemas».

CAPÍTULO 6

Cuando dieron las cuatro, Truman había devuelto los quads al aparcamiento de la policía. Había dejado a Mercy y a Evan en la casa de los Kerr en el bosque, ya que Mercy parecía tener la investigación bajo control, y Truman había recibido dos mensajes de Lucas preguntándole cuándo volvería a la ciudad.

—¿Por qué? —inquirió Truman cuando llamó.

—Ben ha tenido que poner paz en una pelea en la puerta de la cafetería, y hemos recibido cuatro quejas sobre intrusos que buscan un tesoro.

—¿Ben está bien?

El agente tenía más de setenta años, había trabajado para el departamento de policía de Eagle's Nest durante más de treinta y se negaba a jubilarse. Lo cual era una suerte, porque Truman dependía de los vastos conocimientos de Ben sobre los habitantes de su pueblo.

—Tiene un par de arañazos en los nudillos y un brillo especial en los ojos —respondió Lucas.

—Supongo que eso es bueno.

Truman seguía riéndose de Ben cuando entró en la comisaría y se sorprendió al ver a sus tres oficiales agrupados frente al gran mapa del condado de Deschutes que había en la pared. Era el día libre del agente Samuel Robb, que se había casado hacía muy poco, pero había acudido para discutir la estrategia de búsqueda con los demás compañeros.

Lucas se sentó a su escritorio y sonrió al ver que Truman observaba a los agentes que discutían.

—Llevan una hora así —susurró Lucas—. Antes he tenido que apartar a Royce a la fuerza para enviarlo a ver las gallinas de Lucille Melton.

—¿Qué les pasa a las gallinas? —preguntó Truman.

—Dice que alguien está robando huevos. Algunos días no encuentra ninguno y afirma haber visto a un hombre con gorra de béisbol cerca de su gallinero esta tarde.

—Bueno, pero es que a veces las gallinas no ponen huevos —señaló Truman.

Lucas levantó las manos.

—Puede ser, pero como ha visto a alguien rondando, he pensado

que deberíamos comprobarlo. —Volvió a mirar a los tres agentes—. Royce no vio nada extraño. Fue a comprar un candado para que Lucille lo pusiera en la puerta de su gallinero y la mujer se dio por satisfecha.

—Bien.

Era habitual que la policía recibiera llamadas relacionadas con gallinas, vacas y caballos. A veces la gente solo necesitaba que les echaran una mano. Hasta el momento, la llamada más extraña relacionada con animales había sido para denunciar que la rana del hijo menor de los Romero se había subido al tejado. La madre del niño se había hecho daño en una pierna y el padre estaba de viaje. Así que Truman había cogido una escalera del cobertizo y se había encaramado al tejado para rescatar a la rana, que se había deshidratado al sol.

Escenas cotidianas de la vida en un pueblo pequeño.

No a todo el mundo le gustaba, pero él estaba encantado. No echaba de menos en absoluto el ritmo de un departamento de policía de una gran ciudad. Se acercó a los tres hombres que discutían frente al mapa.

—¿Habéis averiguado ya dónde está el tesoro? —preguntó Truman, con cara muy seria.

—Hay muchas opciones —dijo Ben con una mirada pensativa—. Las pistas son muy vagas.

Los otros dos hombres asintieron.

—No puede ser demasiado vago si decenas de buscadores de tesoros han señalado Eagle's Nest.

—También se están reuniendo en Pigeon Forge, en Tennessee —dijo Samuel—. Podríamos habernos equivocado de mucho.

—Bueno, creo que Eagle's Nest es el lugar correcto —insistió Ben —. Una de las primeras líneas es «Sigue al ave albina sobre las montañas donde cae el agua». Estoy seguro de que «las montañas donde cae el agua» se refiere a la cordillera de las Cascadas. Este es el pueblo más cercano, y el nombre encaja: el nido del águila. Además, si el título «Entre los pinos» no describe nuestra zona, no sé qué lo hará.

—Para mí no hay lugar a dudas —replicó Royce, muy serio—. Además, para mí está claro que la única ave albina es el águila calva de Eagle's Nest.

«¿Por qué les animo?».

—Royce, Lucas quiere que atiendas una llamada —dijo Truman.

Enarcó una ceja mirando a Lucas, que lo observó confundido.

—Um…, sí. —El secretario tomó una nota de su escritorio—. Dixie Griffen vio a un hombre sospechoso caminando por Alder. Cuando vio que ella lo miraba, aceleró.

Se hizo el silencio.

—¿Eso es todo? —preguntó Royce—. Cada dos semanas llama por algo.

—Vive sola y se pone nerviosa —dijo Truman—. ¿Qué hay de malo en dedicarle un poco de nuestro tiempo para tranquilizarla? —En el último año había pasado por la casa de Dixie al menos una docena de veces, y los demás agentes, otras tantas—. Ve también a la granja de Harris. Se ha quejado de que alguien ha entrado en sus tierras. Mira a ver si se te ocurre algo para evitar que la gente cruce su campo.

—Puso un cartel que decía AQUÍ DISPARAMOS A LOS INTRUSOS —dijo Samuel.

—¿Y no ha funcionado? —preguntó Truman.

—No. Dice que la gente se hace selfis con el cartel.

—Vaya. —A Truman no le sorprendía—. Pásate de todos modos. Quizá a los dos se os ocurra otra idea. —Miró a Ben—. ¿Puedo hablar contigo en mi despacho un minuto? —El hombre mayor asintió y lo siguió por el pasillo.

Una vez dentro, el jefe de policía se quitó el sombrero y se sentó en su silla, inclinándola hacia atrás todo lo que daba de sí.

—¿Qué pasa, jefe? —preguntó Ben, tomando asiento.

—Conoces a Evan Bolton, el detective del condado de Deschutes, ¿verdad?

—Sí, señor. Es un buen hombre.

—¿Conoces a sus padres?

Ben frunció los labios, pensando.

—No estoy seguro… Es de Bend. No conozco a tantas familias de esa zona.

—¿Has oído hablar de una hermana de Bolton que desapareció?

Ben enarcó sus blancas cejas con un gesto brusco.

—¿Hermana? —Se frotó la nuca, ensimismado en sus pensamientos—. Puede ser. ¿Se fugó con un chico? ¿En el instituto o algo así?

—Sí. Se llamaba Bethany Bolton.

—Me suena de algo. Creo que el joven en cuestión era de por aquí. Puede que por eso su nombre me resulte familiar.

—Se llamaba Victor Kerr.

A Ben se le iluminaron los ojos.

—Ajá. Los Kerr. Debería haberlo sabido.

—¿Por qué?

—Creo que hace diez años que no oigo el apellido Kerr, pero antes me tropezaba con algún miembro de la familia todos los meses. Por lo general, para separarlos y evitar que se partieran la cara a puñetazos. Había bastantes hombres en la familia… tíos, hermanos, hijos. No podía mantenerlos a raya.

—¿Recuerdas a un tal Victor?

Ben se lo pensó mucho.

—La verdad es que no. Los Kerr con los que recuerdo haber tratado tenían entre cuarenta y cincuenta años hace una o dos décadas. Victor sería demasiado joven.

—¿Ya no viven por aquí? —preguntó Truman.

—No. Algunos se fueron y otros están muertos, al menos la generación mayor. Recuerdo el revuelo que se organizó cuando dos de los más viejos murieron en el mismo accidente. Joey y Josh. Borrachos en el río.

—Qué horrible. —Ya había habido un accidente de barco en Eagle's Nest ese verano, y Truman sabía que habría más.

—Puede que una de las viudas siga viviendo en la zona. Podría comprobarlo.

—Gracias. Lo investigaré y te avisaré si necesito que me la presentes —le aseguró Truman.

—¿A qué vienen todas esas preguntas sobre los Kerr?

—Bueno, he empezado con preguntas sobre los Bolton. Bethany Bolton, que ahora se llama Bridget Kerr, ha desaparecido. Vive a media hora de aquí y sus hijos no saben nada de ella desde hace dos semanas —dijo Truman—. Cuando me puse en contacto con Evan, me dijo que llevaba catorce años desaparecida. Huyó con un novio. Evan afirma que nadie había tenido noticias suyas desde entonces.

—Caray. —Ben se rascó la barbilla—. ¿Y ahora resulta que seguía viviendo en la zona?

—Eso parece, pero se mantenían aislados. Los niños dijeron que no les hablaban nunca de su familia, ni les permitían preguntar. No sabían que tenían un tío hasta que la madre les dijo que iba a visitarlo.

—¿Fue a casa de Evan?

—No. Ha desaparecido sin más con una niña de dieciocho meses.

Ben se irguió.

—¿Un bebé?

—He avisado a Mercy, ya que el FBI colabora estrechamente con el Centro Nacional de Niños Desaparecidos y Explotados. Cuantas más manos y expertos trabajen en un caso como este, mejor.

Ben lo miró fijamente durante un buen rato.

—Pero no has terminado con él, ¿verdad?

Truman se revolvió en la silla. La casa de los Kerr estaba en la jurisdicción del sheriff del condado de Deschutes, y con el FBI implicado a causa del bebé desaparecido, no necesitaban a un jefe de policía de pueblo.

Sin embargo, Theodore Kerr había acudido a él.

Truman no podía quitarse de la cabeza la mirada seria del chico.

«Me he involucrado emocionalmente».

No estaría de más hacer un poco de trabajo de campo e investigar a los demás miembros de la familia Kerr. Mantendría a Mercy al tanto de lo que encontrara.

—No, no he terminado —le dijo a Ben—. ¿Dónde crees que vive la viuda de Kerr? —Cogió un lápiz y sacó una libreta—. ¿A quién más de la ciudad debo preguntar sobre los Kerr?

—¡Eh, jefe! —gritó Lucas por el pasillo—. Hay un tiroteo en el Aserradero Walker.

Truman se puso en pie antes de que Lucas acabara la frase. Ben se apartó de su camino y lo siguió inmediatamente.

—He llamado por radio a Royce y le he indicado que vaya —dijo Lucas.

—Yo también estoy en ello —dijo Samuel—. Tengo mi equipo en la furgoneta.

Salió corriendo por la puerta principal, dando un portazo tras de sí.

—¿Qué has oído? —le preguntó Truman a Lucas mientras se colocaba el sombrero de vaquero. El corazón le latía con fuerza, pero estaba concentrado.

—Ha llamado Nick Walker y ha dicho que dos tipos que no reconocía habían empezado a discutir frente a su negocio. Los estaba vigilando cuando uno ha sacado una pistola. El otro se ha metido en el gran almacén de Nick mientras el primero le disparaba.

—Jesús —murmuró Ben.

—Nick ha ordenado a todos sus empleados que se metan en su despacho. Dice que ha oído dos disparos más. Cree que estos últimos fueron del segundo tipo.

—Estamos en camino.

—Truman, una cosa más. —Lucas hizo una pausa.

—¿Qué?

—Nick dice que Rose y su bebé, Henry, están en algún lugar de la propiedad, pero no los encuentra.

A Truman se le paró el corazón. Quería con locura a la hermana y el sobrino de Mercy.

—¿Qué quieres decir?

—Rose salió a pasear con Henry mientras esperaba a que Nick terminara con un cliente.

La hermana de Mercy era ciega. Rose era una de las mujeres más capaces que conocía, pero tenía que estar aterrorizada por los disparos.

—¿Nick ha salido a buscarlos? —preguntó Truman.

—Sí —respondió Lucas.

—¡Maldita sea! Dile a Nick que se vaya a un lugar seguro.

Lucas lo miró fijamente.

Ben negó con la cabeza.

—Sabes que Nick no dejará de buscar a su mujer y a su hijo aunque haya un tiroteo. ¿Tú lo harías?

No.

—Vamos.

Truman salió por la puerta, seguido de Ben.

CAPÍTULO 7

Ben no dejó de hablar mientras se dirigía hacia las afueras de Eagle's Nest con Truman, que no le prestó mucha atención, ya que no podía dejar de pensar en los distintos escenarios que podían estar produciéndose en el aserradero.

—¡Cuidado! —dijo Ben cuando Truman tomó una curva a toda velocidad.

Dos furgonetas bloqueaban la estrecha carretera a cien metros del lugar de los hechos, y los conductores estaban parapetados tras los vehículos, vigilando el edificio. La furgoneta de Samuel se apartó a un lado. Cuando Truman aparcó detrás de él, Samuel salió con unos pantalones cortos y un chaleco antibalas con la palabra POLICÍA escrita en letras brillantes en el pecho y la espalda.

—¿Quiénes son los dos hombres que han cortado la carretera? —le preguntó Truman a Ben.

—Lou y Phil —respondió Ben—. Ha sido todo un detalle por su parte que nos hayan echado una mano.

Más allá de las dos furgonetas, Truman vio el vehículo patrulla de Royce, cerca del aserradero, cortando el tráfico desde el lado sur. La carretera estaba cerrada en ambas direcciones para que no se acercara nadie. Truman no vio a Royce.

—Diles que se vayan —le ordenó a Ben—. Dales las gracias, pero que se larguen de la zona, a partir de ahora ya nos encargamos nosotros.

Ben cogió el rifle del salpicadero de Truman y se marchó.

El Aserradero Walker abarcaba varias hectáreas. Tenía una enorme estructura metálica amarilla con tres grandes puertas correderas, y el terreno estaba ocupado por docenas de pilas de madera recién cortada que creaban un complicado laberinto.

—Royce —dijo Truman por la radio que llevaba al hombro cuando Samuel se reunió con él—. ¿Dónde estás?

—Dentro del almacén. Justo a la izquierda de la puerta oeste. He oído un disparo más al llegar, pero ahora solo están gritando.

—¿Los has visto?

—No, pero hasta ahora he oído dos voces.

—¿Has visto a Nick? —preguntó Truman cuando Ben regresó.

Las dos furgonetas se alejaron y los conductores se despidieron de

Truman con un gesto de la mano y este les devolvió el saludo.

—No. Al pasar por la puerta he visto a tres empleados en la oficina. Están detrás del mostrador.

—Samuel y yo entraremos por la puerta este; que Ben se sitúe en la retaguardia.

—Entendido —dijo Royce mientras Ben y Samuel asentían.

—Vamos.

Truman y sus agentes recorrieron el camino agazapados, pero a paso acelerado. El agente se encontraba en estado de máxima tensión, pero con la respiración calmada. No apartó la vista del edificio y aguzó el oído, atento a cualquier sonido. La voz de Lucas sonó por la radio.

—Nick dice que está en la parte trasera del almacén. En la esquina este. Ha visto a dos hombres. Ambos con pistolas.

—¿Ha encontrado a Rose? —preguntó Truman.

—No.

—Dile que se quede quieto.

Cuando los tres llegaron a la esquina del enorme edificio, Ben se separó mientras Truman y Samuel se dirigían a la puerta más lejana. En el interior del almacén se oyeron voces que gritaban. Truman observó los montones de madera que había en el solar. Si había alguien escondido ahí, estaría detrás de Samuel y de él.

«¿Hay más de dos personas implicadas?», se preguntó.

—Royce, ¿has oído o visto a alguien fuera, entre los montones de madera?

—No.

Apretó los labios. A pesar de que no le hacía ninguna gracia no inspeccionar todo el lugar, su prioridad era llegar hasta los tiradores y detenerlos. Samuel y él se dirigieron a la gran puerta abierta y se situaron cada uno a un lado, de espaldas a la pared.

Los gritos resonaron en el alto techo metálico y en las paredes.

—¡Te he visto hacerlo! ¡No me mientas!

Truman vio a Royce. El oficial avanzaba lentamente por el primer pasillo largo de dos por cuatro. Truman le hizo un gesto a Samuel para que pasara a la tercera fila, y él tomó la segunda.

—¡No he hecho nada! ¡Ya te lo he dicho!

—¡Intentas robarme!

Truman avanzó con el arma en alto. En el extremo más alejado, un hombre cruzó el pasillo con un revólver en la mano.

—¡Guarda la puta pistola! —gritó uno de los tiradores.

Las voces resonaron en el almacén; Truman no podía precisar su ubicación.

—¡Me has robado mis notas!

«¿Notas? —Truman cerró los ojos durante un segundo—. ¿Están

buscando el tesoro?».

Se dirigió a toda velocidad al final de su pasillo y vio a un segundo hombre con una pistola.

—¡Policía de Eagle's Nest! ¡Baje el arma!

El segundo hombre se volvió con gesto de sorpresa, levantando los brazos. No había soltado la pistola. Royce apareció a las cuatro en punto del pistolero, apuntándolo.

—Baje el arma —repitió Truman.

—No es culpa mía —replicó el hombre. Truman calculó que debía de tener unos treinta años. Llevaba pantalones vaqueros y una camiseta con la palabra WRANGLER estampada en la parte delantera. Miró fijamente a Truman mientras dejaba la pistola en el suelo—. Me ha robado una cosa.

—Ben y yo tenemos al otro tipo —dijo Samuel por radio.

—¡Bien! —exclamó el de la camiseta Wrangler—. ¡Deténganlo por robo!

—Da cinco pasos grandes hacia atrás —ordenó Royce, que sorprendió al de la Wrangler al evidenciar que había alguien detrás de él—. Y ponte boca abajo.

Truman observó a Royce mientras lo esposaba.

—¿Quién más hay? —preguntó.

—Somos solo él y yo.

—¿Quién es él? —preguntó Truman.

—No lo sé. Yo solo lo he pillado robándome en el coche.

Samuel y Ben se acercaron con el otro sospechoso, y Nick Walker apareció desde el fondo del almacén. Estaba muy tenso.

—¿Habéis visto a Rose? —preguntó a los agentes.

Todos respondieron de forma negativa.

Samuel sacudió el brazo de su sospechoso.

—¿Has visto a una mujer aquí?

—No.

—Yo tampoco —dijo el sospechoso de Truman.

—Te ayudaré a buscar —le dijo Truman a Nick, enfundando el arma—. Encargaos de estos dos —ordenó a sus tres agentes.

Asintieron, y Truman siguió a Nick hacia la entrada este. Las largas piernas del hombre le permitían avanzar deprisa, de modo que Truman tuvo que acelerar el paso para seguirle el ritmo.

—He inspeccionado casi todo el almacén —dijo Nick—. Tiene que estar fuera, en alguna parte —afirmó con voz tensa.

—Seguro que está bien. Ni siquiera la han visto —afirmó Truman.

—Podría haberle dado una bala perdida —afirmó Nick, que echó a caminar más rápido al salir del edificio.

«No le falta razón».

—Miraré por aquí —dijo Nick.

Truman asintió y se dirigió al otro extremo de los montones de madera.

Mercy también había desaparecido en una ocasión. Comprendía la ansiedad de Nick.

«Lo comprendo, ¿verdad?», se preguntó.

No tenía hijos. La angustia de Nick debía de ser el doble de intensa que la de Truman.

—¡Rose! —gritó.

Oyó que Nick hacía lo mismo.

Los ladridos venían del final de la finca.

«¿Belle?».

El pastor alemán de Nick siempre estaba a su lado o de Rose. Truman echó a correr.

—¡Rose! ¿Estás bien? ¡Ya puedes salir!

—¡Estoy aquí!

Truman experimentó un gran alivio y siguió la voz de Rose. Vio al perro junto a dos montones de madera contrachapada. Nick apareció por el otro lado mientras Rose salía con cautela de entre los montones, sujetando a Henry contra el pecho.

Truman exhaló y Nick abrazó a su mujer y a su hijo. Al cabo de un momento, Rose se apartó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. ¿Están todos bien?

—Dos tipos han provocado un tiroteo en la propiedad —le dijo Nick—. No hay heridos y la policía ya los ha detenido.

Rose adoptó un gesto de comprensión.

—Cuando oí los disparos, me detuve y me acerqué todo lo que pude a uno de los montones de madera. No me atreví a moverme porque noté las ondas sonoras.

—¿Notaste los disparos? —preguntó Truman.

Rose asintió y se tocó una mejilla.

—Una leve presión en la cara y en los oídos. Sabía que no estaban lejos.

—Los dos primeros disparos se produjeron fuera, no muy lejos de los montones —dijo Nick—. Me alegro de que estéis bien.

Tomó a Henry en brazos y le dio un beso en la mejilla. El bebé se retorció, buscando a su madre con los brazos.

—Voy a ver cómo están mis hombres —dijo Truman y le rascó la cabeza a Belle—. Buen perro.

Los agentes y los dos hombres esposados acababan de salir del almacén. Los sospechosos estaban discutiendo.

—¡Callaos! —ordenó Royce a los hombres, una reacción que sorprendió a Truman, ya que el joven policía era siempre muy educado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Truman.

—Ya se lo dije —insistió el de la Wrangler—, este tipo me ha robado mis cosas y no quiere decirme dónde están.

—No he hecho nada —replicó el segundo.

Llevaba unos pantalones cortos tipo cargo, holgados, y una camiseta roja sin mangas. Tenía varios tatuajes en los brazos, la mayoría de perros.

—¡Pero si te he visto!

—Estaba cogiendo un clavo que había junto a la rueda —replicó el amante de los perros—. No había entrado en tu coche. —Miró a Truman—. Este tipo me ha disparado aquí mismo, en el aparcamiento. Si alguien me dispara, tengo derecho a hacer lo mismo, ¿no? El muy imbécil se creía un cazador.

—¿Dónde está tu coche? —le preguntó Truman a Wrangler.

—Es el Honda de allí —respondió, señalando con la barbilla.

Truman se acercó al vehículo rojo y probó el tirador de una puerta. Se abrió.

—¿Dónde estaban esas notas tuyas?

—En un cuaderno que había dejado en el asiento trasero.

Truman abrió una puerta de atrás y no vio ningún cuaderno. Miró al amante de los perros enarcando una ceja.

—No tengo nada que ver con eso.

—Es de Ohio —dijo Ben, señalando a Wrangler—. Este es de Arizona.

Truman suspiró.

—A ver si lo adivino: habéis venido en busca del tesoro.

Los hombres guardaron silencio y se miraron.

Truman cerró la puerta del coche y dio un paso atrás, examinando el suelo.

Un destello amarillo bajo el coche le llamó la atención. Se arrodilló y sacó una fina carpeta de tres anillas.

—¡Es mía! —gritó el de la camiseta—. ¡Ya le dije que me la había cogido! Debió de tirarla para que no lo pilláramos con las manos en la masa. Yo solo protegía lo que es mío.

—¿Y eso justifica dispararle?

—No le he disparado. Solo intentaba asustarlo un poco.

—Y yo hacía lo mismo —replicó el de los tatuajes, asintiendo con vehemencia.

—Pero ¿no os dais cuenta? —preguntó Truman—. Habéis iniciado un tiroteo en público por esta carpeta. ¿No veis que es una locura?

—He tenido mucho cuidado —se excusó el de la Wrangler—. Me aseguré de que no hubiera nadie en mi línea de fuego.

Truman abrió la carpeta, incapaz de seguir escuchando. Estaba

repleta de mapas y páginas impresas. Encontró también varias hojas de notas manuscritas, escritas con una letra perfecta. Una caligrafía de la que habría estado orgulloso cualquier profesor de lengua. Observó la barba desaliñada y la camiseta Wrangler manchada. No parecía un hombre que tuviera una caligrafía perfecta ni la inteligencia necesaria para resolver las pistas.

—¡No puede mirar eso! Es mi trabajo.

Con la carpeta aún abierta en las manos, miró a Wrangler.

—¿Todo esto lo has escrito tú?

—Pues claro, es mi carpeta.

—¿Me estás diciendo que tienes esta letra? —preguntó Truman, mirando muy serio al hombre.

Wrangler arrastró los pies.

—Mi hermana colabora conmigo. Ella analiza las pistas en casa y yo me dedico a la investigación de campo.

«Eso ya tiene un poco más de sentido».

Truman observó detenidamente el boceto de un mapa, trazado con gran cuidado y con todos los nombres anotados.

—¡Cierre eso! ¡Quiere robarme lo que he descubierto!

Truman cerró la carpeta con un chasquido.

—¿De verdad crees que me importa todo esto?

—¡Son dos millones de dólares! —exclamó el tipo, y sus ojos brillaron con un destello de locura.

—¿Y tienes aquí la respuesta para encontrar ese dinero?

El hombre cerró la boca.

El otro mantenía los ojos bajos en una actitud de culpabilidad.

Truman los miró a ambos asqueado. La búsqueda del tesoro había llevado a un hombre a robar y a ambos a disparar. A ello había que sumar todas las llamadas por allanamiento y tráfico desde que Eagle's Nest estaba en el punto de mira.

«No sé cuánto más aguantaré —pensó Truman. La búsqueda del tesoro estaba alterando la paz en su ciudad—. ¿Qué será lo siguiente?».

CAPÍTULO 8

Después de que Truman volviera a la ciudad, Mercy observó a Evan mientras este interactuaba con sus nuevos sobrinos. Al principio se había comportado como un ciervo paralizado ante los faros de un coche, pero con el tiempo empezaba a relajarse un poco. Los niños se estaban acercando a él. Theodore guardaba silencio, pero su mirada no era tan triste como antes. Charlotte hablaba por los codos.

El teléfono de Mercy vibró. Un mensaje de Eddie.

¿Es un buen momento para hablar?

Salió por la puerta trasera y le llamó.

—¿Qué has encontrado?

—Hola a ti también —dijo Eddie.

—Hoy ya hemos hablado varias veces. ¿Necesitas que te salude siempre?

—Es una cortesía habitual. Tampoco es que tengas que pasarte una hora de cháchara.

—Sabes que me gusta ir al grano.

Eddie suspiró con fuerza.

—He estado buscando información sobre los padres de Kerr. Cuando me dijiste que en realidad se llamaba Bethany Bolton, encontré un permiso de conducir caducado. No volvió a sacarse otro con su nuevo nombre.

—¿Crees que no conducía?

Mercy se preguntó si su marido no la dejaba. Victor le transmitía una sensación de autoritarismo que no le hacía ninguna gracia. Las caras de tristeza de los niños cuando les habían dicho que no se les permitía hablar de ciertos temas aún la reconcomían.

—No lo sé. Pero el carné más reciente de Victor es de hace más de una década. Quizá tampoco condujera.

—O tenía un permiso con otro nombre.

—Bethany Bolton podría haber hecho lo mismo.

—Se supone que debes responder a mis preguntas, Eddie, no plantear otras nuevas.

—No he encontrado antecedentes penales de ninguno de ellos, pero sí registros más antiguos de un Joseph y un Joshua Kerr en el

condado de Deschutes. Sus edades coincidirían con las del padre de Victor Kerr o quizá con las de un tío, pero el problema es que Joseph y Joshua murieron hace varios años. Un accidente de navegación.

—¿Es un callejón sin salida? —preguntó Mercy—. ¿Qué tipo de actividad delictiva has encontrado?

—Evasión fiscal. Cheques sin fondos. Falsificación de documentos. Joshua provocó un incendio en un banco.

—¿Sabes a qué me suena esto? —preguntó Mercy.

—Sí: ciudadanos soberanos.

Mercy gruñó para sí. Los ciudadanos soberanos creían que estaban eximidos de cumplir con las leyes de Estados Unidos. Mercy no entendía cómo habían llegado a esa conclusión, pero implicaba el fin del patrón oro, el derecho marítimo y las cuentas secretas del Tesoro emitidas al nacer. La mayoría de los ciudadanos soberanos eran inofensivos; se oponían al gobierno mediante la burocracia, inundando los tribunales con cientos de páginas de estupideces pseudolegales.

—¿Has encontrado la dirección de algún Kerr?

—Podría haber algún familiar en esta dirección —dijo Eddie—. Por ejemplo, Christine Kerr o Linda Kerr. Quizá Bethany habló con ellas. —Hizo una pausa—. Tienen impuestos pendientes sobre la propiedad.

—Voy a ver qué puedo conseguir.

Le leyó la dirección y ella supo que el lugar estaba a unos treinta kilómetros de Eagle's Nest.

—Me pasaré por allí mañana a primera hora para ver si tienen noticias de Bethany. Avísame si averiguas algo más.

—Lo haré.

—Y, Eddie…, ¿puedes buscar alguna muerte femenina no identificada en la zona? También bebés… Bueno, supongo que el bebé tendrá un año y medio. Para mí eso no es un bebé.

Le vino a la cabeza la sonrisa del hijo de Henry. Ya casi caminaba. Su sobrino era un poco menor que la desaparecida Molly Kerr.

—Me pongo a ello.

Mercy colgó y se quedó un rato frente a la casa de los Kerr, disfrutando de la tranquilidad y el sol. Reinaba un silencio absoluto y no se movía absolutamente nada. Incluso los abetos y los pinos que bordeaban el claro permanecían inmóviles. No se oían vehículos ni personas.

«Perfecto», pensó.

Así era como le gustaba vivir. Valoraba la intimidad y la tranquilidad. Después de la boda, Kaylie y ella se habían mudado a la casa de Truman en Eagle's Nest, que estaba en la típica zona

residencial: casas idénticas, vecinos muy cerca y parcelas pequeñas. Sin embargo, pasaban largos fines de semana en su cabaña, escondida en la cordillera de las Cascadas. Habían pensado en mudarse allí, pero no resultaba una opción práctica para sus trabajos ni para los niños. Truman y ella habían hablado de comprar algo más cerca de la ciudad, una finca de varias hectáreas, pero aún no había salido al mercado la propiedad perfecta.

Mercy pegó la oreja a la puerta y oyó a Charlotte, que hablaba animadamente. Parecía que la situación iba bien, y no quiso interrumpir. El granero le llamó la atención y decidió ir a echar un vistazo a ese edificio y un par más que había al lado. Había visto cabras y oído gallinas cuando llegaron, pero ningún otro animal.

Abrió la pesada puerta del granero y captó el olor a heno. Y a estiércol. Las cabras tenían libre acceso desde su corral al aire libre hasta un gran establo en el interior. Una baló y ella le rascó la cabeza. En un rincón distinguió un pequeño tractor y sus accesorios, cubiertos por una ligera capa de polvo. Contra las paredes había armarios de todo tipo. Algunos eran de madera y hechos a mano, mientras que otros eran de plástico y saltaba a la vista que los habían comprado en una tienda. Abrió uno: herramientas de jardinería. En otro había pienso para las cabras y las gallinas. En un tercero había filas ordenadas de conservas de frutas y verduras en tarros de cristal.

Todo estaba muy organizado y ordenado. Mercy dio su aprobación.

Se dirigió de nuevo a la casa, observando el gran depósito de propano que había en la parte trasera de la vivienda y los paneles solares del tejado.

«Aquí se podría vivir sin problemas mucho tiempo», pensó.

Y ese era el objetivo de cualquier preparacionista. Vivir de la tierra y prepararse para aislarse durante largos periodos. Sin embargo, para salir adelante se necesitaba formación y trabajar mucho. Los Kerr parecían haber hecho eso para su familia.

Los preparacionistas tenían diversos orígenes y el centro y el este de Oregón ofrecían el terreno rural y los pequeños pueblos que los atraían. Allí vivían en el anonimato y gozaban de privacidad. Así era como habían criado a Mercy sus padres.

De joven, había sentido celos de los chicos del pueblo, que vestían a la última, se iban de vacaciones y comían en restaurantes. Hasta que fue mayor no empezó a sentir respeto por las habilidades y la mentalidad que le habían inculcado sus padres. Mercy acabó mudándose a la gran ciudad, pero no pudo dejar atrás lo que le habían metido en la cabeza durante décadas. Aunque tenía una casa en Portland, había comprado una cabaña remota y la había acondicionado para la supervivencia, haciendo el mantenimiento los

fines de semana, sin decirle a nadie dónde estaba ni qué hacía.

Sobrevivir exigía un gran secretismo. Si el mundo se iba al infierno, no querías que toda la gente supiera dónde habías establecido tu refugio.

Durante años, lo había considerado un secreto vergonzoso. Ni siquiera sus compañeros de trabajo más cercanos conocían su escondite.

Debido a la educación que había recibido, siempre había vivido con un sentimiento de ansiedad constante, pero de baja intensidad, comprobando los titulares nacionales a diario, observando los mercados internacionales, buscando señales que indicaran el comienzo de EFDMTYCLC.

El Fin Del Mundo Tal Y Como Lo Conocemos.

La preocupación la había llevado a prepararse y a planificarlo todo; a no relajarse nunca.

Cuando conoció a Truman y acogió a Kaylie y Ollie en su vida, empezó a cambiar. Durante años había creído que era mejor permanecer sola: menos bocas que alimentar. Salía adelante sin dedicarse a nada que no fuera su trabajo y preparar su cabaña. Pero los tres la habían cambiado, la habían relajado, le habían enseñado que trabajar sin parar no era vida.

La vida debía girar en torno a la gente que te importaba.

Y así fue como aprendió a encontrar el equilibrio.

Su cabaña se había quemado hacía más de un año, pero Truman y ella la habían reconstruido en el mismo lugar. Ahora era de los dos.

No podía ser más feliz.

Abrió la puerta de la casa de los Kerr y al entrar se dio de bruces con una intensa discusión sobre Harry Potter. Theodore sostenía un gastado libro de tapa dura en su regazo. Los dos niños no daban crédito.

Evan miró a Mercy.

—Acabo de decirles que hay dos libros más de Harry Potter además de los que poseen.

—Tenemos que leerlos —exclamó Charlotte—. Creíamos que se habían acabado.

Theodore asintió, con los ojos brillantes.

—Son los mejores.

—Os los traeré —prometió Evan.

—¡Síííí! —exclamó Charlotte, agitando el puño en el aire mientras Theodore sonreía de oreja a oreja—. ¿Cuándo? —preguntó.

—¿Podrás esperar a mañana? —preguntó Evan.

Charlotte negó con la cabeza.

—Evan, ¿puedo hablar contigo fuera un momento? —preguntó Mercy.

Los dos niños la fulminaron con la mirada por privarlos de su héroe.

—Solo será un momento —prometió.

Los dos salieron y Evan exhaló con fuerza.

—Creo que me los he ganado.

—Salta a la vista. Para cualquier fan de Harry Potter que se precie, que le regalen otro libro es como si le dieran un caldero de oro. Te felicito por la decisión.

—Les pregunté cuáles eran sus libros favoritos y a partir de ahí vino todo rodado.

Evan no podía dejar de sonreír y a Mercy le alegraba verlo tan feliz. Sinceramente, al principio le preocupaba que no hubiera conexión entre él y los niños.

Carraspeó.

—Voy a llamar a los servicios de la infancia y…

—No.

—Por mucho que puedan cuidar de sí mismos, no pueden quedarse aquí solos.

—Me quedaré esta noche —dijo Evan—. Es una opción más sensata que llevarlos a casa.

Desde luego.

Esperaba que Evan llegara a esa conclusión.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto. Así tendré la oportunidad de hablar con ellos sobre sus padres e investigar un poco más. Quizá averigüe algo que me permita deducir dónde está Bethany.

Parecía satisfecho con su decisión. Tal vez incluso ansioso, lo que acabó de convencer a Mercy de que había tomado la decisión correcta al llevarlo a la granja.

—De acuerdo, pero aun así voy a llamar a los servicios sociales. Tienen que estar informados. Les daré tus datos.

Evan asintió.

—Investigaré más sobre la familia —continuó Mercy—. Tengo una pista sobre los posibles familiares de los Kerr. Me pondré en contacto contigo mañana.

—Esta noche los introduciré en el fabuloso mundo de los macarrones con queso de soltero —dijo Evan—. He visto que tienen salchichas, beicon y los copos de maíz que necesito para ello.

A Mercy se le hizo la boca agua.

—Guárdame un poco.

—Aguantan muy bien hasta el día siguiente para el desayuno.

Ella no estaba tan segura de eso.

—Buena suerte —le deseó.

—Bastante suerte he tenido hoy ya —dijo inclinando la cabeza

hacia la casa—. Utilízala para encontrar a Bethany.

—Me pongo a ello.

CAPÍTULO 9

Ollie abrió la caja de arroz frito, inspiró profundamente y decidió que la comida china para llevar era una de las diez cosas favoritas que había descubierto desde que Truman lo había devuelto a la sociedad.

«Será mejor que haga esa lista de mis diez comidas favoritas».

Había descubierto demasiadas cosas maravillosas para contarlas. Internet. Los teléfonos móviles. Su furgoneta. Las chicas. Pero la comida necesitaba una lista propia con los diez mejores platos.

Se sirvió una gran porción con la cuchara y le pasó la caja a Kaylie.

—¿Tienes hambre? —preguntó ella con ironía, observando el nivel de arroz del recipiente.

—Hay otra caja de arroz frito —dijo Mercy.

Ollie se llenó la boca y sonrió a Kaylie, asegurándose de enseñarle los trocitos de arroz y la carne de ternera entre los dientes.

Ella puso los ojos en blanco y se sirvió.

Él miró en torno a la mesa a Truman, Mercy y Kaylie. Procuraban cenar juntos varias noches a la semana, y Ollie se preguntó si los demás tenían idea de cuánto le gustaban esas reuniones. Había comido solo durante demasiado tiempo tras la muerte de su abuelo. Truman le pasó otra caja blanca.

Pollo sichuan.

A los pies de Ollie, Shep emitió un leve gemido cuando le llegó el olor. Al perro le gustaba el plato picante. Incluso los pimientos picantes. Tenía un estómago de hierro. Ollie levantó la vista y descubrió a Mercy observándolo con una mirada de reproche. A ella no le gustaba que diera comida a los animales en la mesa, de modo que Ollie se la daba a escondidas.

—Hoy he conocido a un chico que me ha recordado a ti, Ollie —dijo Truman mientras Mercy asentía con la cabeza.

—¿Quién? —preguntó Ollie tras tragar un gran bocado de pollo.

—Se llama Theodore Kerr. —Truman y Mercy les hablaron de los dos niños que habían estado viviendo solos durante las dos últimas semanas.

—¿Está viva su madre? —preguntó Kaylie, con una mirada triste.

—Lo averiguaremos —dijo Mercy.

Aquello despertó el interés de Ollie. No había conocido a nadie

que hubiera vivido aislado como él. Aunque Theodore tenía una familia, por alguna razón había permanecido apartado del resto del mundo.

—Me gustaría conocerlos —le dijo Ollie a Truman, que se sorprendió de que sintiera afinidad por unas personas desconocidas.

—Podemos organizarlo.

Truman les habló entonces del vínculo de los niños con Evan Bolton.

—Me gusta el detective Bolton —afirmó Kaylie—. Da buenas propinas en la cafetería. La tía Pearl siempre intenta atenderlo. Dice que le tiraría los tejos si no estuviera casada.

—¿Has tenido algún problema en la cafetería con los cazadores de tesoros? —preguntó Mercy.

—Ha sido genial para el negocio —respondió Kaylie—. Estamos desbordados.

Ollie se alegró de ello; quería que el negocio fuera un éxito. El padre de Kaylie le había dejado el establecimiento al morir y ahora lo llevaba ella con la ayuda de su tía Pearl.

—Tienes suerte de que no haya habido problemas —dijo Truman —. He recibido quejas de varias personas del pueblo sobre cazadores de tesoros que andan merodeando por ahí o que molestan a la gente. Y algunos pueden ser peligrosos. Hoy hemos tenido un tiroteo.

Ollie se había enterado de lo que había ocurrido en el aserradero. Notó que alguien le pisaba el pie y Kaylie lo miró con ojos muy abiertos.

«Quiere que le cuente a Truman lo de los chicos del lago».

Negó con un gesto apenas perceptible de la cabeza. Tim Giles era un fanfarrón, y Ollie no quería que Truman se involucrara en ello a menos que Tim hiciera algo ilegal. En el pasado, había acosado a Ollie por escudarse tras el jefe de policía, aunque nunca había pedido ayuda.

Tim era simplemente un imbécil. Y un matón.

Kaylie bajó el hombro izquierdo de forma extraña y se concentró en clavar el tenedor en la gamba.

«Ha dado de comer a un gato».

Los gatos, Dulce y Simon, estaban bajo la silla de Kaylie porque sabían que ella no tenía reparo en infringir las reglas.

—Sé que vosotros habéis estado buscando el tesoro —dijo Truman—. Pero quiero que tengáis cuidado con los recién llegados. Veo que esa gente pierde fácilmente la sensatez cuando hay dos millones de dólares en juego.

—¿Crees lo de los dos millones? —preguntó Kaylie.

Truman se encogió de hombros.

—Podría ser un gran engaño. ¿Quién sabe?

Ollie había leído todo lo que había podido encontrar sobre Chester Rollins, el excéntrico millonario que había escondido el tesoro. El anciano de noventa años había muerto hacía unas semanas sin herederos, y su abogado, que había anunciado la búsqueda, había dicho que Chester quería que fuera su legado. El millonario tenía fama de hacer lo contrario de lo que le decían y disfrutaba dando órdenes a la gente. Por lo que había leído, Ollie creía que Chester era bien capaz de esconder un tesoro por el simple placer de volver loca a la gente.

—Yo creo que lo hizo —dijo Ollie—. No me extrañaría nada. Le gustaba gastar el dinero en cosas raras. He leído que se gastó cien mil dólares en ceniceros que pertenecieron al zar Nicolás II.

—Bueno, me alegraré cuando se vayan de la ciudad y recupere algo de paz —refunfuñó Truman, cogiendo un trozo de cerdo agridulce—. Todo esto es ridículo. Incluso los periodistas están causando problemas. No paran de llamar a la comisaría. Después del tiroteo de hoy, Lucas se ha pasado el día al teléfono para decirles que no era asunto suyo.

—Esta mañana hemos tenido dos camiones satélite de cadenas de noticias en la cafetería —añadió Kaylie—. Han arrasado con los pastelitos de limón y han intentado entrevistarme. Les dije que no, pero los he visto grabando a Leighton Underwood.

Mercy se rio.

—Leighton los volverá locos con sus chaladuras.

A Ollie le caía bien el anciano, un hombre alto y muy educado que siempre contaba historias de lo más extrañas. Leighton creía en los extraterrestres, en un gobierno mundial secreto y en que los *chemtrails* estaban atontando a los estadounidenses.

Sonó el timbre de la puerta y Kaylie saltó de la silla.

—¡Serán los gatitos!

—¿Más gatitos? —preguntó Truman, que lanzó una mirada de asombro a Mercy.

—¿No te ha avisado? —preguntó ella.

Truman suspiró, sacudió la cabeza y tragó la comida china. Ollie sonrió. Kaylie había empezado a colaborar con una protectora de gatos y había acogido dos camadas de gatitos en los últimos meses. Al parecer, acababa de llegar la tercera. Hacía una semana que habían encontrado hogar para la última y Ollie echaba de menos ver a las bolitas de pelo corretear por la casa. Kaylie había convertido un dormitorio vacío en una habitación para los gatitos, pero, a medida que estos crecían, se iban adueñando de la casa.

Dulce y Simon no mostraban el menor interés hacia los recién llegados, pero Shep se había ganado el título de tío de los gatitos. Le gustaba acurrucarse con cada camada y los había sorprendido a todos dejando que los pequeños se le subieran encima y le persiguieran la

cola.

Kaylie reapareció con un gran transportín de gatos en las manos.

—¡Son cinco!

—¡Vaya! —murmuró Truman, pero fue el primero que introdujo un dedo por la puerta del transportín y le rascó la cabeza a un gatito naranja que lo miraba con curiosidad—. Qué color tan bonito —le dijo a Kaylie—. Y fíjate en todas las manchas multicolores de ese.

Todos admiraron a las crías y Kaylie se dirigió a la sala de los gatitos con los recién llegados.

—Un día de estos, encontrará a uno del que no querrá desprenderse —dijo Mercy.

—No sé yo —afirmó Ollie—. Cuando llevan un mes aquí, ya está cansada de las visitas al veterinario y de limpiar todo lo que ensucian. Siempre se alegra cuando les encuentra un buen hogar.

Ollie se había encariñado especialmente con un gatito blanco y negro de la segunda camada. Una familia con dos niños pequeños se había enamorado de Tux y de uno de sus hermanos. Y fue la adoración absoluta reflejada en los ojos de los niños lo que hizo más llevadera para Ollie la separación.

—No sé cómo encuentra tiempo para todo —comentó Mercy—. Trabaja más de cuarenta horas a la semana. Al menos no tendrá clases en la universidad hasta el otoño. —Miró a Ollie—. ¿Cuánto tiempo dedicáis vosotros dos a la búsqueda del tesoro?

—No mucho —respondió Ollie, con la boca llena.

Sin embargo, todas las noches se quedaba despierto hasta tarde estudiando los distintos sitios web donde la gente analizaba las pistas y la búsqueda. Había pasado muchas horas fantaseando sobre cómo gastaría el dinero. Kaylie había insistido en que una parte se destinaría a su cuarto de los gatitos para comprar más suministros.

Ollie le había echado el ojo a una nueva furgoneta. Una con control de velocidad adaptativo y toma de corriente que funcionara como un generador. Pero siempre conservaría la vieja que le había comprado Truman porque… bueno, porque se la había comprado Truman.

La vieja furgoneta era un símbolo sentimental de su nueva vida. Representaba la inclusión y la familia.

—¿Crees que el tesoro está en algún lugar cerca de Eagle's Nest? —preguntó Mercy.

Hasta el momento no había prestado mucha atención a la búsqueda porque estaba muy ocupada con el trabajo. Pero siempre escuchaba y ayudaba cuando Ollie tenía preguntas sobre la zona. Había vivido en Eagle's Nest hasta los dieciocho años. El pueblo había cambiado desde entonces, pero, según Mercy, no mucho.

—Te avisaré cuando lo encuentre —dijo Ollie.

Truman dejó la bebida y miró fijamente al chico.

—Estás muy metido en esto, ¿verdad?

Ollie asintió con la cabeza, un poco avergonzado de estar dedicando tanto tiempo a algo con tan pocas probabilidades de éxito.

—Alguien tiene que encontrarlo —dijo Truman—. Podrías ser tú, pero no descuides el trabajo.

—No, claro.

Le encantaba su labor en la tienda de artículos deportivos y en el concesionario de coches.

—Y, como te he dicho, ten cuidado con los otros buscadores. Mantén un perfil bajo. La gente comete muchas estupideces por dinero.

—Sí, señor —dijo Ollie, que pensó en los comentarios de Tim Giles esa mañana y se preguntó si debía contarle a Truman lo sucedido.

«No. Giles solo es un abusón».

Estaba casi seguro de ello.

CAPÍTULO 10

A la mañana siguiente, Truman estaba disfrutando de su primera taza de café cuando Lucas apareció en la puerta de su despacho, con aspecto pálido.

—¿Qué pasa? —preguntó Truman nada más verlo.

—El tipo que se lio a tiros en el aserradero. —Lucas tragó saliva con fuerza—. Acaba de llamar Samuel y ha dicho que Sandy lo ha encontrado muerto detrás de su pensión. Le han disparado en la cabeza.

—¿A quién te refieres? —preguntó Truman, que se puso en pie y cogió su sombrero.

—A Billy Serrano.

«El de la camiseta Wrangler. El que afirmó que le habían robado el cuaderno».

Ambos hombres habían sido acusados y puestos en libertad. Serrano había conseguido quedarse con su cuaderno.

«¿Lo condenamos a muerte sin saberlo?».

—¿Qué demonios está pasando con esta búsqueda del tesoro? —preguntó Lucas—. ¿Le han matado por lo que sabía?

—¿Se alojaba en la pensión de Sandy?

—Sí. Sandy nos ha confirmado que había dormido allí las dos últimas noches.

—¿Ella está bien?

—Un poco alterada. Samuel le está echando una mano.

Truman asintió. Los dos eran recién casados y conocía de sobra el instinto protector de Samuel, aunque Sandy era una de las mujeres más independientes de la ciudad.

—Llama al condado y diles que necesitamos un detective y un equipo para la escena del crimen. También al forense —dijo mientras Lucas lo seguía por el pasillo. Con su diminuto departamento, Truman no tenía los recursos necesarios para ocuparse de un asesinato. Y la muerte de una persona a la que había detenido y puesto en libertad el día anterior requería sin duda recursos y ayuda externa—. ¿Qué dirección tenemos del otro tirador…? ¿Matt Stephens?

—Nos dio la de un motel de Bend.

—Envía a Royce allí.

Lucas asintió y se dirigió a su escritorio mientras Truman salía

por la puerta principal.

✶✶✶

Truman le pidió unas sábanas a Sandy para colgarlas e impedir que los mirones pudieran ver la escena del crimen. El contenedor de basura y la valla bastaban para bloquear el ángulo de visión desde tres lados, pero se había corrido la voz y los lugareños habían empezado a dejarse caer por ahí, como quien no quiere la cosa, además de los periodistas, que eran más persistentes y descarados en su deseo de obtener respuestas.

Colgó las sábanas sin dejar de refunfuñar. Alguien había manipulado las cámaras de seguridad de la pensión. Cámaras que él mismo había comprado e instalado después de que Sandy fuera víctima de varios actos vandálicos. Una de ellas la había colocado para cubrir la zona de los contenedores de basura. Cubría el ángulo ideal para recoger imágenes del crimen. Sin embargo, comprobó la grabación y soltó un exabrupto al ver que alguien había pintado el objetivo con pintura.

La forense, Natasha Lockhart, había examinado el cuerpo durante los últimos minutos bajo la atenta mirada de Truman, Ben y dos técnicos. Palpó cuidadosamente el cráneo, y sus manos enguantadas presionaron y rozaron el pelo de la víctima. Sin embargo, cuando pasó a los huesos de la cara, Truman fijó la mirada en una rueda del contenedor. Billy Serrano tenía un gran orificio de salida que le había arrancado uno de los ojos. El mero hecho de verlo ya era muy duro, pero no podía soportar la imagen de alguien que lo tocaba sin reparos.

—Herida de entrada en la base del cráneo —murmuró para sí la doctora Lockhart—. Ángulo ascendente y salida por la órbita izquierda.

—Disparo por la espalda —afirmó Ben con un deje de ira. Cambió el peso del cuerpo al otro pie y apoyó las manos en su cinturón de servicio.

Truman no dijo nada. Estaba repasando mentalmente las interacciones que había visto entre Billy y Matt Stephens el día anterior. No habría considerado a Stephens como un asesino. Un ladrón y un vago, sí. Pero no un asesino. Royce había encontrado a Stephens en su hotel, y este había accedido a volver al Departamento de Policía del Eagle's Nest para someterse a un interrogatorio sobre el incidente del aserradero del día anterior. El oficial no había mencionado el asesinato de Billy Serrano, y tampoco Stephens.

Royce dijo que a Stephens no le había hecho mucha ilusión que le pidiera que acudiese a la comisaría, pero tampoco se había negado. Ambos estaban ya esperando las preguntas de Truman.

«No fue Stephens».

Cualquier asesino con medio cerebro habría abandonado la ciudad después de haber matado a alguien que lo había acusado de dispararle el día anterior. Sin embargo, Stephens había abierto la puerta del hotel en ropa interior y había preguntado si podía terminar el café antes de irse con Royce.

«Entonces, ¿quién lo hizo?».

Los técnicos de la escena del crimen habían encontrado un casquillo de nueve milímetros a pocos metros y seguían buscando la bala. Las huellas del suelo y los rastros de sangre indicaban que habían arrastrado a Serrano detrás del contenedor después de dispararle.

—¿Cómo es posible que nadie oyera nada? —se preguntó Ben—. ¿Utilizaron silenciador?

—Es probable —respondió Truman.

Eagle's Nest se encontraba en una zona rural, pero no tanto como para que nadie informara de haber oído un disparo en medio del pueblo.

—Fue planeado —dijo Ben, con la frente arrugada, ensimismado en sus pensamientos.

—Sí.

La doctora Lockhart se levantó, se quitó los guantes y los dejó sobre el cuerpo. Sacó su teléfono, consultó una aplicación meteorológica y utilizó su calculadora.

—Teniendo en cuenta las temperaturas de la noche y su temperatura corporal actual, diría que murió entre la medianoche y las tres de la madrugada. Podré verificarlo cuando tenga el cuerpo en la mesa de examen y haga los análisis correspondientes.

Truman se alegró de que les diera un margen de tiempo tan ajustado.

—Las cámaras sufrieron el ataque a las diez de la noche de ayer. Otro indicador de que estaba planeado.

—¿Necesita algo más, jefe? —preguntó la doctora Lockhart, que se guardó el teléfono en el bolsillo trasero de los vaqueros. Era una mujer menuda, con el pelo largo y oscuro, y la forense más amable que Truman había conocido.

—Un sospechoso.

—Eso es cosa suya —respondió ella. Miró detrás de él y Truman percibió que la improvisada cortina de sábanas se había movido—. Y supongo que también de Evan.

—Truman. Natasha.

Evan Bolton los saludó y les tendió la mano cuando Truman se volvió.

—¿Te han adjudicado este asesinato? —preguntó Truman—.

¿Qué pasa con Theodore y Charlotte?

—Cuando recibí la llamada, les pregunté si les apetecía conocer a Kaylie y Ollie y pasar un rato con ellos mientras yo trabajaba. Y cómo no, cazaron la oportunidad al vuelo. —Evan adoptó un gesto circunspecto—. No creo que hayan estado nunca en un vecindario de las afueras.

—¿Me estás diciendo que están en mi casa? —preguntó Truman.

—Sí. Los he dejado hace unos minutos. Lo consulté primero con Mercy y le pareció una gran idea. No necesitan supervisión, pero me siento un poco mejor, y creo que a ellos les sentará bien el cambio de aires.

—¿Ahora resulta que tiene hijos, detective? —preguntó la doctora Lockhart, con una sonrisa socarrona—. Enhorabuena. No me lo esperaba.

Evan le hizo un rápido resumen de los acontecimientos del día anterior.

La doctora Lockhart frunció los labios.

—Hace dos semanas examiné a una desconocida de unos treinta años que fue encontrada en el condado de Jefferson. Supongo que ya lo ha comprobado.

—Mercy y el FBI se encargan de eso —respondió Evan—. Pero confirmaré que lo han descartado.

Hizo una pausa.

—¿Causa de la muerte?

—Estrangulamiento. La abandonaron en la autopista 97.

Evan se limitó a asentir con aire inexpresivo.

«Esa desconocida podría ser su hermana».

Truman compadeció al detective.

La doctora Lockhart miró el cadáver.

—Aquí tiene un crimen violento, jefe.

—El pueblo está patas arriba desde que la búsqueda del tesoro salió en los informativos nacionales, que es la única razón por la que este tipo llegó a Eagle's Nest. He tenido todo tipo de problemas con los buscadores del tesoro. La cosa empezó con la invasión de propiedades privadas, pero ha derivado en multitud de peleas e incluso algunos disparos.

—Es una locura —afirmó Evan—. ¿Ya sabías que este tipo estaba involucrado?

Truman le puso al corriente del tiroteo en el aserradero y le dijo que el otro tirador estaba esperando que lo interrogaran en la comisaría de Eagle's Nest.

Evan negó con la cabeza.

—Registraré su habitación de la pensión, a ver si encuentro la carpeta, y luego iré a entrevistar a Matt Stephens. El dinero hace

perder el juicio a la gente.

—La verdad, no creo que Stephens sea el autor del disparo —dijo Truman—. Ya lo verás cuando lo conozcas.

—Tomo nota —dijo Evan—. Siento todo el revuelo que se ha montado. Me pareció que había más gente de lo habitual rondando esta escena. Y también muchos periodistas.

—Dímelo a mí. Ya tengo ganas de que alguien encuentre el tesoro para que la prensa y los buscadores se vayan de mi ciudad.

Truman miró a la víctima.

«¿Habrá más muertes por culpa del tesoro?», se preguntó.

CAPÍTULO 11

Ollie intentó no sonreír. Charlotte no podía apartar la mirada del *piercing* de la nariz de Kaylie.

Él ya se había acostumbrado, pero recordaba el impacto que le había causado la pequeña piedra brillante cuando se conocieron. Ahora simplemente formaba parte de ella. Los colores cambiaban según su estado de ánimo y su ropa.

Antes de que Evan dejara a los niños, Ollie y Kaylie se habían puesto de acuerdo con él sobre los dulces, los videojuegos y los gatitos para entretener a los niños durante el día. Ollie recordaba la primera vez que había tenido en las manos un mando de videojuegos y estaba impaciente por ver la reacción de Theodore.

Sin embargo, las cosas no iban como estaba previsto.

Evan los presentó a los cuatro y se marchó. Se disculpó porque llevaba prisa y les prometió que volvería más tarde. Theodore estaba sentado tranquilamente en el sofá, observando una pequeña estantería repleta de novelas. Charlotte había examinado a Kaylie de pies a cabeza y se había quedado prendada del *piercing* de la nariz.

—¿Puedo ver tu armario? —le preguntó, sin dejar de mirar el *piercing*.

Kaylie hizo una larga pausa.

—Supongo que sí, aunque está un poco desordenado.

Ollie tosió. Kaylie tenía tanta ropa en el suelo de su habitación como en su armario.

—¿Puedo ver tus zapatos? ¿Y las joyas? —preguntó Charlotte, con una emoción cada vez mayor.

—¡Charlotte! —exclamó Theodore—. No seas maleducada.

—No pasa nada —aseguró Kaylie, que le dirigió una sonrisa a la niña—. Puede que incluso tenga algunas cosas que me han quedado pequeñas y que podrían servirte.

Charlotte juntó las manos con una mirada ilusionada.

—¿Tienes algún vestido de fiesta? —preguntó esperanzada.

Kaylie parpadeó.

—Ummm… no. Tal vez alguno de verano. Ven conmigo. Después te enseñaré la habitación de los gatitos.

Ollie observó a Charlotte, que se fue con la entusiasmada niña y lo dejó a solas con el muchacho taciturno. Ollie sintió compasión por

él. La madre de Theodore llevaba semanas desaparecida y ahora lo habían llevado a una casa extraña con dos adolescentes.

—¿Quieres ver a los gatitos? —le preguntó Ollie.

—Hace poco tuvimos una camada en nuestro granero —dijo Theodore, que seguía examinando los libros de la estantería.

«Supongo que eso es un no».

—¿Tienes hambre? —preguntó Ollie, que tomó asiento en la otomana y miró a Theodore—. ¿Has desayunado?

—Evan nos metió mucha prisa esta mañana —respondió Theodore—. Nos dijo que nos prepararías el desayuno. —El adolescente se retorció en el asiento y se miró las manos en el regazo —. Ha sido un poco brusco.

Ollie se puso en pie de un salto.

—No te preocupes. Kaylie trae a casa las sobras de la cafetería, y también tenemos algunas de sus barritas de desayuno.

Al cabo de un minuto, Theodore se había sentado en la encimera de la cocina mientras comía dos barritas de avena con chocolate negro de Kaylie. Al principio les dio un mordisco de prueba, pero enseguida se le iluminó la cara. Dio un segundo bocado con más entusiasmo. El gato negro de Truman, Simon, se subió al taburete de al lado y se quedó mirando a Theodore, pidiéndole con sus ojos amarillos que compartiera el desayuno.

—¿Quieres que vaya a buscar a Charlotte? —preguntó Ollie.

—No, déjala que disfrute con sus cosas de chica.

Theodore terminó una barrita y empezó la otra.

—Mercy me ha dicho que te gusta Harry Potter.

Theodore dejó de masticar y enderezó la espalda.

—¿Tienes los dos últimos libros? —preguntó con la boca aún llena de comida.

—Sí.

Theodore empezó a engullir la segunda barra.

—Más despacio. Te prestaré los libros y podrás llevártelos a casa.

El chico obedeció, asintió y dio un bocado más razonable, pero los ojos todavía le brillaban de emoción.

—¿Estás preocupado por tu madre? —le preguntó Ollie, mientras servía un vaso de leche.

Ninguno de los dos hermanos parecía angustiado. La noche anterior había oído que Mercy se lo hacía notar a Truman. Le resultaba extraño.

—Seguro que está bien. A veces mi padre y ella desaparecían un par o tres de semanas seguidas.

—¿De verdad?

«No le importa hablar de su padre».

—Se iban de caza o a comprar provisiones, por eso lo que ha

ocurrido no me parece tan raro.

A Ollie sí que le parecía anormal. En cualquier caso, había algo que preocupaba a Theodore porque, de lo contrario, no habría contactado con Truman.

—¿Alguna vez te llevaron con ellos en esos viajes? —Dejó el vaso delante de Theodore.

—No. Nos tienen prohibido ir a la ciudad porque allí rigen leyes inconstitucionales. Es más seguro quedarse en casa. —Theodore tomó un sorbo de leche y frunció el ceño—. Aquí las casas están muy juntas.

Mercy le había dicho a Ollie que creía que el padre de Theodore procedía de una familia de ciudadanos soberanos. El joven había tratado con suficientes de ellos como para conocer sus opiniones, que consistían principalmente en que no se consideraban sujetos a ningún impuesto ni a ninguna ley. Theodore estaba repitiendo lo que había oído de su padre. Como cualquier otro grupo social, los soberanos tenían sus manzanas podridas. Varias personas con esas ideas habían asesinado al abuelo de Ollie.

Ollie suponía que la familia de Theodore simplemente quería vivir su vida y criar a su familia como mejor le parecía. Los niños tenían unos modales exquisitos y eran fans de Harry Potter. No parecían haber crecido en un entorno violento.

Sin embargo, Ollie estaba de acuerdo con el comentario acerca de las casas. La suya estaba en un barrio típico con pequeñas parcelas valladas. Durante las primeras semanas tras haber vivido en el bosque durante tantos años, lo había embargado una sensación de claustrofobia.

—Cuesta acostumbrarse. Pero la gente que vive aquí es muy agradable. La mayoría son buenas personas —le dijo al joven.

Ollie había tardado un poco en descubrirlo por sí mismo.

Theodore se encogió de hombros mientras bebía más leche.

—De pequeño, cuando mi madre tenía que ir a la ciudad me dejaba con los Taylor, que vivían a unos cuantos kilómetros. Eran amables. Me dejaban ver la televisión. Nosotros no tenemos.

—¿Qué veías?

Theodore frunció el ceño, pensando.

—Recuerdo un programa de dibujos animados en el que un chico llamado Ash tenía un Pikachu de mascota. Era amarillo.

Ollie asintió. Todavía era fan de los Pokémon.

—A veces los Taylor veían un programa en el que la gente se sentaba detrás de un escritorio y hablaba. Era aburrido.

«¿Las noticias?».

—A mi padre no podía decirle nada de aquellos programas, si no se enfadaba.

—¿Por qué?

—Decía que no debíamos verlos, que enseñaban cosas que estaban mal.

Una mirada melancólica ensombreció los ojos de Theodore.

—Al final les dijo a los Taylor que apagaran la televisión cuando estuviéramos en su casa, pero creo que a veces se les olvidaba.

—¡Tachán! —exclamó Charlotte, que acababa de entrar en la cocina con las manos en alto. Llevaba un vestido amarillo con un estampado de margaritas, un jersey morado y unas sandalias con pedrería y lazos. Miró a Theodore con aire expectante.

—Estás ridícula —le dijo.

—Hmf. Eso demuestra lo poco que sabes. —Charlotte señaló la barra que su hermano tenía en la mano—. ¿Qué es eso?

—Te traeré una —le dijo Ollie—. Siéntate.

Su mirada se cruzó con la de Kaylie, que sacudió la cabeza en dirección al dormitorio. Le dio dos barritas a Charlotte, le sirvió un vaso de leche y siguió a Kaylie hasta su habitación.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Si mi madre se hubiera ido durante semanas, estaría muy preocupada —susurró Kaylie—. Aunque me hubiera criado en medio de la nada y estuviera acostumbrada a estar sola. Charlotte está tan tranquila, como si nada.

—Al principio pensé lo mismo sobre Theodore, pero luego recordé el largo viaje a pie que había hecho para encontrar ayuda policial. En cierto modo está preocupado.

—No me parece un comportamiento normal.

—Pero tal vez sea normal para ellos. Cuando llegué aquí, pensaba y veía las cosas de forma diferente. No es que estuviera equivocado, solo que mis pensamientos eran un reflejo de cómo había vivido. Si de repente te fueras a vivir con Charlotte y Theodore, seguro que ellos también pensarían que algunos de tus comportamientos y pensamientos son extraños.

—¿Es posible que no se lo hayan contado todo a Truman y a Mercy? —Kaylie puso los brazos en jarras y frunció el ceño preocupada.

—Eso siempre es posible —admitió Ollie—. Pero ¿qué podrían estar ocultando?

—Que saben dónde está su madre. O que en realidad no ha desaparecido durante semanas.

A Ollie no le parecía muy probable.

—Entonces, ¿por qué iban a buscar la ayuda de la policía?

—¿Kaylie? —llamó Charlotte desde la otra habitación.

—Hay algo que no encaja con estos chicos, y pienso averiguarlo —susurró Kaylie con un gesto decidido—. ¡Ahora voy! —gritó mientras salía de la habitación. Ollie la siguió.

—¿Puedes darme la receta de estas cosas? —preguntó Charlotte, mostrando una barra a medio comer.

—Por supuesto. Se lo envío por mensaje a… Espera, te lo escribo.

Ollie observó a Kaylie mientras esta buscaba una hoja de papel y se ponía a escribir. Ya no se escribía nada a mano. Todo se enviaba por correo electrónico o por mensaje de texto. Nunca había tenido un teléfono móvil antes de vivir con Truman. Había sido extraño la primera semana, un pequeño peso constante en el bolsillo, pero ahora se sentía desnudo si salía de casa sin él.

Theodore se terminó las barritas.

—¿Podemos ir a ver los libros? —le preguntó a Ollie, que le hizo un gesto para que lo siguiera a su habitación. Una vez allí buscó en su estantería los últimos volúmenes de Harry Potter y se los entregó a Theodore, que los aceptó como si fueran de oro.

—¿Quieres probar un videojuego? —preguntó Ollie.

—Me gustaría leer.

Theodore lo siguió de nuevo a la sala de estar, donde Ollie señaló un puf.

—Es genial para leer.

Theodore se dejó caer de inmediato sobre el saco y Simon se acercó a olfatear sus zapatos. Al cabo de un momento, el gato decidió que el muchacho era digno de su confianza y se unió a él, acurrucándose junto a la cadera del chico.

—¿Es Harry Potter? —exclamó Charlotte con la boca llena.

—Sí —respondió Ollie.

—Tendrás que esperar a que termine —dijo Theodore—. Yo lo vi primero.

—¡No es justo! —Charlotte miró de Ollie a Kaylie, indignada—. Deberíamos haberlo decidido a cara o cruz.

Parecía dispuesta a pelearse con su hermano por el libro.

«Oh, oh».

Ollie no esperaba que fueran a tener problemas.

—Hmmm…

—Puedes leer ese libro de vampiros por el que preguntaste en mi habitación —dijo Kaylie—. Y luego os los cambiáis.

Charlotte frunció los labios mientras meditaba las palabras de Kaylie.

Kaylie se inclinó hacia ella y le susurró en voz alta:

—Ya verás, engancha un montón.

—No sé si a mi madre le gustará que lo lea.

Ollie hizo una mueca al darse cuenta del famoso libro de vampiros que Kaylie iba a prestarle a Charlotte. Un libro de amor y vampiros no tenía ningún sentido.

Kaylie miró a Ollie y luego le dijo a Theodore:

—No pareces muy afectado por la desaparición de tu madre.

Theodore levantó la vista del libro.

—Seguro que está bien.

—Entonces, ¿por qué fuiste hasta el pueblo para denunciar su desaparición? —preguntó Kaylie.

—Porque ella me lo dijo.

—¿Qué? —preguntó Ollie.

—¿Cuándo?

—Antes de irse. Me dijo que me pusiera en contacto con la policía si estaba fuera más de diez días, y eso hice. —El chico frunció el ceño—. ¿Está mal?

Charlotte escuchaba atentamente y miró a Kaylie y a Ollie, con cierta curiosidad.

Ollie sintió la necesidad de tranquilizar a los niños.

—Hicisteis lo correcto.

—Vale.

Theodore volvió a sumirse en la lectura del libro y Charlotte dio otro mordisco a su barra.

«Ha sido fácil».

Kaylie se encontró con la mirada de Ollie y levantó un hombro.

La despreocupación de los niños también empezaba a darle mala espina.

CAPÍTULO 12

Truman se apoyó en una pared de la comisaría de Eagle's Nest mientras Evan Bolton hablaba con Matt Stephens. El tipo de los tatuajes que había participado en el tiroteo del aserradero el día anterior aún no parecía conocer la noticia de que Billy Serrano había sido asesinado. Llevaba los mismos pantalones cargo cortos, pero había cambiado la camiseta sin mangas por una verde. Truman estudió sus tatuajes de perros y se dio cuenta de que la mayoría incluían fechas. Parecía que el hombre había documentado en su piel la vida de todos los perros que había tenido. Y habían sido muchos.

Evan había registrado la habitación de Billy en la pensión, pero no había encontrado ninguna señal del cuaderno de búsqueda del tesoro. El coche de Billy también estaba vacío.

«Aun así no me creo que Matt Stephens haya asesinado a Billy».

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Billy? —preguntó Evan.

—Ayer. Aquí mismo, cuando nos detuvieron.

Evan tomó nota.

—¿No has estado en su hotel?

Matt se incorporó.

—Joder, no. ¿Dijo que me había visto allí? Ni siquiera sé dónde se aloja.

—Ayer mostrabas un gran interés por su libreta.

El de los tatuajes apartó la mirada.

—Eso fue una estupidez. Ahora me doy cuenta.

—¿Has hecho alguna otra estupidez últimamente? —preguntó Evan.

—¿Quién dice tal cosa? —espetó Matt—. No he molestado a nadie desde ayer.

—¿Y antes de eso?

Matt se ruborizó y pareció hundirse en su silla.

—Esta búsqueda del tesoro no es justa.

Truman hizo un gran esfuerzo por mantener una cara seria.

—Explícate —dijo Evan.

—Bueno…, todo el mundo parece saber a dónde tiene que ir. Yo leo las pistas y no les veo el menor sentido, pero todos los demás las comprenden perfectamente. —Un mar de arrugas surcó su frente en un gesto de confusión.

—Las he leído —dijo Evan—. Para mí tampoco tienen sentido. Podrían significar muchas cosas.

—¿Verdad? Por eso he intentado escuchar a otras personas cuando hablan de ellas, seguir sus indicaciones.

—¿Así es como te interesaste por la libreta de Billy?

Matt agachó la cabeza y miró a un lado.

—Sí. Le oí hablar por el móvil en la cafetería. Parecía muy seguro de sí mismo. Eché un vistazo a lo que estaba estudiando y me pareció que tenía buena información.

—Intentaste robar la libreta.

—Pero no lo hice —replicó muy serio, con un gesto de inocencia.

—Solo porque se te cayó —adujo Truman—. ¿Qué pasó cuando intentaste cogerla de nuevo, Matt?

—No lo hice. —Se llevó una mano al corazón y levantó la otra como si estuviera haciendo un juramento—. No intenté volver a robar su cuaderno. Lo juro. Y es un mentiroso de mierda si dice que lo hice.

—No ha dicho nada de eso —dijo Evan.

Matt se desplomó en su silla.

—¡¿Lo ve?! Se lo dije. Joder. —Se secó la frente con el antebrazo. No había dejado de sudar desde su llegada y su olor corporal inundaba la habitación—. No es culpa mía que no entienda las pistas como todos los demás.

—Nadie ha encontrado el tesoro, así que no creo que nadie haya sabido interpretar las pistas —señaló Truman.

—Pues hay gente que actúa como si las hubiera descifrado.

—¿Has robado algo más relacionado con la búsqueda del tesoro, Matt?

—No. —Se revolvió en su asiento—. He seguido a algunas personas, pero no he molestado a nadie.

—Y no has vuelto a meterte con Billy Serrano.

—¡No! —exclamó y golpeó la mesa con la mano—. ¿Cuántas veces tengo que decirlo?

—Billy Serrano ha muerto asesinado a tiros durante la noche, Matt. Su cuaderno ha desaparecido —dijo Evan, mirándolo fijamente.

Matt se quedó muy quieto y palideció.

«Se ha sorprendido de verdad».

De repente, Matt se puso rojo.

—¡Yo no he hecho nada! ¡¿Por eso me han traído aquí?! —Se volvió hacia Truman—. ¡Tiene que creerme! No he visto a Billy desde ayer. No he disparado a nadie.

—¿Dónde está tu pistola? —preguntó Evan.

—En mi furgoneta.

—¿Te importa si le echamos un vistazo?

—Adelante.

Evan se puso en pie.

—Vuelvo enseguida —Hizo un gesto con la cabeza para que Truman le siguiera y se detuvieron a mitad del pasillo—. Tenías razón —le dijo Evan a Truman—. No creo que sea el autor de los disparos.

—No —concedió Truman—. ¿Y ahora qué?

—Esperamos a que los de la científica encuentren alguna prueba.

—Tengo el presentimiento de que la muerte de Billy está relacionada de algún modo con la búsqueda del tesoro. Sobre todo porque su cuaderno ha desaparecido —dijo Truman—. No me hacía ninguna gracia que dos hombres se hubieran liado a tiros, pero es que ahora tengo un asesinato por culpa del tesoro.

Evan asintió.

—El dinero nos vuelve estúpidos. Esperemos que alguien encuentre pronto el premio.

CAPÍTULO 13

Mercy admiró los altos pinos ponderosa que se alzaban a ambos lados de la entrada de la casa y el rancho de los Kerr.

Eddie había buscado más información sobre Christine y Linda Kerr y había comunicado sus averiguaciones a Mercy por teléfono mientras iba a su encuentro. Eran dos hermanas que se habían casado con los hermanos Joshua y Joseph Kerr hacía más de cincuenta años en una ceremonia conjunta. Ellos habían muerto hacía más de diez años en un accidente de navegación. Ninguna de las dos mujeres se había vuelto a casar y ambas habían vivido juntas desde la muerte de sus maridos. Uno de los hijos vivía cerca.

Eddie había hablado brevemente con Christine Kerr el día anterior para concertar una cita con Mercy y se enteró de que el padre de Theodore, Victor, era hijo de un tercer hermano, Jack, también fallecido.

Jack, Victor, Theodore. Abuelo, padre, hijo.

Jack, Joshua, Joseph. Hermanos. Todos muertos.

A Mercy le había parecido extraño que hubieran fallecido tantos hombres de la familia y se lo había dicho a Eddie, quien afirmó que Christine Kerr respondió con evasivas cuando le preguntó por la muerte de Jack. Insinuó que había sido un accidente y enseguida intentó cambiar de tema.

Lo sucedido le recordó a Mercy que Charlotte y Theodore no habían hablado mucho de la muerte de su padre.

«Hay demasiados fallecimientos en esta familia».

Mercy aparcó junto a una furgoneta Chevy cubierta de polvo y un remolque para caballos. La gran granja blanca parecía en buen estado y tenía un acogedor porche cubierto con muebles de mimbre. Más allá de la casa había media docena de grandes dependencias. Vio unos cuantos caballos en un campo lejano, pero ningún otro animal.

Cuando Mercy se enteró de que el rancho de los Kerr había sido una importante granja de ovejas, cayó en la cuenta de repente de que esa familia había sido la propietaria de Textiles Kerr. Mercy tenía un vago recuerdo de su madre y su padre discutiendo sobre la calidad superior de sus viejas mantas Kerr, e identificaba fácilmente la etiqueta, una cabeza de oveja con una expresión altiva sobre un elaborado fondo púrpura. Siempre había imaginado que la oveja decía

«grrr» para que rimara con Kerr. Sin embargo, hacía ya varias décadas que la línea de productos había desaparecido. Mercy nunca la había visto en una tienda.

«Dudo que Theodore y Charlotte conozcan este capítulo de su historia».

Los niños habían crecido totalmente aislados de ambas ramas de su familia.

Se oyeron pasos y una mujer alta dobló la esquina del porche cubierto. Llevaba el pelo largo y canoso recogido en una coleta, y vestía pantalones vaqueros, botas de media caña y una camisa de cuadros sin mangas. Al observar su aspecto anguloso y sus marcadas facciones, Mercy supo al instante que era una amazona.

—Usted debe de ser la agente Kilpatrick —dijo la mujer, deteniéndose y mirando a Mercy.

—Sí. —Mercy subió ágilmente las escaleras hasta el porche y le tendió la mano—. Mercy Kilpatrick.

—Linda Kerr.

La mujer tenía las manos curtidas y fuertes. Sus ojos eran de un azul gélido y con las comisuras surcadas de arrugas. A Mercy le cayó bien de inmediato. Sabía que Linda tenía más de setenta años, pero no captó en ella el típico aire de abuela. Su aire pragmático y sereno hizo que Mercy se la imaginara limpiando establos más que abrazando a sus nietos.

—Entre —dijo Linda, abriendo la puerta mosquitera—. ¡Chrissy! —gritó hacia el interior de la casa—, ya está aquí la agente del FBI.

Mercy entró en un túnel del tiempo. Tapicerías florales recargadas y descoloridas. Cachivaches. Moqueta verde oscuro. Suelos de parqué con cenefas. Todo estaba inmaculado y desprendía un leve olor al producto de limpieza de pino que su madre siempre había utilizado.

Apareció Christine Kerr.

«Aquí está la abuela que esperaba encontrar».

Lucía una gran sonrisa, tenía la piel rosada y llevaba el pelo blanco recogido en lo alto de la cabeza. También era alta y vestía unos pantalones cortos hasta la rodilla de color caqui con una camiseta de flores holgada. Mientras que Linda recordaba a un rectángulo rígido, Christine era un óvalo cómodo y acogedor.

—Me alegro de conocerla, agente especial Kilpatrick —dijo Christine.

Su apretón de manos también fue diferente al de Linda. Le tomó la mano con las dos suyas, en un gesto de afecto.

«Tengo que dejar de compararlas».

Sin embargo, las dos hermanas eran tan distintas que a Mercy le llamó la atención el contraste entre ambas.

Atravesaron la cocina y salieron por la puerta trasera a una gran terraza que acusaba el paso del tiempo. Había una mesa y sillas de hierro forjado bajo una gran sombrilla, y una jarra de té helado con ramitas de menta.

Y galletas. Cuatro tipos diferentes de galletas caseras.

Mercy miró a Christine.

—¿Es la repostera?

—Ah, no. Esa es la pasión de Linda. Yo soy mejor cocinera, pero sus dotes para la repostería superan con mucho las mías.

—Y que lo digas —convino Linda, haciendo un gesto a Mercy para que se sentara mientras sacaba su propia silla.

Mercy se sentó e hizo una mueca de dolor al notar el duro asiento de hierro.

—Puede que yo sea la mejor repostera, pero Christine prepara los martinis como nadie —dijo Linda.

—Eso es porque compras el licor barato.

—Es alcohol y ya está. ¿Qué más da? —preguntó Linda.

—En tal caso, ¿por qué me salen mejor a mí? —preguntó Christine con brusquedad y lanzó a Mercy una mirada tímida—. Discúlpenos, agente Kilpatrick. A veces no guardamos las formas entre nosotras.

—Tengo dos hermanas. Lo entiendo —dijo Mercy—. Si aún viviéramos juntas, probablemente ya nos habríamos matado unas a otras. Y llámeme Mercy, por favor.

—Bueno, Linda no para de intentar asesinarme con esas abejas suyas —declaró Christine.

Linda puso los ojos en blanco.

—Tienes una inyección de epinefrina en cada habitación de la casa. —Miró a Mercy—. Me dedico a la apicultura y la miel me ofrece unos buenos ingresos adicionales.

—Poniendo mi vida en riesgo —replicó Christine.

Linda le pasó a Mercy el plato de galletas mientras Christine servía tres vasos de té. Mercy observó los distintos tipos de galletas, reflexionó durante una fracción de segundo y tomó una de cada.

«Son pequeñas. Bueno, al menos hay dos que son pequeñas».

—Ya me cae bien, agente Mercy —dijo Linda con una carcajada.

—Mi sobrina es pastelera, así que no me ando con remilgos cuando hay que probar galletas.

Mordió una y sus papilas gustativas estallaron de placer al saborear la mantequilla y el azúcar.

—Es perfecta —le dijo a Linda.

—Espere a probar las de chocolate —dijo Christine—. Las hace con tres tipos distintos.

—Nunca había visto una galleta igual. —La masa de la galleta

quedaba casi oculta bajo los trozos de distinto tamaño de chocolate. Tomó nota mental para describírsela a Kaylie. Bebió un largo trago de té helado y empezó a toser.

—¿Es bourbon? —preguntó Mercy, parpadeando con fuerza para aliviar el ardor de la garganta.

—Solo unas gotitas —respondió Christine—. Así baja más fácilmente.

Mercy no estaba de acuerdo con ninguna de las dos afirmaciones.

«Es imposible que pueda terminar ese vaso y conducir de vuelta a la oficina».

Dio un mordisco a la galleta de chocolate para quitarse el sabor de la lengua. Nunca le había entusiasmado el bourbon.

La galleta estaba deliciosa.

—El agente del FBI que me llamó me dijo que están buscando a Bridget Kerr —afirmó Christine—. No hemos oído nada ni hemos visto a nadie llamado así. De hecho, no sabía quién era hasta que el agente dijo que se había casado con el joven Victor. Fue una pena cuando murió.

—Hacía años que no lo veíamos —añadió Linda.

—Se largó poco después de la muerte de su padre, Jack; debía de tener apenas veinte años —dijo Christine—. Siempre fue un bala perdida. Ayer le pregunté a mi hijo Alex si había tenido noticias de Victor en los últimos años, pero me dijo que no. Si alguien sabía algo de él tendría que haber sido Alex. Estaban muy unidos, aunque se llevaban unos diez años.

—¿Está Alex por aquí? —preguntó Mercy—. También me gustaría hablar con él.

—Está en el trabajo. Le daré su número de teléfono.

—El padre de Victor, Jack, era el tercero de los tres hermanos Kerr, ¿verdad? —preguntó Mercy, sacando un pequeño cuaderno de su bolso—. ¿Ustedes son las viudas de los otros dos?

Las mujeres asintieron.

—Lo siento mucho. —Mercy miró a ambas hermanas—. Tengo entendido que sus maridos murieron en un accidente de navegación.

—Hace ya años —replicó Christine.

—¿Fue antes o después de la muerte de su hermano Jack?

—Más o menos un año después. Jack era el menor de los tres —dijo Christine—. Falleció en un accidente de coche cuando tenía unos cuarenta años. Fue un golpe muy duro para Ethel, la madre.

—No quiero ni imaginar lo que se siente al perder a tres hijos en un año —dijo Mercy, tomando notas.

«¿Un accidente de barco y de coche en un año? ¿Eran todos adictos a la adrenalina?».

Al parecer, Jack no había transmitido ese gen a su nieto,

Theodore. El joven adolescente se mostraba tranquilo y sereno.

—Ethel era una mujer fuerte —afirmó Christine mientras Linda asentía con énfasis—. Ella creó la marca textil Kerr, ya sabes. Su empuje y creatividad pusieron sus productos de lana en el mapa. Tras la muerte de su marido, tomó el relevo y la empresa emprendió un rumbo que él jamás habría considerado.

Mercy se concentró, intentando recordar si Eddie le había dicho el nombre del marido de la matriarca.

—¿Cómo se llamaba?

—Albert.

Su cerebro se alegró de oír un nombre que no empezaba por jota.

—Recuerdo que mis padres tenían mantas Kerr —les dijo Mercy mientras escribía el nombre de Albert con una enorme A.

—Ethel creó todos esos diseños —dijo Linda—. Y trajo ovejas de diferentes razas para cruzarlas con el ganado que ya tenían y mejorar la lana. Albert no quería hacerlo; le gustaba lo tradicional. Pero ella tenía un toque mágico, y cada idea que ponía en práctica mejoraba los productos. No fue culpa suya que la industria se desmoronara en los años noventa. Hubo un cambio drástico. La globalización sacudió los mercados y la demanda se hundió. Miles de productores de ovejas de Estados Unidos quebraron a finales de siglo.

—Y poco después los chicos murieron en accidentes —añadió Christine.

Mercy hizo una pausa, tratando de encontrar una forma diplomática de preguntar por todas las muertes masculinas del árbol genealógico.

—Parece que los hombres Kerr han sufrido muchas tragedias.

Ambas mujeres asintieron.

—Llevan mucho fuego en la sangre —afirmó Linda—. Los Kerr sentían un amor especial por el riesgo —apostilló, mirando a su hermana—. Aunque Albert murió mientras dormía.

—¿Recuerdas cuando Ethel te dijo que no te casaras con Joe? —preguntó Christine mirando a Mercy—. ¿Cuántas mujeres son capaces de decirle a una posible nuera que pueden aspirar a un marido mejor?

Linda se rio.

—Sus palabras exactas fueron que no tenía suficiente carácter. Le dije que a mí no me importaba porque eso significaba que haría lo que yo le dijera. —La mujer de facciones duras sonrió—. Ethel pensó que era lo más divertido que había oído nunca y me dijo que, después de todo, por lo visto había encontrado a la mujer adecuada.

—Había desarrollado un gran instinto protector hacia sus hijos —dijo Mercy.

—Sobre todo con Jack —murmuró Christine.

Mercy levantó la cabeza.

—¿Tenía favoritos?

Tomó un pequeño sorbo del té para ser educada y un bocado de la galleta para limpiarse el paladar.

Christine intercambió una mirada con Linda.

—Jack era su favorito, de eso no hay duda.

Linda no dijo nada.

De repente, el ambiente de la mesa cambió. Mercy mordió la galleta cubierta de virutas de chocolate mientras decidía si le convenía insistir. Sabía que cuando un interrogado guardaba un brusco silencio sobre un tema, significaba que estaba intentando ocultar información.

«Sí. A por ello».

—¿Qué pensaban sus maridos de que el hijo menor fuera el favorito? —preguntó, consultando sus anotaciones—. Jack era unos quince años más joven que sus hermanos, ¿verdad?

—Sí, eran adolescentes cuando nació. En realidad, no crecieron juntos.

Christine había adoptado esa mirada que daba a entender que quería hablar, pero se estaba conteniendo.

Mercy insistió.

—¿Por qué esa gran diferencia de edad?

Christine miró a Linda, que levantó las manos en señal de resignación.

—Todo el mundo lo sabe —le dijo Linda a Christine—. No es que sea un gran secreto.

Christine miró a Mercy.

—Jack era ilegítimo. Ethel tuvo una aventura, y saltaba a la vista que Jack no era hijo de Albert.

«Ahora empieza lo bueno».

—¿No se parecía a Albert? —preguntó Mercy.

—No, pero además cualquiera con un mínimo de conocimientos matemáticos sabía que Albert había estado destinado fuera en el ejército cuando Jack fue concebido.

Se sentó de nuevo en su silla y se cruzó de brazos, con un gesto de alivio por haberse quitado el chisme de encima.

Mercy se preguntó cómo había afectado eso a la vida del chico.

—¿Lo trataban de forma diferente?

—No, claro que no —respondieron ambas al unísono, pero sus rostros las delataron.

—Ethel era capaz de despellejar a cualquiera que dijera algo —afirmó Linda—. Era una mamá oso cuando se trataba de ese chico. Siempre era una mujer imponente, pero si alguien decía algo mínimamente inadecuado sobre su Jack, ya podía ir preparándose.

Christine asintió con énfasis.

—Lo crio sola tras la muerte de Albert, y durante años tuvo

muchos pretendientes. Era una mujer fuerte y atractiva, con unas tierras valiosas y un negocio que iba viento en popa. Muchos de ellos pensaron que se mostraría agradecida por su oferta de ayuda en el rancho… o de matrimonio.

Linda resopló.

—Sin embargo, ella no pensaba lo mismo —continuó Christine—. Aprendía todo lo que podía de cada uno de los hombres que se presentaban y los mandaba a paseo cuando terminaba. Muchos de ellos se sorprendían. Estaban acostumbrados a ser imprescindibles. Nunca habían conocido a nadie como Ethel.

—Todo un personaje —comentó Mercy.

—Estaba encantada con su papel de viuda solicitada —dijo Linda —. A lo largo de los años disfrutó de la compañía de algunos hombres muy poderosos. —Miró a Christine—. ¿Recuerdas al francés?

—Vino para hablar de las ovejas —apuntó la hermana—. Tenía enormes granjas de ovejas en Francia. Nunca entendí por qué le interesaban los rebaños más pequeños de Ethel.

—No eran los rebaños lo que le interesaba —espetó Linda—, sino la dueña.

—Bien por ella —terció Mercy.

—Todo eso fue antes de que la industria ovina se derrumbara. —Linda suspiró—. Nada volvió a ser lo mismo. Fue como si una maldición hubiera echado raíces y no fuera a detenerse hasta arrasar con todo lo que llevaba el apellido Kerr. Primero fueron las ovejas y luego los chicos. Y al final Ethel.

—La muerte de Jack acabó con ella —afirmó Christine—. Dejó de cuidar de sí misma y desatendió el rancho. Joe y Joshua tuvieron que tomar las riendas, pero fallecieron al cabo de un año. El corazón de Ethel no pudo soportar tanto dolor. No duró mucho después de eso.

—¿Y Victor? ¿Qué tipo de vida tuvo de niño y después de perder a su padre?

Las hermanas se miraron y se encogieron de hombros.

—Parecía estar bien —dijo Linda—. Pero no lo veía mucho y luego, en un momento determinado, se fue sin más.

—¿No les pareció extraño? ¿Se preguntaron si le habrían herido o matado?

—Se llevó todas sus cosas y su furgoneta —dijo Linda—. Se fue a propósito. Lo busqué en internet, pero nunca encontré nada, así que supongo que no quería saber nada de nosotras.

—¿Por qué iba a sentirse así? —preguntó Mercy, con un falso deje de curiosidad, ya que lo que en realidad quería era hurgar y saber por qué Victor Kerr había abandonado a la familia.

Linda se removió en su asiento.

—De vez en cuando Joe y Josh se metían con él.

«Bingo».

—¿Por su padre, Jack? —preguntó Mercy—. ¿El parentesco de Jack era un problema entre los hermanos?

—No estoy muy segura —dijo Linda, mirando a todos lados menos a Mercy.

—Lo era —respondió Christine con firmeza—. Jack tuvo una vida más fácil. Tenía amigos, era guapo, atlético, inteligente…

«Christine es la chismosa que necesitaba».

—Era mucho más joven que Joe y Josh —comentó Mercy, sin dejar de mirar a Christine—. ¿Estaban celosos de un niño?

—Sí, y su madre solo tenía ojos para él. —Se inclinó hacia Mercy y bajó la voz—. Nadie sabe quién fue el padre de Jack.

—No sé por qué bajas la voz, si estamos solas —dijo Linda.

Christine se recostó en su silla y dio un largo trago a su té helado.

—Es la costumbre cuando se habla de Jack, supongo. Aquí todo el mundo sigue especulando sobre quién dejó embarazada a Ethel mientras Albert estaba fuera del país.

Mercy no creía que fuera un tema que siguiera llevando a la gente de cabeza, excepto a las hermanas. Consultó sus notas. Cinco hombres muertos en la familia Kerr, incluido el padre de Charlotte y Theodore, Victor. Eddie había mencionado a algunos primos lejanos, pero no le había dicho si estaban vivos o muertos.

«Ya hay demasiados muertos. ¿Alguien acabó con los hombres de la familia Kerr? ¿Por qué?».

Miró el nombre de Jack, preguntándose por su accidente de coche. Una de las tareas de Eddie era conseguir el registro del suceso y el informe del médico forense, junto con los datos que pudiera encontrar sobre el accidente de barco que había acabado con la vida de los hermanos de Jack. Mercy levantó la vista y examinó a las hermanas al otro lado de la mesa. Parecían satisfechas. Felices, incluso, mientras Christine les servía a cada una un segundo vaso de su té helado especial.

«Hace ya tiempo que perdieron a sus maridos».

No se podía esperar que guardaran el luto eternamente. Sería ridículo.

«Entonces, ¿por qué me escama tanto su comportamiento?».

Por Theodore y Charlotte.

Cada vez que pensaba en los chicos, se apoderaba de ella su instinto de protección. Los dos niños habían tenido unos primeros años de vida muy duros debido al trato que había recibido su padre por parte de los maridos muertos de esas mujeres. Las examinó de nuevo, preguntándose si aceptarían a una sobrina nieta y a un sobrino nieto. No habían preguntado por Bridget o Victor, algo que no dejaba de sorprenderla. Al menos una de ellas parecía interesada en hablar de

la oveja negra de la familia.

Decidió no contarles lo que les había ocurrido a Theodore y Charlotte. Al menos de momento. No le apetecía dar alas a sus chismes.

Su objetivo era encontrar a Bridget y a la bebé Molly. Los niños merecían recuperar a su madre y a su hermana.

CAPÍTULO 14

Mercy llegó tarde a la reunión informativa de la una. Su jefe, Jeff, junto con Eddie y Darby, la analista de inteligencia de la oficina, ya estaban sentados a la mesa de la diminuta sala de conferencias. La oficina del FBI de Bend era pequeña. Solo había cinco agentes y un empleado de personal de apoyo.

—Me alegro de que hayas podido venir —dijo Eddie al verla llegar.

Mercy ni siquiera había pasado por su oficina para dejar la bolsa. Había salido de la casa de las viudas Kerr con tiempo de sobra para llegar a la reunión, pero la policía había tenido que cortar la carretera en ambos sentidos de la marcha para que un ayudante del condado y varios lugareños intentaran atrapar a seis caballos que se habían escapado de un rancho y habían invadido la calzada.

—Caballos en la carretera —afirmó. Los otros tres asintieron en señal de comprensión.

Esas cosas pasaban.

—¿Qué has averiguado sobre las muertes de los hombres de la familia Kerr? —preguntó Mercy a Eddie, mirando las marcas de quemaduras del sol que tenía en la frente y la nariz.

El joven agente parecía una persona distinta del *hipster* de Portland que se había trasladado con ella a la oficina hacía más de un año y medio. Habían desaparecido las gafas de pasta negras y ahora lucía unas de montura ligera que no se movían de su sitio mientras realizaba actividades al aire libre. Llevaba el pelo más corto. Sudaba menos y la transpiración se le secaba antes. Había abrazado con entusiasmo el estilo de vida activo que hacía que la gente se mudara allí, y Mercy nunca lo había visto tan feliz, aunque echaba de menos las gafas de empollón que tenía que recolocarse constantemente con un dedo.

Y, al parecer, todavía necesitaba que su madre le dijera que se pusiera crema solar.

—Jack Kerr, el abuelo de Charlotte y Theodore —dijo Eddie mientras Mercy tomaba asiento y abría su ordenador portátil—. Murió en un accidente en la autopista 20, sin más vehículos implicados, a unos cincuenta kilómetros al este de Bend. La policía estatal respondió a la llamada de otro vehículo sobre las seis de la mañana. El informe

del médico forense sitúa su muerte más cerca de la medianoche, por lo que el coche estuvo allí varias horas antes de que alguien lo viera.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Darby, tecleando rápidamente las notas. La trenza larga y suelta de la analista de inteligencia descansaba sobre un hombro, rozándole el antebrazo. La maratoniana tenía poco más de cuarenta años y uno de los cerebros más rápidos que Mercy había visto jamás. Jeff le tomaba el pelo a menudo y le decía que parecía fabricada por Intel.

—La tasa de alcohol era tres veces superior al límite. Se salió de la carretera y chocó con un árbol. A juzgar por las marcas de derrape, sospechan que frenó y dio un volantazo por culpa de un animal o algo que había en la carretera. He imprimido esto.

Eddie le pasó unas cuantas fotografías a Mercy, que las hojeó.

—¿No sirvió de nada el airbag?

—Se estima que iba a unos ciento cincuenta kilómetros por hora cuando frenó.

—Por Dios —murmuró Jeff.

—¿Hay algo más en el informe del forense? —preguntó Mercy, que examinó una foto del perfil de Jack Kerr buscando un parecido con su nieto Theodore en sus rasgos, pero había demasiada sangre.

—La causa de la muerte fue un grave traumatismo en las vértebras C1 y C2, lo que se ajusta a un choque de este tipo.

—Horrible —dijo Darby, que seguía tecleando.

—¿Y sus hermanos, Joshua y Joseph Kerr? —preguntó Mercy.

—Accidente de barco un año después —dijo Eddie.

—La embarcación fue hallada a la deriva en el lago Billy Chinook. El cuerpo de Joe se encontró cuatro días después. De nuevo, tenía un elevado nivel de alcohol en sangre, pero en su caso también metanfetamina. No encontraron el cuerpo de Joshua.

Los cuatro se miraron.

—Es imposible que Joshua Kerr haya estado escondido tanto tiempo —dijo Mercy lentamente.

—¿Por qué? —preguntó Darby—. Dicen que Joe y Josh sabían sobrevivir al margen de la sociedad. Ambos tenían antecedentes penales.

—Pero sus mujeres… —Mercy pensó en lo que iba a decir—. ¿Cuál estaba casada con Joshua?

—Christine —respondió Eddie, revisando sus notas.

—Los padres de Alex Kerr —señaló Mercy.

—Hoy estaba en el trabajo, pero pasará por aquí de camino a casa para que le tomemos declaración.

Mercy pensó en la madre de Alex, la mujer sonriente a la que le gustaba tomar té helado por la mañana. Ninguna de las dos hermanas había mencionado que no hubieran encontrado el cuerpo de uno de

los maridos.

«¿Serían capaces de ayudarlo a esconderse durante más de una década?», se preguntó.

—Si causaras la muerte accidental de tu hermano, ¿volverías o te largarías? —preguntó Darby, sin dejar de teclear.

A Mercy se le revolvió el estómago.

«Mi hermano».

Levi había muerto mientras Mercy desentrañaba el misterio de un viejo asesinato. Él había estado implicado en el encubrimiento, y su investigación había sacado al asesino de su escondite. Levi se encontró, literalmente, en el fuego cruzado.

Un incómodo silencio inundó la sala cuando Darby se calló bruscamente y levantó la vista.

—Lo siento, Mercy. Sabes que ninguno de nosotros cree que pudieras haber hecho algo para evitar la muerte de Levi. La culpa es del hombre que le disparó.

—Lo sé —dijo Mercy.

Tras la muerte de su hermano estuvo torturándose durante mucho tiempo con un sinfín de «Y si». ¿Y si hubiera mantenido el contacto con él? ¿Y si no se hubiera ido de la ciudad cuando tenía dieciocho años?

¿Kaylie seguiría teniendo un padre?

En ocasiones la asaltaba aquel sentimiento de culpa implacable.

Como en ese preciso momento.

—¿Qué decía el informe del médico forense sobre Joseph Kerr, además de los niveles de alcohol en sangre y la metanfetamina? —preguntó Mercy a Eddie, intentando centrarse en el caso que tenían entre manos.

—Encontraron agua en los pulmones, pero ningún traumatismo físico.

—Así que se ahogó de verdad —comentó Jeff.

—Otra razón para que Joshua no se escondiera: lo más probable es que la muerte de su hermano fuera accidental —observó Mercy.

—Salvo que Josh lo empujara por la borda, cosa que no se puede demostrar, no veo nada en el informe del forense que apunte a lo contrario —dijo Eddie.

Mercy tomó nota para preguntar a Christine y Linda sobre el consumo de alcohol y drogas de sus maridos en la época de sus muertes. No había nada sospechoso, pero no le hacía ninguna gracia que hubieran muerto tantos hombres de la familia Kerr.

—¿Y el padre, Albert Kerr? —preguntó.

—No hay autopsia. Se dictaminó que fue una muerte natural. Estaba enfermo del corazón y una mañana no despertó, sin más.

—¿Es normal que no hicieran autopsia? —Mercy miró a sus

compañeros.

—Se centran en las muertes sospechosas —dijo Darby—. Es probable que a un hombre mayor con problemas de corazón y sin signos externos de traumatismo no le practicaran la autopsia. Sobre todo en aquella época, y en una zona rural.

A Mercy no le gustó esa respuesta, pero sabía que Darby tenía razón.

—¿Has investigado la muerte de Ethel Kerr? —le preguntó a Eddie.

—No, me he centrado en los hombres. —Tomó nota—. Pero me pongo. Me dijiste que murió poco después que sus tres hijos, ¿verdad?

—Sí.

«Lo que significa que se lo dejó todo a Christine y a Linda. Supongo».

—También me gustaría ver su testamento —añadió Mercy—. Y comprueba si alguno de los fallecidos tenía también últimas voluntades.

—Enseguida. —Eddie carraspeó—. No he localizado ningún tipo de certificado de defunción del padre de Charlotte y Theodore, Victor.

Mercy tardó unos segundos en asimilar esa información.

—¿Podría ser que su mujer se encargara de todo? ¿Que ella y sus hijos lo enterraran sin más?

—Por poder, puede —dijo Darby—. Has dicho que llevaban una vida muy discreta, ¿no?

—Alguien tendría que haberlos ayudado —afirmó Eddie—. No es fácil cavar una tumba.

«¿Tuvo Theodore que cavar la tumba de su padre?».

Mercy sabía que debía comentar el tema con el chico. Kaylie había expresado su preocupación por el hecho de que los niños no hubieran hablado mucho de la muerte de su padre. Probablemente no querían seguir pensando en ello.

Tomó nota mental para hablar con Theodore mientras Evan estuviera cerca.

—¿Y la desconocida del condado de Jefferson? —preguntó—. ¿La de hace dos semanas?

—La identificaron ayer —respondió Eddie—. Una mujer desaparecida de Idaho.

Mercy la tachó de su lista.

—¿Alguna otra mujer que pueda ser Bridget Kerr?

—No en ningún estado del Oeste —afirmó Darby—. Estoy mirando en el Medio Oeste.

—Me parece poco probable —dijo Mercy, a pesar de que sabía que sus palabras se basaban solo en su intuición. Bridget Kerr había vivido en la zona toda su vida, y Mercy no creía que se hubiera ido.

«Solo si alguien se la llevara fuera del estado».

—¿Dónde puede estar? —preguntó en voz baja—. ¿Cómo pueden desaparecer una mujer y un bebé?

—¿Has conseguido fotos de los dos? —inquirió Darby.

—No —dijo Mercy—. Es como si no hubiera. Anoche le pedí a Evan que le preguntara a Charlotte sobre el tema, y la niña le dijo que no tenían cámara.

—¿Ninguna? —preguntó Jeff—. ¿Quién no conserva recuerdos de sus hijos? Mis hermanas hacen fotos y vídeos de sus hijos sin parar y también contratan sesiones fotográficas con profesionales al menos una vez al año. Y luego están las del colegio. —Negó con la cabeza—. Nunca sé qué hacer con todas las fotos en papel que me envían. A ver, adoro a mis sobrinos pequeños, pero ¿se supone que debo conservarlas todas? —Miró específicamente a Mercy y a Darby.

—Yo meto todo lo que me envía mi hermana en un cajón—dijo Darby.

—Evan les dejó usar su móvil y Charlotte enseguida aprendió a hacerse selfis —dijo Mercy, que abrió el teléfono para ver las fotos que le había enviado Evan y se lo pasó a Jeff. Darby y Eddie se inclinaron para verlas.

—Tiene dotes de actriz —dijo Jeff, que fue pasando media docena de imágenes de Charlotte sacando la lengua. Se detuvo en una en la que la niña agarraba a Theodore del cuello. El hermano no parecía muy contento, pero toleraba las travesuras de su enérgica hermana—. Vaya, Theodore se parece a Evan. Tiene los mismos ojos.

Darby y Eddie murmuraron mostrando su conformidad.

Mercy miró la imagen de los dos hermanos.

—Son muy buenos —les dijo a los demás, y sintió una punzada de dolor al ver sus rostros jóvenes y felices—. ¿Dejaríais a estos niños solos a propósito durante semanas, sin que pudieran establecer contacto con nadie?

—Claro que no —respondió Eddie mientras los otros dos negaban con la cabeza—. Sé que has dicho que son muy espabilados y todo eso, pero me resulta increíble que su madre no haya contactado con ellos.

Jeff le devolvió el teléfono a Mercy y miró a Eddie.

—¿Estás insinuando que la madre se ha puesto en contacto con ellos, pero que no nos lo han dicho a propósito?

—No insinúo nada —respondió Eddie—. Pero supongo que es posible.

Mercy pensó en sus palabras.

—Entonces, ¿por qué fue Theodore al pueblo a pedir ayuda?

—Tienes razón —dijo Darby—. ¿Puede ser que lo enviara alguien?

Mercy se removió en su asiento. No le gustaban las nuevas vías

de investigación que se estaban abriendo de repente.

—Eso involucraría a los chicos en algo. Me parece muy improbable. No creo que sean capaces de contar una gran mentira sobre algo así. No me sorprendería que hubieran ocultado algunas cosas, pero me parece inconcebible que participaran en un plan más elaborado. ¿Y con qué fin?

—No descartes ninguna posibilidad —dijo Jeff.

—Lo sé —respondió Mercy—. No lo descarto, pero no puedo darle mucha importancia. Es más probable que su madre los haya dejado solos, con la intención de ausentarse por poco tiempo, pero le haya ocurrido algo. Algo que no es bueno.

«No creo que esta historia tenga un final feliz».

CAPÍTULO 15

Evan se tomó unos segundos para admirar el exterior de la gran casa victoriana antes de subir las escaleras. Esa misma mañana, apenas había tenido tiempo de echar un vistazo a la pensión. Se había centrado en la escena del crimen de la parte posterior. Había pasado por delante de la histórica casa de Eagle's Nest docenas de veces, pero nunca había apreciado el esfuerzo que habían invertido en restaurarla. La pintura era reciente y los adornos de la fachada estaban impecables.

Subió corriendo los escalones y abrió la puerta principal, que tenía un gran óvalo de cristal. El suelo de madera crujió al cruzar el vestíbulo. La vieja casa olía a madera pulida y pan recién horneado. Le rugió el estómago y se dio cuenta de que se había saltado el almuerzo. Otra vez.

«Luego recupero».

Sandy apareció por una puerta batiente, limpiándose las manos en el delantal, con su largo pelo rojo recogido en un moño sobre la cabeza. La propietaria de la pensión era alta y tenía unos ojos castaños muy cálidos que se ensombrecieron de golpe al ver a Evan.

—Ha vuelto —empleó un tono animado, pero su rostro reflejaba la ansiedad por haber descubierto a un hombre asesinado en su propiedad.

—Así es. ¿Cómo lo lleva?

Evan la observó detenidamente. Por las conversaciones que había mantenido con su nuevo marido, Samuel, sabía que Sandy era dura como una piedra, que había huido de un ex maltratador y se había forjado una nueva vida en Eagle's Nest.

—Podría estar peor. Los huéspedes podrán elegir entre tres exquisiteces, porque no he parado de cocinar para distraerme. Supongo que cabe definirlo como repostería inducida por el estrés. —Esbozó una débil sonrisa—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Tengo que volver a examinar la habitación de Billy Serrano.

Sandy asintió, se dirigió al mostrador de recepción, abrió un cajón y sacó una llave. A Evan no le sorprendió que utilizara llaves de verdad para las habitaciones de sus huéspedes. La vieja mansión era de otra época.

Cuando Evan había registrado la habitación de Billy para buscar

la codiciada libreta tras examinar la escena del crimen, la puerta no estaba cerrada con llave. No tenía forma de saber si el asesino había estado allí. Cualquiera podría haber entrado en las horas transcurridas desde la muerte de Billy en plena noche. O antes.

«Ojalá no hubieran manipulado las cámaras…».

Evan pensó que, si tuviera que planear un asesinato, lo primero que haría también sería eliminar las cámaras. La única que no había sufrido daños era la del interior, que enfocaba el mostrador de recepción y solo cubría una parte del vestíbulo. Era sencillo entrar en el establecimiento sin que lo registrara la cámara.

Sandy le entregó la llave.

—La cerré cuando su equipo se fue esta mañana. Tengo localizadas todas las llaves excepto la que le di a Billy cuando se registró.

—La he visto en sus efectos. Me encargaré de que se la devuelvan.

La mujer hizo una mueca.

—No es necesario. Cambiaré la cerradura. —Sandy señaló hacia la escalera—. Ya sabe dónde está.

En efecto. Evan le dio las gracias y subió las escaleras de dos en dos. Se detuvo en la habitación que había al final del pasillo y se puso los cubrezapatos y los guantes. Introdujo la llave en la cerradura y abrió. Una vez dentro, cerró la puerta y se quedó quieto, aguzando el oído. La pensión estaba en silencio. El ruido de la carretera no llegaba a esta habitación de la parte trasera de la casa.

Respiró hondo y examinó la estancia, tratando de mirar más allá del polvo de huellas dactilares residual que quedaba por todas partes. Cientos de huéspedes se habían alojado en esta habitación. No dudaba del rigor de Sandy con la limpieza, pero el equipo encontraría docenas de huellas.

Sería una gran ayuda para el caso que una de ellas coincidiera con un sospechoso.

«Pero primero necesito identificar alguno».

La habitación tenía techos altos y una ventana alta y estrecha. La decoración era relajante y elegante, en tonos azules y verdes suaves. Los muebles le recordaban los de la casa de su bisabuela, y se preguntó cuántos eran originales de la mansión.

Billy era un vago. Tenía la ropa tirada en el suelo, en el mismo lugar donde se la había quitado. Pantalones vaqueros sucios, camisetas y un par de Nikes desgastadas. También vio varias bolsas arrugadas de comida rápida para llevar sobre la mesita de noche.

Había un pequeño cuarto de baño y una ducha, pero el pequeño lavamanos estaba en realidad en la habitación, junto a la puerta del baño. Manchado de pasta de dientes. El tapón del tubo abierto estaba

tirado de cualquier modo. Había también varias toallas en un rincón del suelo del baño.

Al parecer, nada había cambiado desde su rápida búsqueda de la mañana.

Pero ahora estaba decidido a buscar la carpeta más a fondo. No se había dado cuenta de que las notas podían ser un móvil de asesinato: ahora era consciente de ello. Truman había dicho que el examen rápido de las páginas del cuaderno le había permitidor determinar que se trataba de un plan bien estudiado para encontrar la ubicación del tesoro de Chester Rollins. Y, según su compañero, la tensión iba en aumento entre algunos de los buscadores de tesoros que competían entre sí.

Era obvio que las notas de Billy Serrano no eran perfectas, porque aún no había aparecido el tesoro.

«¿Alguien deseaba tanto las notas como para matar por ellas?», pensó.

Evan comenzó la búsqueda, decidido a tomarse su tiempo y a examinar todos los objetos de la habitación. Palpó cada centímetro del colchón y del somier, comprobó cada mueble y agitó cada prenda de ropa. Oyó la alerta de su teléfono y, frustrado ante la falta de resultados de su búsqueda, consultó el correo electrónico y leyó el mensaje, que confirmó lo que ya sospechaba: el casquillo hallado en el asesinato de Billy no procedía del arma de la furgoneta de Matt Stephens.

Podría haber utilizado un arma diferente, pero Evan estaba casi seguro de que Matt no era su sospechoso.

Se guardó el teléfono en un bolsillo y siguió registrando el armario.

Llamaron a la puerta.

—Evan, soy Sandy.

Abrió y levantó la mano.

—No entres, ¿vale?

—De acuerdo. Estaba guardando el pasaporte de un huésped en mi caja fuerte cuando recordé que Billy Serrano me pidió que le guardara también algo. —Le tendió un sobre manila de gran tamaño —. He pensado que a lo mejor te interesaba.

Evan cogió el sobre y lo abrió. Dentro había una carpeta de tres anillas.

Lo invadió una gran euforia, pero asintió con calma mirando a Sandy.

—Sí, ya lo creo que me interesa. Muchas gracias.

—Siento no haber pensado antes en ello.

—Tenías un buen motivo.

Sandy hizo una mueca.

—¿Cuánto se tarda en borrar de la mente una imagen como la de esta mañana?

«Nunca se borra».

—El tiempo ayuda. —No soportaba ver su mirada de dolor—. Enseguida acabo con la habitación, solo necesito un minuto más. Lo siento, pero me temo que vamos a tener que dejarla tal y como está durante un tiempo.

—No te preocupes —le dijo ella—. Tampoco me apetece asignársela a otro huésped. Cuando termines, pásate por la cocina y te daré bizcocho de canela y pasas recién hecho. Y un poco de tarta.

—Gracias, enseguida voy.

Sandy se fue y Evan cerró la puerta. Inclinó el sobre de manila y el cuaderno amarillo cayó en su mano enguantada. Lo abrió y hojeó unas cuantas páginas. Las notas escritas a mano estaban ordenadas, y había varias páginas con mapas y copias de discusiones sacadas de internet. Todo estaba organizado con separadores. Echó un vistazo a la desordenada habitación, recordando que Truman le había dicho que, según la declaración de Billy Serrano, era su hermana la que tomaba las notas.

«¿O se lo robó a otra persona?».

Tenía el número de teléfono y la dirección de Meghan, la hermana de Billy, en Athens, Ohio, pero no había podido encontrar a ningún otro pariente. Evan se había puesto en contacto con el Departamento de Policía de Athens para comunicarle personalmente la noticia de la muerte de su hermano, y le habían prometido que enviarían a alguien pronto. Siempre prefería notificar este tipo de cuestiones en persona, no soportaba hacerlo por teléfono. Seguía esperando la confirmación de que habían hablado con la hermana de Billy. Quería preguntarle por la carpeta, pero primero esperaría a tener noticias de la policía de Athens.

Repasó mentalmente la lista de todo lo sucedido hasta el momento. El equipo de la científica había recogido pruebas, pero les llevaría un tiempo procesarlas. El forense tenía previsto realizar la autopsia de Billy al día siguiente por la mañana. Evan tenía que centrarse en dónde había estado Billy en los últimos días y con quién había hablado. Los extractos de las tarjetas de crédito mostraban que había comido en algunos locales de la población, por lo que debía visitarlos y preguntar si alguien recordaba que Billy hubiera ido acompañado. Sus únicas llamadas recientes de móvil habían sido a su hermana.

Evan miró la hora y decidió esperar hasta media tarde para seguir con las indagaciones, ya que solía haber menos clientes en los restaurantes.

«Lo que de verdad quiero es registrar la casa de Theodore y

Charlotte mientras ellos están con Kaylie y Ollie».

Salió de la habitación, se aseguró de que la puerta quedaba cerrada con llave y se quitó los guantes y los botines, decidido a abandonar la propiedad de los Kerr antes de que alguien lo necesitara. Bajó corriendo las escaleras y al llegar abajo lo envolvió el delicioso aroma de los pasteles de Sandy.

«Primero la tarta».

CAPÍTULO 16

Evan miró el silencioso salón de los Kerr y lo embargó una ligera sensación de culpa por haberse aprovechado del día libre de Kaylie y encasquetarle a Theodore y Charlotte. Sobre todo porque los niños eran autosuficientes y no necesitaban que nadie los cuidara. Sin embargo, Evan tenía la sensación de que sí necesitaban estar rodeados de otros niños…, adultos… o quien fuera.

«No soy su padre».

¿Quién era él para tomar decisiones sobre la crianza de unos niños a los que hacía menos de veinticuatro horas que conocía? Pero en estos momentos no tenían padre. ¿Sentía él la obligación moral de hacerse cargo de ellos?

Presa de la frustración provocada por la ambigüedad de las respuestas a sus preguntas, redirigió sus pensamientos e intentó decidir si debía solicitar la colaboración de un equipo de la policía científica. No obstante, no había pruebas de que se hubiera producido un crimen en la casa. Era cierto que Bethany (Bridget) había desaparecido, pero se había marchado por voluntad propia y su trabajo consistía en registrar la casa para buscar alguna pista sobre su posible paradero.

«No, es trabajo de Mercy. No me corresponde a mí encontrar a Bethany y a Molly».

Aun así, quería respuestas.

Mercy había hecho un registro preliminar de la casa, y Evan se había quedado a pasar la noche, y seguiría haciéndolo durante varias noches más. Había supuesto que así tendría la oportunidad de realizar un registro más exhaustivo, pero la presencia de los niños interfería con su trabajo. No podía hurgar entre los efectos personales delante ellos, y por eso estaba allí en ese momento. La noche anterior, ni Theodore ni Charlotte se habían separado de él en ningún momento. Nunca se había sentido tan observado. Theodore lo había acribillado a preguntas sobre su trabajo, y ambos hermanos habían intentado saciar su curiosidad sobre la vida de su madre cuando era más joven.

Evan había escarbado en su memoria para compartir sus recuerdos con los niños, y descubrió que había enterrado la mayoría tras la marcha de Bethany. Compartirlos había sido una experiencia muy dura, pero también le había proporcionado cierta paz. Hacía años

que no tenía a nadie con quien hablar de Bethany. Un par de compañeros del trabajo sabían que su hermana había desaparecido, pero siempre lo habían hablado desde el punto de vista de una investigación más. Nadie le había preguntado nunca cuál era su fruta favorita cuando era niña.

Hasta que lo hizo Charlotte la noche anterior.

No sabía la respuesta, pero recordaba que había recogido fresas con Bethany en una granja de la zona en un día de mucho calor y decidió compartir el recuerdo con ellos, contándoles cómo se habían peleado por las fresas. A los niños les hizo mucha gracia saber que su madre le había metido las fresas por debajo de la camiseta mientras él se inclinaba sobre un arbusto y que luego le había dado un manotazo en la espalda para aplastárselas.

Les asombraba la idea de que Bethany hubiera sido una niña tan guerrera.

Charlotte era similar en muchos aspectos. Bethany tampoco había tenido nunca reparos en expresar su opinión o hacer una pregunta. Su hermana también abría los ojos de par en par, como Charlotte, cuando se divertía. Era casi como si Evan hubiera retrocedido en el tiempo. Ahí estaba Charlotte, sentada a su lado, hablando por los codos durante la cena.

«He olvidado muchas cosas».

Los recuerdos de su hermana eran al mismo tiempo una tortura y una bendición.

«¿Dónde estás, Bethany? ¿Estás bien?».

Evan se volvió y avanzó por el pasillo hasta el dormitorio de Bethany. En un rincón había una cuna. La miró fijamente, preguntándose a qué edad dejaban de usarlas los bebés. Molly tenía dieciocho meses. Parecía mayor para estar en una cuna.

¿O no? Nunca había cuidado de un bebé.

«¿Es posible que Bethany dejara solos a propósito a Theodore y Charlotte durante varias semanas? ¿Y que no intentara ponerse en contacto con ellos?».

En ese momento le vino un recuerdo a la memoria.

Bethany acunando un gatito atigrado que aún tenía los ojos cerrados. Su hermana no debía de tener más de diez años. Habían encontrado a la cría junto a un camino rural. No vieron ningún gato más cerca.

—¡No, no podemos dejarlo! —le había dicho Bethany a Evan—. Su madre lo ha abandonado. ¡Morirá!

—Estoy seguro de que la madre volverá a por él —replicó Evan.

—¡¿Y tú qué sabes?! Necesita a su madre.

Su reacción fue muy visceral, con un instinto protector desmesurado. Llevaron al gatito a sus padres, que consiguieron que la

gata de un vecino que había parido no hacía mucho se hiciera cargo de él. Bethany se había negado a marcharse hasta comprobar por sí misma que la otra madre amamantaría a la cría. No se trataba solo de gatitos. Siempre había tenido un gran instinto protector, tanto si se trataba de un niño acosado en su clase como de un indigente que vivía a la vuelta de la esquina. Su gran preocupación era qué podía hacer para ayudar.

«¿Por qué iba a abandonar Bethany a sus hijos?».

No dejaba de dar vueltas a la posible respuesta:

«Porque le parecía más seguro dejarlos en casa».

Se le revolvió el estómago. Había ocurrido algo que la había obligado a marcharse. Evan ignoraba si Bethany había pensado en ir a buscarlo o si era una historia más que les había contado a los niños. Pero debía de saber que podía llevarlos con él, ¿verdad?

«¿Por qué? Ya no me conoce».

La ira se apoderó de él. Bethany había seguido viviendo muy cerca…, pero nunca se había puesto en contacto con él ni con sus padres. Durante años, creyeron que le había ocurrido lo peor. Pero al final resultaba que no era así. Había criado a dos hijos fabulosos y llevaba una vida feliz, al menos en apariencia.

«¿O no? Tal vez Victor no la dejara comunicarse con su familia».

Sin embargo, Victor había muerto. Bethany habría podido ponerse en contacto con Evan. Pero no lo hizo.

Presa de la frustración, abrió bruscamente un cajón de la cómoda y encontró calcetines de hombre. Negros, marrones y blancos.

«Su marido murió hace meses».

Frunció el ceño, preguntándose cuánto tiempo debería haber dejado Bethany las cosas de su difunto marido en el dormitorio. Y, de nuevo, se dio cuenta de que era una pregunta para la que no tenía respuesta. No conocía a la mujer en la que se había convertido; no conocía la relación con su marido. Algunas personas se deshacían rápidamente de las pertenencias del difunto, mientras que otras las guardaban para siempre.

Se acercó a la mesita de noche en la que no había el frasco de loción para manos y abrió el cajón. Monedas. Una revista de crucigramas. Unas gafas de lectura masculinas. Llaves. Cartuchos de nueve milímetros.

«¿Debería haber una pistola?».

Había visto tres armas largas en un estante de la pared, detrás de la puerta del dormitorio. Registró rápidamente el resto de los cajones de la habitación y el armario. Luego revisó los armarios y cajones del baño y la cocina.

No había ninguna pistola.

Siguió buscando en la cocina. Los pensamientos se agolpaban en

su cabeza.

«¿Se la llevó Bethany?».

Podría preguntar a los niños.

«Tengo que centrarme en encontrar pistas sobre el paradero de Bethany».

Pero eso no era del todo cierto. También buscaba pistas sobre quién era su hermana. Cómo era su vida. En qué tipo de mujer se había convertido. Por qué nunca se había puesto en contacto con él.

Todas las preguntas que le habían perseguido durante catorce años.

Había un calendario en la puerta interior de uno de los armarios de la cocina. Alguien había pasado las páginas hasta junio. Debía de haber sido uno de los niños, ya que Bethany se había ido en mayo.

Pensó en el calor que había hecho a mediados de mayo, en lugar de las agradables temperaturas habituales. También recordó que una tarde había dejado bajadas las ventanillas de su vehículo para refrescarlo y se había olvidado de cerrarlo antes de acostarse. A la mañana siguiente había descubierto que unos gamberros habían dejado nueve botellas de cerveza vacías y tres bolsas de McDonald's llenas de envoltorios de hamburguesas en el asiento delantero.

Pero era mejor encontrar la basura de alguien dentro de su vehículo que se lo robaran.

Tras el enfado inicial consigo mismo por su descuido, luego le pareció hasta divertido. Tiró las botellas de cerveza al contenedor de reciclaje y las bolsas del McDonald's a la basura. Y estuvo a punto de tirar también una sandalia blanca muy gastada.

Muy pequeña.

Evan se quedó helado al recordar que había visto la sandalia junto a uno de sus neumáticos. Frunció el ceño al imaginarse a los gamberros cargando con un bebé durante sus travesuras nocturnas, pero supuso que no tenía ningún sentido. De noche, era habitual que los adolescentes y los jóvenes hicieran de las suyas con los coches. Pero no era normal que alguien llevara un bebé. Entonces pensó que el niño pequeño debía de haber tirado la sandalia desde el cochecito, sin que la madre se diera cuenta de lo ocurrido.

En lugar de tirar la sandalia, Evan la dejó cerca de la acera, con la esperanza de que la dueña fuera a buscarla.

Cuando volvió del trabajo ya no estaba.

Sin embargo, en ese momento se imaginó a Bethany, oculta en la oscuridad frente a su casa, con Molly en brazos.

«¿Por qué iba a venir Bethany hasta aquí e irse sin llamar?», se preguntó.

No obstante, no debía precipitarse en sus conclusiones. Las prisas siempre eran malas consejeras.

Había encontrado una sandalia de bebé que simplemente podría haber salido de cualquier parte.

Evan volvió a poner el calendario en mayo. No había ninguna anotación. Igual que los meses anteriores. No había nada apuntado que recordara a Bethany que debía dejar a sus hijos solos durante varias semanas.

Bethany tenía en su mesa un calendario muy gastado que utilizaba para planificar las clases de sus hijos. ¿Qué sentido tenía este otro?

«A lo mejor solo le gustaban las fotos».

El calendario mostraba fotografías de paisajes naturales de Oregón. Las Painted Hills. Las cataratas Multnomah. El lago del Cráter.

Evan cerró la puerta del armario. A Bethany le encantaba hacer fotos de paisajes y llevaba siempre consigo una cámara antigua. No tenía sentido que no hubiera fotos de la naturaleza o de sus hijos en la casa. Esa ausencia no encajaba con la joven que él recordaba.

«¿Tanto la controlaba Victor?».

Bethany había sido una persona fuerte. Independiente. Evan no se la imaginaba como una mujer sumisa que acataba los deseos de su marido y que iban en contra de la persona que había sido.

Sin embargo, no había tenido reparos en dejar su casa y no volver a hablar con su familia para estar con ese hombre.

«¿Drogas?».

Parecía la opción más probable, lo único que podía cambiar de forma tan drástica la esencia de una persona.

No obstante, aquella casa limpia y los niños educados no eran típicos de un entorno de drogadictos, pensó Evan. Había visto los libros con los que daba clases a los niños, que hacían los deberes un mes tras otro. Esa era, sin duda, la Bethany que él conocía. Una planificadora. Una organizadora.

Sonó su teléfono. La llamada procedía de un código de área que le resultaba familiar. De Ohio.

—Detective Bolton.

—Soy el sargento Arterberry. Hemos hablado esta mañana sobre la notificación a los familiares de su víctima.

—Por supuesto, sargento. ¿Ha localizado a Meghan Serrano?

—Unos agentes han pasado por su apartamento dos veces, pero no había nadie. ¿Desea que lo intentemos de nuevo?

Evan captó la indirecta: el Departamento de Policía de Athens había hecho un esfuerzo, pero no podía dejar de lado sus otras obligaciones.

—Le agradezco su ayuda y su tiempo, sargento. Intentaré localizarla yo por teléfono.

—No soporto tener que comunicar este tipo de noticias por teléfono —afirmó Arterberry con un deje de compasión.

—Yo tampoco, pero a menudo no tenemos alternativa.

Evan volvió a darle las gracias y colgó. Respiró hondo y repasó mentalmente un discurso para comunicar a Meghan Serrano la noticia de la muerte de su hermano. Su asesinato.

Marcó el número de teléfono para quitárselo de encima cuanto antes. Qué poco le gustaba esa parte de su trabajo.

—¿Diga? —respondió una voz femenina.

—Soy el detective Evan Bolton, del departamento del sheriff del condado de Deschutes, en Oregón. ¿Hablo con Meghan Serrano?

Se produjo un largo silencio.

—¿Qué ha pasado? ¿Está bien Billy? —susurró.

—¿Hablo con Meghan? —insistió Evan.

—Sí. —Bastó una palabra para que se le quebrara la voz.

—Lo siento mucho, pero su hermano Billy ha fallecido esta mañana.

A Meghan se le cortó la respiración.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado? ¿Ha tenido un accidente? —preguntó desconcertada, apabullada ante la avalancha de preguntas que se agolpaban en su cabeza.

Evan cerró los ojos. «No soporto esto».

—No. Ha muerto de un disparo. Estoy al mando de la investigación de su muerte.

—¿Quién le ha disparado?

—Todavía no lo sabemos, y seguiré todas las pistas hasta encontrar al responsable. Sabía usted que su hermano se encontraba en Oregón, ¿verdad?

—Sí. Estaba… trabajando en un proyecto.

—Supongo que se refiere a la búsqueda del tesoro.

Meghan guardó silencio durante unos segundos.

—Sí —admitió con resignación—. Le di dinero para que fuera en coche y echara un vistazo.

—¿Habían hablado en los últimos días sobre el tesoro?

—Hablamos… hablábamos a diario. Yo investigo aquí mientras él se dedica al trabajo de campo. Por la noche nos ponemos al día con las últimas novedades. —Meghan carraspeó—. ¿No tiene ningún sospechoso?

—De momento no —respondió Evan—. Pero lo hemos encontrado esta mañana. ¿Habló con él anoche? ¿Le dio la impresión de que podía tener algún problema aquí?

—Me dijo que alguien había intentado robarle las notas, pero que la policía había intervenido. —Se le cortó la respiración—. ¿Podría ser ese tipo? Billy me dijo que era un imbécil.

—¿Le contó algo más sobre el incidente?

—Eso es todo. Solo añadió que la policía los había interrogado a ambos.

Evan se preguntó por qué Billy no le había contado que se había producido un tiroteo. ¿Lo había omitido para no preocuparla o más bien para ocultar algo?

—Sabemos quién era y le hemos interrogado. Es muy poco probable que estuviera implicado en la muerte de Billy.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —replicó ella—. Nuestras notas podrían ser muy valiosas y tiene su lógica que alguien haya atacado a Billy para conseguirlas. ¡Hay dos millones de dólares en juego! Nos hemos dejado la piel para averiguar dónde podría estar ese tesoro.

—Le prometo que quiero encontrar a la persona que mató a su hermano, Meghan, y le aseguro que hago bien mi trabajo. Por eso debe confiar en mí cuando le digo que no hay pruebas de que ese hombre estuviera implicado.

—¿Tiene coartada?

—Billy fue asesinado en mitad de la noche. El noventa y nueve por ciento de la gente no tendrá ninguna coartada aparte de «estaba durmiendo en casa». Trabajaremos con las pruebas de la escena del crimen.

«Esperemos que el equipo encuentre buenas pistas».

—¿Dónde le dispararon…?

—Lo encontraron fuera, en la parte trasera de la pensión en la que se alojaba.

—¿Está en una mala zona? —preguntó.

Evan hizo una pausa, preguntándose cuánto había investigado Meghan sobre la pequeña comunidad de Eagle's Nest para la búsqueda del tesoro.

—Eagle's Nest no tiene zonas malas —le aseguró—. Es un lugar muy pequeño. Supongo que se podría calificar de zona mala el solar vacío donde la gente tira de vez en cuando la basura, pero supongo que usted se refiere más bien a los niveles de delincuencia.

—Así es. —Lanzó un profundo suspiro—. Intentaré conseguir un vuelo nocturno. En cuanto colguemos reservaré el billete.

—¿Hay alguien más a quien deba avisar?

—No. Hace años que no tenemos más familia. Billy se mudó conmigo hace unos meses, al perder su trabajo. Cuando se publicaron las pistas para la búsqueda del tesoro, se emocionó, convencido de que lo encontraría si se esforzaba lo suficiente.

—No es el único en creer eso.

—Bueno, Billy tenía un presentimiento especial. Pensaba que estaba destinado a encontrarlo. —Se le escapó un sollozo—. Supongo que se equivocaba. ¿Me dejarán verlo mañana?

Evan pensó en el enorme orificio de salida que le había arrancado el ojo a Billy.

—Le recomiendo que no lo vea, y tendrá que confiar en mi palabra.

—¿Tan horrible es? —susurró ella.

—Sí.

—¿Puedo recuperar sus pertenencias?

—Tendremos que quedarnos algunos objetos como prueba durante un tiempo. Ya veremos lo que puede llevarse a casa.

—¿Tiene su cuaderno sobre la búsqueda del tesoro?

Evan dudó.

—No lo sé. He registrado su habitación, pero no buscaba eso en concreto.

«¿Por qué no se lo he dicho?».

—Si ha desaparecido, ese es el móvil de su asesinato.

—Lo tendré en cuenta.

Respondió algunas preguntas más y colgó, después de prometerle que se reuniría con ella cuando llegara. Luego permaneció inmóvil, intentando comprender por qué no había querido decirle que tenía el cuaderno.

«Porque ahora todo el mundo es sospechoso».

CAPÍTULO 17

Mercy levantó la vista del ordenador cuando Melissa llamó a la puerta abierta del despacho. La secretaria de la oficina lucía un gesto radiante y le brillaban los ojos.

—Alex Kerr ha venido a verte —dijo Melissa.

—¡Bien!

Mercy intentó poner un poco de orden en su escritorio. No podía ocultar las pilas de archivos y papeles, pero sí organizarlas en montones ordenados. Había pasado la tarde revisando la historia de la familia Kerr y verificando la información que le habían proporcionado las hermanas. Todo lo que le habían dicho coincidía. Cuando acabara de hablar con Alex Kerr, se marcharía a casa.

—Es guapo —susurró Melissa—. Averigua si está disponible.

Mercy resopló.

—No soy tu casamentera. Y creo que tiene veinte años más que tú.

Melissa andaba por los veinte.

—Pues no lo parece en absoluto. —Melissa frunció el ceño—. Aunque usa un bastón, pero eso le da un toque sexi.

—¡Melissa! —Mercy puso los ojos en blanco—. Hazle pasar.

Suspiró mientras la secretaria de la oficina desaparecía. La personalidad alegre de Melissa atraía a los hombres como moscas. Mercy sospechaba que había salido con la mayoría de los solteros del condado de Deschutes, pero no había podido encontrar a alguien que le gustara de verdad. A menudo le mostraba a Mercy fotos y biografías de usuarios en su aplicación de citas para que le diera su opinión.

Por lo que Mercy había visto, la mayoría de los perfiles de citas masculinos no estaban concebidos para atraer a las mujeres. Casi todos mostraban fotos del hombre en cuestión sujetando un pez muerto o levantando pesas y empapado en sudor. Cosas que les gustaban a los hombres.

Entonces apareció una figura alta en su puerta.

«Melissa tiene razón».

Alex Kerr era atractivo. Tenía el pelo y los ojos oscuros, y una media sonrisa adorable. Y se apoyaba en un bastón.

Mercy se adelantó y le tendió la mano.

—Mercy Kilpatrick. Me alegro de que por fin hayamos podido

quedar.

Alex le estrechó la mano.

—Es un placer hablar contigo en lugar de con tu buzón de voz.

Se habían estado persiguiendo por teléfono durante todo el día. Alex era profesor en un instituto de formación profesional y le había devuelto las llamadas entre clase y clase. Sin embargo, Mercy no había podido responder a ninguna.

Alex tomó la silla que ella le indicó.

—Mi madre me ha puesto al corriente —le dijo—. Me sorprendió la noticia de la muerte de Victor.

Mercy se sentó y pasó a una página limpia de su bloc de notas, donde escribió su nombre en la parte superior.

—¿Tenías una relación estrecha con Victor?

—Sí y no. Soy unos diez años mayor. Por eso, cuando él tenía cinco años y yo unos quince, pasábamos el uno del otro. Pero cuando él dejó atrás la adolescencia, siempre hablábamos en las reuniones familiares. De vez en cuando íbamos juntos de caza o de pesca. Parecía mayor de lo que era.

—¿Cuándo tuviste noticias suyas por última vez?

—Poco después de la muerte de su padre. Me llamó para decirme que se iba de la ciudad y que no creía que fuera a volver. Le pedí que mantuviera el contacto, pero no lo hizo.

—Eso es algo que siempre depende de dos —señaló Mercy.

—Lo llamé a su número de teléfono al cabo de unos meses. Estaba desconectado. No tenía cuenta en ninguna red social, así que lo dejé estar, suponiendo que llamaría cuando le apeteciera. Mamá me dijo que ella tampoco sabía nada de él, lo cual no me sorprendió.

—¿A qué te refieres? —preguntó Mercy, que quería conocer la opinión de Alex sobre la dinámica familiar.

Hizo una mueca.

—Victor y su padre, Jack, siempre fueron las ovejas negras de la familia. Chocaban con todos los demás. Jack nunca se llevó bien con ninguno de sus hermanos, y Victor continuó con la tradición.

«Eso coincide con lo que me dijeron Christine y Linda».

—¿Por qué crees que fue así? —preguntó ella.

Alex miró por la ventana antes de volverse hacia ella. Un velo de arrepentimiento le empañaba los ojos.

—Mi padre y Joe se comportaban como unos imbéciles con ellos. Yo me dejé influir, pero cuando Victor se fue haciendo mayor, supe ver un poco más allá. Los dos hablábamos mucho sobre el maltrato al que sometieron a su padre los hermanos mayores.

—¿Cuál era el motivo? —Mercy observó a Alex, que parecía estar dispuesto a colaborar. Guardaba cierto parecido con Christine y tenía sus mismos ojos, que se arrugaban de la misma manera cuando

sonreían.

Adoptó un gesto avergonzado.

—Fue una estupidez. Jack tenía otro padre y era el favorito de la abuela. Y se notaba mucho.

—He oído que Ethel era una mujer fuerte.

—Ya lo creo. Cuando era joven me inspiraba terror. No permitía que nadie le tomara el pelo.

—¿Pero permitió que acosaran a su hijo menor?

—No, qué va. La oí reprender a mi padre y a Joe varias veces, pero ellos siguieron con sus tácticas pasivo-agresivas. La mujer se hundió cuando Jack murió.

Mercy cambió de tema.

—Sé que trabajas en el instituto de formación profesional. ¿A qué te dedicas?

—Enseño cursos de educación vial y de seguridad para motocicletas. —Señaló su bastón—. Tuve un accidente grave de moto que me dejó la cadera y la rodilla destrozadas. Fue culpa mía. Era joven y estúpido, por eso ahora hago cuanto puedo para transmitir hábitos de conducción seguros.

—¿Sigues montando en moto?

Sonrió y se le iluminó la cara.

—Por supuesto.

«No me extraña que Melissa haya quedado prendada».

—Supongo que Christine te ha dicho que estamos buscando a Bridget Kerr, la mujer de Victor.

—Sí. No sabía que Victor se había casado hasta que ella me lo dijo.

—Su nombre de soltera era Bethany Bolton. ¿Te suena de algo?

Alex meditó la respuesta.

—No. ¿Lo sabe mi madre? Nunca me dijo nada de que tuviera otro nombre.

—Creo que no se lo dije. —A Mercy no le pareció una información relevante en ese momento, pero al saber que Alex había tenido una relación algo más estrecha con Victor albergó la esperanza de que este le hubiera hablado de su novia—. ¿Victor te habló alguna vez de las mujeres con las que salía?

—No. Nuestra amistad no llegó a ser tan íntima. —Hizo una pausa—. Pero mi madre sí me habló de un bebé —dijo Alex lentamente, mirándola a los ojos.

—Sí. Creemos que tiene a su hija pequeña con ella. Molly. —Mercy había estado a punto de decir «tenía a su hija pequeña», pero no quería hablar de Bridget ni de Molly en pasado.

—Es una locura. Espero que las encuentres.

Mercy tuvo la tentación de mencionar a Theodore y Charlotte,

pero como ya le había sucedido en su entrevista con Christine y Linda, se contuvo. Alex parecía más amable que las ancianas de la familia Kerr, pero sabía que era más que probable que acabara contándole a su madre cualquier cosa que pudiera decirle. Y esa mujer era la reina de los chismes.

Si algo no quería era exponer a Theodore y a Charlotte a eso.

—Tu dirección actual es la misma que la de tu madre —dijo Mercy—. ¿Antes vivías en Bend?

—Antes de mi divorcio —replicó de forma algo destemplada—. Ahora vivo en una casa móvil en la finca. El divorcio no es barato. Ni siquiera cuando no hay niños de por medio.

Mostraba un gesto impertérrito, pero un destello de resentimiento asomó a sus ojos antes de que pudiera controlarlo.

—Lo siento. ¿Estuvisteis casados mucho tiempo?

—Dieciocho años.

Al menos podría decirle a Melissa que estaba soltero, pero supuso que arrastraba cierta carga por el fracaso de su largo matrimonio.

«Melissa debe ceñirse a su grupo de edad».

De repente, Mercy se dio cuenta de que faltaba una persona en su investigación.

—Alex, ¿sabes el nombre de la madre de Victor?

Tenía el lápiz preparado. Nadie había mencionado a la mujer de Jack Kerr. Ni Christine y Linda, y tampoco Darby y Eddie.

—Shannon Ayers. Falleció cuando él tenía seis años. Sobredosis de drogas. Y no, Jack y Shannon no estaban casados —afirmó con gesto inexpresivo.

—Qué pena —dijo Mercy, anotando el nombre.

«Otro abuelo que Theodore y Charlotte nunca conocerán».

—¿Victor se mudó con Jack después de eso?

—Sí, aunque ya había estado viviendo con Jack la mayor parte del tiempo. Shannon no estaba en condiciones de tener hijos. Me sorprende que mi madre no la mencionara. A nadie le gustaba Shannon. Y a Ethel menos que a nadie. No era digna de su hijo favorito. ¿Por qué lo preguntas?

—Necesito conocer toda la información que me falta —dijo Mercy, que no se sorprendió de haber encontrado otra disputa familiar.

«Y otra muerte temprana…».

Alex parecía dispuesto a marcharse. Se movió y dio un respingo. Agarró el bastón que había apoyado en el reposabrazos de la silla.

Mercy se preguntó si le dolía la cadera o la rodilla, o si simplemente no le gustaba el giro que había tomado la conversación. Había agotado su lista de preguntas, por lo que ella también se puso en pie, dando la entrevista por finalizada.

—Te agradezco que te hayas pasado por aquí de camino a casa. Me has proporcionado información muy útil.

Alex se levantó de la silla apoyándose en el bastón.

—Pues yo no lo tengo tan claro. Estás buscando a una mujer y a un bebé. No entiendo de qué te ha servido lo que te he dicho.

—Presta atención por si las ves —se limitó a decir Mercy, que prefirió no entrar en más detalles.

Los Kerr tenían una dinámica familiar algo extraña, y le preocupaba no poseer toda la información necesaria para localizar a Bridget y Molly. La familia entera se había empeñado en hacer la vida imposible a las ovejas negras.

Por lo que sabía hasta el momento, Bridget no tenía motivos para acercarse a esta rama de la familia.

—Desde luego. —Alex le estrechó la mano y se fue.

Mercy se sentó en su silla, pensando en la conversación. Alex había confirmado casi todo lo que le habían dicho Christine y Linda. Pero le había proporcionado un nuevo nombre que investigar: Shannon Ayers. Lo subrayó en su bloc de notas.

Mercy no tuvo ningún problema en imaginar la indignación de Ethel al saber que su hijo favorito estaba saliendo con una drogadicta, lo que no hizo sino dar otro motivo a los hermanos de Jack y a sus esposas para hacerle la vida imposible.

«El odio se transmite de generación en generación».

Alex había dicho el nombre de Shannon como si estuviera maldito. Tendría unos dieciséis años cuando murió la madre de Victor. Sin duda, sus recuerdos de la mujer se habían visto reforzados por el resentimiento de su familia hacia una drogadicta.

Sin embargo, la autopsia que se le practicó a Joe Kerr después de ahogarse había mostrado altos niveles de metanfetamina.

«Apártate que me tiznas, le dijo la sartén al cazo. Sin embargo, dudo que el historial de drogas familiar tenga algo que ver con la desaparición de Bridget Kerr», pensó Mercy.

Debía concentrarse en la mujer desaparecida. La inusual historia familiar solo era un elemento de distracción. Ninguno de ellos conocía o había visto a Bridget. Alex tenía razón al decirle que no había sido de ayuda para la investigación, ya que no conocía a Bridget.

«¿Por qué no me ha pedido que le muestre una foto de ella?».

La pregunta la dejó paralizada. Las hermanas Kerr tampoco habían pedido ver una foto. Pero Mercy solo les había preguntado si Bridget Kerr había llamado a su puerta y había supuesto que conocían a todas las visitas que habían tenido en los últimos tiempos.

Por otra parte, a Alex le había preguntado si los nombres le resultaban familiares y él se había limitado a responder a esas preguntas.

«Pero ¿no sería lógico que alguien pidiera una foto de la persona desaparecida para comprobar si le sonaba de algo?», pensó.

No podía dejar de dar vueltas a la pregunta, que arrasó con los demás pensamientos. Se le ocurrieron media docena de razones, ciertamente poco creíbles, por las que nadie había preguntado cómo era Bridget Kerr.

—Si Bridget no pudo encontrar a Evan, es imposible que fuera a ver a esta familia —murmuró para sí misma.

Mercy no dudaba que Victor le habría contado a Bridget diversas historias sobre el acoso del que fueron víctimas su padre y él por culpa de su familia durante años. No tenía sentido que Bridget fuera a buscar a esa gente.

Sin embargo, era innegable que Evan Bolton era fácil de encontrar. Vivía en la misma casa en la que había crecido, y cualquier búsqueda en internet lo situaba en la oficina del sheriff del condado de Deschutes. Bridget podría haber mentido a sus hijos sobre el lugar al que se dirigía, pero ¿por qué mencionó a un tío del que nunca habían oído hablar? Debía de tener una razón para decirles que era ahí a donde iba.

«En ese caso, ¿por qué no les dijo el nombre de Evan?».

CAPÍTULO 18

Ollie aparcó su vieja furgoneta detrás del almacén de Lake Ski and Sports. Estaba a punto de empezar su turno habitual de seis horas, que terminaba a medianoche.

«Y ya estoy cansado», pensó.

No se imaginaba que pasar el día con Theodore y Charlotte lo agotaría de tal manera. Kaylie también necesitaba un descanso cuando Evan recogió a los niños a las cinco. Eran buenos chicos y a él le caían muy bien, pero Charlotte era incombustible. No paraba de hablar y de moverse. Tenía preguntas y opiniones para todo. No es que dijera tonterías, era obvio que era muy lista. Sin embargo, en un momento dado Ollie había sentido la tentación de decirle que no era necesario que compartiera cada uno de sus pensamientos.

Por suerte, la pequeña había mostrado un interés especial por Kaylie, de modo que dejó a Ollie y Theodore un poco de lado. En dos ocasiones, el hermano le había dicho que no hablara tanto, pero ella se limitó a fulminarlo con la mirada y luego siguió acribillando a preguntas a Kaylie. Theodore había pasado toda la mañana con el libro de Harry Potter, enfrascado en sus páginas. Kaylie le había pedido que interrumpiera la lectura para comer, y el chico dejó el libro a regañadientes, con gesto hosco.

Ollie lo entendía. A él tampoco le gustaba que le molestaran cuando lo atrapaba un libro.

Después de comer, Kaylie y Charlotte habían hecho planes para probar la receta de la tarta de coco de Kilpatrick y descubrieron que necesitaban un preparado de pudín de vainilla en polvo. Kaylie insistió en que no podían hacer la receta sin ella, por lo que Ollie, aliviado por salir de casa, le pidió a Theodore que lo acompañara al supermercado. El chico había dejado su libro tras prohibirle a Charlotte que lo tocara.

En la furgoneta, Theodore permaneció callado, escrutando con la mirada a cada persona y edificio que veían. A Ollie le vino a la cabeza el recuerdo de sus primeros viajes con Truman, que intentaba aprovechar esos momentos para tratar de averiguar lo que le pasaba por la cabeza a Ollie. No había mejor momento para hablar con un adolescente que cuando estaba atrapado en un vehículo a tu lado.

Siempre que no tuviera los auriculares puestos.

Ollie había leído tres veces el libro de Harry Potter y aprovechó para preguntarle a Theodore sobre el tema. Fue como si le hubieran quitado una máscara. El niño intenso y taciturno se quitó la coraza y mostró su lado más animado y hablador. Después de unos minutos agradables, Ollie cambió de tema.

—Siento mucho lo de tu padre, Theodore.

—No pasa nada. —El adolescente volvía a mirar por la ventanilla —. Pero no me apetece mucho hablar de ello.

«A eso se le llama zanjar la cuestión».

Quería que el chico se abriera sobre la muerte de su padre y la desaparición de su madre porque a él le había sorprendido lo bien que le sentó en su momento hablar de la muerte de sus padres y abuelos con Truman.

«Theodore acaba de conocerme hoy. No puedo convertirme en su mejor amigo de un día para otro».

—Mis padres murieron cuando yo tenía tres años —le dijo Ollie, sin apartar la mirada de la carretera. Con el rabillo del ojo, vio que Theodore se volvía hacia él.

—Creía que Truman y Mercy eran tus padres.

—No. Kaylie es la sobrina de Mercy. Truman no es pariente de ninguno de nosotros, pero eso no importa. Ahora le considero mi padre y hemos formado nuestra propia familia. —Miró al joven—. No es necesario tener lazos de sangre con alguien para que sea tu familia.

Theodore frunció el ceño, pensando en lo que acababa de decirle Ollie, que prosiguió:

—Me criaron mis abuelos, pero ambos murieron cuando yo tenía dieciséis años.

—¿Qué pasó? —preguntó Theodore.

Ollie tragó saliva con fuerza.

—Mis padres fallecieron en un accidente de coche. Al cabo de un par de años, mi abuela se puso muy enferma. Durante mucho tiempo nos quedamos solos mi abuelo y yo, hasta que…

Dejó la frase a medias, preguntándose si era apropiado contarle a alguien de la edad de Theodore que su abuelo murió asesinado.

«Es probable que su madre esté muerta y el bebé también», pensó.

—¿Le pasó algo malo?

—Sí —susurró Ollie. Él quería a su abuelo, era la persona en la que más pensaba. Había aprendido a sobrevivir por su cuenta en el bosque durante dos años gracias a lo que el anciano le había enseñado. Pero es cierto que también se sintió muy solo—. A mí tampoco me apetece hablar de ello. —Miró a Theodore—. Entiendo que no quieras recordar lo sucedido, pero quería que supieras que puedes contar conmigo cuando estés preparado. A tu tío Evan también

se le da bien escuchar a los demás.

El chico permaneció en silencio durante un buen rato mientras atravesaban la ciudad.

—Puedo ocuparme de Charlotte —afirmó de repente.

—No me cabe la menor duda al respecto —dijo Ollie—. Pero eso no significa que no eches de menos a tu madre y a tu padre. Y a Molly.

—¿Crees que están muertas?

Ollie se puso tenso al oír la pregunta y no supo qué decir. Notaba la mirada de Theodore clavada en su sien. Al final, lo miró.

—No tenemos motivos para pensar eso.

El chico asintió y giró la cabeza para mirar por el parabrisas de la furgoneta. Ollie se quedó en blanco.

«¿Por qué no se me ha ocurrido una respuesta más adecuada?», pensó.

Durante el resto del día, Ollie lamentó no haber sabido manejar mejor ese momento tan importante. Debería haber utilizado unas palabras reconfortantes. Al final, compraron en silencio el preparado para el pudín y volvieron a casa.

En ese momento, de nuevo en el aparcamiento de Lake Ski and Sports, Ollie salió de la furgoneta y cerró la puerta de golpe, sin dejar de pensar en lo que podría haberle dicho a Theodore.

—¡Oye, Mowgli!

«Mierda. Sigue andando», pensó.

—Sí, tú, imbécil. No te vayas.

Tim Giles. El matón al que había oído el día anterior en Owlie Lake, el que había perdido el trabajo por robar en la tienda.

El instinto le decía que debía seguir avanzando hacia la seguridad del almacén, pero se detuvo y se volvió hacia Tim.

El tipo se acercó lentamente, como si no tuviera nada mejor que hacer que pasar el rato en el aparcamiento de su antiguo jefe. Ollie no vio a ninguno de los compinches de Tim ni su furgoneta negra. Debía de haber aparcado un poco más lejos para que no lo viera ninguno de los empleados.

«¿Me estaba esperando?».

No llevaba nada en las manos, pero la pernera derecha de sus pantalones cortos oscilaba como si hubiera algo pesado en el bolsillo inferior.

«No es el mejor lugar para alcanzar rápidamente un arma».

Ollie agarró las llaves con una mano. No se fiaba de aquel hombre. Tim había sido un impresentable como compañero de trabajo, incluso antes de que Ollie sospechara que había robado. Maleducado. Siempre llegaba tarde. Nunca se esforzaba. Al final le habrían despedido de todos modos. El vídeo de Ollie sobre sus robos

no hizo más que acelerar el proceso.

Tim se detuvo a unos metros de distancia y se metió las manos en los bolsillos superiores del pantalón.

Ollie esperó.

—Ayer vi tu furgoneta en Owlie Lake.

Ollie no dijo nada.

—¿Estás buscando el tesoro?

—Fui a dar una vuelta con Shep.

—Y de paso aprovechaste para buscar el tesoro —añadió Tim en tono burlón.

Ollie mantuvo su gesto impertérrito.

—¿Qué quieres, Tim?

—¿Sabes lo del tipo al que dispararon en la ciudad? ¿El que buscaba el tesoro?

A Ollie se le heló la sangre.

—Todo el mundo ha oído la noticia —replicó con un deje de falsa indiferencia, recordando que le había dicho a Kaylie que en su opinión Tim era tan tonto como para utilizar la violencia para conseguir el tesoro.

«¿Disparó al otro buscador?», pensó.

—He oído que ese tipo se estaba acercando y que por eso lo eliminaron. —El tono de Tim cambió, como si estuviera compartiendo un secreto.

—Rumores. —Ollie se encogió de hombros—. No sabremos si alguien se acerca al tesoro hasta que anuncie que lo ha encontrado. Y ¿quién sabe? Quizá lo mantengan en secreto.

Había pensado mucho en lo que haría si lo encontraba y le parecía que la opción más inteligente era no contárselo a nadie, excepto a su familia más cercana. La prensa se volvería loca cuando apareciera el ganador.

«No, gracias».

—Dicen que ese tipo había avanzado mucho en la investigación…, que tenía un cuaderno lleno de notas. —Miró a Ollie con aire expectante.

—¿Y?

—Que ahora lo tiene la policía.

—¿Y qué?

—¿Es cierto?

—No tengo ni idea.

—Tu tío, o lo que sea el puto jefe de policía, debe de tener las notas. Estuvo en la escena del crimen.

—¿Quieres decirme algo? —preguntó Ollie—. Porque voy a llegar tarde al trabajo si no te das un poco de prisa. Me gusta ser puntual.

—No es justo que tengas acceso a esas notas. Deberían hacerse

públicas para todo el mundo.

Ollie miró fijamente a Tim.

«¿Quién se cree que es?».

—No tengo acceso a nada —afirmó el chico.

—Seguro que el jefe ya ha leído las notas. Probablemente te dirá por dónde debes buscar. —Miró fijamente a Ollie—. No es justo.

«¿Tiene algún sentido hablar de ética con él?».

Sería como discutir con una pared.

Tim era la viva imagen de la frustración.

—El jefe no tiene derecho a guardarse la información para sí mismo.

—Voy a entrar. —Ollie se metió en el bolsillo las llaves que había estado sujetando con fuerza. Tim no era violento, solo estúpido—. ¿Ya has conseguido otro trabajo? —le preguntó como quien no quiere la cosa al pasar junto él.

—Vete a la mierda.

—Que tengas un buen día —respondió con una sonrisa.

—Voy a hablar con la policía sobre esas notas. No es justo.

—Buena suerte —contestó Ollie mientras se alejaba.

—¡Un día de estos se te acabará la suerte!

Ollie negó con la cabeza.

Al día siguiente le contaría a Truman lo que Kaylie y él habían oído en el lago y lo que Tim acababa de decirle sobre un cuaderno relacionado con la búsqueda del tesoro.

«¿Existe realmente?».

Entró en el almacén, preguntándose si Truman había echado un vistazo a las notas.

Después de aquello, Ollie también quería echar un vistazo a ese mítico cuaderno.

CAPÍTULO 19

«¿Qué clase de persona escondería dos millones de dólares solo para volver loca a la gente?».

Antes de volver a casa, Truman buscó información en Google sobre Chester Rollins, el hombre responsable de la búsqueda del tesoro. Sospechaba que el asesinato de Billy Serrano podía estar relacionado con su participación en aquel espectáculo. Truman quería saber más sobre el hombre que había puesto en marcha los engranajes que tal vez habían provocado la muerte de Serrano.

«El único responsable del asesinato de Serrano es la persona que apretó el gatillo».

Aun así, Truman sentía curiosidad. La mayoría de los muchos enlaces correspondían a publicaciones sobre la búsqueda del tesoro. Lamentó no haber podido investigar al hombre antes de que su extravagante ocurrencia llegara a internet. Vio un enlace con una fecha de diez años antes e hizo clic de inmediato.

Fue un resultado interesante. Una entrevista en profundidad de una revista con Rollins, con fotos tomadas en su mansión de Idaho. En la foto principal aparecía el magnate sentado en un despacho que parecía una habitación de un pabellón de caza británico. Paredes de piedras enormes, muebles pesados y ornamentados y cabezas de animales colgadas en las paredes.

Muchísimas cabezas. Docenas.

Truman nunca había entendido la necesidad de colgar la prueba de un asesinato en una pared. Ni entendía cómo podía considerarse un elemento decorativo.

Chester Rollins parecía creer que cualquier espacio vacío de la pared debía llenarse con una cabeza peluda.

Truman siguió leyendo. Sabía que Rollins nunca había estado casado, pero se preguntó si alguna de las mujeres con las que había salido se había quejado de la habitación. Efectivamente, el entrevistador le preguntó a Rollins qué habían sentido las mujeres de su vida con respecto a su afición por la caza.

«Bueno, sigo cazando y ninguna de las mujeres está aquí. ¿Eso le dice algo?».

Truman resopló.

El artículo continuaba describiendo las cacerías de Rollins por

todo el mundo. Leyó en diagonal, porque no le interesaba saber en qué despilfarraba su fortuna la gente con dinero. Entonces el entrevistador volvió a preguntar a Rollins por las mujeres de su vida y Truman se detuvo. Con cada nombre, Rollins daba una descripción condescendiente y el motivo del fin de la relación. Todas las rupturas habían sido culpa de la mujer. Demasiado exigente. Demasiado dependiente. Demasiado quejica. Demasiado insegura. Demasiado alcohol. Demasiado derrochadora.

«Sí, claro».

El denominador común era el hombre rodeado de cabezas de animales.

En otra foto aparecía Rollins en un gigantesco tablero de ajedrez que ocupaba la mitad de una gran sala. Las piezas tenían el tamaño de un ser humano. Rollins ocupaba el lugar del rey, con los brazos cruzados sobre el pecho, dedicando una sonrisa despreocupada a la cámara. Había jugado mucho a ajedrez y había competido en diversos torneos. Le gustaba el juego.

Truman examinó el rostro del hombre y tuvo la sensación de que disfrutaba controlando a los demás, de que era alguien capaz de concebir una búsqueda del tesoro casi imposible, con el único fin de hacer perder la cabeza a la gente.

Sabía por otros artículos que el responsable de hacer públicas las pistas había sido uno de los abogados de Rollins. El letrado afirmaba que ese era el deseo de su representado, quien había dejado instrucciones escritas sobre la divulgación de las pistas tras su muerte.

No había trascendido a cuánto ascendía la fortuna de Chester Rollins cuando murió, pero era un tema que había sido objeto de debate público. Truman había leído estimaciones que oscilaban entre los diez y los cincuenta millones de dólares. Rollins no tenía herederos y, salvo los dos millones de dólares enterrados en algún lugar de Estados Unidos, el resto de su patrimonio se había repartido entre una docena de organizaciones benéficas. Truman había examinado la lista. Al ver que la mayoría tenía que ver con los animales, se preguntó si, al hacerse mayor, Rollins se había arrepentido de todas las cacerías de su pasado.

Truman supuso que debía de haber dejado varios primos segundos y terceros decepcionados en algún lugar del país. Aparecieron varias personas que afirmaban que Rollins era su padre, pero unas simples pruebas genéticas los habían descartado como herederos.

¿Quién en su sano juicio creía que podía afirmar sin más que alguien era su progenitor? ¿No habían oído hablar nunca de la ciencia? ¿De verdad creían que podrían conseguir algo de dinero sin más? Una mujer aseguró que toda su vida le habían dicho que Rollins

era su padre. Y se mostró muy sorprendida al saber que su madre había mentido. O que se había equivocado.

Royce apareció en su puerta.

—Sé que estás a punto de irte a casa, pero ¿podrías acompañarme a la granja de los Wheelock? Martin dice que varias personas han acampado ilegalmente en su propiedad. Ha conseguido echar a varios, pero hay uno que se niega a marcharse. Martin ha amenazado con dispararle, pero no ha servido de nada.

Truman cerró la búsqueda de Chester Rollins y se apartó de su escritorio.

—¡Joder! ¿De verdad que ha vuelto a decírselo a alguien?

—Creo que sí. Lucas ha dicho que Martin estaba tan enfadado cuando ha llamado que apenas podía hablar. Dice que es gente que ha venido por la búsqueda del tesoro.

Truman maldijo en voz baja.

Martin Wheelock tenía más de setenta años, era la tercera generación de su familia que estaba al frente de la granja y no permitía que nadie le dijera cómo tenía que hacer las cosas. A Truman no le sorprendía que hubiera amenazado con disparar a alguien. No lo creía capaz de algo así, pero el anciano era conocido por lanzar amenazas a diestro y siniestro. Por supuesto, los desconocidos que habían ocupado su finca habían desatado su cólera. Truman también se habría enfadado.

Truman cogió su sombrero de vaquero y siguió a Royce en su todoterreno. Diez minutos después llegaron a la granja de los Wheelock. Entraron en la propiedad y pasaron por delante de la casa, tomando un camino de tierra en dirección sureste. Al cabo de poco, Truman vio tres furgonetas y, un poco más lejos, un pequeño sedán Toyota. Martin estaba cerca del portón trasero de una de las furgonetas con otros dos lugareños, los propietarios de las granjas vecinas.

«Ha pedido refuerzos», pensó.

Los tres llevaban rifles colgados al hombro y tenían cara de pocos amigos. El jefe de policía agradeció que alguien hubiera decidido llamar a su oficina antes de liarse a tiros. El sedán Toyota estaba aparcado junto a una pequeña arboleda que protegía una única tienda de campaña azul. Truman no vio a nadie cerca de la tienda.

Aparcó y se acercó al grupo, seguido de Royce.

—¿Cómo estás, Martin? —preguntó mientras todos los hombres se daban la mano.

—Siento que haya tenido que salir, jefe —respondió Martin, sin apartar la mirada de la tienda que estaba a veinte metros.

Martin Wheelock no era un hombre alto y Truman dudaba que pasara de los cincuenta kilos, pero desprendía la energía y la

autoridad de alguien que triplicaba su tamaño. Los desconocidos tenían tendencia a subestimarlo, y Truman sospechaba que era lo que había hecho el campista que se negaba a marcharse.

—Cuando los he visto hace una hora, había cuatro tiendas de campaña montadas —dijo Martin—. Les informé amablemente de que se encontraban en una propiedad privada y que debían marcharse. —Hizo una mueca con los labios, giró la cabeza y escupió en la tierra.

Truman imaginaba que había empleado un tono educado, pero con el apoyo del rifle que colgaba de su espalda.

—No sé por qué la gente cree que puede montar una tienda en cualquier sitio —afirmó Martin—. ¿Dónde van a hacer sus cosas?

—¿Cosas? —preguntó Royce, con una mirada de desconcierto.

—Orinar —respondió Truman—. Y lo que no es orinar.

—Aaah. —El joven policía asintió con énfasis.

—Eché a los demás, que eran unos auténticos imbéciles —dijo Martin—. Pero al menos se fueron. Este último es, en realidad, el más educado del grupo, pero se ha atrincherado y no quiere ceder.

—¿Te ha dicho por qué? —preguntó Truman.

Martin lo miró con cara de sorpresa.

—¿Acaso importa? Ha ocupado una propiedad privada.

—¿Has visto algún arma? —preguntó Truman.

—No, pero no le gustó que fuéramos armados. Seguro que es uno de esos pacifistas.

Truman no podía dar por descontado que no tuviese un arma.

—¿Está en la tienda?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—¿Cómo diablos voy a saberlo? —replicó Martin, desconcertado.

Truman tenía una gran fe en el poder de convicción de la palabra. Especialmente en lo que respectaba a las fuerzas del orden. Había tenido la suerte de que su oficial de formación en San José había sido un maestro. Le hizo un gesto a Royce para que le siguiera y se dirigió a la tienda. Vio que estaba cerrada con cremallera.

—Hola, ¿hay alguien en la tienda? —preguntó Truman al acercarse—. Soy el jefe de policía de Eagle's Nest, Truman Daly. ¿Puede salir para hablar de la posibilidad de que se instale en un lugar diferente para pasar la noche?

Se detuvo a unos diez metros de la puerta de la tienda y Royce se colocó en el lateral para no tener a Truman en su línea de fuego, por si acaso.

La cremallera de la tienda bajó quince centímetros y Truman pudo distinguir apenas un ojo. Apoyó la parte inferior de los brazos en el cinturón, con las manos libres y cerca del centro. Una pose que no resultaba amenazadora, pero que le permitía alcanzar rápidamente su

arma.

—El oficial Gibson está a su izquierda. Solo estamos nosotros dos —dijo Truman—. ¿Por qué no sale y así podremos hablar?

El ojo desapareció y la cremallera se abrió por completo. El hombre que salió debía de tener unos veinte años. Pantalones vaqueros. Camiseta negra. Pies descalzos. Barba desaliñada. Parecía limpio, pero Truman percibió un fuerte olor a sudor en cuanto abandonó la tienda.

«Puede ser uno de los efectos de tener a tres hombres armados frente a ti».

—¿Cómo te llamas? —preguntó Truman.

El campista parecía nervioso, pero mantuvo el contacto visual y la barbilla alta.

—Isaac. —Volvió a mirar a Royce, que estaba lo bastante lejos para que no pudiera verlo a él y a Truman al mismo tiempo.

—¿De dónde eres, Isaac?

—De Coos Bay.

Truman conocía el pueblo de la costa sur de Oregón.

—¿Por qué acampas en un terreno privado? Hay muchos campings cerca.

Isaac levantó aún más la barbilla.

—Porque están llenos. Todos. Le aseguro que lo he comprobado.

Truman asintió.

—Lo siento. Sé que probablemente no es lo que te esperabas, pero en estos momentos hay mucha gente de visita en esta zona.

—Me he dado cuenta.

—Creo que deberíamos buscar una solución. Sé que los hoteles cercanos están llenos, pero quizá podríamos encontrar algo en Bend.

Isaac se miró los pies y tragó saliva.

—Ahora mismo no tengo dinero para un hotel. Mi intención era acampar.

Truman se fijó en la alianza que Isaac llevaba en la mano izquierda.

—¿Has venido a buscar el tesoro?

El joven miró de nuevo a Truman.

—Sí, señor. Nos vendría muy bien el dinero. Quiero decir, a mi mujer y a mí. Ella está en casa porque necesita trabajar. Pero yo… —Volvió a mirarse los pies.

«No tiene trabajo en este momento», pensó el policía.

Los hoteles no eran baratos. Y Truman sospechaba que las tarifas de la zona habían ido subiendo a medida que los buscadores de tesoros llenaban las habitaciones, lo que significaba que las únicas opciones que quedaban eran los campings y las habitaciones en casas particulares.

—¿Por eso no te has ido cuando Martin te lo ha pedido?

Isaac miró más allá de Truman, al lugar donde esperaban Martin y sus refuerzos.

—Yo no diría que nos lo ha pedido. Nos apuntó con su pistola y nos dijo que nos fuéramos.

—Pero tú has decidido quedarte porque…

Isaac adoptó un gesto de frustración y se rascó la barba.

—No me ha gustado la forma en que nos ha dicho lo que teníamos que hacer. Esa actitud de imbécil sobraba.

Se oyó un coro de murmullos procedente de Martin y sus compinches. Truman prefirió no saber lo que decían.

Isaac parecía ser consciente de que debía marcharse, pero su tozudez lo obligaba a quedarse. Eso y el hecho de que no sabía a dónde ir.

—Bueno, creo que deberías recoger los bártulos y abandonar las tierras de Martin, y si te parece te ayudaremos a buscar un sitio para pasar la noche. —Truman no tenía ni idea de dónde podía ir, pero quería que Isaac se alejara de Martin antes de que el hombre volviera a perder los nervios—. Royce te ayudará a desmontar la tienda. —Señaló con la cabeza a Royce, y el agente se acercó de inmediato.

Cuando Truman se volvió, oyó que el agente entablaba conversación con Isaac sobre una de las pistas, y regresó junto a los hombres armados.

—¿Todos lleváis el teléfono encima? —les preguntó a los tres, que asintieron de inmediato—. Muy bien, esta es vuestra primera misión policial. Llamad a los hoteles. Tal vez podríais empezar por Redmond y Madras. Algo que esté un poco más alejado y que no esté ocupado por los buscadores de tesoros. Decid que llamáis de parte del Departamento de Policía de Eagle's Nest y que necesitamos una habitación esta noche.

—¿Por qué íbamos a hacerlo? Ha dicho que no tenía dinero para un hotel —replicó Martin.

Truman lo miró fijamente.

—Yo pagaré una noche y vosotros me ayudaréis haciendo algunas llamadas. Creo que podéis encargaros de ello.

—¿Y qué pasará mañana por la noche, cuando vuelva con la esperanza de conseguir otra habitación libre? —espetó uno de los otros hombres.

—Eso no va a ocurrir —replicó Truman sin inmutarse.

—No lo sabes —insistió Martin.

—Confía en mí. Ahora empieza a llamar. Quiero una habitación preparada antes de que lo haya metido todo en el vehículo. ¿O estás demasiado ocupado pasando el rato aquí para hacer unas cuantas llamadas?

Martin fue el último en sacar el teléfono. Truman se dio la vuelta y regresó junto a Royce e Isaac, que ya casi habían acabado de desmontar la tienda. Estaban enfrascados en una animada conversación sobre cierta pista. Algo sobre peras y aviones. Truman negó con la cabeza.

«No es de extrañar que nadie lo haya encontrado».

Los dos hombres metieron la tienda en el maletero del Toyota, sin dejar de comparar teorías, con idénticas expresiones de fascinación en el rostro.

—Le he dicho a Isaac que puede montar la tienda junto a mi taller —le dijo Royce a Truman—. Tiene un baño sencillo y una ducha vieja. —Miró a Isaac—. Te advierto que no es gran cosa. Está oxidada y cruje mucho, pero es mejor que nada.

Truman miró a su compañero entornando los ojos. El agente y su esposa vivían en una parcela de varias hectáreas. El taller era un antiguo edificio situado a unos cincuenta metros de su casa.

—¿Estás seguro? Creo que sería mejor que lo consultaras con tu mujer. —El plan inicial de Truman para ayudar a Isaac no incluía meterlo en casa de uno de sus agentes.

—Hemos descubierto que nuestras esposas fueron al mismo instituto en Cottage Grove —dijo Royce con una sonrisa—. Con un año de diferencia. Seguro que se conocen.

—¿Lo has descubierto durante la conversación de treinta segundos que has mantenido con él?

Tal vez fuera Truman quien necesitara lecciones de don de gentes de Royce. El joven agente hablaba demasiado, y a menudo su ingenuidad lo llevaba a meter la pata, pero quizá en esta ocasión le había funcionado. Miró fijamente a Isaac. La tensión había desaparecido del rostro del joven, que ahora mostraba un vivo interés. Sus ojos reflejaban la sencilla amabilidad que Truman siempre había visto en los de Royce.

«Tal para cual».

Su instinto le decía que Isaac era un hombre decente, pero que había tenido algo de mala suerte. Y que era muy tozudo.

—Llámala ahora —le ordenó a Royce. El agente asintió y sacó su teléfono.

Truman miró fijamente a Isaac.

—No desaproveches esta oferta. Sé respetuoso con él y ten en cuenta que a veces es demasiado bueno.

—¡Jefe! —protestó Royce, ruborizándose.

Isaac asintió.

—No se preocupe.

—Bien. Déjame ver tu carné de conducir.

Isaac se lo entregó de inmediato. Truman sacó una foto del

permiso y de la matrícula del Toyota, y se lo devolvió. No pensaba hacer nada con la información, tan solo quería que el joven supiera que lo tenía identificado.

—¿Estás bien? —le preguntó a Royce, que asintió de inmediato —. Entonces me voy a casa —dijo Truman, y regresó junto a los tres hombres, que estaban hablando por teléfono—. Podéis cancelar la búsqueda de hotel. Isaac ya tiene un lugar para pasar la noche.

—Pues mejor, porque no estamos encontrando una mierda —replicó Martin—. Todos los hoteles en un radio de ochenta kilómetros están llenos.

Truman hizo una mueca.

—Esperemos que esto acabe pronto.

Se tocó el sombrero para despedirse de los tres hombres, subió a su vehículo y lanzó un profundo suspiro.

«Estoy harto de la búsqueda del tesoro», pensó.

CAPÍTULO 20

A la mañana siguiente, en su despacho, Mercy tomó un sorbo de café con crema y escuchó a Darby. La analista de datos estaba sentada frente a su escritorio y lucía una mirada de leve decepción.

—Si hay un testamento legal por ahí, no he encontrado ningún registro relacionado con los Kerr que han fallecido. Por lo que sé de Joe y Josh Kerr, no me sorprende. Pero me esperaba más de Ethel Kerr. Era una mujer de negocios con la cabeza muy bien puesta.

Mercy le dio la razón.

—¿Y qué me dices de las escrituras de la propiedad de los Kerr? ¿Has encontrado algo?

—Lo he investigado. Ethel dejó unas escrituras que debían pasar a nombre de Christine y Linda cuando faltara ella. Se registraron legalmente tras la muerte de todos sus hijos.

Mercy deslizó un dedo por la tapa del café.

—¿Después?

—Al fallecer sus hijos, tal vez decidió que tenía que dejarlo todo bien atado.

—Christine y Linda dijeron que Ethel no volvió a ser la misma después de la muerte de Jack, que parecía que había renunciado a la vida. ¿Crees que alguien en su estado habría hecho esos preparativos?

—Quizá las viudas insistieron. Quizá la muerte de los chicos fue una llamada de atención. —Darby consultó sus notas—. Debería haber creado un fideicomiso para manejar todos sus bienes.

—¿Tenía muchos?

—No lo sé. Obviamente, cuando la marca Kerr desapareció, ya no hubo ingresos. Y las deudas del negocio fallido pudieron ser considerables. Sucedió hace tanto tiempo que no encuentro registros fiables.

—Volveré a hablar con las mujeres. A ver si saben algo del testamento.

Darby se puso de pie.

—Me fío más de las fuentes en papel que de la memoria humana.

Mercy resopló.

—¿Y quién no? O mejor dicho: todos deberíamos preferirlas, pero no me queda más remedio que aceptar lo que pueda conseguir. Algo que nos dé alguna pista sobre a dónde podrían haber ido Bridget y

Molly Kerr.

—Han pasado semanas —dijo Darby en voz baja.

—Lo sé —concedió Mercy, apesadumbrada—. Todo esto me da mala espina.

—Avísame cuando averigües algo. —Darby salió de su despacho.

Mercy dudó sobre a qué hermana llamar y se decantó por Linda. Puede que Christine fuera la chismosa, pero Linda era franca y directa. Contestó inmediatamente.

—Hola, Linda, soy Mercy Kilpatrick.

—Buenos días, Mercy —dijo la mujer—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Me gustaría hacerle alguna pregunta más sobre lo que hablamos ayer.

—Adelante.

Mercy agradeció que no le hiciera perder el tiempo con una charla insustancial. Rara vez tenía paciencia o tiempo para eso.

—¿Sus maridos dejaron testamento? Mis compañeros han buscado documentos legales y no han encontrado ninguno.

—No —se apresuró a contestar Linda—. Ni Joe ni Joshua se tomaron la molestia de hacerlo. Pensaban que vivirían para siempre y que los testamentos eran algo que harían cuando fueran viejos. Pero desde el principio, Ethel insistió mucho en que Christine y yo fuéramos copropietarias de todo con nuestros maridos, gracias a Dios. Eso facilitó mucho las cosas después de su muerte. Los bienes quedaban a nuestro nombre, y los suyos se eliminaban. A Christine le llevó más tiempo, ya que el cuerpo de Joshua nunca se encontró. Tuvo que esperar a que el Estado declarara su muerte.

—¿Y Ethel? ¿Tenía testamento?

—Sí. Lo redactó ella misma.

—No parece la opción más sensata —comentó Mercy—. Siendo una mujer de negocios inteligente, me sorprende que hiciera eso.

—A nosotras también nos sorprendió —afirmó Linda—. Hubo que pasar todos los trámites de legalización y validación, pero al menos lo hizo de forma sencilla. Dijo que todo se dividiría en tercios y que sería para los tres chicos. Pero como ellos habían muerto justo antes que ella, y no lo cambió, al final lo heredamos Christine y yo. Tengo una copia si quiere. Se encontró en una caja de seguridad después de su muerte.

—Pero ¿qué pasa con Victor? —preguntó Mercy—. ¿No habría tenido derecho a la tercera parte de la herencia que correspondía a Jack tras la muerte de Ethel?

Hubo un largo silencio, pero al final Linda respondió.

—Nuestra suegra no dejó gran cosa, solo unos pocos ahorros. Lo había perdido casi todo en los años noventa. El terreno era el principal

activo, pero ahora solo genera gastos e impuestos. Hemos pensado en venderlo varias veces. Debe de valer su buen dinero.

—Así que, si vende, un tercio de eso iría a la mujer de Victor, Bridget.

Linda volvió a guardar silencio.

—Que ahora ha desaparecido tras la muerte de su marido —continuó Mercy. Una sutil alarma empezó a sonar en su cabeza, y se preguntó si Linda y Christine habían hecho algún esfuerzo por encontrar a Victor tras la muerte de Ethel.

«Linda me dijo que había buscado un poco en internet».

Sin embargo, en su opinión eso no bastaba. Pero ¿qué motivación tendrían las mujeres para encontrar a alguien a quien se le debía parte de su herencia?

Con la muerte de Ethel, Victor tendría derecho legalmente a la parte de su padre. Y luego Bridget. Y si no se encontraba a Bridget, entonces Charlotte y Theodore deberían recibirla.

Sería una lucha legal complicada, pero factible, y valdría la pena si la propiedad de Kerr se vendía por mucho dinero. Mercy garabateó una nota para comprobar el valor de tasación fiscal registrado en la oficina del condado. No era un reflejo del precio de mercado, pero le permitiría formarse una idea aproximada.

—Supongo que no ha habido avances en la búsqueda de Bridget y su hija —comentó Linda.

—Estamos siguiendo algunas pistas —dijo Mercy sin entrar en más detalles, pues prefirió seguir omitiendo la existencia de Charlotte y Theodore.

«Si Bridget está muerta, ¿tienen estas mujeres derecho legal a la tutela de Theodore y Charlotte?».

Mercy no sabía nada de las leyes.

«Evan es un pariente consanguíneo mucho más cercano. Un tío frente a dos tías abuelas. ¿Una tutela también permitiría controlar la herencia de los niños?».

Preguntas para que Darby investigara.

Dio las gracias a Linda y colgó. Mercy se quedó sentada unos instantes, intentando asimilar la llamada. Linda y Christine tenían un posible motivo económico para mantener a Bridget al margen.

¿Estarían implicadas las dos mujeres en la desaparición de Bridget?

Esta podría haber salido de su casa por su cuenta, pero si hubiera llamado a la puerta de Christine y Linda, ¿se habrían sentido amenazadas al saber que su cuñado muerto, Jack, tenía herederos vivos?

Mercy no quería creer en esa posibilidad.

«Pero tampoco puedo descartarla. De momento», pensó.

CAPÍTULO 21

Truman acababa de poner la mano en el pomo de la puerta de su casa, dispuesto a dirigirse al trabajo, cuando lo llamó Ollie. Se volvió y sonrió al ver la cara somnolienta del muchacho, que a esas horas siempre dormía como un tronco. El adolescente bostezó y tiró del dobladillo de la camiseta con la que había dormido. Shep estaba a sus pies y estiró todo el cuerpo, en una versión canina de la asana del perro.

—¿Qué necesitas, hijo?

—Anoche me encontré con Tim Giles en el trabajo. —Ollie se frotó un ojo.

Truman se sorprendió al oír el nombre.

—¿No lo despidieron?

—Sí. Me estaba esperando en el aparcamiento cuando llegué.

La ira se apoderó de Truman.

—¿Qué te hizo?

—Nada. Es un bocazas —se apresuró a añadir Ollie, cuyos ojos se abrieron de par en par al mirar a Truman—. No te enfades.

—¿Me estás diciendo que un imbécil al que despidieron te estaba esperando en un aparcamiento? Ya lo creo que me voy a enfadar.

—Solo quería hablar —le dijo Ollie—. Bueno…, y tratar de asustarme un poco. Todavía no te había dicho que Kaylie y yo lo vimos a él y a unos amigos suyos en Owlie Lake cuando estábamos buscando el tesoro.

«Más problemas con la búsqueda del tesoro».

—No nos vieron —prosiguió el chico—. Los oímos llegar y nos escondimos, pero sus amigos y él estaban hablando de robar el tesoro a otros buscadores a los que habían seguido.

—¿Qué?

Ollie hizo una mueca.

—Nadie lo ha encontrado, pero Tim y sus amigos van siguiendo a los buscadores que creen que están muy cerca de encontrarlo.

Truman cerró los ojos durante unos segundos.

«Lo que me faltaba».

—¿Y qué les piensan hacer a los cazadores que lo encuentren? —preguntó a Ollie.

El adolescente se encogió de hombros.

—No lo sé. Primero me pregunté si serían capaces de matar a alguien, pero no me imagino a Tim cargándose a una persona. Es un abusón y un imbécil, pero no creo que llegara tan lejos.

—La gente es capaz de hacer cosas impensables por dinero.

—Sí, pero anoche quería saber si había visto un cuaderno que era del tipo que fue asesinado en la pensión de Sandy.

A Truman se le erizó el vello de la nuca.

—¿Cómo lo sabía?

Ollie enarcó las cejas.

—¿Así que existe?

—¿Qué has oído?

A Truman no se le había ocurrido que hubieran empezado a circular rumores sobre la carpeta de Billy Serrano entre otros buscadores del tesoro. La descripción había ido creciendo con cada rumor, y ahora el cuaderno se había convertido en un objeto legendario que contenía un mapa mágico del tesoro.

—Tim insinuó que el tipo había avanzado mucho en la investigación y que lo habían asesinado por ello. ¿Es cierto?

—No sabemos por qué lo mataron.

—Tim dice que es injusto que ahora tengas el cuaderno y que tú y yo lo utilicemos para encontrar el tesoro. Está muy alterado. No para de decir que no es justo y que habría que compartir las notas con todo el mundo.

Truman se quedó sin habla. ¿Un matón preocupado por la justicia?

—Lo sé —dijo Ollie—. Es un idiota. Me pidió que compartiera con él las pruebas policiales. Y en cuanto me di cuenta de que esa era la única razón por la que me había abordado, me fui. —Hizo una pausa y le rascó la oreja a Shep—. ¿De modo que el cuaderno es real? —preguntó con cierta indiferencia.

Truman suspiró.

—Sí, la víctima tenía una carpeta relacionada con la búsqueda del tesoro. Igual que muchos de los cazadores. Dudo que contenga alguna pista interesante. Aunque desde que mataron a Billy Serrano, es obvio que la fábrica de rumores está haciendo horas extras para convencer a todo el mundo de que ese fue el motivo.

Ollie asintió, sin apartar los ojos del perro.

«No me mira. Se muere de ganas por echar un vistazo a la libreta».

Truman quería reírse, pero el daño que había causado la búsqueda del tesoro, y que a buen seguro incluía una muerte, era demasiado real.

—Avísame si te vuelve a molestar.

—Puedo manejarlo.

—Bueno, mantenme informado.

—Lo haré.

—Y ahora vuelve a la cama. A ver si puedes dormir una hora más antes de prepararte para el trabajo.

—Sí.

Ollie volvió a bostezar y tomó el pasillo, seguido de su perro.

Shep dormía en la cama de Ollie todas las noches. Era un buen perro, inteligente y tranquilo, y hasta los gatos le querían.

Truman observó la cola del perro, que desapareció al doblar la esquina, y se prometió a sí mismo que no haría una visita a Tim Giles para advertirle de que se mantuviera alejado de Ollie. Tenía que dejar que el muchacho se encargara de ello por su cuenta.

«Ponte a trabajar. Olvídate del matón», pensó.

Truman estaba dando marcha atrás en el camino de acceso a la casa cuando lo llamó Lucas.

—¿Qué pasa?

—Acabo de entrar en la oficina. Alguien rompió una ventana anoche. La del lado oeste, junto a la cafetera.

El día no estaba empezando nada bien.

—¿Parece que ha entrado alguien? —preguntó—. ¿Por qué no recibí un aviso de la alarma?

—Porque no entró nadie. El cristal reforzado aguantó, pero ahora está agrietado. Tenemos que cambiarlo. En cuanto a la alarma, no se activó anoche —dijo Lucas en tono de enfado. El secretario de la oficina era muy estricto y se tomaba muy a pecho que no se cumplieran las normas.

—¿A quién se le olvidó?

—Anoche cerraron Ben y Samuel. Probablemente cada uno pensó que el otro había activado la alarma. No es la primera vez que llego y la encuentro desconectada.

—Tienes que avisarme cuando eso ocurra.

—Siempre hablo con quien la ha cagado. Créeme que les queda muy claro lo descontento que estoy.

—¿La cámara ha captado al culpable?

—Voy a comprobarlo ahora mismo.

—Llego en diez minutos.

✶✶✶

Truman entró por la puerta de la comisaría y dejó el sombrero en el colgador. Todavía no había llegado ningún otro agente, pero Lucas estaba a su mesa, con el ceño fruncido ante su monitor.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Truman mientras se

acercaba para mirar por encima del hombro de Lucas. Su compañero era muy corpulento. El secretario de la oficina tenía el físico de un defensa profesional de fútbol americano.

—Ocurrió sobre las dos de la madrugada. —Lucas pulsó el botón de REPRODUCCIÓN de la cámara.

En la pantalla aparecía un plano desde la fachada de la comisaría. Truman observó la imagen gris y granulada mientras pasaba una furgoneta, y luego Lucas cambió a la cámara del lado oeste del edificio.

—Ese fue el único vehículo que pasó en los treinta minutos siguientes a que alguien intentara entrar. Cinco minutos después, la cámara oeste grabó esto.

Montada bajo el alero, la cámara captaba todo el lateral del edificio y los arbustos que había junto a él. Truman estudió la imagen inmóvil durante un largo momento. El reloj que marcaba los segundos en la esquina era el único indicador de que no era una foto. La cámara de la pensión de Sandy había sido manipulada antes del asesinato de Billy Serrano. Se alegró de que no hubieran manipulado también las de la comisaría.

—Ahí está —refunfuñó Lucas.

Truman no vio nada hasta que el hombre salió de uno de los arbustos.

—¿Lleva un bate de béisbol en la mano?

—Sí.

—¿A quién no se le ocurre que una comisaría tenga cámaras de seguridad?

—A un idiota.

La sombra se asomó a cada una de las ventanas del lado oeste y luego volvió a la más pequeña. Levantó el bate como si esperara un lanzamiento y golpeó la ventana. Se estremeció y se detuvo tras el golpe, mirando por encima del hombro y a su alrededor.

—Está esperando a que suene la alarma —murmuró Truman.

Al cabo de unos segundos, empezó a golpear la ventana con confianza. Truman observó la figura. Parecía de tamaño medio y llevaba una gorra de béisbol. Hasta el momento no se le había visto claramente el rostro. Llevaba pantalones vaqueros y una camiseta de manga larga.

—¿Puedes distinguir el dibujo de la espalda de la camiseta? —preguntó Truman.

—No. La he aislado y ampliado justo antes de que llegaras, pero la imagen es demasiado granulada. Solo he podido ver que era algo grande y redondo.

El hombre dio un par de golpes más y retrocedió un paso, con la respiración agitada. Entonces dio una patada contra la pared del

edificio, en un gesto de frustración.

Lucas resopló.

—¿Ves? Es un idiota. —El hombre abandonó el plano y Lucas detuvo el vídeo—. He examinado los siguientes treinta minutos. No pasa ningún vehículo. Seguiré examinando el resto de las imágenes para comprobar si volvió por algún motivo. —Miró a Truman—. ¿Crees que estaba borracho?

—Es una posibilidad. Retrocede y para cuando aparece el vehículo.

Lucas siguió sus indicaciones y amplió y redujo la imagen para mejorar la calidad.

—No veo de qué marca es. Es una furgoneta enorme. Sospecho que es una Ford. Diría que es negra, pero podría ser azul marino o gris oscuro.

Truman estaba de acuerdo.

—Llama a alguien para que repare esa ventana.

—Ya lo he hecho.

Truman le dio una palmada en el hombro.

—Por eso eres el responsable de todo esto.

—Ya lo creo. ¿Vas a hablar con Samuel y Ben sobre la alarma, o quieres que lo haga yo?

—Yo me encargo.

Truman se fue a su despacho, sacó el móvil y marcó el número de Ollie.

—¿Sí? —respondió el adolescente con voz de dormido.

—¿Sabes qué vehículo tiene Tim Giles? —preguntó Truman.

—¿Por qué? Preferiría que lo dejaras en paz. —De repente, Ollie parecía más despierto—. Puedo encargarme de Tim.

—Esto es para otra cosa.

—¿De qué se trata?

—No puedo decírtelo ahora mismo. ¿Lo sabes o no?

—Una Ford. Una F-350 negra —dijo Ollie de mala gana.

—Gracias.

—¿Ahora puedes decirme por qué?

—No. Pero no te preocupes. No tiene nada que ver con tu encuentro de anoche.

—Vale. —El adolescente no parecía muy seguro.

Truman colgó y encendió el monitor de su ordenador para echar un segundo vistazo a lo que Lucas había encontrado y valorar la posibilidad de tener una charla con Tim Giles. Podía mostrarle una imagen de la furgoneta y preguntarle si era la suya; por supuesto, no había pruebas directas de que el conductor fuera el hombre del bate de béisbol. Pero podía comprobar si había uno en la furgoneta de Tim.

Tenía la sensación de que Tim, si era él quien conducía la

furgoneta y que no destacaba por tener muchas luces, era bien capaz de admitir el acto vandálico si le mostraba las fotos de la noche anterior. Truman se preguntó si seguiría intentando conseguir el cuaderno y causaría más daños. La mejor manera de evitar más ataques contra la comisaría sería hacerle saber que el sheriff del condado, y no la policía de Eagle's Nest, tenía el cuaderno como prueba.

«¿Debería considerar a Tim sospechoso del asesinato de Billy Serrano?», pensó.

Sin embargo, no le correspondía a él tomar esa decisión, sino a Evan Bolton, lo que significaba que Truman debía enviarle los vídeos de la noche anterior y contarle el encuentro y la conversación de Ollie. Dos encuentros, contando el de Owlie Lake.

A Truman le tocaba investigar los daños que había sufrido la comisaría, no el asesinato de Serrano.

Pero siguió pensando en ello. La imagen del orificio de salida en la cara de Serrano se había quedado grabada a fuego en el cerebro de Truman.

«Quizá debería acompañar a Evan para hablar con Tim Giles».

CAPÍTULO 22

«¿Es lo que se siente al ser padre?».

Por quinta vez aquella mañana, Evan comprobó su teléfono para ver si tenía alguna llamada perdida. Había comprado un móvil barato para que Theodore y Charlotte pudieran llamarle en caso de emergencia. Los dos niños se habían enzarzado en una discusión para decidir quién tenía que llevar el teléfono, y al verlo Evan se preguntó si había sido poco previsor al no comprar dos. Al final les pidió que lo dejaran en la encimera de la cocina. Al ver su gesto de decepción, les dijo que podían usarlo cada uno durante cinco minutos cada hora si querían hacer fotos y vídeos.

«Menos mal que no he comprado un *smartphone*».

No envidiaba a los padres que tenían que gestionar el uso de los teléfonos móviles.

Ya le había resultado bastante duro dejar a los niños solos aquella mañana, incluso sabiendo que habían sido bien capaces de cuidar de sí mismos durante las últimas dos semanas. Kaylie iba a pasar la tarde con ellos después de terminar el turno de mañana en la cafetería. Ollie no podía quedarse a su cuidado porque trabajaba todo el día.

Mientras Evan seguía mirando la pantalla de su teléfono, recibió una llamada. Al no reconocer el número, contestó.

—Soy Meghan Serrano. Llegué tarde anoche. ¿Podemos vernos?

La hermana de Billy Serrano. Parecía cansada.

—Buenos días, Meghan. Espero que el viaje fuera bien.

—Sí, pero apenas he dormido pensando en lo que ha ocurrido, y he tenido en cuenta lo que me dijo de no ver a Billy. —Tragó saliva—. Probablemente tenga usted razón.

—Me alegro de que esté de acuerdo. Puedo hacerle un hueco en cualquier momento de esta mañana en mi despacho.

—¿Le iría bien ahora?

—Sí. Estoy en la comisaría del sheriff del condado de Deschutes. Pregunte en recepción y me avisarán de que ha llegado.

—Creo que puedo estar ahí en unos diez minutos. Le agradezco su tiempo, detective. —Meghan hizo una pausa—. ¿Tiene alguna novedad sobre posibles sospechosos? —preguntó esperanzada.

—Todavía estamos analizando las pistas —le dijo Evan—. Lo encontraremos.

—De acuerdo —respondió ella con voz monótona, como si le pareciera lógico que no hubiera novedades de momento.

Evan colgó y lanzó un suspiro. El equipo de la policía científica no había encontrado ninguna pista, pero aún quedaban varias pruebas que analizar. El proceso podía ser muy largo.

Truman había llamado antes para contar la extraña historia de un hombre que había amenazado a Ollie por la libreta relacionada con la búsqueda del tesoro de Billy Serrano. Ollie también había oído al hombre amenazar con hacer daño a otros cazadores en su empeño por conseguir el tesoro, y Truman sospechaba que había intentado entrar en la comisaría durante la noche para encontrar el cuaderno. Habían quedado en verse a mediodía en el apartamento de Tim Giles para interrogarlo.

La búsqueda del tesoro había sacado lo peor de cada casa.

Evan abrió un archivo de su ordenador. Había fotografiado todas las páginas del cuaderno de Billy Serrano antes de entregarlo como prueba. Había veintiséis páginas de notas y mapas, la mayoría con una letra perfecta, que seguramente eran de Meghan. La otra letra apenas se entendía. Lo más probable es que fuera de Billy.

Las anotaciones de Billy estaban escritas en los márgenes. Eran registros de lo que había encontrado al seguir las indicaciones de su hermana sobre las pistas.

Cada verso del poema tenía su propia página, algunos más de una, y había referencias a los posibles lugares. Evan dedicó varios minutos a leerlo todo. Entendía la lógica que Meghan y Billy habían establecido entre la mayoría de las pistas y los lugares, pero algunas de las correlaciones no tenían ningún sentido. ¿Cómo decidieron que «una visión cabal» podía significar un mirador? ¿Por qué decidieron que parte del siguiente verso, «inclinarte ante la lluvia», hacía referencia al Huerto del Rey de las Manzanas?

«Nadie ha sabido descifrar las pistas. Chester Rollins debe de estar partiéndose de risa en su tumba por el caos que ha provocado».

El teléfono de Evan volvió a vibrar y el nombre de Mercy apareció en la pantalla.

«¿Ha encontrado a Bethany?».

Se le tensó la mandíbula.

—Bolton —respondió.

—Soy Mercy. Quería ponerte al corriente de mi visita de ayer a las hermanas Kerr.

—¿Hay noticias de Bethany?

Ella hizo una pausa.

—No.

Mercy sabía que no debía andarse con rodeos como había hecho con Meghan Serrano unos minutos antes.

—¿Qué has averiguado? —preguntó.

Sintió un leve alivio ya que, al menos, no había llamado para decirle que había encontrado los restos de Bethany.

«La falta de noticias puede ser una buena noticia».

Pero lo que más deseaba era volver a ver a su hermana. Su ausencia se había convertido en un dolor constante en el pecho cuya intensidad aumentaba cada vez que miraba a Charlotte. Durante años había enterrado su pena, pues era la única forma de seguir adelante, pero la angustia y el vacío habían vuelto, y con más fuerza que nunca.

Mercy le contó todo lo que había averiguado del testamento de Ethel Kerr y que Theodore y Charlotte tal vez tenían derecho a heredar una gran cantidad de dinero si se vendieran los bienes de los Kerr.

—Aunque un tercio de los bienes de Ethel eran para el abuelo de los niños, no creo que quede mucho actualmente, aparte de la propiedad. Dudo que a estas alturas merezca la pena demandar por ello.

Evan sopesó sus palabras. Lo último que quería hacer era poner en marcha una batalla legal que pudiera costar más de lo que tenía. Pero un tercio de los ingresos obtenidos por la venta de los terrenos bien podía solucionarle la vida a los niños.

Un dinero que podrían necesitar si su madre no estuviera.

De repente lo asaltó un pensamiento.

—¿Estás insinuando que los niños podrían estar en peligro por culpa de la familia Kerr? ¿Por este dinero?

Ella suspiró.

—Se me ha pasado por la cabeza.

Evan valoró esa opción.

—Entonces podría ser que Bethany hubiera desaparecido por el mismo motivo. Por Dios, Mercy. ¿De verdad crees que esas dos ancianas son capaces de algo así?

—Lo que yo piense no importa —respondió Mercy—, pero debemos considerar esa posibilidad. No estoy segura de la relevancia que podría tener, pero diría que las hermanas Kerr no saben de la existencia de Theodore y Charlotte. No he mencionado que Bethany tuviera hijos aparte de Molly, y ellas tampoco han dicho nada sobre ellos.

—De acuerdo —dijo Evan, sin dejar de dar vueltas a todas las novedades. Lo embargó el mismo instinto de protección que experimentó tras conocer a Theodore y Charlotte, pero en los últimos dos minutos se había convertido en un sentimiento casi doloroso, en un impulso de no perderlos de vista en ningún momento. De no dejarlos salir.

—No sé qué pensar —mintió Evan, intentando controlar el

inquietante torrente de emociones—. ¿Algo más?

—Hasta ahora no he descubierto nada extraño, aparte de que nunca se encontró el cuerpo de Joshua Kerr.

Evan guardó silencio durante unos instantes, analizando aquel hecho desde todos los ángulos.

«Tal vez no sea nada».

—Sé lo que estás pensando —dijo Mercy rompiendo el silencio—. Su desaparición también me inquieta. —Hizo una pausa—. Tuve un tío al que todo el mundo, bueno, casi todo el mundo, dio por muerto durante cuarenta años, cuando no lo estaba. De modo que puede ocurrir.

—Es bastante raro —dijo Evan.

—Sin duda. Pero centrémonos en Bethany y Molly. Tenemos al Centro de Niños Desaparecidos y Explotados involucrado, aunque nos han pedido algunas fotos de Molly y, por increíble que parezca, no hay ninguna.

Evan pensó en el pequeño zapato de bebé que había encontrado unas semanas antes.

«Probablemente era de un vecino».

—A mí también me gustaría ver fotos —dijo Evan.

La conversación se prolongó un par de minutos, hasta que un agente asomó la cabeza en el despacho de Evan para decirle que tenía una visita. El sheriff se despidió, se levantó, se enderezó el cuello de la camisa y notó que el agente le dirigía una mirada extraña.

—¿Qué pasa?

—Ha traído un perro.

—¿Y qué?

—Solo me aseguro de que no seas alérgico o algo así. Es muy bonito.

—No. —Evan siguió al ayudante hasta la recepción.

Meghan era la única persona en la sala de espera y, efectivamente, tenía un perrito en una bolsa de mano sobre el regazo. La bolita de pelo blanco y negro que asomaba la cabeza era preciosa. Meghan se levantó cuando Evan se acercó y sonrió con aire vacilante. Tenía los ojos rojos e hinchados. Era menuda, con rizos cortos y rubios, y no se parecía en nada a Billy Serrano.

«La dueña del perro también es muy mona».

Evan se presentó y le estrechó la mano.

—Este es Oreo —dijo mientras Evan tendía la mano al perro para que se la oliera—. Es muy cariñoso con todo el mundo. No voy a ningún sitio sin él.

Meghan siguió a Evan hasta su despacho y se sentó en la silla que le indicó. Solo se veía la cabeza del perro por encima de la bolsa, y el animal clavó la mirada en el policía cuando se sentó.

—La acompaño en el sentimiento, Meghan —dijo Evan, que no quería empezar con las preguntas de buenas a primeras. Nunca era fácil interrogar a los familiares. Lo más educado sería darles varios días de duelo, pero era crucial obtener toda la información posible al principio de una investigación. No obstante, con el paso del tiempo había aprendido a ser muy cuidadoso.

—Gracias, detective. —Le acarició las orejas a Oreo, y el perrito se volvió para lamerle la mano.

—Lo siento, pero tengo que pasar directamente a las preguntas.

—No se preocupe, sé que es su trabajo y quiero ayudar a encontrar a quien disparó a mi hermano. —Se encogió de hombros—. Aunque no sé gran cosa.

—A veces los detalles más nimios pueden ser de gran ayuda.

Asintió con la cabeza, pero no parecía convencida.

—Sé que habló usted con Billy todos los días que estuvo aquí —empezó Evan—. Y que él le mencionó un incidente con el hombre que intentó robarle el cuaderno, pero ¿le habló en concreto de algún otro buscador del tesoro? ¿Quizás de alguna persona a la que conoció mientras cenaba…, o tal vez de alguien de la pensión?

Meghan frunció el ceño sin dejar de acariciar al perro.

—Dijo que la ciudad estaba llena de visitantes que buscaban el tesoro. No recuerdo que mencionara a alguien en concreto, solo al hombre que fue interrogado por la policía. Billy no llamaba la atención, quería pasar desapercibido y que los demás cazadores no reparasen en su presencia.

—¿Por qué no quería hacerse notar? ¿Le dijo eso en concreto?

—Sí, lo hizo. Desconfiaba de todo el mundo, incluso en casa. Se negaba a hablar con la gente. Sé que le preocupaba que nos robaran el trabajo, aunque supongo que es lo que alguien intentó hacer.

—¿No le parece que esa actitud es un poco exagerada?

Se encogió de hombros.

—Billy era bastante paranoico. Desde siempre. Me dijo que alguien había difundido rumores sobre él en el trabajo y que por eso lo habían despedido. Me aseguró que había pillado a alguien mirando por las ventanas de su apartamento hace unos meses y que estaba convencido de que intentarían entrar en su casa. Me ha contado cosas así toda la vida.

—¿El comentario sobre las ventanas del apartamento fue antes de que empezara la búsqueda del tesoro?

—Sí, hará unos años. Por eso no me sorprendió que dijera que aquí se andaba con pies de plomo. —Tomó aire y se estremeció—. Aunque de poco le sirvió.

Sacó al perro de la bolsa, le dio un abrazo y lo acomodó en su regazo. Dos ojos negros y redondos siguieron mirando a Evan.

—Meghan —dijo Evan con tacto—, ¿sabía que tenía un arma?

—Sí, claro que sí —respondió con un deje de desconcierto.

—¿Sabía que disparó a una persona que creía que intentaba robarle el cuaderno?

Ella reprimió un grito de sorpresa.

—¡No!

—Fue en el incidente que le contó, pero omitió la parte en la que disparó al hombre, que también le disparó a él. Por suerte, nadie resultó herido.

Meghan lo miró con gesto de sorpresa.

—No tenía ni idea. —Frunció el ceño—. Pero ¿no cree que ese hombre puede ser quien lo mató?

—No.

Meghan frunció el ceño.

—Me contó que lo habían echado de una propiedad. Dijo que había otros dos cazadores, y que el dueño del terreno amenazó con soltar a su perro si no se marchaban. Los otros tardaron en irse, pero Billy obedeció enseguida. Le dan miedo los perros; le mordieron mucho cuando era más joven. Ni siquiera le gustaba Oreo.

Le dio un beso al perro en la cabeza.

—¿Cree que estaba a punto de encontrar el tesoro cuando entró en esa propiedad?

Meghan esbozó una sonrisa.

—¿Quién sabe? Juró que no iba a volver, por lo que decidimos pasar a la siguiente pista. Creo que esa no daba más de sí.

—¿Dónde fue?

Meghan no respondió y no levantó la mirada de su perro.

«No quiere desvelar ninguna de las pistas».

Evan frunció los labios.

—¿Piensa continuar la búsqueda donde la dejó Billy?

Al final, lo miró.

—Creo que estábamos muy unidos. También creo que por eso mataron a Billy.

—¿Cómo lo hará sin el cuaderno? —Evan aún no le había dicho que lo habían encontrado.

—Tengo copias de todas las páginas. Las escribí yo.

—Si considera que lo mataron por ello, ¿está segura de querer entrar en ese juego?

Ella lo miró fijamente, con determinación.

—Ya estoy en este juego. Soy yo quien descubrió todas las pistas que siguió Billy. Tuve que quedarme en casa porque alguno de los dos había de trabajar para pagar el alquiler. Billy era incapaz de conservar un empleo.

Evan parpadeó. De repente, la pequeña mujer afligida que tenía

delante se había convertido en una hermana resentida.

«La gente muestra su dolor de diferentes maneras».

—Hemos encontrado el cuaderno —le dijo Evan—. Apareció en la caja fuerte de la pensión en la que se alojaba.

—Bien. Al menos me hizo caso cuando le dije que lo guardara bajo llave. ¿Cuándo me lo devolverán?

—Lo están examinando en nuestro laboratorio. —Al ver su gesto de frustración, añadió de inmediato—: Pero tiene una copia de todo, ¿verdad? Imagino que tampoco será tan grave si tardamos unos días en devolvérselo.

—Sí lo es —respondió ella—. Sé que Billy también anotaba sus ideas, y eso no lo tengo.

Evan meditó unos segundos. El cuaderno era una prueba. Pero ¿la prueba real era la información escrita o el cuaderno físico en sí? Meghan ya tenía la mayor parte de la información, por lo tanto, ¿importaba que también tuviera el resto?

Tomó una decisión.

—¿Qué le parece si pido al laboratorio que le copie las páginas?

Ella se relajó.

—De acuerdo. ¿Cuándo me las enviarán?

—Les haré llegar la solicitud en cuanto acabemos. Creo que podrían mandárselas esta noche. —Se puso en pie—. La acompañaré a la salida.

«¿Por qué no le ofrezco la copia antes de que se vaya?», pensó.

Porque las ansias de Meghan de tener la libreta le aconsejaban obrar con cautela. Parecía más interesada en el cuaderno que en la muerte de su hermano.

No estaría de más hacerla esperar.

«Y así tendré más tiempo para investigarla».

CAPÍTULO 23

Truman subió lentamente las escaleras exteriores del apartamento de Tim Giles, seguido de Evan Bolton. El detective estaba de acuerdo en que debía hablar con él después de saber que, según había declarado Ollie, el matón había amenazado con hacer daño a otros buscadores del tesoro.

Truman estaba allí para interrogar al tipo sobre los daños que había sufrido la ventana de la comisaría. En el fondo estaba furioso con Giles por acosar a Ollie y tenía ganas de enfrentarse a él, pero debía dejar que el chico librara sus propias batallas. No era un niño.

De hecho el adolescente tenía un gran sentido de la integridad y el honor, y Truman estaba orgulloso de él. Había empezado a referirse a él como su hijo. No era cierto a nivel biológico, pero sí desde un punto de vista sentimental. Kaylie también se había ganado un sitio en su corazón, y la consideraba su hija. Era probable que nunca tuviera hijos biológicos propios, pero tampoco le importaba.

—Va a hacer un buen día —comentó Evan cuando llegaron a lo alto de la escalera y se volvieron para comprobar las vistas. El cielo era de un azul inmaculado.

—Como siempre —añadió Truman. Creía que la región central de Oregón tenía uno de los mejores climas del mundo. Poca lluvia y estaciones cambiantes. Veranos cálidos e inviernos fríos. Nieve, pero no demasiada. Y mucho sol, fuera cual fuese la época del año.

Truman pasó por delante de tres apartamentos y se detuvo en el de Tim Giles. Llamó a la puerta y se colocaron a ambos lados. Aguzó el oído, pero solo captó el rumor del tráfico de la autopista. Volvió a llamar.

Con el rabillo del ojo, captó un movimiento en la planta baja. Un hombre acababa de salir de una puerta situada debajo del otro tramo de escaleras, con un cesto lleno de ropa sucia en los brazos. Se quedó paralizado cuando Truman estableció contacto visual. Entonces lanzó un grito, dejó caer la ropa sucia y echó a correr.

—¡Es él! —dijo Truman, echando a correr hacia las escaleras. Había reconocido a Tim por la foto del carné de conducir que había impreso.

Evan y él bajaron las escaleras.

—¡Alto! Sheriff del condado de Deschutes —gritó Evan.

Llegaron abajo y corrieron en la misma dirección que Tim. Giraron al final del edificio, a tiempo de ver que el sospechoso doblaba una esquina. Truman apretó el paso, siguiendo un camino de hormigón que conducía a la parte trasera. Más adelante y al otro lado de un aparcamiento había otro edificio del complejo de apartamentos.

Truman siguió a Tim y lo vio corriendo por la zona de la piscina. La gente que estaba en las tumbonas lo miró sin inmutarse, como si todos los días pasara por allí un hombre en vaqueros y camiseta. Solo algunos se incorporaron cuando Truman y Evan se acercaron, como si por fin se dieran cuenta de que pasaba algo.

—¡Alto! ¡Sheriff del condado de Deschutes! —volvió a gritar Evan.

—¡Coged al gilipollas! —gritó una mujer con un bañador rojo cuando pasaron junto a ella. Estaba de pie en la parte menos profunda de la piscina, agarrada de la mano de dos niños.

«Parece que Tim no goza de una gran popularidad entre los demás clientes».

Tim les devolvió la mirada sin detenerse y continuó rodeando el segundo edificio. Truman aceleró el paso y se alegró de no haberse puesto las botas de vaquero, sino unos zapatos de trabajo que le proporcionaban un buen agarre. Eran un poco voluminosos para correr, pero a cambio le ofrecían una gran estabilidad en cada zancada.

Detrás del segundo edificio, había un terraplén de casi dos metros junto a un arroyo.

«Arroyo» por decir algo, porque era más bien un lecho seco por el que discurría un estrecho riachuelo fangoso.

Tim casi había llegado a la orilla cuando Truman y Evan empezaron a bajar. La pendiente era pronunciada, pero la tierra era firme. Los agentes dieron varios saltos, con los brazos abiertos para mantener el equilibrio. Truman cubrió los últimos dos metros de un salto gigantesco, y sintió el fuerte impacto en las piernas y la columna vertebral. Seguido de Evan, se lanzó tras Tim, que corría por el río de barro. La distancia entre ellos se había reducido considerablemente.

Tim miró hacia atrás, con los ojos muy abiertos.

De pronto tropezó y cayó al suelo. Aterrizó en el barro de bruces e intentó ponerse en pie. Había dado dos pasos a trompicones cuando Truman lo abordó y lo derribó.

—¡Aaah! —Truman cayó con fuerza sobre la espalda del fugitivo y aprovechó su peso para inmovilizarlo.

—¡Suéltame! —gritó Tim, retorciéndose y tratando de apartar al policía.

—No.

Evan se arrodilló junto a ellos y agarró a Tim por un brazo. Se lo

retorció hacia atrás y le puso una esposa. Truman se levantó para clavarle una rodilla en el centro de la espalda y sujetó el otro brazo. Evan lo esposó y Truman se apartó y cayó en el suelo embarrado. Se quedó sentado un momento, con el corazón desbocado y sin resuello tras la larga carrera.

Evan le dio una palmada en el hombro.

—Buen placaje.

Truman asintió, sin aliento para hablar.

—¡Déjame levantarme!

Tim intentó incorporarse, una tarea difícil con las manos esposadas a la espalda. Lo único que consiguió fue hundir más el hombro y la cara en el barro.

—Enseguida —logró decir Truman, que se limpió el sudor de la frente y se la manchó de barro—. Mierda. —Tenía los brazos y la parte inferior de las piernas cubiertos de tierra. Miró a Evan, que solo se había manchado los pies y las manos. Tenía los ojos desorbitados por la persecución, y sospechó que los suyos mostraban el mismo aspecto—. No me embarraba tanto desde que jugaba al fútbol americano en el instituto —dijo.

—Yo tampoco —replicó Evan mirando a Tim, que por fin había dejado de retorcerse—. ¿Por qué huías?

—He hecho lo que haría cualquier otra persona —respondió Tim con brusquedad—. Sois policías, lo lógico era que huyese.

—La mayoría de la gente preguntaría en qué puede ayudar si nos viera llamar a su puerta —replicó Truman.

—Y una mierda.

—No es una mierda —dijo Evan—. Y no llevamos uniforme. ¿Cómo sabías que éramos agentes de la ley?

Tim se quedó en silencio y Truman vio que procuraba encontrar una respuesta que no le hiciera quedar mal. Le dio un golpe con un zapato sucio.

—El detective Bolton te ha hecho una pregunta.

El fugitivo abrió los ojos de par en par al oír el rango de Evan.

«Sabe que se ha metido en problemas».

—¿Puedo sentarme? —preguntó Tim—. Así podré hablar sin tragar más barro.

Truman se puso en pie y entre ambos agarraron a Tim, cada uno por una axila, y lo ayudaron a sentarse en la zona más profunda del riachuelo de lodo. Tim miró el barro y luego a cada uno de los hombres.

—Bueno, ¿por qué has creído que somos agentes de la ley? —preguntó Truman.

—Porque lleváis placa.

Cierto. Los dos la llevaban en el cinturón.

—Pero no se veía desde donde estabas —señaló Truman—. Inténtalo de nuevo.

Tim hizo una mueca.

—Te he reconocido. —Señaló a Truman con la cabeza—. Eres el jefe de policía.

—No vives en Eagle's Nest. ¿Cómo lo sabes?

Tim se exasperó.

—Eres el tío o el padre de Ollie o lo que sea.

Truman sintió una gran satisfacción.

—Así es. Soy su lo que sea. Y sé que lo viste anoche.

Tim agachó la cabeza, evitando la mirada de Truman. El jefe de policía vio que Evan intentaba contener la risa.

—También sé que tu F-350 negra y tú estuvisteis en mi comisaría sobre las dos de la madrugada —expuso Truman, exagerando la verdad—. Tengo un par de grabaciones desde buenos ángulos.

Tim encorvó los hombros.

—¿En qué estabas pensando al golpear una ventana blindada con un bate de béisbol? ¿No se te ocurrió que había cámaras de seguridad? —preguntó Truman.

—Estaba borracho —murmuró Tim.

—¿Así que también conducías en estado de embriaguez? —preguntó Evan—. Cuando metes la pata, te gusta hacerlo a lo grande.

—Estar borracho no te servirá de atenuante para justificar los daños que causaste —dijo Truman, que no se sorprendió de la facilidad con que Tim había confesado. Había oído «estaba borracho» como excusa ante todas las acciones estúpidas imaginables y estaba harto de ello—. Y otra cosa. No tengo el cuaderno de la búsqueda del tesoro que intentabas robar de mi comisaría. No es mi prueba. Forma parte de una investigación del sheriff del condado de Deschutes.

Evan levantó la mano.

—Ese soy yo.

Tim gimió y cerró los ojos, echando la cabeza hacia atrás.

—Sí, la has fastidiado.

—Bueno, seguramente hiciste copias de la libreta —le dijo Tim a Truman—. No es justo. Es una información que debería hacerse pública.

—Es una propiedad privada —replicó Evan—. ¿Por qué demonios debería estar a tu disposición?

—El tipo que la tenía está muerto. Así que eso ya no importa.

Tim frunció el ceño.

El policía levantó las manos. No daba crédito a la estupidez de Tim.

—Es todo tuyo —le dijo a Evan.

—No sé si lo quiero —replicó este.

—¿Por qué tengo que ir con él? —murmuró Tim—. No hice nada en su comisaría.

—Tienes razón —concedió Evan—. Pero me gustaría charlar contigo sobre dónde estuviste hace dos noches.

—¿Qué ocurrió hace dos noches…? —Tim palideció al atar cabos —. ¡Eh! ¡Yo no tengo nada que ver con eso! ¡No he matado a nadie!

—Doble negación —murmuró Truman.

—¿Cómo? —Tim lo miró fijamente, con los ojos desorbitados.

—Si no tuviste nada que ver con el asesinato de Billy Serrano, no debería importarte que te haga algunas preguntas al respecto. —Evan se miró las manos manchadas de barro—. Pero antes me gustaría adecentarme. Volvamos a la comisaría del sheriff y allí podremos hablar.

Se agachó, agarró a Tim de una axila y Truman lo imitó. Entre ambos levantaron al matón para que se pusiera en pie.

—Pero no es necesario que yo vaya —señaló Tim.

—Sí, hombre, así podrás darte una ducha y ponerte ropa limpia —dijo Evan—. No te importará ir de naranja, ¿verdad?

Truman contuvo la sonrisa, consciente de que Evan solo quería asustarlo. Los dos lo llevaron hasta el terraplén y comenzaron a subir, sujetándolo cada uno de un brazo para que no perdiera el equilibrio.

—¡No puedes detenerme! No he hecho nada.

—Hace un minuto has confesado que conducías borracho y que intentaste entrar en la comisaría de Eagle's Nest —puntualizó Evan—. Yo diría que eso es algo.

—¡No he matado a nadie!

—Me alegro de oírlo —dijo Evan—. Ya me lo contarás todo en la comisaría. —Tiró del brazo de Tim, que se negó a avanzar.

—¡Espera, espera! ¡Quiero hacer un trato!

—Ya… —dijo Truman, y tiró con fuerza de Tim cuando este intentó detenerse de nuevo.

—Puede que sepa algo.

Truman y Evan intercambiaron una mirada de resignación.

—¿Qué sabes? —preguntó Evan.

—Sé quién puede haberlo hecho.

—¿Hacer qué? —preguntó Truman.

—Matar a ese tipo —respondió Tim en un susurro, mirando a ambos policías alternativamente.

Truman y Evan se detuvieron en mitad del terraplén. Truman se encogió de hombros.

«Tim es un carroñero, pero a veces estas alimañas encuentran cosas».

—A ver, di —indicó Evan.

—Hay un tipo que anda por ahí. Le he visto hablar con otros

buscadores del tesoro. No cae muy bien. Le vi hablando con el tipo al que dispararon el día antes de morir.

—¿Puedes describirlo? —preguntó Evan.

—Tiene barba.

—¿Y qué más? —preguntó Truman—. ¿Edad?

«Isaac, el okupa tozudo, tiene barba».

—No sé. No es viejo. Ni joven.

«Yo consideraría a Isaac joven. Pero quizás Tim no».

—Sin embargo, reconociste a este tipo que no puedes describir como la misma persona que habías visto en la ciudad —dijo Truman.

—Bueno, quizá lo haya seguido en algún momento.

—¿Quizá lo hayas hecho? —preguntó Evan.

—Sí. Pensé que sabía algo, así que lo seguí hasta la cafetería para espiarlo. —Adoptó un gesto de contrariedad—. Pero no pude oír nada.

—¿Algo más? —preguntó Truman.

—Eso es todo.

Truman miró a Evan.

—¿Eso resuelve el asesinato?

—No —dijo Evan—. Continuamos investigando.

Los dos hombres siguieron arrastrando a Tim por el terraplén.

CAPÍTULO 24

Mercy conducía de vuelta a su oficina en Bend después de almorzar más tarde de lo habitual cuando recibió una llamada de Kaylie. Sonrió y se preguntó si Charlotte ya la estaba poniendo de los nervios. La adolescente había acabado agotada la noche anterior después de pasar el día con una niña tan rebosante de energía y curiosa.

Mercy tocó un botón del volante para responder.

—Hola, Kaylie. ¿Cómo están los niños?

—Quiero que sepas que están todos bien —susurró Kaylie—. Nos hemos escondido detrás del granero.

A Mercy se le erizó el vello de los brazos.

—¿Qué ha pasado? —Redujo la velocidad y se detuvo en el arcén, mirando fijamente el nombre de Kaylie que aparecía en la pantalla del salpicadero.

—Hay alguien en la casa. Estábamos fuera cuando oímos que se acercaba un coche, y los niños se han escondido de inmediato…

—¿Se esconden automáticamente cuando viene alguien?

—Eso es lo que me han dicho —continuó con un hilo de voz—. La cuestión es que el hombre ha entrado directo en su casa. Sin llamar a la puerta ni nada. Dicen los niños que no saben quién es.

Mercy dio la vuelta.

—No os mováis. Llego en veinte minutos.

«Veinte minutos es demasiado tiempo», pensó.

—Kaylie, voy a colgar para llamar a la comisaría de Eagle's Nest. Son los que están más cerca y les pediré que envíen a alguien de inmediato. Te llamaré enseguida. Pon el teléfono en silencio —le ordenó.

—Acabo de hacerlo. Date prisa, Mercy.

—¿Tienes algún arma?

—No —susurró Kaylie.

—Está bien. No salgáis del escondite.

Mercy colgó, pulsó la tecla de marcación rápida de la comisaría e interrumpió el saludo de Lucas.

—Lucas, soy Mercy Kilpatrick. Necesito que envíes inmediatamente a alguien a… ¡Mierda!

No sabía la dirección. Lo único que tenía era una imagen mental

del desvío que había que tomar en el camino rural.

—¿Qué ocurre, Mercy? —preguntó Lucas.

—Hay alguien merodeando en casa de Theodore y Charlotte. Kaylie está allí con los niños y yo estoy demasiado lejos. Y no sé la dirección, joder. —Los pensamientos se agolpaban en su cabeza—. ¿Está Truman ahí? Él sí la sabe.

—No, está fuera.

—Lo llamaré. ¿Puedes enviar a alguien para que encienda las luces y las sirenas en la carretera de Jasper Creek? La casa está cerca, a unos ocho kilómetros de la salida de la autopista 97. Quizá las sirenas los asusten.

—Sí, ahora mismo envío a Ben.

—Que esté atento a mi llegada o a Truman.

—De acuerdo.

Mercy colgó y marcó el número de su marido sin perder ni un segundo. Saltó el buzón de voz.

—¡Maldita sea!

Lo intentó de nuevo. Buzón de voz. Esta vez, sin embargo, le dejó un mensaje para que fuera a casa de los niños y la llamara cuanto antes.

Llamó a Kaylie.

—Voy tan rápido como puedo —le aseguró—. Ben se dirige hacia ahí. Deberíais oír sus sirenas dentro de diez minutos como mucho, en la carretera de Jasper Creek. No he sabido cómo decirles que llegaran, Kaylie. No conozco la dirección.

—Se lo he preguntado a Theodore. Dice que no tienen dirección. Recogen el correo una vez a la semana en otro lugar.

—¿El hombre sigue en la casa?

—Sí.

—¿Los niños están bien?

—Sí. Estamos bien. Confía en mí, estos dos saben dónde esconderse.

—No sé si sentir alivio o tristeza —comentó Mercy, que oyó que Charlotte decía algo.

—¡Está saliendo! —murmuró Kaylie—. Y se dirige hacia aquí.

Mercy agarró el volante con fuerza, pisó a fondo el acelerador e invadió el carril de circulación contrario para adelantar a una furgoneta. No tenía luces ni sirenas y, por primera vez, se arrepintió de ello.

—Nos marchamos del granero —susurró Kaylie—. Vamos a adentrarnos en el bosque.

—¡Cuidado!

—Sí, no te preocupes.

—Dame una descripción del vehículo. Y del hombre.

—Es una furgoneta Chevy marrón. No es vieja… pero tampoco nueva —dijo Kaylie con calma—. Solo he podido ver al hombre durante un segundo… Puedo intentar…

—No —le prohibió Mercy—. No vuelvas. Meteos en el bosque.

—Lleva botas, vaqueros y una camiseta blanca de manga corta. Barba castaña y pelo corto.

Para ser alguien al que solo había visto un segundo, Kaylie hizo una descripción muy precisa.

—Está abriendo la puerta del granero del otro lado.

—¿Has visto si va armado?

Mercy oyó que Kaylie les hacía la misma pregunta a los niños.

—No.

—Eso no significa que no lleve armas —le advirtió Mercy.

—Lo sé.

—¿Hay algo en la casa que le permita adivinar que estáis ahí? —preguntó Mercy.

—Hay galletas en el horno —respondió Kaylie—. Y también está mi coche aparcado aquí fuera.

—De acuerdo. No te preocupes. Permaneced fuera de su campo de visión. Me has dado suficiente información. —Oyó un tono de alerta—. Truman me está llamando. Le he dejado un mensaje de voz para que se dirija hacia ahí. Ahora te llamo.

—¿Mercy? —preguntó Kaylie.

—¿Sí?

—No nos pasará nada. No te preocupes por nosotros.

—Eso es imposible —dijo con un nudo en la garganta ante el aplomo de su sobrina—. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Mercy cambió a la llamada de Truman.

—¿Te diriges hacia allí? —preguntó, saltándose los saludos.

—Sí. Iba a la oficina, así que no estoy muy lejos. ¿Qué pasa?

—Enciende las luces y las sirenas —le pidió Mercy—. Ha aparecido un hombre en la granja y ha entrado en la casa sin llamar. Los niños no saben quién es. Por suerte estaban fuera cuando lo oyeron llegar y se han escondido.

—¡¿Qué?! —exclamó el jefe de policía. Mercy oyó que había puesto la sirena del vehículo—. ¿Están bien? —preguntó alzando la voz.

—Sí. Estaban escondidos detrás del granero, pero ahora el desconocido se ha acercado hasta ahí y ellos se han adentrado en el bosque. Kaylie me asegurado que los niños conocen los mejores escondites.

—No me sorprende —dijo Truman.

—Me dirijo hacia allí, y desde tu oficina han enviado a Ben, pero

creo que eres quien está más cerca. Furgoneta Chevy marrón. Vaqueros y camiseta blanca. Pelo y barba castaños.

—Entendido.

Mercy estaba recibiendo otra llamada.

—Me llama Kaylie.

—Responde —dijo él, y colgó.

Ella pulsó el botón.

—¿Kaylie?

—¡Mercy, sale humo de las ventanas de la casa! ¡Ha provocado un incendio! —Se le quebró la voz.

Mercy reprimió un grito y se irguió en su asiento. «¿Un incendio?».

—¡No! ¡He dicho que os quedéis quietos! —ordenó Kaylie, apartando la voz del teléfono—. ¡Sentaos! ¡No podéis hacer nada! ¡Theodore!

Mercy se imaginó al chico discutiendo con Kaylie para ir a su casa.

—¿Sigue ahí el hombre?

—Está en el granero. Le oigo romper cosas. Los cristales —murmuró—. He tenido que agarrar a Theodore del brazo para evitar que saliera corriendo.

—Truman será el primero en llegar. Deberías oírlo en cualquier momento —le dijo Mercy—. Voy a colgar para avisar al 911 del incendio. No permitas que los niños se acerquen.

Colgó y marcó el 911. Todavía podía pensar con claridad, pero el corazón le martilleaba en el pecho. Redujo la velocidad al llegar a un cruce, miró a ambos lados y atravesó la intersección a toda velocidad. Si algo de bueno tenían las carreteras rurales era que no solía haber mucho tráfico.

—911, ¿cuál es su emergencia?

—Se ha declarado un incendio en una casa en la carretera de Jasper Creek, a unos ocho kilómetros al este de la 97. No tengo la dirección exacta, pero deberían poder ver el humo.

Mercy se inclinó hacia delante, examinando el cielo por encima de los árboles, sin ver nada. Pero aún estaba a varios kilómetros.

El teléfono emitió un pitido. Truman estaba llamando.

«Tendrá que esperar».

—¿Cómo se llama, señora?

—Soy la agente especial Kilpatrick, de la oficina del FBI de Bend. Hay un intruso en la propiedad y tres niños que se han escondido cerca, en el bosque —dijo atropelladamente cuando oyó de nuevo la llamada de Truman—. La policía de Eagle's Nest y yo misma estamos de camino.

Oyó de fondo el repiqueteo del teclado del operador.

—Ya están avisados los bomberos y la policía.

Mercy exhaló, aliviada de que el operador no hubiera hecho más preguntas antes de actuar.

—¿Puede permanecer en la línea, agente Kilpatrick?

—No. Tengo que llamar a los niños, y el jefe de policía está intentando localizarme.

—¿Es este el mejor número para llamarla?

—Sí. Tengo que colgar. —Pulsó dos botones y la sirena de Truman inundó su vehículo—. ¿Truman?

—Ya casi he llegado. Mercy, veo humo. No sé si…

—Es su casa. El hombre le ha prendido fuego.

—¡Mierda! ¡Maldito sea!

—Los bomberos están en camino.

—Una furgoneta marrón acaba de incorporarse a la carretera…

—¡Es él!

—Pero no venía de su propiedad. Todavía estoy a casi un kilómetro de distancia —exclamó con un deje de frustración.

—Entonces, sigue avanzando. Voy a llamar a Kaylie.

Colgó, adelantó a toda velocidad a otro coche en la carretera de dos carriles y marcó el número. El teléfono sonó varias veces.

—¡Vamos, Kaylie! —Esperó, conteniendo la respiración, deseando que la chica contestara.

Buzón de voz.

—¡Maldita sea! —Esperó a que terminara el alegre mensaje de Kaylie—. ¡Llámame! —Colgó y volvió a marcar.

Buzón de voz.

Siguió conduciendo en silencio. Los pensamientos se agolpaban en su cabeza.

«Truman podrá manejar la situación. Los chicos saben cuidar de sí mismos».

Lanzó un suspiro. Quedaban ocho kilómetros.

«¿Quién ha prendido fuego a la casa? ¿Por qué?».

—Al menos los niños estaban fuera —murmuró para sí—. ¿Y si el tipo se hubiera presentado en mitad de la noche? Menos mal que Evan habría… ¡Mierda!

«Evan no sabe lo que está ocurriendo».

Hizo otra llamada.

CAPÍTULO 25

Una hora después

—Todo el mundo está sano y salvo —repitió Mercy, rodeando a Kaylie con un brazo.

Apenas se había separado de su sobrina desde que había llegado. Un torrente de adrenalina fluía por sus venas. Hacía menos de un año, Kaylie había estado a punto de morir de un disparo. Mercy lo oyó y acudió junto a su sobrina en cuestión de segundos.

Ambas seguían teniendo pesadillas sobre lo ocurrido.

Mercy había tomado el largo camino de tierra hasta la casa de los niños, asediada por los recuerdos del tiroteo que había sufrido Kaylie, y al llegar vio a Truman y Theodore saliendo de la casa, con mangueras. Ben, Kaylie y Charlotte habían examinado los daños del granero, y Mercy casi se derrumbó al ver a su sobrina de pie, sana y salva, con los brazos en jarras.

No había señales de la furgoneta marrón.

Cuando Truman llegó, el vehículo ya no estaba, y Mercy se dio cuenta de que aún estaba un poco enfadado consigo mismo por no haberlo seguido en la carretera de Jasper Creek. El intruso había corrido a su furgoneta justo después de que los niños oyeran la sirena de Ben. Theodore les había dicho que había huido en dirección oeste, no por el camino de entrada, así que había hecho su propia ruta hasta la carretera rural.

Una parte de la casa había sufrido muchos daños por el humo, y los muebles del salón estaban destruidos. Cuando llegaron los bomberos el fuego ya estaba apagado, pero quedaban dos sofás grandes que aún humeaban. Revisaron a fondo la casa, que se habría quemado entera si Truman y Theodore no hubieran utilizado las mangueras.

—El interior apesta a gasolina —le dijo Truman a Mercy—. Creo que empapó los muebles y luego los encendió.

Los muebles eran lo único que se había quemado.

Y las galletas de Kaylie.

Todavía se veía una nube de humo sobre la casa y el claro. Mercy notó el olor durante todo el camino. Invadía los altos pinos y se mezclaba con sus ramas.

Evan no soltaba la mano de Charlotte desde su llegada. No podía disimular la ira que lo atenazaba, pero intentaba controlarse. Había llegado veinte minutos después que Mercy, y ella había atendido sus llamadas telefónicas durante todo el trayecto, asegurándole que los niños estaban bien, y le describió la furgoneta y al conductor para que pudiera dar una orden de búsqueda y captura en el condado de Deschutes.

El intruso había destrozado algunas de las conservas caseras almacenadas en el granero, lanzando los tarros de cristal contra el suelo. Charlotte y Theodore se enfadaron al ver que había destruido el trabajo de su madre. Las hileras de fruta en conserva representaban horas de esfuerzo, y el hecho de haberlas echado a perder suponía muchos problemas de cara al futuro.

Mercy comprendía su frustración.

Llevaban en la sangre el tema de prepararse para el futuro.

—A partir de ahora los niños se quedarán en mi casa —afirmó Evan por tercera vez.

La culpa y la ira libraban una dura batalla en su semblante. Después de solo dos días como tutor, había experimentado un torrente de emociones paternales desconocidas. Mercy lo compadecía. Ella también se había visto obligada a adoptar el papel de madre de forma inesperada.

La paternidad no era para los cobardes.

Cuando la seguridad y el bienestar de otra persona dependían de ti, cambiaba tu forma de verlo todo.

—¿Podemos sacar nuestras cosas de la casa? —preguntó Charlotte.

—Sí, no ha sufrido daños estructurales —dijo Mercy—. Haremos que se limpien los destrozos causados por el agua y el humo en el salón, pero hoy no. Ben y Kaylie os acompañarán. No toquéis nada más que los objetos que necesitéis para una larga estancia con vuestro tío —dijo Mercy—. La ropa olerá a humo, pero se puede lavar.

—Los libros se han estropeado —dijo Theodore con un hilo de voz. El chico había estado muy callado desde el incendio. Sus ojos sombríos lo estaban asimilando todo.

—Compraremos otros —le prometió Evan—. Hoy mismo, de camino a casa.

Theodore asintió y siguió a Charlotte, Ben y Kaylie hacia la cabaña.

Evan se volvió hacia Mercy y Truman.

—La orden de búsqueda no ha dado frutos de momento.

—Debería haber seguido a la furgoneta —dijo Truman.

—No quiero volver a oírte decir eso —le advirtió Mercy—. Había tres niños asustados esperándote aquí.

Él hizo una mueca.

—Lo sé. Sin embargo, no creo que estuvieran muy asustados. Estaban enfadados por el incendio de su casa, pero no asustados. Cuando llegué, Kaylie tenía agarrado a Theodore para evitar que entrara en la casa.

Por eso no había respondido a las llamadas de Mercy. Tenía el teléfono en silencio, en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

—¿Quién ha podido hacer algo así? —se preguntó Evan en voz alta—. He hablado con Kaylie y los niños. Dicen que el desconocido se movió con confianza al entrar en la casa. No dudó en absoluto. Como si supiera exactamente a dónde iba. —Miró a Mercy—. Has hablado con Linda Kerr esta mañana y luego ha ocurrido esto. ¿Coincidencia?

—No lo sé —concedió Mercy—. Si los incidentes están relacionados, significa que las hermanas Kerr, o al menos una de ellas, ya sabían dónde vivían Victor y Bethany. En tal caso, son unas mentirosas consumadas. Siempre han afirmado que no sabían nada de Bethany y no tenían ni idea del paradero de Victor.

—Tal vez tras el interrogatorio de ayer pusieron en marcha algunos engranajes para tratar de averiguar dónde vivían Victor y Bethany —apuntó Truman—. Les dijiste que Victor estaba muerto y que Bethany había desaparecido… Quizá esperaban que la casa estuviera abandonada. Pero, en tal caso, significa que siguen sin saber nada de los niños.

—Quienquiera que haya estado dentro sabe lo de los niños ahora —intervino Evan—. Basta con ver el interior para saber que ahí viven críos.

—Pero ¿por qué han quemado la casa? —preguntó Mercy.

—¿Hay algo dentro que no querían que nadie viera o encontrara? —sugirió Evan.

Los tres se limitaron a lanzar ideas y preguntas, a explorar todas las posibilidades para ver a dónde los llevaba.

—Los tres hemos pasado por la cabaña —dijo Mercy—. Si alguien pretendía destruir algo importante para que no lo viéramos, no sé qué podía ser.

—¿Y crees que el fuego destruyó eso, fuera lo que fuese? —añadió Truman, mirando los muebles humeantes—. ¿Sigue ahí dentro? ¿O se lo llevó y luego provocó el incendio para cubrir su rastro?

Los tres se miraron entre sí, aturdidos por los pensamientos que se agolpaban en su cabeza.

—Estoy casi segura de que esto guarda relación con la desaparición de Bethany y Molly —afirmó Mercy en voz baja, mirando a Evan—. ¿Nos hemos perdido algo importante dentro?

—¿Qué puede llevar a alguien a quemar una casa? —preguntó Evan—. ¿Y por qué ha roto los tarros de melocotones del granero?

Parece la reacción de alguien enfadado. Es una trastada infantil en comparación con las agallas que hay que tener para provocar un incendio. Si los niños no lo hubieran visto todo, no me habría creído que ambas cosas estuvieran relacionadas.

—¿Están seguros de que solo había una persona? —preguntó Truman—. Porque yo solo vi a una persona en la furgoneta.

Mercy pensó en silencio durante unos segundos.

—Podemos volver a preguntar a Kaylie, pero a menos que hubiera alguien escondido con la cabeza agachada en la furgoneta cuando llegaron y se fueron, lo cual tampoco tendría sentido, diría que fue un solo hombre.

—¿Crees que esa persona estuvo aquí porque Bethany ha desaparecido o porque buscaba a los niños? —preguntó Evan.

—No lo sé —respondió Mercy—. Ambas opciones podrían ser correctas.

—Ahí vienen —dijo Evan, con la cara iluminada al ver a Theodore y Charlotte salir de la casa con los brazos llenos.

«¿Se ha dado cuenta de que ya los quiere como si fuera su padre?», pensó Mercy.

Evan se acercó a ellos y le cogió la bolsa a Kaylie. Acompañó a los niños a su vehículo y empezó a cargar las pertenencias con la ayuda de Ben. Kaylie se dirigió a Truman y Mercy, con el ceño fruncido.

—Algo les pasa a estos hermanos —les dijo con voz muy seria.

—Les debe de haber afectado ver los destrozos de la casa —apuntó Mercy—. Seguro que ha sido una experiencia traumática.

—Han inspeccionado el salón y la cocina en silencio —dijo Kaylie —. ¿Sabes lo espeluznante que resulta ver a Charlotte absolutamente callada? Ben y yo no hemos dejado que tocaran nada del salón principal, y en su dormitorio no había demasiado humo porque la puerta estaba cerrada. He ayudado a Charlotte a recoger sus cosas, pero ha ido al baño con Theodore varias veces. Los he oído discutir.

Mercy escuchó con atención. Tal vez no había inspeccionado la casa a fondo.

«¿Qué pueden esconder los niños?», pensó

—¿Le has preguntado al respecto? —inquirió.

—Sí y me ha dicho: «Son tonterías», que es lo que siempre dice cuando Theodore y ella se pelean. —Kaylie hizo una pausa—. Pero esta vez no me ha mirado a los ojos, ni ha levantado la cabeza. Ha seguido recogiendo la ropa como si nada. Normalmente, cuando habla de su hermano, se convierte en un espectáculo de gestos dramáticos e histrionismo.

—Acaban de pasar por una experiencia espantosa —dijo Truman —. Yo no esperaría que actuaran con normalidad. ¿Ben les ha oído

decir algo?

—Le he preguntado y me ha dicho que no —respondió Kaylie.

—Pediré a Evan que examine lo que han puesto en sus bolsas —dijo Mercy.

—¿Crees que sabían lo que buscaba el intruso? —preguntó Kaylie —. Theodore forcejeó conmigo para entrar en la cabaña cuando se incendió.

—Yo diría que quería proteger algo —dijo Truman—. Pero, por lo que sabemos, podrían haber sido los libros de Harry Potter.

—No creo que Theodore se arriesgue a entrar en un lugar en llamas por unos libros —afirmó Mercy.

—Quizá colaboren algo más si Truman o tú les preguntáis qué pasa —propuso Kaylie—. Tenéis más autoridad.

Mercy observó a los niños, que se dirigían hacia ellos acompañados de Evan. El detective tenía una mano apoyada en los hombros de cada uno. Theodore mostraba el mismo porte que su tío, con la cabeza ligeramente inclinada hacia la izquierda y los hombros rectos. Truman murmuró algo sobre genes dominantes.

—Nos vamos a ir —dijo Evan al llegar al grupo—. Ben me ha pedido que te diga que va a volver al pueblo —le comunicó a Truman —. Tiene que solucionar no sé qué lío de unos cerdos que han entrado en el jardín de un vecino.

—El jardín de los Blanchard —dijo Truman—. Como no aprenda a controlar a sus cerdos, acabará recibiendo un lote inesperado de beicon.

Evan y los dos niños se volvieron para marcharse.

—Un momento —pidió Mercy.

No podía quitarse de la cabeza las palabras de Kaylie, que estaba muy preocupada por los niños. Miró a Theodore y a Charlotte.

—¿Hay algo que queráis contarnos? Estáis discutiendo más de lo habitual. ¿Se trata de algo que deban saber las fuerzas del orden?

Charlotte abrió los ojos de par en par.

«Bingo».

—Mercy —dijo Evan.

La agente levantó una mano.

—Creo que Charlotte tiene algo que decir.

Evan frunció el ceño y miró a la niña, que intercambiaba miradas feroces con su hermano.

—¿Qué pasa?

—No, Charlotte —le ordenó Theodore—. Sabes que no debes.

—Creo que sería mejor… —dijo la pequeña.

—¡No es seguro! —murmuró Theodore.

—Vaya —exclamó Evan al tiempo que Truman preguntaba:

—¿Qué no es seguro?

Mercy lanzó un suspiro, presa de la decepción. Los dos hermanos les habían ocultado secretos.

«Esperemos que no sea importante».

CAPÍTULO 26

Evan se puso en estado de máxima alerta cuando Theodore le dijo a Charlotte: «No es seguro».

«Creía que confiaban en mí», pensó.

Lo invadió una gran sensación de desánimo. Quizá había depositado demasiadas esperanzas en ellos. Al fin y al cabo, solo se conocían desde hacía dos días. Era normal que los niños necesitaran tiempo para confiar en alguien.

«Pero yo haría cualquier cosa para protegerlos».

Evan se quedó sin aliento al ser consciente de su situación. Nunca había experimentado esa sensación. Le costó retomar la palabra.

—¿Qué es lo que no es seguro? —consiguió preguntar a Theodore con voz firme, esperando que el chico no se hubiera dado cuenta de su momento de vacilación.

—Nada —respondió el muchacho, que no le miró.

Charlotte le dio un pisotón y su hermano la fulminó con la mirada.

—Díselo o lo haré yo —replicó ella.

—¡No es nuestro secreto, por eso no podemos contarlo!

Theodore se apartó de Evan y se dirigió hacia el granero, caminando a grandes zancadas y agitando los brazos.

Evan dio un paso para seguirlo, pero se detuvo y miró a Mercy y a Truman, confundido.

—Déjalo —le aconsejó Truman y Mercy asintió—. Dale un respiro.

—Pero… —Evan vio que Theodore desaparecía en el granero.

—Está furioso —le dijo Charlotte.

—Eso ya lo vemos —replicó Mercy—. ¿Podrías decirnos por qué? Entiendo que a Theodore le preocupe la seguridad, pero, francamente, lo mejor que podrías hacer es contárnoslo. Somos agentes de la ley, Charlotte. Si de algo sabemos es de seguridad. Nadie puede protegeros a ti y a Theodore mejor que nosotros tres.

—Tiene razón —intervino Kaylie—. Theodore y tú habéis estado cuchicheando sobre algo desde que nos conocimos, y creo que deberíais compartirlo.

Evan se fijó en Charlotte, que observó detenidamente a Kaylie y luego a Mercy y a Truman.

—¿No os enfadaréis? —preguntó ella, mirando a Evan.

—No se me ocurre ni una sola cosa en el mundo que puedas decirme y que me haga enfadar —le dijo Evan, convencido de la verdad de sus palabras—. ¿Qué pasa?

Charlotte dirigió la mirada al granero.

—Nuestros padres nos hicieron jurar que no lo contaríamos. Decían que sería peligroso que alguien lo supiera —afirmó con una voz muy suave que Evan no le había oído hasta el momento.

Kaylie enarcó las cejas al oír su tono pausado y una sombra de preocupación le tiñó el rostro.

—No te preocupes, Charlotte. —Evan le puso ambas manos sobre los hombros—. Mírame. —le pidió. Tras unos instantes, la niña levantó la mirada. El sufrimiento que se reflejaba en sus ojos hacía que le dieran ganas de pegar a alguien—. Estás a salvo conmigo. No dejaré que os pase nada a ti ni a Theodore.

—No es solo por nosotros —soltó Charlotte, agachando la mirada.

Evan se quedó perplejo.

—¿Qué ha pasado?

La pequeña inspiró y miró a Kaylie con el rabillo del ojo. La adolescente asintió para darle ánimos.

—Papá no ha muerto —susurró Charlotte.

Sorprendido, Evan tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantener una expresión neutra.

—¿Por qué nos dijisteis lo contrario?

Charlotte se desmoronó.

—Mamá y él nos hicieron prometer que no diríamos a nadie que estaba vivo. Por nuestra seguridad y la suya. —Miró hacia la casa humeante y se secó las lágrimas de un ojo—. Este incendio demuestra que tenía razón. Le dije a Theodore que teníamos que contároslo, pero se enfadó. Me dijo que debíamos llevarnos el secreto a la tumba para proteger a papá.

—¿A la tumba? —Evan notó que le subía la bilis por la garganta.

«¿Qué clase de promesa es esa?».

—No en sentido literal —dijo Charlotte, encogiéndose de hombros—. Le gusta mucho ser melodramático. Solo teníamos que guardar el secreto hasta que volviera papá.

Evan miró a Mercy y a Truman, que parecían tan sorprendidos como él.

—Charlotte —dijo Mercy con dulzura—, ¿dónde está tu padre?

—No lo sé. Mamá fue a buscarlo. Solo nos dijo que llevaba demasiado tiempo fuera.

Evan empezó a atar cabos.

—¿Crees que iba a venir a pedirme ayuda para encontrar a tu

padre?

—Sí.

«Pero no lo consiguió».

Le vino de nuevo a la cabeza el zapato blanco de bebé y se le revolvió el estómago.

—Pero, Charlotte, ¿por qué le dijisteis a la gente que estaba muerto? —preguntó Truman—. ¿No podríais haber dicho que estaba fuera de la ciudad?

—Porque… —dijo con firmeza, con su carita seria.

Evan esperó a que terminara la frase, pero al ver que no lo hacía, le preguntó:

—¿Por qué?

Ella frunció el ceño.

—Para protegerlo. A él y a nosotros. Ya os lo he dicho.

—Sí, es verdad —afirmó Mercy con un hilo de voz—. ¿No os dijeron por qué tuvo que irse?

—Para protegernos.

—¿De qué o de quién? —intervino Kaylie, adelantándose a Evan.

Charlotte ladeó ligeramente la cabeza, confundida.

—No lo sé. Yo también lo pregunté, pero mi madre no me lo quiso decir. Insistía en que siempre dijera que había muerto.

Evan trataba de entender por qué su cuñado había fingido su muerte, y una respuesta se perfiló con claridad.

«Porque alguien intentaba matarlo».

—Será mejor que vaya a hablar con Theodore —dijo Evan—. Quédate aquí —le indicó a Charlotte. Mercy se acercó a la pequeña y le hizo un gesto con la cabeza a Evan.

El agente no podía contener el torrente de preguntas que se agolpaban en su cabeza mientras sus botas aplastaban la grava que separaba la casa y el granero.

«¿Quién ha provocado el incendio? ¿Qué quería? ¿Dónde están Victor y Bethany? ¿Por qué han obligado a los niños a guardar semejante secreto?».

Entró en el granero, con cuidado de no pisar el líquido pegajoso que aún cubría el suelo de hormigón. Ya no había cristales, Kaylie y Ben se habían encargado de recogerlos, pero había que limpiar el almíbar de las conservas caseras con una manguera. El granero era largo y estrecho y olía a humo y a melocotón. Pasó por delante de los armarios y las cabras.

—¿Theodore? —llamó.

No hubo respuesta. Examinó los rincones oscuros mientras se dirigía a la gran puerta corredera del fondo. No creía que el chico se hubiera escondido en un rincón; no le parecía una reacción típica de él. Se había dejado arrastrar por la ira y la confusión. Le partía el alma

verlo sufrir así y comprendía el conflicto que debía de estar librando en su interior.

¿Tenía que guardar el secreto de sus padres o confiar en otros adultos?

Evan había descubierto que Theodore se enorgullecía de seguir las normas. Y para él aprender a saltarse las normas tenía que ser una lección muy difícil.

«Se siente solo. Y traicionado».

—¿Theodore?

Evan abrió la puerta trasera y salió. Delante había un bosque denso que abarcaba varias hectáreas y en el que crecían pinos ponderosa y contorto. Esas especies no tenían ramas bajas, lo que le ofrecía una buena visión de la zona. Examinó el área, buscando un atisbo de la camisa roja del muchacho entre la artemisa y las grandes rocas.

—¡Theodore! —gritó.

Evan esperó un buen rato a oír una respuesta.

«Volverá cuando esté preparado».

Decepcionado, Evan dobló la esquina del granero en lugar de volver a entrar, y siguió mirando por encima del hombro hacia el bosque, esperando a ver un destello de color rojo. Se reunió con el grupo y sacudió un poco la cabeza ante sus miradas inquisitivas. Charlotte tenía los ojos enrojecidos y las mejillas húmedas. Se agarraba con fuerza a la mano de Kaylie.

—Lo siento, tío Evan —dijo ella con un hilo de voz—. Deberíamos habértelo dicho antes.

Se acercó a él y lo abrazó, apoyando la cara en su camisa. Él le devolvió el abrazo, aturdido por la calidez y el afecto que sentía.

—No pasa nada. Hiciste lo que te dijeron tus padres. Pero ahora es el momento de dejarnos llevar esa carga y averiguar dónde están.

Se le trabó la lengua al pronunciar la palabra «padres». No había acabado de asimilar que Victor estaba vivo.

«Esperemos que lo esté. Y, con suerte, también Bethany y Molly. Hace semanas que se fueron. Y aún más que desapareció él».

—No he visto a Theodore —le dijo Evan—. ¿Sabes dónde puede estar?

Charlotte se apartó y se limpió la nariz con el dorso de la mano.

—No, pero volverá. A veces lo hace: desaparece en el bosque. Presume de tener un buen escondite. Una vez se quedó allí toda la noche porque se molestó por algo. Mamá y papá se enfadaron mucho.

—No me extraña —dijo Evan, que miró a Mercy y a Truman—. Supongo que no podré irme enseguida.

—Quizá sí que deberías irte —dijo Kaylie—. Apuesto a que Theodore nos está observando ahora mismo. Si Charlotte y tú os

marcháis, no tendrá motivo para seguir enfadado. Está disgustado con ella y tal vez vuelva antes al comprobar que se ha marchado.

Evan comprendía su punto de vista.

—Pero no puedo irme mientras esté desaparecido.

Mercy miró a Charlotte.

—Yo diría que estos dos son perfectamente capaces de pasar unas horas solos en el bosque.

Charlotte asintió con énfasis.

—No le pasará nada. Volverá cuando ya no esté enfadado conmigo.

—No creo que esté enfadado contigo, Charlotte —dijo Evan.

—Sí que lo está. He contado el secreto. En los últimos dos días me ha repetido veinte veces que no dijera nada de eso.

—Has hecho lo correcto —le aseguró Truman—. Saber que tu padre está vivo nos ayudará a buscar a tu madre y a tu hermana.

«¿Estarán los tres juntos? Pero, de ser así, ¿por qué no han contactado con los niños?».

—¿Cuándo se fue tu padre? —preguntó Evan.

—Hacía una semana que se había ido cuando mamá decidió ir a buscarlo.

Mercy se apartó del grupo e hizo una llamada. Evan oyó que transmitía la información sobre Victor Kerr a alguien de la oficina.

—Charlotte, ¿hay algo en la casa que tus padres quieran mantener oculto? —preguntó Truman—. ¿Algo que el hombre pudiera estar buscando?

La chica frunció el ceño mientras pensaba.

—No lo sé.

—¿Crees que Theodore podría saberlo? —preguntó Evan.

Ella respondió encogiéndose de hombros.

Evan miró a Kaylie a los ojos y sacudió la cabeza con un gesto apenas perceptible.

—Subamos al coche, Charlotte —dijo Kaylie—. Creo que nos vamos pronto.

La cogió de la mano y se alejaron.

Evan bajó la voz mientras hablaba con Truman.

—Volveré dentro de un par de horas a buscar a Theodore. Habrá luz hasta casi las nueve.

—¿Y si le pido a Ollie que lo busque? —preguntó Truman—. Tiene un vínculo personal con el chico y sabe rastrear en el bosque. Además, puede que Theodore esté más dispuesto a hablar con él.

Evan quería hacer la búsqueda y estuvo a punto de rechazar la oferta, pero entendió que la sugerencia de Truman era razonable.

—De acuerdo, pero quiero que me aviséis en cuanto lo encuentre.

—Por supuesto —convino Truman cuando Mercy regresó.

—He puesto en marcha la búsqueda de Victor Kerr —les dijo ella a Evan y Truman. Enarcó una ceja mirando a Evan—. No me gusta cómo han sucedido los hechos. Ha pasado demasiado tiempo desde que desapareció.

—No eres la única a la que no le gusta —dijo Evan, presa de un mal presentimiento.

«¿Qué le ha pasado a esta familia?».

CAPÍTULO 27

Ollie se quedó mirando los muebles ennegrecidos que había frente a la casa de los Kerr.

A su lado, Shep resopló varias veces.

—Sí, huele mal —concedió el chico.

Se dirigió a la puerta principal y tiró con cautela del picaporte. Estaba cerrada. Se hizo a un lado y miró por la ventana. El techo de la sala de estar estaba negro, y en el suelo se veían marcas de suciedad del rastro que habían dejado los muebles arrastrados hasta la puerta. Había también varios charcos de agua turbia.

«Pobres niños».

Truman dijo que los dos hermanos habían entrado a recoger sus cosas para llevarlas a la casa del detective Bolton. Ollie se puso en la piel de Theodore, viendo la destrucción intencionada a través de los ojos del chico. Theodore se había comportado con estoicismo. Ollie sabía que se limitaría a asimilarlo todo, pensando en lo que habría que hacer para arreglarlo.

«Primero desaparecieron sus padres y su hermana pequeña, y ahora esto».

Pero en el fondo le dolería. Por muy estoico que fuera.

Su desaparición en el bosque era prueba suficiente de que el chico estaba destrozado

«Lo encontraré».

El hecho de que Truman le hubiera pedido que buscara a Theodore le había llenado de orgullo. Era un voto de confianza del hombre al que admiraba más que a nadie. Excepto quizá a su abuelo, que había fallecido hacía casi cuatro años. Cuanto más aprendía Ollie sobre el mundo exterior, más le impresionaba que su abuelo lo hubiera dejado todo atrás y lo hubiera criado.

—Vamos, Shep.

Ollie señaló hacia el granero y el perro se puso en marcha, corriendo por la grava y luego esperando en la puerta a que Ollie lo alcanzara. El joven inspeccionó el lugar sin detenerse más de la cuenta. Ni rastro de Theodore. Salió por la puerta trasera y se quedó de pie durante un buen rato, respirando hondo y dejando que su mirada se fijara en su entorno. Le llegó el aroma de la tierra seca y polvorienta, junto con el ligero olor del aire fresco. ¿El arroyo? Había

contado con que dispondría de las dos horas que faltaban para la puesta de sol para buscar a Theodore, pero debido a la vegetación, oscurecería antes.

Miró hacia abajo y vio varias huellas que avanzaban desde su posición, dio un par de vueltas y volvió a rodear el granero.

Detective Bolton.

Ollie avanzó lentamente, barriendo el suelo con la mirada, esperando encontrar algo que le llamara la atención. Shep se mantuvo a su lado como si supiera que no debía alejarse corriendo y estropear las posibles huellas de Theodore. De repente, la mirada de Ollie se dirigió a una huella en la tierra fina y polvorienta, y divisó la siguiente más allá de lo que esperaba.

«Theodore ha corrido».

Ollie tomó la misma dirección, dejándose guiar por su instinto a través de los pinos, buscando el camino más lógico entre la artemisa y los árboles. Durante veinte minutos caminó, guiándose por las débiles huellas que iba encontrando aquí y allá. Tres veces tuvo que dar marcha atrás y hacer un barrido más amplio para seguir el rastro cuando Theodore había tomado un giro extraño.

Ollie se compadeció del chico. No podía dejar de pensar en lo mal que debía de haberlo pasado cuando él le había interrogado sobre la muerte de su padre. Ahora sabía que todo había sido una gran mentira.

De repente, Shep se dirigió hacia la izquierda de Ollie, saltó por encima de un arbusto bajo y se lanzó hacia el tronco de un árbol. Arañó la gruesa corteza mientras intentaba perseguir a una ardilla. Ollie sonrió. Hacía años que su perro intentaba cazar una, sin éxito. Al final Shep se sentó, mirando lastimosamente a la ardilla que se había encaramado a una rama alta.

—Vamos, Shep. Puedes intentarlo otro día.

El perro soltó un resoplido de disgusto ante la ardilla y volvió junto a Ollie, que le rascó las orejas.

—Tenemos trabajo que hacer.

Ollie miró el sol que empezaba a ponerse.

«Mucho tiempo».

Siguieron avanzando y, al cabo de poco, Ollie divisó unas huellas de zapatillas más antiguas que iban en la misma dirección que las botas de Theodore.

—Charlotte dijo que tenía un escondite. Parece que venía habitualmente por aquí —le dijo a Shep, que agitó las orejas como si entendiera lo que acababa de decirle.

A medida que Ollie se adentraba en el bosque, las numerosas piñas y agujas de pino que cubrían el suelo del bosque le hicieron modificar un poco su técnica de rastreo. Ahora también buscaba las

alteraciones de las hojas y los agujas y los ligeros rastros que dejaban las piñas apartadas.

El bosque se abrió de repente y Ollie se encontró en un claro con troncos ennegrecidos y sin ramas, restos de un antiguo incendio forestal. Al parecer, había ocurrido hacía mucho tiempo, ya que el suelo estaba cubierto de arbustos espinosos y hierbas, en lugar de escasear, como ocurría cuando los árboles estaban vivos. Ollie se detuvo, buscando una señal de que Theodore se había abierto paso entre la maleza.

Una sombra pasó por encima. Ollie levantó la vista y distinguió el vientre blanco y las largas alas de un águila pescadora que daba vueltas. Shep gimió al ver el ave.

—No le interesas —le dijo aseguró—. Vamos.

Había visto una marca de tacón a su derecha. Theodore había girado en lugar de avanzar entre los árboles muertos. Al cabo de unos minutos descubrió una colina baja, con las laderas cubiertas de rocas gigantescas.

«Ahí es donde iría yo».

Las huellas se dirigían hacia la elevación.

Lo invadió el deseo de trepar, arrastrarse y explorar cada rincón de la colina de rocas y se preguntó si Theodore había experimentado la misma sensación la primera vez que la vio. Al acercarse, se llevó las manos a la boca.

—¡Theodore! ¡Soy Ollie!

Se abrió paso lentamente por un lado de la colina mientras su instinto le decía que estaba en el lugar correcto. Shep aguzó las orejas y levantó el hocico. Ollie siguió su mirada.

Theodore estaba tranquilamente sentado cerca de la cima, sobre una roca. Tenía las piernas dobladas contra el pecho y se las abrazaba. Estaba demasiado lejos para establecer contacto visual, pero Ollie sabía que los estaba observando. Levantó una mano hacia el chico, que no hizo nada.

«Theodore podría haberse escondido en lugar de dejar que lo descubriera. Quiere que lo encuentren».

Pensó en pedirle que bajara, pero decidió ir a por él. Rodeó algunas de las rocas y luego trepó por otra, después de comprobar si había serpientes de cascabel, que sentían predilección por las piedras calientes. Utilizó las manos para mantener el equilibrio mientras subía arrastrando los pies por la ladera de la colina, esquivando los pequeños árboles torcidos que parecían crecer de la nada. Finalmente llegó a donde estaba Theodore y tomó asiento junto a él con un suspiro. Shep se había adelantado a Ollie y se sentó con orgullo junto al chico, que le acarició la cabeza.

Theodore no miró a Ollie, solo tenía ojos para Shep.

—¿Estás bien? —preguntó, sin saber cómo empezar.

El muchacho asintió.

—¿Es cierto que tu padre no murió?

En este punto Theodore le miró.

—Sí. Mentí porque se suponía que debíamos hacerlo.

El sentimiento de culpa se reflejó en su rostro y se sintió triste.

—Mira, cuando era más joven hacía ver que mis padres no habían muerto. Imaginaba que estaban de viaje y que al final vendrían a verme.

—Está vivo —dijo Theodore—. Charlotte no se lo ha inventado. Es cierto. —Frunció el ceño—. La odio.

—¿Porque dijo la verdad a los adultos responsables? ¿Después de que tus padres lleven varias semanas desaparecidos? No creo que sea justo odiarla por eso.

—Es una pesada. Siempre habla cuando no debe.

Theodore cogió un puñado de piedras y lanzó una con toda la fuerza. Shep siguió el rastro del guijarro con las orejas erguidas, pero se mantuvo sentado.

—Kaylie y yo nos peleamos todo el tiempo —dijo Ollie—. No calla ni bajo el agua y le encanta decirme lo que tengo que hacer. A veces me vuelve loco. Espera a que Charlotte empiece a tener vida amorosa. Te juro que las chicas eligen a los chicos más tontos y no escuchan cuando les decimos que son idiotas. Las hermanas son frustrantes.

Theodore frunció el ceño.

—Nadie saldrá con Charlotte. Es demasiado mandona.

Lanzó otra piedra.

—Bueno, tu secreto ya ha salido a la luz, así que será mejor que lo sueltes. Sé que Mercy, Truman y el detective Bolton están intentando averiguar dónde puede estar tu padre. Por lo visto Charlotte solo sabía que se fue para mantener a todos a salvo. ¿Sabes algo más sobre a dónde se marchó o por qué lo hizo? ¿Cómo es posible que eso os mantuviera a salvo?

Theodore guardó silencio durante un buen rato.

—No te conviene tener más secretos, Theodore —dijo Ollie—. Ha pasado demasiado tiempo. Tu padre puede necesitar ayuda. Y quizá sabes algo que es importante, pero no te das cuenta de que lo es. Por eso tienes que contarles todo lo que puedas recordar.

—Dijo que podía haber gente que lo estuviera buscando —afirmó Theodore dejando caer el resto de las piedras que tenía en la mano—. Y que se iba para que no nos encontraran.

—Eso parece bastante importante —afirmó Ollie, sin alterar la voz.

Las palabras del chico le habían causado inquietud. Le vino a la

cabeza la imagen de un pájaro fingiendo tener un ala rota para alejar a los depredadores de su nido.

«¿Eran peligrosas las personas que buscaban a su padre?».

—Theodore…, por lo que dices, parece que él creía que podíais estar en peligro.

—No creo que nos hubiera dejado solos si lo estuviéramos de verdad.

Ollie reflexionó sobre esa lógica mientras sacaba su teléfono móvil. Había prometido al detective Bolton que le avisaría cuando encontrara a Theodore.

No había cobertura.

No le sorprendía y se guardó el teléfono en un bolsillo.

—Charlotte me ha dicho que a veces pasas la noche aquí.

Theodore se rio.

—Una vez. Casi me congelo, pero no se lo digas. No volveré a hacerlo sin un saco de dormir. Hay un buen saliente para guarecerse al otro lado, pero por la noche hace demasiado frío.

Ollie había notado que la temperatura había bajado en los cuarenta y cinco minutos transcurridos desde que salió de la cabaña. Y eso que aún brillaba el sol.

—En tal caso, será mejor que nos pongamos en marcha.

Se levantó y le tendió una mano a Theodore, que la agarró y se puso en pie.

—¿Puedo quedarme en tu casa esta noche? —preguntó Theodore, esperanzado.

—No. El detective Bolton nos está esperando.

—No quiero hablar con Charlotte. Se burlará de mí por haberme ido.

—No le hagas caso.

—Eso es lo que suelo hacer, pero es que no se calla.

—Prueba esto.

Ollie lo miró a los ojos durante unos segundos que se hicieron eternos.

—¿Qué haces? —Theodore apartó la mirada—. ¡Qué mal rollo!

—Lo leí en algún lado. Tienes que mantener el contacto visual con alguien que te molesta e imaginar que le cortas la piel de la cara con una cuchilla de afeitar.

—¿Qué?

—Es una técnica de interpretación. Hace que tu mirada sea muy intensa. Kaylie no lo soporta cuando se lo hago.

Theodore lo miró pensativo.

—Lo intentaré. Ahora tengo ganas de volver a casa y asustarla.

Satisfecho de haber ayudado, Ollie señaló la colina.

—Guíanos.

CAPÍTULO 28

A la mañana siguiente, Truman se sentó a una mesa de la cafetería y giró la taza que estaba boca abajo. Al cabo de un par de segundos, Sara se la llenó de café.

—¿Lo de siempre, jefe?

—En realidad, tengo prisa. Tomaré un *bagel* tostado con queso crema.

—¿Quiere probar el *bagel* hawaiano? Es un poco dulce, con trocitos de piña. Nos llegaron ayer.

Truman ya lo había probado. Docenas de ellos en las últimas tres semanas, mientras Kaylie se esforzaba para perfeccionar la receta en la cocina de su casa. No quería volver a ver una piña ni en pintura.

—Tomaré el de arándanos y nueces.

El restaurante encargaba muchos de sus panes y dulces especiales a la tienda de Kaylie. Los *bagels* eran una novedad del Coffee Café y se habían convertido en todo un éxito de ventas. Truman aún no se había cansado del de arándanos.

—De acuerdo.

Sara se volvió y rellenó más tazas de café de camino a la cocina. Truman dio un sorbo al suyo y levantó la taza para saludar a los tres habituales del local sentados en la barra, que le devolvieron el gesto con la mano.

Por una vez, el restaurante no estaba abarrotado de buscadores del tesoro. Pero eran poco más de las seis, y Truman desayunaba algo más temprano de lo habitual. En aquel momento los clientes eran campesinos y ganaderos que tomaban un bocado y compartían chismes del pueblo antes de empezar la jornada laboral. Hacía ya media hora que había salido el sol, y a Truman le sorprendió que algunos todavía estuvieran tomando el café. Estiró el cuello para ver las mesas del otro lado de la barra y estableció contacto visual con Ina Smythe.

Le sorprendió verla tan temprano, por lo que cogió su café y fue a reunirse con ella. Conocía a Ina desde que era adolescente y pasaba los veranos en Eagle's Nest. Buena amiga de su tío, lo había recomendado para el puesto de jefe cuando salió la vacante. Ahora que había pasado tanto tiempo, Truman comprendía mejor la «amistad» que la había unido a su tío. De adolescente había sido

incapaz de darse cuenta de la relación no tan secreta que existía entre ambos, pero recordaba la extrañeza que le causaba el brillo especial de los ojos de su tío cuando miraba a Ina. La mujer había trabajado en la recepción de la comisaría durante décadas, antes de jubilarse a los setenta años y nombrar a su nieto Lucas como sucesor.

Siempre había sido como una tía para Truman. Una tía entrometida y mandona.

Se sentó frente a ella, con cuidado de no golpear su bastón, que colgaba del extremo de la mesa.

—Te has levantado temprano, Ina.

—Buenos días a ti también, jefe.

Entornó los ojos al sonreír. Aunque se movía con más lentitud que antes, seguía siendo el alma del pueblo. La gente la escuchaba cuando daba su opinión. Y la expresaba a menudo.

Truman sonrió.

—Buenos días. Me alegro de poder disfrutar de tu compañía mientras desayuno.

—Serás pelota —resopló ella, aunque en el fondo le había gustado su respuesta.

—¿Qué te trae por aquí a estas horas? —preguntó.

—Te estaba esperando.

No la entendió.

—¿Por qué no me has llamado?

Hizo un gesto con la mano.

—No quería molestarte mientras trabajabas.

No acababa de creerse su respuesta. A Ina Smythe no le dolían prendas molestar a nadie.

—Bueno, pues aquí estoy. ¿Qué pasa?

—No me gusta que haya tantos forasteros en el pueblo. Quiero que se vayan —dijo con firmeza.

—Tú y todos los demás —respondió Truman—. No hay mucho que pueda hacer, salvo intentar que no se metan en líos. ¿Tienes alguna sugerencia?

Ina agachó la mirada y jugó con la bolsa de té en su taza.

Truman reaccionó sorprendido.

«No sabe cómo decirme algo».

Nunca la había visto vacilar por nada. Y no le gustaba la sensación. Se inclinó sobre la mesa.

—¿Qué ocurre? —preguntó en voz baja.

La mujer buscó su mirada.

—No pasa nada. Solo intento poner mis pensamientos en orden y encontrar la mejor manera de contarte mi historia.

Se relajó un poco.

—Tal vez deberías empezar por el principio.

Ella lo fulminó con la mirada. No le gustaba que le dijeran obviedades.

—No siempre he sido tan mayor.

Truman dio un sorbo a su café.

—Yo tampoco.

—No me tomes el pelo. Espera a tener setenta años y a ver cómo tienes las rodillas.

«La izquierda ya me duele cada mañana».

Ina continuó.

—Lo que quería decir es que, cuando tenía veinte años, era un bombón.

—Sigues siendo un bombón, Ina. Sé de buena tinta que se te han declarado varios hombres en los últimos cinco años.

Ella resopló.

—Ya he sobrevivido a suficientes maridos, muchas gracias. Esos hombres solo buscan una cuidadora y cocinera.

Truman se rascó la barbilla. Las habilidades culinarias de Ina tenían muy mala reputación, por lo que su afirmación carecía de sentido.

—De todos modos, cuando era joven, podía elegir entre mis pretendientes. Eran los años sesenta…, la gente se lo tomaba con un poco más de calma antes de casarse. Y no lo hacían con la primera persona que conocían nada más salir del instituto.

«Ina fue una mujer de armas tomar».

Sara le dejó el *bagel* en la mesa.

—¿Necesita algo más, jefe? ¿Ina?

—Estoy bien —dijo Truman.

—No, gracias —respondió ella, que esperó a que la camarera se alejara antes de continuar—. Una noche conocí a un hombre. Yo estaba en un bar de Bend con algunas de mis amigas. Él era bastante mayor que yo, pero encantador. Tenía mucha labia.

—Ina, ¿estás segura de que quieres contarme esto?

Truman empezaba a sentirse incómodo. Era como si su madre estuviera compartiendo detalles sobre su vida sentimental antes de conocer a su padre.

—Voy a ir al grano.

«Bien».

—Congeniamos. Estuvo en la ciudad durante un fin de semana largo y pasé casi todo el tiempo con él. Incluso llamé al trabajo para decir que estaba enferma un día para poder ir a hacer rafting.

Truman dio un gran bocado al *bagel* e intentó imaginarse a una joven Ina en una balsa. Fue incapaz.

—Le llamaba Rolly. Era divertido y me decía que era preciosa. Fueron unos días increíbles.

Su sonrisa melancólica le partió el corazón.

—No volví a saber nada de él después de que se fuera. Tenía mi teléfono, pero me mudé poco después y cambié de número. De vez en cuando pensaba en él.

—¿Lo has buscado? ¿Cómo se apellida?

Truman se arrepintió al instante de sus preguntas al recordar que ella había dicho que era mucho mayor. Era probable que el hombre estuviera muerto.

—Falleció. Salió en las noticias no hace mucho. Era Chester Rollins.

Truman tardó unos segundos en asimilar que Ina Smythe había tenido una aventura con el millonario playboy que había creado la búsqueda del tesoro.

—Estás de broma —fue todo lo que pudo decir.

—No. —Le brillaban los ojos—. Te dije había sido algo especial.

Truman sonrió.

—Me alegro por ti. Imagino que su presencia continua en los medios de comunicación en los últimos meses debe de haberte traído muchos recuerdos.

—Claro, pero no te lo he contado por eso. —Hizo una pausa—. Todas las noticias dicen que Rolly no tiene herederos, pero sé que no es verdad.

—¿Estás segura?

—Sí. Tiene una hija. Me enseñó una foto de un bebé, que por entonces solo tenía unos meses.

Truman dio otro mordisco al *bagel* mientras pensaba.

—Quizá no haya sobrevivido… podría haber fallecido.

—Pero entonces las noticias habrían dicho que tuvo una hija que murió, y no lo han hecho. Creo que nadie sabe nada de ella. Quizá ni ella misma lo sepa.

—¿Te dijo algo sobre su madre?

—Ni una palabra. Recuerdo que cuando sacó el tema de su hija, me embargaron los celos por la conexión que la mujer tenía con Rolly. No me dijo nada sobre ella, y yo no pregunté. Estaba encantado con la bebé. Afirmaba que había cambiado su forma de ver el mundo. Me dijo que no se había casado, que no pensaba hacerlo y que nunca pensó que tendría hijos.

—Entonces, ¿cómo es posible que nadie lo sepa? Si te habló de ello, seguro que también se lo contó a otras personas.

—Sería lo lógico —dijo Ina encogiéndose de hombros—. Me lo confesó en la cama. A veces dices más de lo que esperas porque sientes un vínculo especial con la persona. No sé por qué no han salido otras mujeres diciendo que les dijo que tenía un hijo. —Frunció el ceño—. Sin embargo, también es cierto que habíamos bebido… Casi

sin parar durante los tres días que pasamos juntos. Le encantaba el champán y siempre tenía una botella abierta. Cuando pienso en ello, me estremezco al darme cuenta de que fuimos a hacer rafting borrachos y que él debió de conducir bebido, aunque no salimos mucho de su hotel.

Truman levantó una mano.

—No es necesario que me cuentes eso.

—Leí en internet que llevaba décadas sobrio. Debió de decidir que dejaba el alcohol poco después de estar conmigo. Tal vez era más discreto cuando estaba sobrio.

—Aunque haya un heredero, no veo cómo podría impedir eso que los buscadores de tesoros sigan invadiendo Eagle's Nest.

—Supongo que esta persona no sabe que Rolly es su padre. Pero si lo supiera, ¿no crees que tendría derecho a cualquier premio que apareciera? Yo me pondría en contacto con un abogado de inmediato si supiera que se está regalando parte de mi herencia.

—Estoy seguro de que Chester Rollins hizo un testamento como es debido, o un fideicomiso o lo que sea que haga la gente rica para repartir su dinero tras su muerte. Dudo que el hecho de que aparezca alguien de la nada vaya a detener la búsqueda del tesoro. Algunas personas lo han hecho, y una simple prueba de paternidad ha dado al traste con sus reclamaciones.

—Pero esta persona es su hija de verdad —argumentó Ina.

—Solo si la madre no mentía o se equivocaba cuando le dijo a Chester Rollins que el bebé era suyo. A una de las personas que se presentaron le habían dicho toda la vida que Rollins era su padre. Se sorprendió al descubrir que no era así. Quizá fuera ella.

—He leído esa historia —dijo Ina—, pero era demasiado joven para haber nacido en los años sesenta. Busca a alguien de unos cincuenta años al menos.

—¿Que busque?

Ina sonrió.

—Sí, tú. Sé que puedes encontrarla. Mercy y tú podéis, con todos los recursos informáticos que tenéis. Si encontráis a la heredera y se lo decís, puede poner en marcha acciones legales para que los buscadores del tesoro sepan que no podrán quedarse con nada de lo que encuentren. ¿No crees que eso los detendría?

—Bueno, si yo fuera un buscador, simplemente no le diría a nadie que lo he encontrado. De hecho, podría ser que ya hubiera ocurrido y que la gente esté perdiendo el tiempo.

Ina frunció el ceño y repiqueteó con los dedos sobre la mesa mientras pensaba.

—En cualquier caso, creo que hay que decirle a esa mujer quién es su verdadero padre. Podría cambiarle la vida.

Truman se imaginó el circo mediático que se montaría si aparecía una heredera legítima de Rollins.

—Eso sí que sería como empezar una nueva vida. No volvería a tener otro momento de paz. —Sonrió, se inclinó hacia delante y bajó la voz—. Apuesto a que podrías sacar provecho de una historia sobre tu aventura con Rolly.

—¡Pero qué dices! ¡Jamás haría algo así! —Frunció la nariz, ofendida, en un gesto muy gracioso—. No quiero ningún protagonismo. Lo nuestro fue algo privado.

—¿Por qué vino a Bend? Vivía en Idaho, ¿verdad?

Ina dio un sorbo a su té, muy concentrada.

—Por una conferencia o congreso…, algo relacionado con la ganadería, creo. Había muchos ganaderos de fuera del estado en la ciudad. Después de conocernos no asistió a la conferencia. Recuerdo que lo animé a que fuera y se rio de mí.

«¿Y si…?».

—Ina, ¿recuerdas los lugares a los que fuiste con él? ¿Lo llevaste a algún sitio cerca de Eagle's Nest?

Meditó la respuesta durante unos segundos.

—Hicimos varias excursiones y lo llevé en coche por la ciudad, pero no nos detuvimos en ninguno de los locales de aquí. Intentamos ser discretos para que la gente no nos viera. Lo hicimos por mí, porque los dos sabíamos que solo estaríamos juntos unos días. No quería que las malas lenguas hablaran de mi reputación.

—Supongo que a la gente le gustaban tanto los chismes como ahora.

—Más —dijo Ina—. Hoy en día hay más distracciones. Rolly y yo hacíamos muchas actividades al aire libre en las que no nos cruzábamos con nadie. —Le guiñó un ojo—. Cuando no estábamos ocupados con actividades de interior.

—Ya vale—le pidió Truman, intentando contener la risa—. Lograrás que me sienta incómodo. No quiero pensar en eso. Solo te lo he preguntado porque tal vez, mientras estuvo aquí, encontró un lugar en el que luego decidió esconder el tesoro. Era de fuera del estado, y quién sabe si volvió a la zona. Puede que vosotros dos visitarais un lugar que luego le sirvió de inspiración. ¿Recuerdas exactamente dónde estuvisteis?

Ina resopló.

—¿Ahora te ha dado por ponerte a buscar el tesoro? ¿Crees que mis recuerdos podrían ayudarte? —Puso los ojos en blanco—. Te aseguró que la mitad de mi cerebro se vació al cumplir los setenta años.

Le había picado la curiosidad.

—Piensa en ello. Intenta recordar dónde fuisteis. Quizá sirva para

encontrar el tesoro y así nos libraríamos de toda esa gente que ha invadido nuestra ciudad —añadió, apelando a su deseo original.

La anciana asintió con aire pensativo.

—Tienes razón. —Hizo una mueca—. Pero mi memoria ya no es lo que era. Recuerdo sobre todo cómo me sentía cuando estaba con él, no a dónde íbamos.

—Tómate tu tiempo —dijo Truman—. Echa un vistazo a un mapa. Quizá podrías probar con una de las rutas de senderismo de los alrededores. A lo mejor eso despierta algún recuerdo.

—Lo haré —prometió con mirada reflexiva, iniciando su viaje en el tiempo.

—Me voy al trabajo. —Truman sacó unos billetes de la cartera, los dejó sobre la mesa, se levantó y cogió la última mitad del *bagel* para llevárselo—. Avísame si recuerdas algo.

—¿Para que se lo puedas decir a tus hombres? —preguntó la mujer, enarcando una ceja—. Lucas me ha comentado que tu personal está enganchado a la búsqueda del tesoro. Que dedican todo el tiempo libre a analizar las pistas.

—Si se te ocurre un lugar factible, seguiré tus deseos sobre cómo quieres que se gestione —prometió—. Que tengas un buen día, Ina.

Salió de la cafetería dando un mordisco al panecillo.

«¿Podría estar la clave de la búsqueda del tesoro en la memoria de Ina?».

En realidad, no le importaba. Solo quería que su ciudad volviera a la normalidad.

CAPÍTULO 29

Evan empezó su tercera taza de café mientras miraba el monitor de su ordenador, medio dormido. La noche anterior le había costado mucho conciliar el sueño. El intruso en casa de los niños y la desaparición de Theodore lo habían puesto muy nervioso y le impidieron dormir incluso después de que el chico estuviera en casa, sano y salvo. Evan se había levantado tres veces en mitad de la noche para comprobar cómo dormían los niños. Se había quedado junto a la puerta escuchando y observando, sintiéndose como un intruso y experimentando al mismo tiempo la gran responsabilidad de proteger dos jóvenes vidas.

Criar a dos hijos exigía un gran temple.

Por la mañana salió de casa de mala gana, a pesar de que Ollie se había presentado como estaba previsto para estar con los niños. Kaylie se haría cargo hacia el mediodía. Evan había vuelto a dar las gracias a Ollie por haber encontrado a Theodore, y el joven restó importancia a sus palabras.

—Quería que lo encontráramos —dijo Ollie—, y por suerte yo estaba allí.

Evan estaba seguro de que el muchacho había hecho más que eso.

Volvió a centrarse en la bandeja de entrada de su correo electrónico, desplazándose por los sesenta mensajes que habían llegado durante la noche, y observó que Tim Giles había sido puesto en libertad a última hora de la tarde anterior. Lo habían acusado de provocar daños en la comisaría del Eagle's Nest. Su afirmación de que podía saber quién había disparado a Billy Serrano no era más que un intento a la desesperada de congraciarse con Evan.

Sonó su teléfono.

—Bolton —contestó, sin apartar la mirada del correo electrónico.

—Evan, soy Mercy.

Se quedó helado.

—¿Están bien los niños?

—¡Sí! ¡Están bien! Siento haberte asustado. Tendría que haberme imaginado cómo reaccionarías al recibir una llamada mía.

El agente se relajó.

—La culpa es mía. Todavía estoy un poco nervioso por lo de ayer.

He dormido fatal.

—No me sorprende. Todavía apesto a humo, y eso que me he duchado dos veces.

Evan se había dado cuenta de lo mismo mientras conducía hacia la comisaría.

—¿Qué puedo hacer por ti, Mercy?

—Yo más bien diría qué puedo hacer yo por ti. Me preguntaste por las líneas aéreas, ¿recuerdas?

—Es cierto. Lo había olvidado. He estado un poco distraído.

Había estado investigando los antecedentes de Meghan Serrano, porque se había quedado con mal cuerpo después de hablar con ella. No le había hecho mucha gracia su insistencia en las notas de la búsqueda del tesoro. Quería averiguar los movimientos de Meghan durante los últimos días, y por ello había enviado un correo electrónico a Mercy la mañana anterior, pidiéndole ayuda para averiguar qué vuelo había tomado para desplazarse a Oregón. Podría habérselo pedido a Meghan, pero quería la información de la fuente. El FBI tenía un acceso más fácil y rápido que él a las bases de datos de las compañías aéreas.

—Meghan Serrano no voló el miércoles, ni siquiera el martes por la noche —le dijo Mercy—. Llegó el lunes.

Evan no lo entendía.

—No puede ser. Le comuniqué la muerte de su hermano el martes.

«Su hermano, asesinado en la madrugada del martes».

—Mercy… —las ideas se agolpaban en el cerebro de Evan.

—Pero ¿no tiene sentido que estuviera aquí ayudando a su hermano en la búsqueda del tesoro? —preguntó Mercy—. ¿Por qué no iba a estar en la ciudad?

—Porque cuando la llamé para informarla, me dijo que tomaría un vuelo hacia aquí ese mismo día —dijo Evan—. Y cuando hablé con ella ayer por la mañana, me dijo que había tomado un vuelo nocturno. Si ya estaba en la ciudad, me lo ocultó deliberadamente.

Mercy guardó silencio durante unos segundos.

—¿Crees que uno de los dos decidió que se estaba acercando al tesoro y que ya no quería compartirlo?

—No lo sé —dijo Evan—. Durante la entrevista, hubo algo en ella que me dio mala espina. —No paraba de dar vueltas al hecho de que ella hubiera estado en la ciudad cuando asesinaron a su hermano—. El forense dijo que la bala entró en un ángulo ascendente —le dijo a Mercy—. Vi a Meghan en persona. Es bajita.

—Pero ¿matar a su hermano por un tesoro que aún no se ha encontrado? —preguntó Mercy—. Eso no lo haría cualquiera, habría que ser una persona muy especial.

—«Especial» es una forma de definirlo —dijo Evan muy serio—. Gracias por la información. Ahora tengo otras líneas de investigación.

—Te mantendré informado de lo que encuentre sobre tu hermana y Molly. Te agradezco que nos des espacio para trabajar.

Evan resopló.

—Tengo que reprimirme para no llamarte cada hora. No puedo dejar de pensar en Bethany, ni te lo imaginas. Una parte de mí se alegra de tener este caso para distraerme…, pero la otra parte quiere seguirte todo el día.

—Te aseguro que estoy echando mano de todos mis contactos. Las encontraremos.

Mercy colgó.

Evan se quedó muy quieto, incapaz de dejar de pensar en Meghan Serrano. Buscó el número de teléfono del hotel donde se alojaba. Comprobó la hora y cruzó los dedos.

Contestó un hombre con voz joven.

—Hotel Deschutes.

—Con Nadine Powers, por favor.

—Un momento, voy a ver si está.

Evan conocía a Nadine desde hacía años. Su hermano había sido uno de sus mejores amigos en la universidad.

—Hola, soy Nadine —respondió ella.

—Nadine, soy Evan Bolton.

—Evan, qué alegría saber de ti. ¿Cómo van las cosas?

—Bien. Solo tengo un momento, pero ¿podrías comprobar algo por mí?

Ella suspiró.

—No me estarás pidiendo que rompa las reglas otra vez, ¿verdad?

—Solo que las retuerzas un poco por las fuerzas del orden. Y por el amigo de tu hermano.

—¿Qué necesitas?

—La fecha de entrada de Meghan Serrano. Está alojada en tu hotel.

Oyó las teclas del ordenador.

—Llegó el lunes. A las dos de la tarde.

—Perfecto. Gracias. Justo lo que necesitaba.

—¿Va a dar problemas? —preguntó Nadine.

—No, nada de eso —contestó Evan. «Espero»—. Solo quería confirmar su fecha de llegada.

—Ajá —dijo Nadine, que no parecía convencida.

Como se sentía culpable por utilizar a Nadine para obtener información, le preguntó por sus hijos y terminó la llamada un minuto después.

Se echó hacia atrás en la silla, tamborileando con los dedos en el escritorio. Hasta el momento Meghan solo era culpable de mentir, lo cual no bastaba para encerrarla. Pero sí era una buena razón para hacerle una visita.

Evan no podía dejar de pensar en la razón por la que Meghan no le había dicho que estaba en la ciudad desde el lunes. Y hasta entonces las pruebas encontradas en la escena del crimen no le habían ofrecido ninguna pista.

«Un momento».

Evan se inclinó hacia delante y buscó en su ordenador una prueba que había revisado el día anterior. Era el vídeo de otro establecimiento situado a una manzana de la pensión. La cámara de seguridad había quedado desconectada hacia las diez de la noche, así que cuando había enviado a sus hombres a las tiendas cercanas para que comprobaran las grabaciones de la calle y las aceras, había incluido esa hora en su petición.

Una iglesia y la tienda de comida para animales les habían enviado sus vídeos. El ángulo de la iglesia mostraba la calle detrás de la pensión. Cuando Evan examinó las imágenes el día anterior, buscaba a Tim Giles o su gran furgoneta, pero no encontró ni rastro de ambos. Ahora quería comprobar si había otro vehículo.

Encontró el fragmento que quería y pasó a toda velocidad la hora que faltaba para las diez, deteniéndose cada vez que aparecía un vehículo o una persona. Congeló el vídeo cuando apareció en la pantalla un pequeño sedán Toyota. La imagen no mostraba la matrícula ni una buena imagen del conductor, pero Evan había visto un Toyota idéntico al de la pantalla cuando acompañó a Meghan a la puerta principal después de su entrevista el día anterior y la vio subir a un sedán.

«Tengo que hacerle una visita a Meghan».

CAPÍTULO 30

Mercy se dirigió a su despacho con el café de la mañana en la mano, pensando en la revelación del día anterior en casa de los Kerr.

Victor estaba vivo.

La noche anterior, ella y Eddie habían escarbado en el pasado y habían encontrado muy poco. Al igual que Bridget, Victor Kerr había desaparecido del mapa catorce años antes. Ella sospechaba que utilizaba un alias cuando lo necesitaba, uno que sus hijos desconocían. En el registro de propiedades, el terreno figuraba como propiedad de Jack Karr. El nombre de pila del padre de Victor y lo que Mercy supuso que era un error ortográfico deliberado de Kerr. Lo suficiente como para pasar desapercibido si alguien lo buscaba, pero lo bastante parecido como para echar la culpa a un error administrativo si era necesario.

Ninguna otra búsqueda relacionada con Jack Karr conducía a una pista.

No podía dejar de dar vueltas a una pregunta: ¿Qué podía llevar a Victor y Bridget Kerr a dejar a sus hijos?

No tenía ninguna respuesta convincente.

Tras el incendio del día anterior se había entregado en cuerpo y alma a encontrar al matrimonio Kerr y a la pequeña Molly. Sospechaba que el fuego había sido provocado para destruir algo, posiblemente relacionado con la ubicación de los padres. Theodore y Charlotte afirmaban que rara vez recibían visitas y que solo unos pocos vecinos sabían dónde vivían. Pero ninguno de los dos había reconocido al hombre ni el vehículo del día anterior. Sin embargo, el desconocido parecía estar muy seguro de a dónde iba.

Sonó su teléfono.

—Agente especial Kilpatrick.

—Hola, soy Natasha Lockhart. ¿Tiene un minuto?

Las manos de Mercy agarraron el volante con fuerza, una reacción comprensible al recibir una llamada de la forense.

—¿Qué puedo hacer por usted, doctora Lockhart?

—Estoy en la escena de un asesinato cerca de Owlie Lake. —La forense dudó—. Sé que busca a una mujer rubia de unos treinta años. Esta no tiene ninguna identificación.

—¿Hay alguna señal de una niña pequeña? —se apresuró a

preguntar Mercy—. Puede que tenga a una bebé de dieciocho meses con ella.

—No que yo sepa. —La doctora se apartó del teléfono para preguntar algo a los policías presentes—. El departamento del sheriff no ha encontrado nada que indique que aquí hubiera una niña.

—Pídales que amplíen la zona de búsqueda —pidió Mercy—. Voy para allá.

—Aparque en el inicio del sendero sur. Y prepárese para una caminata de un kilómetro y medio.

—Llegaré en quince minutos. —Mercy colgó y exhaló un profundo suspiro.

«¿Es la hermana de Evan?».

✶✶✶

Mercy dejó el coche donde le había indicado la forense y tardó al menos quince minutos caminando cuesta arriba en llegar al lugar de los hechos. En el aparcamiento había contado cinco vehículos del sheriff del condado de Deschutes, además de la furgoneta de la doctora Lockhart, y frunció el ceño al ver un camión de televisión por satélite

Había otra docena de vehículos normales y varios excursionistas que se arremolinaban junto al agente que custodiaba la entrada del sendero. El equipo de noticias había entrevistado a dos de ellos.

En un claro situado a unos cuatro metros del camino principal, la doctora Lockhart se levantó y estiró la espalda mientras Mercy se acercaba a la escena, con la mirada fija en el pelo rubio de la mujer que yacía inmóvil en el suelo. Los ayudantes del sheriff habían acordonado una amplia zona alrededor del cuerpo. Mercy vio a varios agentes del condado de Deschutes que se adentraban en el bosque, enfocando el suelo con sus linternas mientras examinaban de un lado a otro lentamente.

«¿Encontrarán a Molly?».

Se le revolvieron las tripas ante la idea de descubrir el cuerpo de la niña.

Respiró hondo y se centró en la víctima adulta que tenía ante ella. La mujer estaba tumbada boca abajo y llevaba zapatillas de tenis, mallas de yoga y una sudadera. La ropa ideal para una excursión durante las frías mañanas de junio. Junto al hombro había una bolsa de mano. El pelo que le cubría la mayor parte de la cara le llegaba hasta los hombros y era rizado.

—La ha encontrado un excursionista hace un par de horas —le dijo la doctora Lockhart a Mercy—. Creo que el excursionista era en realidad un buscador del tesoro, pero afirmó que solo estaba haciendo

senderismo. Uno de los agentes lo ha llevado a la comisaría para tomarle declaración.

—Necesito verle la cara —dijo Mercy, mirando fijamente el pelo rubio.

«¿Reconoceré a Bridget Kerr?».

Mercy solo había visto fotos antiguas. Y a Charlotte. Evan le había dicho que Charlotte era casi idéntica a su hermana cuando tenía esa edad.

«La reconoceré».

—Ven aquí.

La doctora Lockhart señaló el lugar donde quería que se situara Mercy, que se agachó, con la mirada fija en la barbilla de la mujer que asomaba por debajo del pelo. La doctora levantó el hombro de la víctima y le dio la vuelta, dejando al descubierto todo el rostro. Una parte de la cara estaba teñida del tono púrpura oscuro del *livor mortis*.

«No es ella».

Mercy la observó durante varios segundos. Al ver el rostro su instinto le dijo que no era Bridget, de modo que examinó detenidamente los rasgos de la mujer, en busca de las razones que justificaran esa reacción. Los ojos estaban demasiado separados, la nariz era delicada y corta, la cara redonda en lugar de ovalada. Había sido una mujer atractiva y Mercy no pudo reprimir un sentimiento de ira hacia la persona que le había quitado la vida.

—¿Mercy? —preguntó la doctora Lockhart.

—No creo que sea ella.

—¿No lo cree?

—Estoy segura en un noventa por ciento.

La doctora frunció el ceño.

—Eso no me basta…

—¿Mercy?

Al oír la voz de Evan Bolton, Mercy se levantó y se volvió. El detective estaba firmando el registro de la escena y la miraba con cara de sorpresa.

—Le he llamado —explicó la doctora Lockhart en voz baja—. Él sabrá si es su hermana.

Mercy lo entendió.

«¿Cómo se habrá sentido al recibir esa llamada telefónica?».

—No creo que sea tu hermana, Evan. Pero si pudieras confirmarlo… —le dijo Mercy.

Evan tenía cara de cansancio y sus ojos parecían los de alguien mayor. Se acercó al cuerpo, se agachó como lo había hecho Mercy, y la doctora Lockhart volvió a levantarlo. Él enarcó las cejas y entreabrió la boca.

«La conoce».

—Es Meghan Serrano —le dijo Evan a la doctora Lockhart y a Mercy—. Su hermano fue la víctima de asesinato que encontramos detrás de la pensión.

Mercy se sintió aliviada al saber que no era su hermana, pero no la abandonó la rabia por el hecho de que alguien hubiera puesto fin a la vida de aquella mujer.

La doctora Lockhart dejó el cadáver en la posición inicial.

—El buscador de tesoros.

—Sí —dijo Evan—. Meghan era su socia. La entrevisté en persona el miércoles. —Negó con la cabeza—. Hoy por la mañana he ido a su hotel para volver a hablar con ella, pero no estaba. ¿Cómo ha ocurrido?

—Hasta ahora todo indica que fue estrangulada —respondió la doctora Lockhart—. Y es reciente. Entre las tres y las siete de la mañana.

—¿Quién va de excursión a las tres de la madrugada? —preguntó Mercy.

—Quizá la trajeron o le pidieron que se reuniera con alguien aquí —dijo Evan—. Es una buscadora del tesoro. Odio admitirlo, pero creo que ella y su hermano estaban a punto de encontrarlo. Está en el primer puesto de mi lista de móviles del asesinato de Billy Serrano.

—¿Crees que pueden haberla asesinado por eso? —preguntó Mercy—. Ya serían dos las muertes por culpa de esta maldita y codiciosa búsqueda. Cada día se nos va más de las manos.

«Truman se pondrá furioso».

—Es posible —concedió Evan—. Mostró una actitud muy celosa con el cuaderno de su hermano. Anoche le enviamos copias de sus páginas. ¿Llevaba algún objeto con ella? ¿Notas?

—Hasta ahora no —dijo la doctora Lockhart—. Su bolsa estaba vacía. Ni cartera ni nada. Hace media hora hemos empezado a realizar un barrido más amplio de la zona, buscando… —Dejó la frase a medias—. Todavía no ha aparecido nada —terminó.

«Buscando a la pequeña Molly».

Evan se levantó y se frotó la cara. Mercy lo compadeció. Tenía que sentirse aliviado de que la mujer muerta no fuera su hermana, pero aún quedaba la gran pregunta de qué le había pasado a Bridget. No saber el destino de un ser querido era un infierno; Mercy lo sabía.

Evan se convirtió en el puntal de la vida de Mercy cuando Truman había desaparecido durante semanas, secuestrado por un grupo de ciudadanos soberanos en busca de venganza. La incertidumbre de no saber si Truman estaba vivo o muerto casi acabó con ella, y Evan la había ayudado a mantenerse a flote.

—Lo siento, Evan.

—¿Qué coño está pasando, Mercy? —murmuró—. Esta

búsqueda… está causando muertes.

Evan no expresó el otro aspecto que sabía que le afectaba: ¿qué demonios estaba pasando con su hermana?

Mercy miró a la mujer que estaba en el suelo, y se le partió el alma al pensar en los últimos instantes de Meghan, sabiendo que alguien la estaba estrangulando para matarla.

«¿Ha corrido Bridget una suerte similar?».

—Un momento. —Evan se volvió de repente, examinando la zona —. ¿Su bolsa estaba vacía?

—¿Qué ocurre? —preguntó Mercy.

—¿Dónde está su perro? Llevaba un perrito blanco y negro en esa bolsa.

—Eso explica estas pequeñas huellas. —La doctora Lockhart señaló el suelo en torno a la mujer—. Los forenses hicieron muchas fotos antes de que yo las pisoteara. Supuse que eran de un animal que se había sentido atraído por el cuerpo.

Mercy examinó el suelo.

—Parecen huellas de perro. —Se le partió el corazón al pensar en el animal junto a su dueña muerta.

—Oreo. El perro se llamaba Oreo —dijo Evan—. Es muy bueno. O lo era, al menos, mientras ella lo sujetaba en mi oficina. —Se llevó las manos a la boca—. ¡Oreo! ¡Ven aquí, pequeño! —Rodeó la zona, examinando la maleza—. Creo que es un macho.

Mercy trató de encontrar un rastro de huellas que seguir, pero parecía que el perro había ido y venido entre la maleza y su dueña varias veces.

«Qué patitas tan pequeñas».

—Si no tuviera miedo, seguramente habría salido cuando llegamos —dijo la doctora Lockhart, tratando de comprender las huellas—. Los rastreadores siguen trabajando en la zona al oeste. Todavía no han inspeccionado el este.

«A no ser que un depredador lo haya encontrado antes».

Mercy se adentró en la maleza, llamando al perro por su nombre. Sacó la barrita de cecina y queso que había cogido esa mañana, la desenvolvió y la agitó.

«¿A qué perro no le gustaría el queso?».

Evan se desplazó unos cinco metros a su izquierda.

—¿Debemos dedicar tiempo a esto? —preguntó en voz baja.

Mercy lo entendía. Habían asesinado a una mujer y ahora buscaban a un perro. Deberían centrarse en su investigación.

—Creo que Meghan habría querido que encontráramos a su perro. Me parece que es lo correcto para ella. No tardaremos demasiado.

—Tienes razón.

El suelo del bosque no ofrecía muchos lugares para esconderse. La maleza era escasa, sin apenas hojas. Había una capa de agujas de pino que crujían bajo sus pies y ocultaban las pequeñas huellas. Mercy pasó por encima del tronco podrido de un pino caído y siguió el árbol muerto hasta las raíces. Se inclinó para mirar dentro, y un perfecto triángulo formado por dos ojos negros brillantes y una pequeña nariz la miró fijamente.

—Hola, Oreo —dijo en voz baja.

«Está aterrorizado».

Mercy se agachó y le ofreció el queso y la cecina. El animal arrugó el hocico y salió del tronco.

—Evan —llamó al detective sin alzar demasiado la voz—, lo tengo. Está asustado. —Rompió un trocito de queso y Oreo lo comió de su mano—. Buen chico. Seguro que tienes hambre.

Mordió otro trozo y no se inmutó cuando Mercy lo cogió en brazos. Solo le interesaba el queso.

—Es él —dijo Evan al llegar junto a ellos—. Hola, Oreo. —El perro le olisqueó la mano y se volvió hacia Mercy para pedir más queso—. ¿Y ahora qué? ¿Llamamos a la protectora de animales?

—¿De verdad necesitamos a los de la protectora por un perro de kilo y medio? —preguntó Mercy. Los dos regresaron a la escena del crimen.

—¿Puedes quedártelo unos días en casa? —preguntó Evan—. Ya la tienes llena de animales. No vendrá de uno más.

—Podría ponerlo en la sala de gatitos y nadie se daría cuenta —dijo Mercy—. Hay tres gatitos blancos y negros de la camada actual. —Observó a Evan durante unos segundos y se fijó en la bondad que reflejaban sus ojos mientras acariciaba al perro—. Pero están en cuarentena —se apresuró a añadir—. Y no sé cómo aceptarían Dulce y Simon a un perro nuevo. Además, estoy segura de que a Charlotte y a Theodore les haría ilusión tener un perro con el que jugar mientras están en tu casa. Ya pensarás luego qué haces con él.

Evan no lo tenía muy claro.

—Tal vez así Charlotte estará más entretenida —insistió Mercy.

—No te falta razón. —Evan suspiró—. Me lo quedaré durante un tiempo y se lo haré saber a mi jefe. Meghan me dijo que Billy y ella eran los únicos miembros de su familia. Si les quedaba algún pariente lejano, está en Ohio.

Mercy dudaba que alguien reclamara al animal. Le entregó el perro a Evan, que le rascó la barbilla.

—Creo que has sido generosa diciendo que pesaba un kilo y medio —afirmó, sujetando al animal con un brazo.

—Te tocaba a ti quedarte con la mascota huérfana —dijo Mercy —. ¿Recuerdas cuando encontramos a Dulce en la escena del crimen?

Me obligaste a llevármela.

—Según recuerdo, no tuve que esforzarme mucho. Y ahora es muy feliz —dijo Evan.

Era verdad. Dulce tenía una vida de ensueño. Kaylie y ella eran inseparables, y ello supuso el inicio de la obsesión de Kaylie por acoger gatitos.

«¿Cómo he pasado de no tener mascotas a tener ocho?».

Mercy sonrió. También había pasado de vivir sola a tener una familia.

No cambiaría su casa llena por nada.

CAPÍTULO 31

Truman cerró la puerta de la comisaría tras de sí y saludó con un gesto de la cabeza a Lucas, que estaba al teléfono. Truman regresaba de casa de Tom Ellery, que les había llamado por un coche sospechoso que había pasado una docena de veces por su calle. Cualquier otra persona se habría acercado al vehículo para ver qué pasaba, pero Tom iba en una silla de ruedas y su casa estaba lejos de la calle. Su sobrina, que iba a verlo a diario, no llegaría hasta al cabo de una hora.

Convencido de que encontraría a un buscador de tesoros o un borracho, Truman se desplazó hasta el barrio. Sin embargo, lo que encontró en cambio fue a una madre agotada que estaba enseñando a conducir a su hija de quince años. Habían escogido la calle ancha y sin salida para practicar porque ningún coche aparcaba en ella. Truman les dio el visto bueno a su elección y luego llamó a la puerta de Tom para explicarle qué hacía ese coche en su calle. A continuación, se pasó veinte minutos montando una persiana que se le había caído en la ventana del salón y que era demasiado pesada para que la sobrina de Tom pudiera manejarla.

Truman se detuvo en la sala de descanso del departamento, dejó el pastel de café que Tom había insistido en que aceptara como agradecimiento y se sirvió una taza de café.

De repente apareció Royce en la puerta, con una mirada esperanzada. Algo habitual cuando alguien aparecía con en la sala de descanso con una bandeja de dulces.

—¿Qué es?

—Pastel de café.

—¿Está bueno?

—No he tenido ocasión de quitarle el papel de aluminio —se limitó a responder Truman.

—Yo me encargo. —El joven oficial retiró con entusiasmo el envoltorio y se cortó un trozo mientras Truman lo observaba. Había dado tres grandes bocados cuando se fijó en que Truman no le quitaba ojo—. ¿Le apetece un trozo, jefe? —preguntó con la boca llena.

Ben entró en la sala de descanso.

—Huele a canela. —Vio el pastel y cogió el cuchillo.

—Córtale un trozo al jefe —dijo Royce, tras engullir el último bocado—. Yo también tomaré otro.

—Pues casi nos lo habremos acabado —refunfuñó Ben.

—Kaylie ya casi nunca trae sobras del día porque tiene la cafetería llena de buscadores del tesoro. —Dio un mordisco—. Necesitamos nuestra dosis diaria de azúcar.

—Por cierto… —Royce miró a Truman—. ¿Te acuerdas de Isaac? ¿El buscador del tesoro al que le di permiso para acampar en mi finca hace dos noches?

—Sí. ¿Cómo le va? —preguntó Truman, tomando el trozo de pastel que le ofreció Ben.

—Bien. Es un buen tipo. Pero está pensando en volver a casa. Dice que todo esto se ha convertido en un asunto demasiado peligroso, ahora que se han cometido dos asesinatos.

Un par de horas antes, el Departamento de Policía de Eagle's Nest había recibido la notificación del asesinato de Meghan Serrano, pero Truman no era consciente de que la información hubiese llegado también al público.

—¿Ya lo sabía? ¿O se lo has contado tú?

—Isaac me ha dicho que ha sido el gran tema de conversación esta mañana. No es el único que está pensando en hacer las maletas —explicó Royce—. Todos han empezado a acusarse mutuamente. Dice que ya no es tan divertido como antes.

—Podría ser la respuesta a nuestro problema —afirmó Ben—. No se me había ocurrido la posibilidad de asustar a la gente para que se marchara de aquí.

—¿La idea de diversión que tenía Isaac era que lo echaran de la granja de Martin Wheelock a punta de pistola? —preguntó Truman.

—Bueno —dijo Royce—, dejando a un lado ese incidente. —Adoptó un gesto serio—. Isaac dice que varias personas han mencionado a un tipo en particular que les da mala espina. Malas vibraciones. Isaac se topó con él mientras exploraba alrededor de ese volcán de escoria del río Crooked y también lo ha visto en la ciudad.

—Lo siento, pero las malas vibraciones no sirven de indicio para el detective que está trabajando en los dos asesinatos —dijo Truman.

—Suele llevar una gorra de los Seahawks —añadió Royce.

—Sé que hay mucha competencia entre los buscadores —dijo Truman—. Me cuesta aceptar consejos de ellos a menos que tengan una buena razón… como que hayan disparado a alguien.

—Como en el aserradero —añadió Ben.

—No creo que haya vuelto a ocurrir todavía —replicó Royce—. Pero Isaac me dijo que me avisaría si lo veía. Sin embargo, tiene sentido que el asesino sea uno de los buscadores. Todo el mundo asegura que Billy Serrano tenía un gran don para buscar pistas. Isaac dice que su reputación ha crecido mucho desde que murió.

—Rumores —afirmó Truman—. Siempre se exageran cuando

alguien fallece.

—Quizá eso fue lo que llevó al asesino hasta su hermana —dijo Royce.

—Evan Bolton lo está investigando —dijo Truman—. Pero avísame si te enteras de algo creíble, nada de chismes.

Dejó a los hombres con su pastel de café, se dirigió a su despacho y cerró la puerta tras de sí. Se sentó a su escritorio, pensó durante un buen rato y llamó a Evan.

—Bolton —respondió el detective de forma algo brusca.

—Soy Truman.

—Hola, Truman —Evan suavizó el tono.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Mercy me ha contado lo de Meghan Serrano.

—Sí, no lo vi venir. Siento que debería haber estado más atento.

—¿Alguna pista?

—Todavía no. La doctora Lockhart hará la autopsia esta tarde. En el hotel dicen que se fue a las tres de la madrugada. Tienen un vídeo en el que se la ve salir sola de su habitación, y el del aparcamiento la muestra alejándose sin compañía. Su coche estaba aparcado en el lugar donde se encontró el cuerpo. Los forenses lo han revisado y lo remolcaron justo antes del almuerzo. Estoy esperando su informe y los registros de su teléfono móvil. El personal del hotel me ha dicho que nadie llamó a su habitación.

—¿Has registrado la habitación?

—Sí. Yo y un equipo. No encontramos nada raro.

—¿Le habías dado el cuaderno de Billy Serrano? —preguntó Truman.

—No. Todavía está en pruebas. Pero lo hice escanear y se lo envié por correo electrónico. —Evan carraspeó—. Anoche utilizó el centro de negocios del hotel para imprimir algo, imagino que las páginas del cuaderno. Si es así, han desaparecido. No están en su coche ni en su habitación.

—Mierda —maldijo Truman.

—Eso mismo. Creo que el motivo de su asesinato está bastante claro. Y sí, ya he comprobado si había guardado algo en la caja fuerte del hotel. La de su habitación estaba vacía.

—¿Qué la haría salir a esas horas? —preguntó Truman.

—Creo que o bien recibió una llamada telefónica o había concertado una reunión —dijo Evan—. Dudo que decidiera salir de repente de excursión en plena noche.

—Los buscadores de tesoros del pueblo son muy chismosos —dijo Truman—. Quizá alguien hable.

—Ya nos han llegado dos docenas de llamadas sobre Meghan.

—¿Algo útil?

—No, pero todavía lo estoy investigando. Tengo la sensación de que son buscadores que delatan a compañeros para fastidiarlos.

—Royce me ha dicho que más de uno habla de un tipo en particular, pero lo único que concreta es que se trata de alguien que da mal rollo.

—Lo cual no sirve de gran ayuda —dijo Evan.

—Tienes razón. ¿Y Matt Stephens? ¿Sigue en la ciudad?

—Lo he comprobado a primera hora de la mañana por el encontronazo que tuvo con Billy en el aserradero. Sigue en el mismo hotel. Le he despertado y, según los registros del hotel, la puerta de su habitación no se ha abierto desde las ocho de la noche de ayer.

—Alguien ha matado a dos personas —dijo Truman.

—O dos personas han matado a dos personas —replicó Evan—. Antes de que asesinaran a Meghan, estaba a punto de investigarla por la muerte de su hermano. Me mintió deliberadamente sobre su presencia en la ciudad en el momento en que lo mataron.

Truman se quedó sin palabras, pensando en su propia hermana.

«No lo entiendo».

—Quién sabe los secretos que oculta cada familia —dijo Evan al cabo de unos segundos—. Sin embargo, me cuesta creer que los matara la misma persona. Se utilizaron dos métodos muy diferentes.

—¿Has echado un vistazo al cuaderno?

—Muy por encima. Está bien organizado, es el producto de una investigación concienzuda, pero hay muchas partes que no tienen sentido para mí. No presté suficiente atención a los lugares en los que se centran los buscadores.

—Yo también le he echado un vistazo. Por cierto, Royce me dijo que desde la muerte de Billy Serrano, su reputación está por las nubes. De pronto parece el mejor descifrando pistas. Se ha convertido en toda una leyenda entre los demás buscadores.

—No me sorprende. Me gustaría revisar con más calma el cuaderno. Si hay algún indicio de cuál iba a ser el siguiente paso de Billy, y si el asesino de Meghan tiene ahora las mismas notas, podría aparecer allí en algún momento.

—No sé si las notas son tan precisas —replicó Truman—. Tal vez tengas que pedir ayuda a alguien que lleve un tiempo diseccionando pistas para que les eche un vistazo.

—He pensado lo mismo.

Truman se dio cuenta de que estaba sobrepasando los límites de la investigación. «No es mi caso», pensó y cambió de tema.

—¿Cómo están los niños?

—Bien. Disgustados por los daños que ha sufrido su casa, pero los dos se alegraron de ver a Ollie cuando apareció esta mañana. No sé cómo agradecerles a Kaylie y a él todo lo que han hecho para

ayudarme.

—El cabrón que provocó el incendio de ayer no tramaba nada bueno. No quiero pensar lo que podría haber pasado si se hubiera topado con los niños.

—Créeme, ese pensamiento es lo que me ha tenido en vela casi toda la noche. Espero que no fueran el objetivo.

—Alguien sabe lo que les pasó a su madre y a su padre. Y a la bebé. Tengo un mal presentimiento —dijo Truman muy serio. No le gustaba hablar así de la hermana de Evan, pero sabía que él sentía lo mismo—. Esa misma persona podría estar buscando a los niños.

—¿Y fue el autor del incendio de ayer? —preguntó Evan en voz baja.

—Es lo más probable —respondió Truman, que lamentó una vez más no haber seguido la furgoneta marrón—. A Mercy se le ha metido entre ceja y ceja encontrar a tu hermana.

Evan guardó silencio durante unos segundos.

—Es muy competente, Evan —dijo Truman rompiendo el silencio —. No se me ocurre a nadie mejor para el caso.

—Lo sé —convino—. Pero no tienes ni idea de lo difícil que es para mí dar un paso atrás y dejar que Mercy y el FBI tomen las riendas. Siento que esto es lo más cerca que he estado de encontrar a mi hermana en años. —Hizo una pausa—. Pero una parte de mí tiene miedo de lo que encontrará Mercy —dijo en voz baja—. Acabo de descubrir que Bethany ha estado viva todos estos años. No soportaría saber que he llegado demasiado tarde.

—Te entiendo —dijo Truman con sinceridad, prefiriendo no recurrir a los tópicos de rigor, asegurándole que su hermana seguía viva.

Ambos sabían que las probabilidades disminuían cada día que pasaba.

CAPÍTULO 32

Era última hora de la tarde cuando Evan atravesó el aparcamiento, intentando olvidar la escena que acababa de presenciar.

La autopsia de Meghan Serrano.

En ningún momento del inquietante procedimiento pudo quitarse de la cabeza el recuerdo de la joven sentada en su despacho para la entrevista. Le parecía inconcebible que aquella mujer menuda, rubia y tan encantadora fuera ahora el cadáver que había visto abierto en canal.

«¿Será mi hermana la siguiente?», se preguntó.

Tampoco pudo dejar de pensar en su hermana mientras observaba la autopsia de Meghan, y tuvo que hacer un auténtico esfuerzo para controlar sus pensamientos, que, de lo contrario, siempre seguían un camino negativo, suponiendo lo peor.

«Me asusta albergar esperanzas de que esté viva porque si no es así, la verdad podría acabar conmigo».

Durante la autopsia, las sospechas de estrangulamiento de la doctora Lockhart adquirieron más peso: el hueso hioides de Meghan estaba roto.

El resto del procedimiento no había revelado nada significativo. Los análisis preliminares de sangre eran claros. No había ningún otro hematoma o traumatismo. Evan tuvo que apartar la mirada del tatuaje del antebrazo. Era de Oreo. Una réplica perfecta de las marcas y la expresión facial del perro.

Evan había llevado a Oreo a casa después de abandonar la escena del crimen. El perro se había sentado en silencio junto a él, sin dejar de mirarlo en ningún momento. Lo embargaba la culpa cada vez que veía la mirada del animal y pensaba en lo confundido que debía de sentirse.

También se había sentido como un ladrón, pero logró aplacar ese sentimiento diciéndose que estaba cuidando del perro para evitar que acabara en una perrera del condado superpoblada durante quién sabía cuánto tiempo. Su supervisor prefirió guardar silencio durante un buen rato mientras Evan le explicaba lo que había hecho, y luego le había ordenado que dejara constancia por escrito de la decisión temporal.

—Temporal —había subrayado su jefe.

—Por supuesto —había respondido Evan.

Pero entonces le entregó el perro a Charlotte, que lo recibió hecha un manojo de nervios. Tanto ella como Theodore se enamoraron al instante del pequeño animal. Evan no les había contado toda la historia del can, solo que lo habían abandonado en la escena del crimen y que se lo quedaba temporalmente hasta que sus legítimos dueños lo reclamaran.

No creía que los niños hubieran escuchado ni una sola palabra de su explicación.

Evan subió a su vehículo y se sentó, mirando el edificio del forense, todavía alterado por la escena del crimen de Meghan, su entrevista, su perro y su autopsia.

«¿Cómo lo hace la doctora Lockhart todos los días?», pensó.

La gente le preguntaba a Evan lo mismo sobre su trabajo, que le encantaba. Cada jornada era diferente, y estaba convencido de que había logrado influir positivamente en la vida de mucha gente. Pero algunos días eran una mierda. Como hoy.

A lo largo de los años, su trabajo le había dejado un archivo mental de imágenes horribles grabadas a fuego en su cerebro. Suponía un gran esfuerzo mantenerlas a raya para evitar que invadieran sus pensamientos diarios. O sus sueños nocturnos.

Pese a ello, no habría cambiado su trabajo por ningún otro.

Arrancó el vehículo. Tenía trabajo que hacer.

✶✶✶

El reloj del ordenador indicaba que ya era casi la hora de irse a casa. En el pasado habría trabajado hasta tarde, pero ahora lo esperaban dos niños. Aunque Kaylie siempre se quedaba hasta que él volvía, Evan no quería aprovecharse de su amabilidad. Desde el robo y el incendio de la cabaña, quería que hubiera siempre un adulto con Charlotte y Theodore. Preferiblemente él mismo, pero no podía dejar de trabajar, y Kaylie había demostrado que era bien capaz de gestionar una emergencia con los niños.

Sin embargo, en las últimas veinticuatro horas su preocupación por la seguridad de los niños había aumentado.

«Nadie sabe que se alojan en mi casa».

Pero en teoría nadie sabía tampoco dónde estaba la cabaña, lo cual había resultado ser falso.

¿Eran los niños el objetivo? ¿Y era el incendio producto de la ira, como los frascos rotos del granero?

¿Por qué querría alguien hacer daño a Charlotte y Theodore?

Frunció el ceño. No era la primera vez que veía niños heridos en su trabajo. Sin embargo, nunca entendía el motivo.

Evan no iba a correr ningún riesgo. Los pequeños no debían quedarse solos.

Consultó el correo electrónico por última vez y se fijó en un mensaje de un amigo con el que había contactado esa mañana. Evan le había pedido que mejorara la calidad de imagen del vídeo del sedán que circulaba cerca de la pensión la noche en que mataron a Billy Serrano. El departamento forense del condado también tenía el vídeo, pero Evan sabía que tardarían mucho más en procesarlo.

Este amigo en particular le debía un favor debido a una serie de apuestas desafortunadas en el campo de golf. Evan en cambio había aprendido a apostar favores, no dinero. Su amigo había trabajado en el laboratorio criminalístico del estado, pero hacía ya unos años que había abierto su propio laboratorio privado. El noventa y nueve por ciento de su trabajo eran contratos con las fuerzas de seguridad locales. En ocasiones los departamentos de policía decidían que compensaba asumir el elevado coste de un laboratorio privado para acelerar una investigación.

Evan leyó en diagonal el correo electrónico y abrió el vídeo mejorado.

La matrícula se veía claramente, junto con el perfil de una conductora rubia. Comprobó la matrícula: era el coche de alquiler de Meghan.

Sus apuestas de golf habían valido la pena.

Evan respiró hondo y se recostó en su silla, con la mente acelerada.

«Esto no significa que matara a su hermano».

Cogió el teléfono de la mesa y llamó a la comisaría donde estaba retenido su coche. Preguntó si el vehículo había sido procesado y, tras una larga espera, lo pusieron en contacto con un técnico.

—Hemos hecho un inventario —le dijo Tyler, el técnico—. También lo hemos aspirado, pero aún no se han enviado esas pruebas al laboratorio.

La frustración invadió a Evan. Podían tardar varias semanas en analizarlas.

—¿Puedes enviarme el inventario por correo electrónico? —preguntó, desesperado por empezar con algo—. ¿Había algún arma? ¿Se encontraron hojas impresas o un cuaderno?

—Nada de eso —dijo Tyler—. Pero le enviaré la lista de lo que hemos hallado.

Evan le dio su correo electrónico y el técnico prometió mandarle la información inmediatamente. Colgó, decepcionado.

«¿De verdad esperaba que hubiera una pistola en el coche?».

Hasta el momento no había encontrado pistas sobre el arma utilizada para disparar a Billy Serrano. Se habían registrado los

contenedores de basura de Eagle's Nest y las papeleras que había cerca de la pensión. Evan se había sentido un poco mal por recurrir a un grupo de ayudantes adolescentes para esa actividad en particular, pero los chicos formaban parte del programa de exploradores para hacerse una idea de en qué consistía el trabajo policial, y a veces eso significaba rebuscar en la basura. También habían peinado jardines y arbustos de varias manzanas en torno a la escena del crimen.

Actualizó el correo electrónico. Sin noticias del técnico del vehículo.

Se puso en pie y empezó a recoger su escritorio y a preparar la bolsa para volver a casa. Luego fue al baño y volvió a consultar su correo electrónico.

«Ahí está».

Abrió el inventario en la base de datos segura del departamento y empezó a leer. Un contrato de alquiler, un asiento elevado para el perro, bolsas para las cacas del perro, un plato de agua plegable para el perro, un contenedor de comida seca, una botella de agua abierta, servilletas y fundas de pajitas de Starbucks, dos novelas negras, un recibo de una farmacia y otro de una ferretería.

Nada que dijera: «He asesinado a mi hermano».

Evan abrió las fotos de los artículos y examinó rápidamente cada uno de ellos. Se fijó en que había leído una de las novelas hacía un año. El recibo de la farmacia era de una chocolatina y un Benadryl. Había pagado con una tarjeta de débito. El recibo de la ferretería local era de un bote de pintura en espray. Había pagado en efectivo y tenía la fecha del lunes. El día anterior a la muerte de Billy.

—Bingo.

Evan contuvo la emoción mientras estudiaba el recibo de pintura negra en espray. El mismo color que la utilizada para dañar la cámara que daba al aparcamiento de la pensión.

«¿Por qué iba a pagar en efectivo para cubrir sus huellas si luego no tiró el recibo?».

A lo mejor lo había dejado otra persona en su coche.

Llamó al número de teléfono que figuraba en la parte superior del recibo de la ferretería y preguntó por el gerente.

Una joven se puso al teléfono y Evan se identificó.

—¿Cuánto tiempo conserváis los vídeos de seguridad? —preguntó—. Me interesa el que cubre las cajas.

—Solo tenemos una —respondió—. Y conservamos tres meses de vídeo. Es digital.

—¿Tres meses? —preguntó sorprendido.

—Almacenamiento en la nube. Tres meses no es nada hoy en día.

—Si me paso por allí, ¿podrías enseñarme el vídeo del lunes sobre las siete de la tarde?

La empleada guardó silencio durante varios segundos.

—Probablemente debería llamar primero al responsable de distrito. ¿No necesitan una orden judicial o algo así?

—¿No revisas el vídeo a veces durante tu turno? Podemos hacer lo mismo, pero yo estaré ahí mirando por encima de tu hombro —dijo Evan con amabilidad—. Si veo algo de lo que necesite una copia, te conseguiré todo el papeleo que me pidas.

—De acuerdo —dijo ella, con un deje de recelo.

—Llego dentro de diez minutos.

✶✶✶

Al cabo de una hora, Evan se detuvo frente al camino de acceso de su casa.

La empleada de la ferretería ya había preparado el vídeo de la fecha y hora indicados cuando Evan había entrado en la tienda. En dos minutos había visto a Meghan Serrano pagar un espray de pintura mientras Oreo asomaba la cabeza por su bolsa. En otro vídeo la vio entrando en su coche y marchándose sola. Fue la propia empleada la que le había cobrado.

—Me acuerdo del perro —le había dicho a Evan—. Al principio pensé que era un peluche.

Evan se dirigió a la puerta de su casa, convencido de que Meghan había participado en el asesinato de su hermano. Si no había apretado realmente el gatillo, sabía quién lo había hecho.

Quizá por ello la habían estrangulado.

Abrió la puerta y Charlotte se le echó encima de inmediato. Tenía la cara cubierta de lágrimas y los ojos enrojecidos. Lo abrazó entre llantos.

Atónito, él miró a Kaylie, que observaba la escena con los brazos en jarras.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Está alterada —dijo Kaylie.

—Eso ya lo veo. —Apartó los brazos de Charlotte para que le mirara a la cara—. ¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo?

—¿Crees que están muertos? —le preguntó, presa del miedo y la desesperación.

«Dios mío, cuánto se parece a Bethany».

Enseguida comprendió a quién se refería. Durante días todo el mundo se había preguntado por qué los niños no se mostraban más alterados por la ausencia de sus padres. Esa fase ya había acabado.

Charlotte empezaba a comprender la situación.

—No lo sé —le dijo, decidido a ser lo más sincero posible. Charlotte y Theodore eran inteligentes y no se habrían dejado engañar

con mentiras o falsas esperanzas—. Pero no hemos encontrado nada que apunte en esa dirección.

—¡Pero tampoco los encontráis! Hace ya varias semanas que desaparecieron.

Volvió a mirar a Kaylie, enarcando una ceja a modo de pregunta silenciosa. Hasta entonces, Charlotte y Theodore parecían estar bien. ¿Qué había pasado?

—Nos ha oído hablar a Ollie y a mí —dijo Kaylie en voz baja, con un gesto de angustia—. No hemos dicho nada malo… solo expresábamos nuestras dudas sobre el incendio.

«Está claro que Charlotte lo ha interpretado como algo malo».

Theodore apareció en el vestíbulo, con Oreo en un brazo.

—¿Qué pasa?

«Al menos, Theodore no parece disgustado».

—¿Me das el perro? —preguntó Evan, extendiendo los brazos.

Theodore le entregó a Oreo y Evan se lo dio a Charlotte, que lo abrazó con un suspiro estremecedor e inmediatamente acercó la cara al pelaje del animal. Evan recordó que Meghan había utilizado al perro para consolarse durante el interrogatorio. Oreo también estaba ayudando a Charlotte.

—Vamos a sentarnos —le dijo a la pequeña, llevándola a la sala de estar—. Tú también, Theodore.

—Tengo que irme —dijo Kaylie, cogiendo su bolso—. ¿Estás bien? —le preguntó a Evan, con una mirada de duda.

—Sí —dijo, sorprendiéndose a sí mismo.

Era cierto que confiaba en poder calmar a Charlotte y darle lo que necesitara en ese momento.

Si eso mismo le hubiese ocurrido la semana anterior, se habría quedado paralizado por la inseguridad.

Kaylie se despidió de los niños y se fue.

Los tres se sentaron en el sofá. Charlotte seguía acariciando al perro y Theodore tenía una expresión de leve confusión.

—¿Se sabe algo de nuestros padres? —preguntó.

—No que yo sepa —respondió Evan—. Estoy seguro de que Mercy me pondrá al día esta noche. Pero me habría llamado de inmediato si tuviera noticias importantes.

El chico frunció los labios y asintió.

—Todo el mundo me preguntaba si estaba preocupada por mi madre y Molly —dijo Charlotte, que se limpió la cara y tragó saliva varias veces, intentando serenarse—. No lo estaba. Mamá nos dijo que debía irse durante un tiempo, y yo sabía que papá estaba solucionando lo que le preocupaba, pero ahora todo el mundo está superpreocupado por el incendio de ayer, y yo también.

Su mirada sincera le partió el corazón a Evan.

«Ya no se siente segura y ha perdido la confianza en sí misma», pensó el detective.

Nunca había visto a Charlotte así. Durante los pocos días que habían pasado juntos, siempre se había mostrado extrovertida y segura de sí misma. Nada que ver con la niña asustada que era en ese momento.

—Es normal que el incendio te diera miedo —dijo Evan, validando sus sentimientos—. Entiendo que te sientas alarmada.

—Echo de menos a papá y mamá —susurró—. Y a Molly. ¡Es solo un bebé! ¿Y si le ha pasado algo horrible?

A su lado, Theodore palideció y se clavó los dedos en los muslos. Tenía los nudillos blancos. No decía nada, pero miraba con los ojos muy abiertos.

«Se lo guarda todo. Charlotte es la que habla».

Evan sabía que el chico estaba sufriendo tanto como su hermana.

«Necesitan sentirse seguros».

Evan no podía decirles lo que les había ocurrido a sus padres, pero podía asegurarles que ellos sí estaban protegidos.

—Estáis a salvo conmigo —le dijo a Charlotte, atrayéndola hacia él en el sofá—. Los dos. No os va a pasar nada mientras estéis aquí conmigo.

—¿Y si no vuelven? —Theodore expresó por fin sus miedos, de forma lenta y pausada.

Evan lo miró a los ojos. Se parecían mucho a los suyos.

—Si eso ocurriera, aquí tenéis un hogar. Lo consideraría un honor.

Un destello iluminó la mirada de Theodore, pero se desvaneció enseguida. El chico asintió.

Charlotte lo abrazó con más fuerza.

—Te quiero, tío Evan.

Se emocionó al oír las sentidas palabras de la pequeña. Notó que le escocían los ojos, que le costaba respirar. Lo embargó una sensación de vértigo. Su cerebro luchaba por identificar lo que acababa de ocurrir.

«No me lo esperaba».

—Yo también te quiero, Charlotte. Os quiero a los dos —dijo, sin dejar de mirar a Theodore. Y repitió su oferta—. Aquí tendréis un hogar siempre que lo necesitéis.

«Es la verdad».

Una promesa que sentía hasta la última célula de su cuerpo.

CAPÍTULO 33

«No tengo nada».

La frustración embargó a Mercy mientras miraba fijamente el ordenador de su despacho. Darby y ella habían estado trabajando toda la tarde para ver qué podían averiguar sobre Victor Kerr, buscando una pista sobre su posible paradero. Darby se había marchado hacía dos horas, y el tiempo se le echaba encima a Mercy. Tenía que volver a casa y empezar de nuevo al día siguiente.

Era como si Victor Kerr se hubiera desvanecido de la faz de la tierra al cumplir los veinte años. Todo lo que Mercy había encontrado era de hacía más de una década. Se había esfumado. Parecía algo más que la típica desaparición de un preparacionista. Victor había borrado sus huellas como si no quisiera que lo siguieran.

«¿Se escondió?».

Había dicho a los niños que se iba para mantenerlos a salvo. ¿El peligro había aparecido mucho antes de eso?

Mercy pensó en el hecho de que Charlotte y Theodore tuvieran prohibido hablar de sus abuelos y de otros parientes. Pensó en que las hermanas Kerr y Alex Kerr habían perdido todo contacto con Victor, sangre de su propia sangre.

«¿Se esconde Victor de sus familiares?».

No era demasiado difícil evitar a la gente. Victor Kerr podría haberse limitado a eludir a la familia de su padre. Podría haberse mudado a una nueva ciudad para alejarse de ellos. En lugar de eso, se había quedado en la zona y no les había hablado a sus hijos de su familia ni de la de Bridget.

No había ni rastro de él en internet.

«Qué paranoico».

Los tíos de Victor, Joe y Joshua, se habían considerado ciudadanos soberanos. El suyo era un estilo de vida arraigado en la paranoia y en el firme deseo de que nadie les dijera jamás lo que tenían que hacer. Victor podría haber acabado igual. Por los comentarios de los niños, Mercy había deducido que era un controlador. Había temas tabú. Los mantenía alejados de otras personas. No podían ver la televisión ni tener acceso a internet.

«Eso es el control».

Y de alguna manera Victor había convencido a Bridget para que

abandonara a su propia familia y se fuera con él. ¿Había recurrido al miedo? ¿A amenazas?

Un leve escalofrío le recorrió la columna vertebral. Maridos controladores. Novios. Siempre son los primeros sospechosos cuando las mujeres desaparecen.

«¿Era tan controlador como para hacer daño a Bridget? ¿Y a Molly?».

Sin embargo, en este caso Victor había sido el primero en desaparecer. Luego Bridget lo había seguido. ¿Habían ido a un lugar tan peligroso que les había parecido más seguro dejar atrás a los dos niños?

Entonces, ¿por qué se habían llevado a Molly?

Mercy supuso que Bridget no estaba dispuesta a separarse de la niña. O que le habían dicho que la llevara.

Alguien que tuviera la necesidad de controlar a su familia no dejaría que Theodore y Charlotte escaparan de su red por mucho tiempo.

«Alguien vino a buscarlos ayer».

Mercy examinó la vieja foto del carné de conducir de Victor en la pantalla de su ordenador y lamentó no disponer de una más actual. Cualquiera le hubiera valido. La que tenía era de hacía más de quince años. En ella tenía el pelo y los ojos castaños, igual que Theodore. Se apreciaba el parecido entre padre e hijo, pero los ojos de anciano del muchacho eran herencia materna.

Victor no podía ser el hombre que había aparecido en la casa el día anterior. Tanto Charlotte como Theodore habrían reconocido a su padre, aunque solo lo hubieran visto fugazmente. Lo más probable era que Victor hubiera enviado a alguien a por sus hijos. Mercy podía entender que hubiera provocado el incendio para destruir algún tipo de prueba, pero romper los tarros de cristal no tenía sentido.

«Ese gesto fue producto de la rabia».

Se recostó en su silla, con los nervios a flor de piel. Alguien se había enfadado por no haber encontrado lo que quería en la granja de los Kerr. Y lo más probable es que fueran los niños. Mercy tomó su teléfono y consultó la ubicación de Kaylie. Su sobrina estaba en casa, no en la de Evan. Eso significaba que el detective estaba con los niños. Se calmó un poco. Evan protegería a esos niños con su vida.

Truman y Ollie también estaban en casa.

Los cuatro habían acordado utilizar sus teléfonos para rastrearse mutuamente. Mercy se tranquilizó al ver la ubicación de sus seres queridos. Tanto ella como Truman habían desaparecido en el pasado. Los teléfonos no habrían cambiado nada en ninguna de las dos ocasiones, pero podrían servir de mucho si volviera a ocurrir. Era razón suficiente para que los cuatro toleraran la falta de privacidad.

Mercy revisó sus notas. Había buscado en todas las bases de datos que se le habían ocurrido para encontrar información actualizada sobre Victor Kerr. Entonces posó la mirada en el nombre de Shannon Ayers, la madre de Victor. La mujer llevaba casi treinta años muerta.

Aun así, Mercy tecleó su nombre en la primera base de datos.

Dedicó varios minutos a comprobar los sitios habituales. Registros de defunción, datos fiscales, informes de crédito, historial de detenciones.

La mayor parte de la información era mínima. Shannon Ayers había fallecido antes de que todos los organismos publicaran la información en línea. La mayor parte de lo que Mercy encontró eran los escasos registros que se habían escaneado o introducido manualmente años después. Su muerte coincidía con el periodo de tiempo que había dado Alex Kerr. Apareció una vieja foto del carné de conducir. En ella, Shannon lucía el pelo cardado típico de los años ochenta. Era una chica guapa, con una cara estrecha y los ojos muy maquillados. La foto había sido tomada cuatro años antes de su muerte.

«¿Consumía drogas en esa época?».

La dirección del permiso de conducir le llamó la atención y la sobresaltó. Shannon Ayers había vivido a un par de kilómetros de la cabaña de Mercy en las estribaciones de la cordillera de las Cascadas, el refugio fortificado y bien abastecido que la agente había creado por si la sociedad se iba a la mierda de repente.

Ahora la cabaña se había convertido en un refugio de fin de semana. Truman y ella iban a menudo a pasar unos días a solas, lejos de los chicos, y a realizar tareas de mantenimiento. Para ser un lugar en el que no vivía nadie de forma permanente, la cabaña requería bastante mantenimiento. Mercy insistía en que todo estuviera siempre en perfecto estado y en que los suministros se renovaran con frecuencia. Lo llevaba en la sangre.

«Nunca se sabe cuándo lo vamos a necesitar».

La cabaña había sido su lugar seguro durante años; el resultado de una compulsión que no había podido abandonar cuando se mudó a Portland. Necesitaba la red de seguridad que le proporcionaba, saber que tenía un lugar donde sobrevivir le había permitido salir adelante en el mundo normal. Había sido lo más importante en su vida durante años.

En ese momento, no tanto.

Truman, Kaylie y Ollie se habían convertido en el eje de su vida. Sí, la cabaña también era una red de seguridad para ellos, pero ya no se obsesionaba con ese lugar como antes. No era lo que ocupaba su pensamiento al despertarse por la mañana. Truman decía que estaba menos tensa que cuando se conocieron.

Mercy resopló. Había estado tensa. Su vida siempre había girado en torno a un futuro seguro. No fue hasta que conoció a Truman y se reencontró con su familia que aprendió a vivir el momento.

Se preguntó si Victor tenía los mismos temores e incertidumbres. Era habitual que los preparacionistas concentraran todas las energías en estar a punto para lo que sucediera.

«¿Se fue para hacer algo por el futuro de su familia?», se preguntó.

No lo sabía. Volvió a consultar la dirección de Shannon Ayers y la introdujo en el registro de la propiedad. La finca pertenecía ahora al condado. Comprobó el historial. El banco se quedó con el inmueble cuando se dejó de pagar la hipoteca y, finalmente, acabó en manos del condado debido a las deudas del impuesto de bienes inmuebles. Mercy supuso que había salido a subasta, probablemente varias veces, y se preguntó por qué nadie la había comprado.

Sacó una imagen aérea de la zona y le gustó lo que vio. Bosques densos a lo largo de la carretera, un arroyo al este y los restos de lo que había sido una casa móvil doble. La situación de la finca le pareció incluso mejor que la de su propia cabaña.

«¿Era posible que Victor estuviera escondido en la antigua propiedad de su madre?», pensó.

No se veía con claridad, pero la casa móvil no parecía habitable y Mercy supuso que, tras treinta años de abandono, se estaba desmoronando. Sin duda sería un buen lugar para esconderse; todo el mundo parecía haberse olvidado de ella. El banco. El condado.

Volvió a las bases de datos, buscando cualquier tipo de conexión entre Shannon y Jack Kerr. Una dirección compartida o servicios públicos en común. Pero era como si sus vidas nunca se hubieran cruzado, lo que a Mercy le parecía extraño, teniendo en cuenta que habían tenido un hijo juntos.

Recopiló lo poco que había encontrado y lo envió por correo electrónico a Darby, sabiendo que la analista indagaría más.

Volvió a la vista aérea de la propiedad. Ella y Truman habían estado buscando casa cerca de la ciudad, pero no dentro de los límites urbanos, para su residencia diaria. Su hogar actual era la típica de una urbanización y querían más espacio. La cabaña quedaba descartada porque estaba demasiado lejos de la ciudad, al igual que la antigua propiedad de Shannon Ayers.

Sin embargo, su ubicación oculta le atraía. Era exactamente lo que un preparacionista desearía de un escondite. Quizá a su hermana Pearl le interesara. Su marido Rick y ella tenían una granja, pero se veía desde la carretera y desde las casas de otros vecinos. Mercy sabía que eran miembros activos del movimiento preparacionista y que valorarían esa finca.

Decidió que al día siguiente mataría dos pájaros de un tiro e iría a inspeccionar la propiedad en busca de cualquier señal de que Victor Kerr hubiera estado allí, y también para explorarla en busca de Pearl y Rick.

«¿A quién estoy engañando? Quiero verla por mí misma».

Suspiró y cerró la sesión del ordenador, con la sensación de que no había conseguido ningún avance en todo el día.

«He rescatado a un perro».

Eso tenía que valer de algo. Sin duda, Charlotte y Theodore se habían emocionado, aunque Evan no lo hiciera. Se imaginó a los tres en el sofá con el perro, viendo la televisión en un ambiente de felicidad doméstica.

Mercy apartó bruscamente la imagen de su mente. Los tres no eran una familia. Esos niños tenían padres y ella estaba pensando como si fueran a vivir con Evan el resto de sus vidas.

«Tengo que encontrar al resto de su familia».

CAPÍTULO 34

Mercy pasó de largo ante el camino de acceso de su cabaña del bosque. En realidad, no era un camino de acceso a una propiedad, sino más bien una pista de tierra compactada que resultaba casi imposible de ver desde la carretera rural principal. Solo alguien que supiera que estaba allí y lo buscara podría descubrirlo. Cualquiera que se adentrara en él activaría el sistema de alarma, y ella recibiría una notificación en su teléfono.

Le resultaba extraño no detenerse, y decidió pasar a echar un vistazo rápido cuando volviera de la antigua casa de Shannon Ayers. Continuó durante unos cuantos kilómetros más. La sinuosa carretera era de grava, estaba llena de baches y vio alguna señal del Servicio Forestal clavada en un pino. Comprobó su GPS y redujo la velocidad, escudriñando el borde de la carretera en busca de cualquier indicio de una entrada a la antigua propiedad de los Ayers. Un minuto después, dio la vuelta y volvió a recorrer el tramo, escudriñando cada arbusto y árbol.

«Ahí está».

Una estrecha vía de tierra se alejaba de la carretera, casi oculta por rododendros silvestres. Mercy estudió la zona y decidió aparcar en la carretera principal y entrar a pie. Bajó de su Tahoe y aguzó el oído. El bosque estaba en silencio. No se oían pájaros ni motores. No había visto otro vehículo en veinte minutos y dudaba que fuera a cruzarse con alguien mientras comprobaba el lugar. Se dirigió al camino de tierra y se detuvo al ver una huella de neumático en la tierra polvorienta.

«¿Cuándo fue la última vez que llovió?», pensó.

No se acordaba. Debía de hacer dos semanas. Quizá más. Las huellas podrían tener semanas de antigüedad.

«O podrían ser de ayer».

Tal vez alguien había acampado en la propiedad, o la había examinado para valorar su compra. O también podían haberlas hecho un grupo de chicos del instituto que buscaran un lugar para beber. En cualquier caso, se alegró de ir armada. Estaba en una zona donde la gente dispara primero y pregunta después, pero no sintió la necesidad de pedir refuerzos. Conocía este lado de la cordillera de las Cascadas y a su gente.

«Mi gente».

Se dirigió hacia el camino, siguiendo las roderas. No sabía mucho sobre las marcas de los neumáticos, pero eran anchas y con hendiduras profundas, lo que le dio la impresión de que eran de una furgoneta grande o un todoterreno. Los árboles estaban muy juntos, tal como había visto en la imagen aérea, pero más adelante crecían más dispersos y podía ver más el cielo azul. Al cabo de unos metros la propiedad se abría, y vio la casa móvil en ruinas en la esquina sureste de la finca. El tejado había cedido en un extremo y las paredes se habían derrumbado hacia dentro. También había varias pintadas.

No se veía ningún vehículo.

Mercy se relajó un poco y vio que las roderas se dirigían hacia la casa. El terreno tenía una ligera pendiente y estaba cubierto de hierba alta y seca que asomaba entre grandes rocas volcánicas. No le gustaban las rocas. Haría falta una excavadora para quitarlas y que la propiedad fuera más habitable. Era una imagen habitual en algunas partes del centro de Oregón: restos de explosiones de antiguos volcanes esparcidos por los campos.

La finca era muy rocosa, y Mercy entendió por qué no se había vendido. También explicaba por qué la casa estaba escondida en un rincón extraño de la propiedad. Era el único lugar lo suficientemente despejado como para no tener que apartar las rocas. Se subió a la más cercana para examinar la zona y se llevó una decepción al darse cuenta de que no sería un lugar ideal para que su hermana construyera su casa. El terreno de Mercy tenía algunas rocas volcánicas, pero no tantas como esta.

Bajó de un salto y continuó hacia la casa, cada vez más convencida de que se encontraba en un estado demasiado decrépito para que Victor Kerr la utilizara como escondite. Las roderas rodeaban la parte trasera, pero primero se detuvo y estudió las paredes deformadas y el techo derruido. Intentó leer los grafitis, aunque solo pudo distinguir una letra aquí y otra allá. Al parecer, habían pasado varios grafiteros que habían ido dejando sus pintadas encima de las anteriores, para que todo el mundo supiera que eran lo bastante inmaduros como para marcar una propiedad que no les pertenecía.

En el pasado también había habido una pequeña escalera de madera y un porche en la puerta principal, pero en ese momento eran un montón de tablas podridas. La puerta había desaparecido y se veía el cielo a través de la abertura. El suelo de linóleo se había deformado hasta dejar al descubierto los tablones que había debajo.

En un momento dado, alguien había instalado una celosía en torno a la casa, pero se había deshecho y solo quedaban pequeños trozos de madera colgando de la base. Los cimientos de hormigón estaban al descubierto. Cualquiera que entrara en ese lugar se

arriesgaba a que una pierna se le hundiera en el suelo. Entristecida por el estado de abandono, Mercy suspiró y siguió las huellas.

«Quien haya estado aquí recientemente no ha utilizado este refugio».

Las marcas no eran tan evidentes cerca de la casa, donde la tierra era más firme y estaba mezclada con gravilla. Dobló la esquina trasera y se dio cuenta de que las huellas trazaban un círculo en torno a la propiedad. En resumen, no llevaban a ninguna parte.

«Pero alguien ha estado aquí más veces de las necesarias para pintar un grafiti».

Si nadie había vivido allí en treinta años, el accidentado camino que conducía a la casa debería estar cubierto de maleza y hierba. En la parte trasera, observó sorprendida una escalera extensible que había quedado tirada en el suelo. No llevaba allí treinta años; el metal brillante era una señal clara de que alguien la había llevado no hacía mucho. Instintivamente miró hacia el tejado que amenazaba con derrumbarse en cualquier momento y se preguntó si alguien había utilizado la escalera para acceder a él.

«Pero ¿por qué?».

Echó una última mirada a la misteriosa escalera, abandonó la zona de la tierra compactada y se alejó de la parte trasera de la casa cruzando la hierba alta en dirección a un gran grupo de rocas de lava, esperando encontrar un montón de latas de cerveza vacías dejadas por los adolescentes. Se subió a una de las rocas más bajas y le sorprendió ver un profundo agujero al otro lado.

«Un tubo volcánico», pensó.

Algo se movió en el fondo.

CAPÍTULO 35

«Es una persona».

Mercy vio una mano y un brazo. Que se movieron de nuevo. De forma apenas perceptible.

Su primer instinto fue retroceder y no dejar que la persona viera que la estaba «espiando».

Su segundo instinto fue una abrumadora necesidad de ayudar.

Se arrodilló y miró en la oscuridad. La abertura del tubo de lava tenía unos treinta metros de ancho, y la persona yacía en el fondo del profundo y oscuro agujero, casi oculta, pero había suficiente luz para que Mercy percibiera que algo iba muy mal.

—¡Eh! —dijo en voz alta—. ¿Se encuentra bien?

No hubo ningún movimiento.

«Está claro que no».

Nadie se mete en un tubo de lava por voluntad propia para echar una siesta.

Debía de haberse caído y estar malherido. Las paredes del tubo eran ásperas e irregulares, pero estaban inclinadas, lo que no permitía trepar por ellas. Si se había golpeado la cabeza al caer, la persona accidentada se hallaría en un estado grave.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, distinguió el perfil de un rostro y el cabello oscuro. Volvió a gritar e iluminó el tubo con la linterna de su teléfono, que no consiguió penetrar en la profunda oscuridad. El tubo de lava debía tener entre cuatro y cinco metros de profundidad.

—Mierda.

Miró a su alrededor y vio un largo tramo de cuerda podrida amontonada al otro lado de la abertura.

«Imposible».

Posó la mirada en la escalera.

«Por eso hay una escalera en medio de la nada. Alguien la utilizó para meterlos allí».

Se quedó sin aliento al darse cuenta de que alguien había dejado a propósito a la persona en el agujero. Era muy poco probable que se hubiera caído. Pero no estaba muerta; estaba casi segura de ello. La había visto mover los brazos. Dos veces.

«¿Es Victor?».

—¿Victor? —preguntó, alzando la voz para que llegara hasta el fondo.

El corazón le latía con fuerza. Tal vez había encontrado exactamente a quien estaba buscando. Su instinto le decía que era un hombre, pero no estaba segura.

No se produjo ningún movimiento más.

Mercy se puso de pie. Los pensamientos se agolpaban en su cabeza. Por un lado, quería coger la escalera y sacar a esa persona de allí, pero, por el otro, era obvio que no estaba en condiciones de subir los peldaños, y ella no podía cargar con un cuerpo a pulso. Necesitaba ayuda. Y una ambulancia. Mercy miró el teléfono. No había cobertura.

Igual que en su cabaña. La mejor opción era dirigirse al norte por la carretera durante unos minutos. Sabía que un poco más adelante tendría cobertura.

—¡Eh! —le gritó a la persona—. Tengo que ir a pedir ayuda. Vuelvo enseguida. No tardaré más de diez minutos y le sacaremos de ahí.

No se movió en absoluto.

«Mierda».

Mercy bajó de las rocas de un salto y echó a correr hacia la carretera. Siempre llevaba un botiquín de primeros auxilios bien abastecido en la parte trasera de su Tahoe; era más bien un mini centro de urgencias. Había material para heridas de bala, escalpelos, férulas, torniquetes, suturas y un inhalador analgésico cuyo uso no estaba aprobado en Estados Unidos. No era un botiquín con unas cuantas vendas y esparadrapo. Ya había salvado varias vidas gracias a él, incluidas las de Kaylie y Eddie. Pero antes de ponerse manos a la obra, tenía que pedir ayuda. Se subió al coche casi sin resuello y se puso en marcha a toda velocidad.

Al cabo de diez minutos, Mercy regresó, dejando una densa estela de polvo a su paso. Había dado a la operadora del 911 una descripción detallada de cómo encontrar la propiedad y le había advertido que no sería sencillo sacar a la persona del agujero.

Los neumáticos derraparon en la grava cuando se detuvo al inicio del sendero y aparcó el vehículo. Bajó de un salto y se dirigió hacia la parte trasera mientras sonaba la alarma de la puerta. Rebuscó en una bolsa del maletero hasta encontrar lo que quería. Encendió las bengalas de emergencia eléctricas y lanzó tres a la carretera para que los servicios de emergencia tuvieran una señal clara de la ubicación de la entrada. Se sentó de nuevo al volante y tomó el camino lleno de baches hacia la propiedad. El vehículo empezó a dar bandazos por culpa del mal estado de la carretera, pero Mercy mantuvo la concentración.

«Ya he pedido ayuda. Ahora solo tengo que hacer lo que pueda

hasta que llegue el equipo de rescate».

Aparcó detrás de la casa, sin dejar de mirar la escalera. Era extensible y de aluminio, muy ligera, y podía cargarla con facilidad. La apoyó en una roca alta y regresó al lugar donde había visto a la persona. Se arrodilló y alumbró el agujero con la potente linterna de su mochila de emergencia. Sin duda era un hombre.

—¡He vuelto! Voy a bajar y le sacaremos.

No se movió nada.

«Mierda».

Gracias a la luz de la linterna, vio que tenía el rostro cubierto de sangre seca. Una manta oscura le cubría la mayor parte del cuerpo. A su lado había tres botellas de agua llenas.

«¿Por qué no ha bebido el agua?».

Mercy arrastró la escalera hasta su roca, la abrió todo lo que dio de sí y acercó la parte inferior hacia el agujero. Tuvo que intentarlo varias veces hasta que encontró un lugar decente para apoyarla. El fondo del agujero era de roca, una superficie muy irregular. Por fin encontró una zona razonablemente estable, pero la escalera todavía se movía mucho.

«Si me caigo, al menos la ayuda está en camino».

Guardó la linterna en un bolsillo de la bolsa de lona e introdujo los brazos por las correas para llevarla como una mochila. Mercy respiró hondo y se volvió para bajar por la escalera y entrar en el agujero.

Solo había bajado dos peldaños cuando la escalera se tambaleó y tuvo que agarrarse a la pared, lo que le provocó cortes en dos dedos.

«Debería haberme puesto guantes».

Recuperó el equilibrio y bajó lentamente, sin alejar el cuerpo de la escalera. La temperatura descendía a medida que bajaba, y las paredes se inclinaban. El tubo de lava era mucho más ancho en la parte inferior que en la superior. No había forma de salir a menos que tuviera poderes arácnidos. Llegó al fondo y giró en círculo con la linterna. El tubo continuaba a su izquierda formando un espacio estrecho, una auténtica pesadilla para alguien claustrofóbico como Truman.

«Me pregunto cuántos adolescentes han explorado este tubo».

A juzgar por la cuerda podrida que había cerca del acceso, alguien lo había inspeccionado en el pasado.

Era un tubo de lava peligroso. Cualquiera podía quedar atrapado fácilmente. Como la persona que yacía ante ella.

Iluminó con la linterna al hombre que sospechaba que era Victor Kerr.

«Lleva tres semanas desaparecido. ¿Ha estado aquí todo el tiempo?»

Tenía el pelo descuidado y una barba corta y desaliñada. Estaba demacrado y tenía los ojos cerrados. La mano y el brazo que estaban fuera de la manta también estaban cubiertos de sangre. Enfocó la mano con la linterna. Los dedos estaban ensangrentados y maltrechos, y le faltaban varias uñas.

«¿Ha intentado salir escalando?».

Mercy se agachó junto a él y le tocó suavemente por debajo de la mandíbula, observando el lento movimiento del pecho.

«Menos mal».

Tenía el pulso firme pero lento. Respiraba, aunque con dificultad. O bien tenía los pulmones congestionados o las vías respiratorias inflamadas.

—Victor —dijo Mercy—. Victor.

El hombre no respondió. Ella lo agarró del hombro y él se puso rígido como si le doliera, pero no pudo abrir los ojos. Cuando la agente levantó con cuidado la fina manta, notó que estaba húmeda. La otra mano tenía peor aspecto. Mercy le pellizcó la piel del brazo. Tardó varios segundos en recuperar el aspecto normal.

Estaba deshidratado, a pesar de que tenía al lado tres botellas de agua llenas. Y había varias vacías tiradas a un lado.

«Quizás no pudo abrir las botellas debido a las heridas de las manos».

Abrió una botella, la dejó a un lado y trató de levantarle la cabeza para que pudiera beber.

El hombre gritó y abrió los ojos.

Mercy estuvo a punto de retirarse, pero en lugar de ello le apoyó de nuevo la cabeza en el suelo con manos temblorosas mientras su grito resonaba en la caverna. El mero hecho de tocarle la cabeza le había provocado un horrible dolor, pero ahora había vuelto a cerrar los ojos y tenía la boca cerrada.

«No ha sido muy buena idea moverlo cuando podría tener una lesión en la espalda o en la columna vertebral».

Cogió la linterna y le iluminó la cara. Estaba muy magullado e hinchado bajo la sangre reseca, y tenía la boca torcida hacia un lado.

«¿Se ha roto la mandíbula?».

Otra razón para no beber de las botellas de agua.

Las lágrimas le anegaron los ojos al pensar en la tortura que había vivido. Tenía sed, varias botellas de agua al lado, pero no podía beber.

Tenía que ofrecerle líquido. Enseguida. Pero había otra opción.

Mercy se volvió hacia el botiquín y sacó una bolsa de fluidos con vía intravenosa. Le aplicó un torniquete en el brazo y abrió una toallita con alcohol. Observó su rostro mientras limpiaba la piel buscando una vena.

«Primero los fluidos y luego ya lo examinaré».

La deshidratación era mortal, pero muy fácil de tratar.

Mercy solo había colocado una vía intravenosa en una ocasión, pero lo había visto hacer docenas de veces en YouTube. Había añadido varios procedimientos médicos a su repertorio de supervivencia para sacar todo el partido posible a su botiquín de emergencias personalizado. Encontró un buen lugar para apoyar la linterna e iluminar la zona.

Mercy le colocó el torniquete alrededor del brazo tan estrechamente como pudo para forzar la circulación de la sangre por las venas, muy consciente de que poner una vía intravenosa a una persona deshidratada era un reto incluso para los profesionales. Miró el botiquín y comprobó que tenía tres oportunidades de hacerlo bien o arriesgarse a provocar una infección. No estaba en una consulta médica esterilizada. Era un trabajo de campo, en el que la rapidez primaba sobre la perfección.

Se puso el guante y le acarició la parte interior del codo en busca de una vena. No era grande, pero estaba allí. Respiró hondo y se alegró al ver que no le temblaban los dedos cuando la aguja le atravesó la piel. La sangre fluyó inmediatamente hacia la cámara, y respiró aliviada.

«Lo tengo».

Retiró un poco la aguja y colocó la cánula en su sitio. Luego quitó la aguja e introdujo el catéter. Purgó la línea y la conectó, pero se dio cuenta de que había olvidado quitar el torniquete. Le sacó la goma y observó satisfecha que el suero empezaba a fluir.

No tenía dónde enganchar la bolsa, de modo que la sujetó mientras hacía un rápido análisis de su paciente. Llevaba una sudadera, vaqueros y botas. Todo sucio. Comprobó sus bolsillos en busca de un documento identificativo, pero no encontró nada. Cuando le palpó rápidamente las extremidades, no detectó ninguna herida evidente ni una hemorragia activa. La mayoría de los daños parecían estar en la cara y las manos. Las heridas estaban secas y tenían costras. Parecía tener varios dedos rotos y le preocupaban las heridas de la cabeza.

No reaccionó cuando ella le hablaba.

Se alegró de que hubiera gritado. Eso significaba que su cerebro aún funcionaba.

Se sentó y esperó, sujetando la bolsa y examinando su rostro. Tenía la mandíbula torcida e hinchada. O estaba rota o desencajada.

«Es Victor».

A pesar de la barba y la suciedad, captó un parecido con Theodore.

Sintió un gran alivio. Los niños volverían a tener a su padre.

Pero Bridget y Molly seguían sin aparecer. Mercy escudriñó la caverna, con la ridícula esperanza de verlas vivas en un rincón.

Al menos no vio dos cadáveres.

Tenía docenas de preguntas para Victor, sobre todo sobre su mujer y su hija pequeña.

«¿Y si ha estado aquí todo el tiempo y no tiene ni idea de que han desaparecido?».

Quería sacudirlo para que se despertara y obligarlo a responder a sus preguntas. Sin embargo, dudaba que fuera capaz de hablar, aunque estuviera consciente, así que se limitó a esperar. La adrenalina fluía desbocada por sus venas. Exhaló, tratando de liberar algo del estrés que había acumulado en la última hora. Miró hacia arriba e intentó reprimir la sensación de estar atrapada en la caverna. La escalera seguía en su sitio y había tomado la decisión correcta de pedir ayuda primero. Jamás habría podido subir a Victor. Le agarró la muñeca y se consoló al notar el pulso firme bajo las yemas de los dedos. Los minutos pasaban lentamente.

Entonces oyó el débil lamento de una sirena.

«Sobrevivirá».

CAPÍTULO 36

Evan vio a Mercy y a Truman sentados en la sala de espera del hospital y se dirigió hacia ellos. Truman la rodeaba con un brazo y ella tenía la cabeza apoyada en su hombro, con los ojos cerrados. La mirada de Truman se encontró con la suya y él le dijo algo a Mercy, que levantó la cabeza y vio a Evan.

«No puedo creer que haya encontrado a Victor. En un agujero».

Mercy lo había avisado mientras se dirigía al hospital, pero la conversación fue breve porque tenía que hacer otras llamadas. Evan solo conocía los detalles básicos. Su primera intención había sido llamar a Theodore y Charlotte para informarles de que habían encontrado a su padre, pero al pensar en las lesiones en la cabeza y en la columna vertebral que mencionó Mercy cambió de opinión. De momento, Victor estaba en el quirófano.

«Se lo diré cuando sepa algo más de su estado».

Lo último que necesitaban los niños era sentarse en la sala de espera de un hospital, con la angustia de no saber si su padre iba a sobrevivir.

Mercy y Truman se pusieron de pie para saludarlo. Ella tenía los vaqueros sucios y una mano vendada. La agente siguió la dirección de su mirada hacia la mano.

—Me he cortado al entrar en el tubo. No es nada.

—Eres increíble —dijo Evan, con la voz quebrada por la emoción.

«El destino de un hombre al que nunca he conocido me está volviendo loco», pensó.

—Tú habrías hecho lo mismo —respondió Mercy.

—En primer lugar, no lo habría encontrado. Sigo sin saber qué es exactamente lo que te llevó allí.

Mercy le hizo un rápido resumen de su descubrimiento de la antigua dirección de la madre de Victor Kerr. Le explicó cómo había registrado la propiedad, impulsada principalmente por la curiosidad, que había visto que el edificio no era habitable y era poco probable que albergara a los desaparecidos.

—¿Cómo lo han sacado de la cueva? —preguntó Evan.

—Lo han atado a una tabla de rescate y han utilizado un sistema de poleas. Me impresionó la calma del equipo de rescate mientras se decidía la mejor solución. En ningún momento dudaron que podrían

sacarlo. Solo era cuestión de adaptar su equipo a las rocas que rodeaban la entrada del tubo de lava.

—Dices que tiene lesiones en la cabeza —dijo Evan—. ¿Son muy graves?

Mercy hizo una mueca.

—No lo sé. Los sanitarios me han dicho que no se ha despertado durante el traslado. En la cueva he visto varias heridas en la cabeza que no son recientes, con costras, pero todavía hinchadas. Les preocupa la presión del cerebro, por eso se lo han llevado de inmediato a cirugía. Tiene la mandíbula rota o desencajada, y las manos en muy mal estado.

—¿Cómo…?

—¿Son familiares de Victor Kerr? —Un hombre con bata los miró, ya que eran las únicas personas en la sala de espera.

—Sí —respondió Evan, dando un paso adelante.

—¿Es familiar? —preguntó el hombre, haciendo especial énfasis.

Los tres le mostraron al mismo tiempo sus identificaciones como agentes de las fuerzas del orden.

—Soy su cuñado —afirmó Evan—. El tutor actual de sus hijos.

—Agente especial Mercy Kilpatrick —dijo Mercy—. Estoy investigando la desaparición de Victor.

El médico miró a Truman, que dijo:

—Yo la acompaño —declaró, señalando a Mercy.

El médico se dio por satisfecho con la explicación.

—El señor Kerr ha salido del quirófano y está en reanimación. Hemos aliviado la presión del cerebro con un colgajo óseo. Tenía dos hematomas subdérmicos. También le hemos puesto la mandíbula en su sitio y la hemos inmovilizado para estabilizar la rotura. Por ahora hemos colocado férulas en los dedos. Puede que haya que operarlos en el futuro.

—¿«Colgajo óseo»? —preguntó Evan.

—Le hemos quitado un trozo de cráneo. También se llama craneotomía.

Evan no quería saber el aspecto que tenía su cerebro.

—Agente Kilpatrick. —El médico hizo una pausa—. Creo que este hombre fue torturado. Y no solo una vez, sino durante un período de tiempo. Tiene magulladuras por todo el cuerpo en varios estados de curación. Sé que se han planteado la posibilidad de que las lesiones estuvieran causadas por la caída desde una gran altura, pero me parece muy poco probable. Sus heridas no indican un solo lugar de impacto.

—¿La caída podría haber causado las heridas de la cabeza? —preguntó Mercy.

—En teoría, una de ellas, pero hice un examen minucioso y tomé

varias fotografías antes de la operación, y mi opinión es que fueron causadas por el mismo objeto. No soy médico forense, pero sé las secuelas que deja un golpe de martillo en el cráneo. He visto varios —afirmó muy serio.

—Cielos —murmuró Evan—. ¿Y las heridas de las manos?

—A juzgar por las lesiones de los nudillos, que han quedado aplastados y casi completamente destrozados, diría que también fueron provocadas por el martillo. Luego están las uñas, que se las arrancaron. No quiero dar la impresión de que me dejo influir por las películas, pero diría que tenemos a una víctima de tortura. —Los miró a los tres uno tras otro—. ¿Por qué lo hicieron?

—No lo sabemos —dijo Mercy—. Tengo que preguntárselo.

El médico negó con la cabeza.

—Buena suerte. Pasará un tiempo hasta que pueda hablar o escribir. Y no podemos saber cómo estará cuando se despierte. Es imposible predecir los daños cerebrales. Puede que nunca vuelva a ser el mismo, o que se cure sin ningún cambio. Puede que consiga que le responda a algunas preguntas con sí o no… en algún momento.

Evan se apartó y se pasó una mano por la cara. Victor podía padecer graves secuelas para el resto de su vida.

«¿Cómo voy a decírselo a Theodore y a Charlotte?».

Notó una mano en el brazo. Era Mercy.

—Está vivo —le dijo, mirándolo muy fijamente—. Poco a poco lo superaremos. Y los niños también lo acabarán entendiendo.

Evan asintió con la cabeza.

—No puedo decirles que lo torturaron —susurró.

—No creo que deban saberlo de inmediato. De momento bastará con decirles que ha resultado herido en una caída.

Evan volvió a mirar al médico.

—¿Es posible que no se despierte?

—Es posible.

«Pobres niños».

—Tengo que llamarlos —dijo Evan.

—No puedes decírselo por teléfono —replicó Mercy.

Evan la miró fijamente. Comprendía su punto de vista.

—Pero hay que contárselo cuanto antes —afirmó Truman—. Aunque supongo que el doctor no dejará que reciba visitas durante un tiempo —añadió con un deje de duda, mirando al cirujano, que asintió.

—Sigo pensando que hay que decírselo en persona —afirmó Mercy.

—Puedo llamarlos por FaceTime al teléfono de Ollie —dijo Evan —. ¿Te parece bien?

Mercy y Truman asintieron, con una mirada de conformidad.

—Ahora vuelvo. Mándale un mensaje a Ollie para decirle que los llamaré dentro de un momento —les dijo Evan antes de dirigirse al largo pasillo.

Necesitaba estar al aire libre. El olor antiséptico del hospital le estaba provocando náuseas. Atravesó las puertas de la calle y respiró hondo al sentir la luz del sol, que brillaba con fuerza en un cielo un azul y sin nubes.

Un día perfecto.

Llamó por FaceTime al teléfono de Ollie sin prepararse lo que iba a decir.

«Di lo que te venga a la cabeza y ya está».

—¿Tío Evan? —preguntó Theodore, cuyo rostro serio apareció en la pantalla de Evan.

—Hola, Theodore. ¿Está Charlotte también?

—Sí. Ollie me ha dicho que querías llamarnos por FaceTime.

—¿Ha llegado ya Kaylie?

Evan había dejado a los niños con Ollie de responsable, pero la joven debía hacerse cargo a partir de la hora del almuerzo.

—Están los dos aquí. Estamos jugando al Scrabble —respondió Theodore.

—Hola, tío Evan —dijo Charlotte, y su cara apareció en la pantalla.

—Hola, preciosa. Espero que les estés dando una paliza. —La niña solía ganar a Evan y a Theodore.

De pronto el teléfono se giró para que pudiera ver a Charlotte, Ollie y Kaylie en la mesa con el tablero de juego.

—De momento gana Kaylie —dijo Charlotte, con cara de decepción—. Pero ya remontaré.

—Escuchadme… —No sabía por dónde empezar—. Tengo buenas noticias. Han encontrado a vuestro padre esta mañana, pero está herido y se encuentra en el hospital —añadió de inmediato.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Theodore mientras los otros tres se volvían simultáneamente para mirar el teléfono.

—Lo han operado —dijo Evan—. Tiene heridas en la cabeza y se ha hecho daño en las manos. No podrá hablar durante un tiempo porque le han inmovilizado la mandíbula. La tenía rota.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ollie.

—No estamos seguros. Lo han encontrado en una zona remota, en una cueva profunda. Puede que se cayera.

Evan se estremeció ante la deliberada vaguedad de su afirmación.

Hubo un largo silencio y Evan se alegró de que tanto Kaylie como Ollie estuvieran allí. Charlotte se acercó a Kaylie, que la rodeó con un brazo.

—¿Cuándo podremos verlo? —preguntó Charlotte en voz baja.

—Todavía no lo sé —respondió Evan—. Estará inconsciente unos días debido a la operación.

—De todos modos me gustaría estar con él —dijo Charlotte—. Aunque no pueda verme ni oírme.

Evan vaciló.

«¿Será bueno para ella? ¿O podría suponer un trauma?».

—A mí también —intervino Theodore, girando el teléfono para que Evan pudiera verle la cara.

—Vale —dijo Evan, tomando una decisión que esperaba que fuera correcta—. Preguntaré cuándo puede recibir visitas. No os decepcionéis si no es hasta mañana.

Había supuesto que sería mejor evitar que los niños se acercaran al hospital hasta que Victor pudiera interactuar con los demás, pero mientras hablaba con Charlotte le vino a la cabeza un pensamiento desolador: ¿y si Victor fallecía a causa de sus heridas sin que sus hijos pudieran verlo?

Nunca se lo perdonaría.

Fue el factor decisivo en su decisión.

—¿Y nuestra madre? —preguntó Theodore—. ¿Y Molly? ¿Estaban allí? ¿Os ha dicho papá dónde están?

—No, ellas no estaban. Todavía no sabemos cuál es su paradero. —Evan hizo una pausa—. Tu padre no puede comunicarse debido a las heridas —añadió con delicadeza.

—Ah. —Una sola palabra que reflejaba toda la decepción de Theodore.

—El FBI sigue buscando —insistió Evan—. No se rendirán hasta encontrar a tu madre y a Molly.

—Ven aquí, va —dijo Kaylie con voz suave, y Evan oyó unos sollozos.

Se le partió el corazón al oír llorar a Charlotte. Entonces Theodore giró el teléfono y pudo verla buscando consuelo en los brazos de Kaylie.

—Estoy muy preocupada —dijo Charlotte, entre sollozos.

—Todos lo estamos —admitió Evan—. Es normal sentirse así. Pero las encontraremos.

Le abrumaba pensar que su hermana podía encontrarse en una situación tan grave como Victor.

Alguien había torturado a Victor e iba a pagar por ello.

Si le habían hecho lo mismo a su hermana, Evan se lo haría pagar mucho más caro.

—Vendré a casa cuando sepa cuándo puede recibir visitas tu padre. Probablemente dentro de una hora. Ollie, ¿hasta cuándo puedes quedarte hoy?

—Tengo el día libre, así que hasta cuando quieras.

—Bien. Si puedes quedarte hasta que llegue, tengo varios asuntos pendientes relacionados con la búsqueda del tesoro y me gustaría saber vuestra opinión, la tuya y la de Kaylie.

—Ningún problema.

Evan colgó. Había decidido seguir el consejo de Truman, que le había recomendado que le enseñara el cuaderno de Billy Serrano a otro buscador del tesoro. Sabía que Kaylie y sobre todo Ollie habían pasado muchas horas diseccionando las pistas. Esperaba que uno de ellos pudiera ofrecerle alguna información útil sobre las notas, algo que le indicara quién había asesinado a Billy y a Meghan.

Evan tuvo que hacer un esfuerzo para centrarse de nuevo en su caso. Se había visto atrapado por el descubrimiento de Victor Kerr, y luego no había podido dejar de pensar en el bienestar de su hermana y en la posible reacción de los niños al recibir la noticia de que su padre estaba en el hospital. Al ver las heridas de Victor se había angustiado pensando en lo que podía haberle ocurrido a su hermana.

«¿Y si ha corrido la misma suerte?».

Sin embargo, Evan era el responsable de averiguar quién había matado a Billy y Meghan Serrano. Miró al cielo, esforzándose por mitigar la ansiedad que sentía en el pecho. Después de ver a Victor, su hermana se había convertido de golpe en alguien muy real. Había tenido que dejar de lado su desaparición para que no le afectara cada día. Durante mucho tiempo ella había sido tan solo una pregunta que resonaba en su cabeza, un vacío. Siempre se había preguntado si estaría bien, pero ahora su bienestar dominaba sus pensamientos.

«Billy y Meghan ya están muertos».

Tenía que dar con sus asesinos, pero la auténtica prioridad era encontrar a Bethany antes de que acabara como Victor, o peor.

«Puede que ya sea demasiado tarde».

Entonces pensó en Theodore y Charlotte. Su padre había vuelto, por ahora. También se merecían que volvieran su madre y su hermana.

«Necesito recomponer esta familia».

CAPÍTULO 37

Ollie saltó cuando oyó a Evan abrir la puerta de la calle.

Truman había llamado y le había confiado que el padre de los niños había recibido una brutal paliza. Había querido que Ollie y Kaylie estuvieran atentos a cualquier cosa extraña mientras se quedaban con Theodore y Charlotte.

Evan lucía una mirada más sombría que de costumbre. Le entregó a Kaylie un grueso sobre de papel manila y acompañó a los niños al salón. Ollie miró el sobre.

«Las pistas de los Serrano».

Charlotte llevaba a Oreo en brazos como un bebé. No se había separado del perro ni un segundo. Mientras Ollie y Kaylie se acomodaban a la mesa de la cocina y sacaban un montón de papeles del sobre, Evan habló con los niños.

—Los médicos creen que, con suerte, tal vez mañana vuestro padre pueda recibir visitas —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Charlotte.

—Porque ha sufrido una inflamación en el cerebro. Lo han dormido para que se cure.

Ollie aguzó el oído para prestar atención a lo que pudiera decir Theodore, pero el estoico muchacho guardó silencio.

—Me han dejado entrar en su habitación durante un minuto —dijo Evan—. No sé si me ha oído, pero le he dicho que estabais en mi casa y que os encontrabais bien.

Charlotte cuestionó la lógica de que Evan pudiera hablar con su padre inconsciente mientras ellos no podían hacerlo. Evan respondió con calma a sus preguntas, y Ollie las ignoró para concentrarse en las páginas de pistas. Estaba emocionado de ver por fin el famoso cuaderno, pero la euforia se vio empañada por el estado del padre de los niños. Al cabo de unos minutos, Evan decidió distraer a Charlotte con una película musical para adolescentes, y Theodore y él fueron a sentarse a la mesa de la cocina, donde Ollie y Kaylie se habían repartido las páginas.

Ollie pasó otra página, fascinado por la perfecta caligrafía y las complejas notas.

Estaba al tanto de los asesinatos de Billy y su hermana Meghan, pero no sabía hasta qué punto se habían implicado en la búsqueda del

tesoro.

«Eran unos buscadores natos».

—¿Qué te parece? —preguntó Evan.

—Creo que alguien se ha dejado la piel en esto —murmuró Kaylie—. Estos hermanos iban muy en serio. No puedo imaginarme el tiempo que les llevó reunir todo esto.

Ollie asintió, concentrándose en un mapa dibujado a mano. Parecía la ilustración de una novela. Le pasó la página a Kaylie.

—¿Reconoces los puntos de referencia que aparecen en él? No me resultan familiares.

La hermana frunció el ceño mientras estudiaba el mapa.

—Creo que esto está al norte de Owlie Lake. He recorrido un acantilado de la zona que tiene forma de zigzag, como aparece aquí.

Ollie hojeó la pila de páginas, intentando formarse una idea general del proceso que habían seguido los Serrano, y luego cambió con Kaylie e hizo lo mismo con su pila. Una creciente sensación de admiración le impedía quedarse quieto en su asiento.

—¿Estás viendo lo mismo que yo? —le preguntó a Kaylie.

Ella asintió.

—Estaban probando la teoría basada en el lenguaje, tal y como habíamos debatido nosotros. Pero fueron mucho más profundos.

—¿Qué teoría? —preguntó Evan.

—Bueno —dijo Ollie—, primero hay que entender el tipo de persona que era Chester Rollins. Todos sabemos que le gustaban los juegos, lo cual es obvio porque él creó la búsqueda y había hecho cosas similares a una escala mucho menor cuando tenía invitados en su rancho. A medida que he ido leyendo o viendo entrevistas de él, me he dado cuenta de que nunca daba respuestas directas a nada.

—Así es —intervino Kaylie—. Sacaba de quicio a muchos periodistas.

—Pero respondía a sus preguntas —dijo Ollie—. Lo hacía de una forma que se prestaba a múltiples interpretaciones. Era cuestión de averiguar cuál era la correcta.

—Vi una entrevista en la que parecía hablar en círculos —dijo Evan—. La gente dijo que estaba perdiendo facultades, que eran los primeros indicios de demencia. Incluso he leído que esta búsqueda del tesoro es imposible, que fue creada por alguien que había perdido la capacidad de pensar de forma racional.

Ollie miró a Theodore, que escuchaba atentamente, asimilándolo todo. Sabía que el adolescente era muy perspicaz. Tenía un don para detectar la esencia de los problemas y resolverlos.

—No creo que fuera demencia —dijo Ollie—. En mi opinión, sabía con exactitud lo que decía en todo momento. Y con el poema «Entre los pinos» sucede lo mismo. Parecen una serie de frases

aleatorias e inconexas, pero yo diría que jugaba con el lenguaje. Kaylie me mostró que muchas de las palabras que utiliza son homónimas. Y por lo que estoy leyendo aquí, los Serrano basaban gran parte de su interpretación de las pistas en la misma teoría.

Evan comprendió.

—Así que eso explicaría por qué sugirieron que el verso «una visión cabal» podría hacer referencia a un mirador, porque ver algo cabalmente significa verlo por completo, como en un mirador.

—Exacto —asintió Kaylie.

—Ahora hay que averiguar qué significa en realidad cada palabra —señaló Evan.

—Rollins no dejó ninguna instrucción sobre cómo interpretar las pistas —dijo Ollie—. El escrito que se publicó es, en esencia, un poema, y según creo, algunos poemas pueden parecen absurdos en una primera lectura. Muchas veces todo depende de la interpretación del lector.

—Así es —afirmó Kaylie—. Al principio me pareció ver un patrón en las últimas líneas, pero luego no encajaba en absoluto cuando volví al principio. Por ejemplo, la última línea dice «¿Dónde será? Quien la veja, ganará». A primera vista, parece un final sencillo para el poema, que simplemente sirve de conclusión general. Y, además, parece contener una errata. Pero creo que en realidad esconde un secreto que aún no hemos descifrado.

—¿Hay que vejar a alguien? No lo entiendo —dijo Evan, con una mirada escéptica.

—¿Quién sabe? —dijo Kaylie—. Tal vez haya algún homónimo que se nos escape … o tal vez sea una combinación de los homónimos que aparecen en la pista y los que no.

—Por eso buscamos alrededor de Owlie Lake —dijo Ollie—. Hay un verso que dice «Cada mochuelo a su olivo» y queríamos comprobar si se refería al búho que da nombre al lago. —Señaló el camino en zigzag—. Al parecer, los Serrano pensaban lo mismo sobre el nombre del lago, porque esto demuestra que Billy fue a examinar esa zona.

El último verso sobre la vejación era una de las pistas favoritas de Ollie. Era breve y parecía un error. Lo que le llevaba a creer que era muy importante. Algo que haría Chester Rollins.

—Teniendo en cuenta todo esto, ¿estáis seguros de que el punto de partida es Eagle's Nest? —preguntó Evan.

—Creemos que sí —respondió Kaylie—. La primera pista incluye un ave albina. Mucha gente está de acuerdo en que es una referencia al águila calva y, por lo tanto, a Eagle's Nest, el nido de las águilas.

—Un águila calva —dijo Theodore—. Eagle's Nest.

—Vamos a leerlo con calma desde el principio, a ver cómo lo interpretaron todo los Serrano —propuso Ollie—. El problema es que

no llegaron a descifrar algunas pistas. Las hay que no tienen prácticamente ninguna nota. Como esta que dice: «Las peras que conquistaron las llanuras». Kaylie y yo tampoco sabemos cómo interpretarla. ¿Se refiere a la fruta?

A Evan le dolía la cabeza.

—Dejaré que os concentréis en este galimatías —dijo Evan, echando la silla hacia atrás—. Tengo que volver al trabajo. Debería estar en casa a la hora de cenar.

Le alborotó el pelo a Theodore y fue a despedirse de Charlotte.

Ollie examinó las hojas hasta que encontró la primera pista. Tenía dos páginas de notas, muchas de las cuales hacían referencia a otras notas. Respiró hondo, muy emocionado.

«Dos ojos más pueden suponer una gran diferencia».

—Voy a coger unas barritas de limón —dijo Kaylie—. Necesito más azúcar para pensar.

—Ollie, ve diciéndome lo que piensas mientras lees —dijo Theodore—. A veces decirlo en voz alta puede servir de ayuda.

Charlotte se acercó.

—Yo también quiero escuchar.

Oreo arrugó el hocico, todavía en sus brazos, y centró su atención en el plato que Kaylie tenía en las manos cuando se acercó a ellos.

Dejó un plato lleno de barritas de limón.

—Vamos a trabajar.

Ollie tomó una y empezó.

CAPÍTULO 38

—Tío Evan.

Era una voz joven. Evan abrió los ojos y se sintió confundido por la oscuridad de la habitación. Parpadeó y vio una silueta negra junto a la cama. El corazón le dio un vuelco y sintió que la adrenalina fluía desbocada por sus venas. Entonces reconoció a Theodore.

—¿Qué pasa?

El detective hizo un esfuerzo para aparentar que estaba despierto y tranquilo a pesar de que el corazón se le salía del pecho y todavía estaba medio aturdido.

—Hay alguien en casa —dijo Theodore con un susurro.

El aturdimiento desapareció. Evan se incorporó, puso los pies en el suelo y el muchacho se apartó de la cabecera.

—¿Estás seguro? —preguntó Evan. Una pregunta estúpida. Theodore no exageraba. Si había visto a alguien era porque había alguien.

—He oído algo fuera, así que me he levantado y he visto a alguien merodeando junto a la casa en el jardín trasero. Creo que había dos personas. Cuando he ido hacia la sala de estar, he oído ruidos en la cocina. Conozco el sonido de ese sitio que cruje cerca del lavavajillas.

Evan también lo conocía. Abrió el cajón de su mesita de noche.

—¿Dónde está Charlotte?

—Aún duerme. Oreo está despierto, pero en su cama.

—No es un gran perro guardián —comentó Evan mientras acercaba el dedo al sensor de huellas dactilares de la caja fuerte donde guardaba las armas.

—Está vigilando a Charlotte.

Evan eligió la Glock en lugar de la SIG Sauer y cogió un cargador adicional.

«¿Es necesario?», pensó.

Le vino a la cabeza el incendio de la casa de dos días antes. Evan sospechaba que alguien había querido hacer daño a los niños.

Por lo tanto, la pistola era necesaria.

—Quiero que entres en la habitación de Charlotte y cierres la puerta. Si oyes algo, despiértala y escondeos en el armario en silencio.

Evan desenchufó el teléfono del cargador y se lo metió en la

cintura del pijama.

—No necesito esconderme. Sé disparar —susurró Theodore.

—Quiero que te quedes con tu hermana en su habitación. Sé que sabes disparar, pero el objetivo es no tener que hacerlo. Si provoco algo de ruido, probablemente se irán.

«Pero primero quiero verles las caras».

Si uno de ellos era la persona que había prendido fuego a la casa de los niños, Evan quería verlo bien.

Evan no había instalado ninguna alarma. Vivía en un barrio tranquilo de edificios antiguos bien conservados. Nunca había sentido la necesidad de poner una alarma. Hasta esa noche. Ahora le importaba porque tenía a dos niños bajo su techo.

—Pero… —intentó decir Theodore.

—Hazlo.

—Sí, señor.

—¿Dónde tienes el móvil? —preguntó Evan.

—Aquí. —Theodore lo mostró en la mano.

—Llama al 911. Comunícales que hay alguien en la casa y también fuera. Diles que trabajo para la oficina del sheriff y que estoy armado.

—Sí, señor.

El chico marcó mientras seguía a Evan por el pasillo hasta la habitación de Charlotte. El detective apenas pudo distinguir su cabeza sobre la almohada, pero dos ojos negros de perro brillaban en el centro de la cama.

—Buen perro —susurró Evan.

Theodore entró en la habitación muy a su pesar. Evan le oyó hablar en voz baja con la operadora mientras cerraba la puerta.

«Bueno, ¿dónde estás?».

Evan bajó las escaleras en silencio, aguzando el oído ante cualquier ruido extraño. La cocina estaba en la parte trasera de la casa, entre el comedor y la sala de estar. Al final de la escalera, podía girar a la derecha o a la izquierda para ir a la cocina. Se dirigió hacia la sala de estar. Se detuvo cada pocos metros para escuchar, pero no captó ningún sonido procedente de la cocina.

Theodore había oído a alguien allí; el crujido era inconfundible.

Dobló la esquina del vestíbulo y se dirigió hacia la sala de estar. Unos pasos más y podría ver la cocina.

Silencio.

Se mantuvo junto a la pared más lejana de la oscura sala de estar y avanzó.

La cocina estaba vacía. También vio el comedor que había más adelante.

«Debe de haber vuelto a salir».

Evan siguió avanzando a lo largo de la pared más lejana hasta que divisó la puerta corredera de cristal. Se mantuvo a un lado de la puerta, en las sombras, donde tenía una perspectiva de todo el patio y una buena parte del jardín. Le llamó la atención el pestillo de la puerta: abierto. Estaba seguro de que la había cerrado con llave antes de acostarse.

«Oreo».

El perro necesitaba salir a menudo a hacer pipí. Uno de los niños debió de bajarlo cuando él ya dormía.

«Perro pequeño, vejiga pequeña».

Sabía cómo había entrado el intruso; ahora quería saber por qué.

Desde su escondite, miró fijamente hacia el jardín trasero. Estaba oscuro, solo llegaba un débil haz de luz de la farola de la parte delantera que iluminaba una pequeña sección de césped.

Algo se movió en la esquina más alejada del jardín. Había una figura oscura pegada a la madera pálida de la valla. Y era humana, sin duda.

«Están fuera».

«Pero ¿por qué en ese rincón?».

No había nada en esa parte del jardín vallado.

«Cable de electricidad».

Evan accionó el interruptor para encender las luces del jardín, y no ocurrió nada.

«Mierda».

Cerró la puerta con llave y se dirigió a la cocina, muy tenso, mirando hacia el jardín por cada ventana, buscando otro atisbo de la sombra o de su acompañante. Habían desaparecido.

«¿Serían buscadores del tesoro?».

Tenía una copia del cuaderno que se estaba haciendo muy famoso entre los buscadores.

«Pero ¿quién sabe que lo tengo?».

Independientemente de la motivación, quienquiera que estuviera fuera había dado muestras de tener malas intenciones al manipular la conexión eléctrica.

«¿Quién haría eso en la casa de un agente de la ley? Alguien desesperado».

En ese instante Evan oyó las sirenas lejanas. Sintió un gran alivio, pero también frustración por no haber visto la cara de nadie. Sin duda, los dos intrusos habrían huido en cuanto oyeron las sirenas. La policía tendría que registrar el barrio en la oscuridad, y Evan tenía pocas esperanzas de que fueran a encontrar algo.

¡BUUUM!

Sonó una explosión en el piso de arriba. Evan salió corriendo de la sala de estar y regresó al vestíbulo.

Una segunda explosión.

«Disparos».

Charlotte gritó y Oreo se puso a ladrar como un loco.

—¡Chicos! —gritó Evan, que dobló la esquina hacia el vestíbulo y había subido dos escalones cuando un hombre enorme saltó desde lo alto de la escalera, con los brazos y las piernas abiertos.

Evan levantó la Glock y disparó dos veces antes de que el hombre cayera sobre él y lo derribara. Se golpeó la cabeza contra el suelo de madera y el impacto lo dejó sin aliento. Jadeó cuando el hombre se apartó de él, agarrándole la Glock. El intruso tiró con fuerza.

Evan disparó directamente al pecho y el hombre cayó hacia atrás, chillando de dolor. Acto seguido se hizo el silencio y se desplomó.

Sin dejar de apuntar al tipo, Evan rodó hacia un lado y se sentó. Notaba algo húmedo en la cara y se limpió la mejilla. Percibía el aroma metálico de la sangre. El hombre estaba boca arriba y no se movió. Evan se alejó arrastrándose, sin dejar de apuntar al cuerpo, y se sentó pesadamente en la escalera, intentando recuperar el aliento.

«Ha estado dentro todo el tiempo. Ha subido al piso de arriba para dar con los niños».

—¡Chicos! ¿Estáis bien? —gritó Evan, sin apartar la mirada del hombre.

Oyó las sirenas y vio las luces frente su casa. Unos destellos rojos y azules iluminaban el cuerpo del hombre. Evan miró fijamente la cara, incapaz de ver con claridad en la penumbra de las luces intermitentes.

«¿Por qué no responden?».

Una imagen mental de Charlotte inconsciente y bañada en sangre le provocó náusea.

—¿Chicos? —volvió a gritar.

—¿Está muerto? —preguntó Charlotte desde el segundo piso.

—¿Estáis bien Theodore y tú? —replicó Evan—. ¿Hay alguien más ahí arriba?

—No hay nadie, y estamos bien. Theodore está hablando por teléfono con la policía.

—Quedaos arriba y decidle a la policía que el intruso está abajo, justo detrás de la puerta principal, pero que todavía hay otro fuera. No sé dónde.

De repente las sirenas dejaron de sonar, pero las luces continuaron. Evan se arriesgó a echar un vistazo a las escaleras y vio a los niños asomándose por una esquina: Charlotte sujetaba al perro en brazos y Theodore estaba junto a ella con el móvil en la oreja.

—Diles que necesitamos una ambulancia —ordenó Evan.

La sangre brillaba en su mano y se palpó el pecho y las piernas en busca de una posible herida. Sabía que la adrenalina seguía fluyendo

por su torrente sanguíneo y que podía estar herido sin saberlo.

«No creo que sea mi sangre».

—Decid a la policía que voy a abrir la puerta de la calle —dijo Evan—. No voy a bajar el arma hasta que alguien pueda venir a cubrirlo.

Esperó hasta que oyó a Theodore repetir sus palabras y se puso en pie. Cruzó el vestíbulo arrastrando los pies, sin apartar la vista del intruso que estaba en el suelo. Quitó los cerrojos y abrió la puerta de golpe. Unos potentes focos lo iluminaron de inmediato.

—¡Soy el detective Bolton! —gritó, haciendo una mueca de dolor por la luz, pero sin apartar la mirada del hombre inmóvil—. Uno de los intrusos ha caído. Está aquí.

Esperó a que los agentes le identificaran. Conocía a la mayoría de los policías de Bend. Intuyó que se acercaban dos uniformes, pero aun así no apartó la mirada del hombre, al tiempo que seguía apuntándolo con la pistola al pecho.

—Evan —dijo uno de los agentes, con un deje de precaución—, soy Steve Westcott. Mi compañero y yo vamos a entrar.

Evan conocía al sargento Westcott de los partidos de sóftbol.

—No lo he registrado, Steve. Tampoco he registrado la casa, mierda. Hay dos niños arriba.

Lo último en lo que había pensado era en los protocolos de actuación policial.

—Veo a los niños —dijo Westcott, entrando por la puerta. Se volvió y llamó a más agentes—. Ya podéis bajar, chicos. Quiero que los dos salgáis directamente por la puerta y os dirijáis a uno de nuestros coches.

—Si lo tiene cubierto, detective, empezaremos a examinar el piso superior —dijo el segundo agente, a medida que entraban más hombres en la casa.

—Lo tengo —replicó Evan, que sabía de sobra que había que inspeccionar la casa en busca de otros sospechosos antes de poder atender al hombre que yacía en el suelo.

Dos oficiales se cruzaron con Theodore y Charlotte en las escaleras.

—Espera, hijo. ¿Qué tienes ahí? —preguntó uno de los agentes.

Evan apartó la mirada del cuerpo en el suelo a tiempo de ver que Theodore le entregaba al oficial la SIG Sauer.

—¡Theodore! Te dije que no… —Evan se quedó paralizado cuando los chicos se acercaron y comprendió lo ocurrido—. Theodore, ¿has disparado esa pistola?

—Sí. El intruso entró en la habitación de Charlotte, pero yo ya la había metido a ella y a Oreo en el armario.

Evan se mareó.

—Se supone que tú también debías estar en el armario —murmuró Evan, aun sabiendo que no tenía sentido sermonear al chico. Ambos habían logrado eludir al hombre del suelo.

—Se le cayó una pistola arriba —dijo Theodore—. Está en el pasillo.

—¿Llegó a dispararla?

—No.

«Ha entrado armado en mi casa».

—Enseguida me ocupo de ello —dijo el sargento Westcott.

Charlotte se detuvo en la puerta y volvió a mirar a Evan.

—¿Te ha hecho daño, tío Evan? Tienes sangre en la camisa —señaló.

—Estoy bien. No es mía. Venga, salid.

Echó un rápido vistazo a la puerta y vio que había al menos media docena de unidades de patrulla con las luces encendidas. Sus sobrinos salieron.

Westcott observó las manchas de sangre de la camisa de Evan.

—¿Estás seguro?

—Sí, bastante.

—Voy a registrar al sospechoso. —Westcott volvió a mirar a Evan —. Quiero que te examine un médico.

Evan asintió con un gesto. Había desaparecido la sensación de mareo, pero no podía respirar hondo.

El sargento se agachó junto al cuerpo y palpó bajo la mandíbula.

—Tiene pulso. Pero está inconsciente.

Evan se quitó un peso de encima.

«No lo he matado», pensó.

El sargento comprobó si el hombre estaba armado.

—¡Lleva un chaleco!

—No puede ser.

Evan no daba crédito. No era de extrañar que no se hubiera detenido después de dispararle mientras saltaba por los aires.

—Sí. Veo tres agujeros en su camisa. ¿Son tuyos o del chico?

Evan trató de recordar.

—Disparé dos veces cuando se abalanzó sobre mí desde las escaleras. Y luego otra vez cuando intentó cogerme la pistola. Pero oí dos disparos en el piso de arriba. Theodore no ha dicho si le ha alcanzado o no.

—Tiene sangre en el brazo. Uno de vosotros lo ha alcanzado. O se ha hecho daño él solo. No veo que vaya armado.

Westcott le dio la vuelta al hombre hacia un lado y lo esposó.

Evan bajó los brazos y notó que los tenía muy rígidos. Se acercó al hombre y se inclinó para examinarle el rostro bajo las luces intermitentes. Pelo oscuro. Treinta o cuarenta años. Y barba.

«¿Es el que quemó la casa de los niños?».

—¿Lo conoces?

—No. Pero encaja con la descripción del desconocido que intentó incendiar la casa de los niños anteayer.

—Ya he oído lo que pasó. Tus sobrinos, ¿verdad? Sus padres han desaparecido.

—Hemos encontrado al padre. Está en el hospital.

—Me alegro.

Los agentes bajaron las escaleras mientras otros dos entraban en el vestíbulo desde la sala de estar.

—La casa está despejada, sargento.

—Bien. Id a comprobar cómo va la búsqueda del otro sospechoso por los alrededores. Viene una unidad K9 —dijo Westcott. Los hombres asintieron y se fueron.

Entraron dos sanitarios que taparon fugazmente las luces. Uno se arrodilló junto al hombre y abrió su botiquín mientras el otro se detenía y señalaba la camisa de Evan.

—¿Está herido?

Evan estaba cansado de la pregunta.

—No.

—Quítese la camiseta —ordenó el sanitario.

Evan se levantó la camiseta por encima de la cabeza y dio una vuelta sobre sí mismo mientras el enfermero le iluminaba el torso con una linterna.

—De acuerdo. —Se acercó a su compañero, que estaba atendiendo al hombre del suelo—. Un momento. ¿Es uno de los vuestros? Lleva un chaleco.

Volvió a mirar a Evan y a Westcott.

—Ni hablar —respondió Evan.

—Parece que le ha salvado la vida —dijo el otro sanitario.

—Vino preparado —dijo Westcott—. Debía de saber que estarías armado. Es un riesgo. ¿Por qué demonios se la jugó? ¿Qué quería?

—Tiene algo que ver con los niños… o con su familia. Pero no sabría decirte si es una cosa u otra.

Evan estaba casi seguro de que aquel hombre había provocado el incendio, lo que significaba que no tenía nada que ver con el cuaderno de búsqueda del tesoro de los Serrano.

—¿Pero qué…? —murmuró un sanitario mientras atendía al hombre.

—Quítasela —dijo el otro.

—¿Qué pasa? —preguntó Evan, tratando de atisbar por encima del hombro de uno de los auxiliares médicos.

—Lleva una barba postiza.

CAPÍTULO 39

Mercy tomó un sorbo de café, disfrutando del sabor de la crema espesa, mientras observaba a Victor Kerr, que dormía en la cama del hospital.

«¿Dormir? ¿Cómo se llama cuando alguien está en coma inducido?», pensó.

Se había detenido a comprar un café antes de pasar por la habitación de Victor. Mercy había permanecido la mitad de la noche en vela tras enterarse de lo que había ocurrido en casa de Evan, no había sido capaz de volver a conciliar el sueño. Llamó al hospital a primera hora de la mañana y le dijeron que el estado de Victor no había cambiado. Aun así, la agente había querido acudir y se había sentado junto a su cama. Si los médicos decidían despertarlo, debía estar allí.

Tenía preguntas.

Muchas preguntas.

«Que probablemente no pueda responder», pensó.

Evan estaba de camino con los niños para que pudieran ver a su padre por primera vez en muchas semanas. Mercy examinó el rostro de Victor, intentando verlo a través de los ojos de sus hijos. Tenía todo el cráneo vendado, los ojos amoratados y la cara cubierta de cortes y magulladuras. Media docena de tubos y cables lo mantenían conectado a las máquinas. Al menos la mandíbula estaba en su sitio, pero tenía la boca cerrada e inmovilizada con alambres.

Evan había preparado a los niños. Sabían lo que les esperaba.

Aun así, sería un shock.

Los médicos se mostraban cautelosos sobre el pronóstico de Victor. Le harían más pruebas esta mañana para comprobar la inflamación del cerebro. Un doctor le dijo a Mercy que el hecho de que Victor hubiera pasado la noche era una buena señal.

«Felicidades. Has sobrevivido a la noche y no te has muerto».

Mercy se puso en pie cuando entraron Evan, Theodore y Charlotte. Todos tenían ojeras y Theodore había olvidado peinarse. Los niños miraron fijamente a su padre y Charlotte se quedó paralizada, apretando la mano de Evan. Theodore se metió las manos en los bolsillos delanteros y parpadeó con fuerza mientras miraba a su padre en la cama del hospital. Los ojos de Mercy se encontraron con

los de Evan y vio un asomo de duda. Se preguntaba si había hecho lo correcto al dejar que los niños vieran a su padre en ese estado. Mercy sabía que sí. Victor podía morir, así que sus hijos merecían verlo.

—Si queréis, podéis acercaros —les dijo Mercy, que se aproximó al cabezal y le hizo un gesto a Charlotte—. Ven a hablar con él.

La niña le soltó la mano a Evan y se acercó. Estaba muy seria y tenía los ojos muy abiertos. Llevaba una mochila pequeña con lentejuelas que había sido de Kaylie. A la pequeña de once años le encantaban las cosas de chicas.

«Necesita a su madre. Ambos la necesitan».

Charlotte puso tímidamente una mano sobre el brazo de Victor. Una de las pocas zonas que no estaban cubiertas de vendas.

—¿Papá? Soy Charlotte.

Se inclinó y le habló al oído con claridad. Theodore había dudado, pero se dirigió al otro lado de su padre. Hizo el ademán de tocarle el brazo, pero se echó atrás y examinó el rostro del convaleciente.

—Dile que… —Mercy se detuvo. Había estado a punto de sugerir a los chicos que le contaran a su padre lo que habían hecho, pero el recuerdo de los muebles quemados y el ataque en la casa de Evan le hicieron cambiar de opinión—. Dile que le has echado de menos.

Theodore tragó saliva.

—Te he echado de menos, papá. —Miró a Mercy y ella asintió para darle ánimos—. Todo ha sido una mierda desde que te fuiste.

«Es verdad».

—Me alegro de que hayas vuelto —añadió Theodore.

—Yo también —dijo Charlotte—. El tío Evan encontró un perro y lo hemos estado cuidando. Se llama Oreo y duerme en mi cama por la noche. Es muy pequeño, así que creo que podríamos llevarlo a casa cuando estés mejor.

Las miradas de Mercy y Evan se cruzaron y este se encogió de hombros. Ella sabía que los intentos de ponerse en contacto con algún pariente de los Serrano para hablar del perro no habían dado resultado. Si los niños querían al perro, probablemente podrían quedárselo. Charlotte siguió hablando del animal, y Theodore acercó con cuidado la mano al brazo de su padre, escuchando a su hermana, pero observando atentamente el rostro de Victor.

Evan señaló la puerta con la cabeza y Mercy lo siguió fuera de la habitación.

—Creo que lo llevan bien —dijo, lanzando una mirada inquisitiva a Mercy. Necesitaba que alguien confirmara sus sensaciones.

—Estoy de acuerdo. Pero vigílalos. Más adelante podrían tener reacciones fuertes. Para ellos no debe de ser fácil verlo así.

—Yo no conocía a Victor, y ya me cuesta verlo en esta situación

—comentó Evan.

—¿Cómo están los niños después de lo de anoche?

—Mejor de lo que esperaba. Los dos han alucinado con el bufé de desayuno del hotel. Charlotte se ha comido tantos gofres que por un momento he temido que le diera una indigestión. No han dormido, eso sí. Llevan despiertos desde las dos de la madrugada, por lo que imagino que esta tarde tendrán un bajón. Me he tomado el día libre.

—Lógico.

—No me apartaré de ellos hasta que encontremos a la persona que estuvo en mi casa anoche.

—¿Tu sospechoso no ha dicho nada? —preguntó Mercy.

—No. Volvió en sí mientras la ambulancia lo trasladaba al hospital, pero no quiere soltar prenda. Ni siquiera ha pedido un abogado. Le darán el alta dentro de un par de horas. Tiene algunas costillas rotas y una bala le atravesó el brazo, pero dicen que no necesita pasar la noche ingresado. Les preocupaba que hubiera una lesión en la cabeza, pero las pruebas lo descartan. Irá directamente a la cárcel del condado, y espero que las huellas dactilares nos digan quién es. He empezado a preguntarme si estoy sacando conclusiones precipitadas. Quizá el autor del incendio fue otro tipo.

—La lógica nos dice que es el mismo —replicó Mercy—. Los niños son el denominador común de ambos delitos. Fue a sus habitaciones. Está claro que le interesaban los niños, no tú. Pero no podemos afirmarlo con certeza.

—He pensado que quizá le interesaban las notas de la búsqueda del tesoro, pero creo que tienes razón y son los niños. —Se frotó la frente—. Estoy agotado y ya no sé qué pensar. Los niños no son los únicos que dormirán la siesta esta tarde.

—¿Ya sabes qué disparo hirió a tu intruso?

Evan hizo una mueca.

—No estoy seguro, pero creo que fue el de Theodore. Me dijo que primero disparó por encima de la cabeza del tipo y luego a él, al comprobar que el primer disparo no lo había ahuyentado. Yo hice tres disparos que pensé que le habían dado en el pecho, pero hay un agujero de bala en el techo de mi vestíbulo, por lo que sospecho que fallé uno de los primeros. Todo sucedió muy rápido. Me saltó encima desde las escaleras. Si no hubiese tenido el arma desenfundada, no habría tenido tiempo de hacerlo.

—En cualquier caso, Theodore ha demostrado tener buena puntería. Es difícil alcanzar a un agresor en una situación de tensión como esa —dijo Mercy.

—Dímelo a mí.

—¿Se sabe algo de la segunda persona que estaba allí?

—No. La patrulla canina siguió un olor hasta una calle a una

manzana de distancia, pero luego perdió el rastro. Lo más probable es que el fugitivo se subiera a un vehículo. Están comprobando los vídeos de los sistemas de seguridad de las casas cercanas para ver si alguno captó el coche o al sospechoso.

—Esperemos que el tipo que has cogido hable y nos permita capturar al otro.

—Hablará —dijo Evan con firmeza.

—¿Pedirás a los niños que lo reconozcan para que confirmen que fue el hombre que provocó el incendio en su casa? —preguntó Mercy.

—Creo que me limitaré a enseñarles algunas fotos. No quiero que estén cerca de él.

—Kaylie también podría echar un vistazo. Ella lo vio.

—No, le pediré que lo identifique en fotos. ¿Sabes que llevaba una barba postiza?

—Sí —dijo Mercy—. Me gustaría saber cómo lo justifica.

Evan miró su reloj.

—¿Puedes quedarte con los niños unos minutos? Quiero verlo para hacerle fotos antes de que lo trasladen a la cárcel.

Mercy echó un vistazo a los niños. Ambos habían acercado sillas a la cabecera de su padre y Charlotte seguía hablando.

—Me gustaría ir contigo. Quizá una placa del FBI le suelte la lengua. —Señaló a una enfermera que se dirigía hacia ellos—. Volveremos en cinco minutos —le dijo—. ¿Le parece bien que dejemos a los niños con su padre un rato?

—Estoy a punto de tomarle las constantes vitales y cambiarle algunos vendajes, así que estaré con ellos. Me quedaré hasta que vuelvan.

—Perfecto. No tardaremos. —Mercy se llevó a Evan antes de que pudiera cambiar de opinión. Tomaron el ascensor—. Este tipo iba a por los niños, y es muy probable que sea el hombre que provocó el incendio. Para mí eso significa que también podría estar implicado en las desapariciones de sus padres, así que quiero hablar con él. —Frunció el ceño—. Me pregunto si sabe que Victor ya no está en esa fosa.

—Ahora estás sacando conclusiones precipitadas. No hay nada concreto que lo vincule con Victor —adujo Evan—. Hoy solo me funciona medio cerebro, pero hasta yo lo veo.

—No he sacado ninguna conclusión, tan solo pienso en voz alta.

Salieron en otra planta y Mercy siguió a Evan por un pasillo. No tardaron en encontrar la habitación del desconocido porque había un agente de policía en una silla junto a la puerta. Los vio inmediatamente y se puso de pie.

—Detective —saludó a Evan.

Mercy le mostró su identificación. La examinó dos veces, luego la

miró a ella y la agente se preguntó si había oído alguna historia sobre ella. Había tenido algunos casos notorios desde que se incorporó al FBI de Bend hacía unos años.

Evan abrió la puerta y Mercy lo siguió hasta la pequeña habitación. El paciente estaba viendo la televisión y los ignoró.

Mercy se lo quedó mirando, aturdida por la sorpresa.

—Hola, Alex. Qué curioso verte aquí —consiguió decir.

Alex apartó la vista del televisor y la miró. Su gesto se demudó en una expresión de sorpresa primero e ira después.

—¿Lo conoces? —preguntó Evan.

—Es Alex Kerr —respondió Mercy, sin levantar la voz—. El primo de Victor. Hablé con él hace unos días sobre los Kerr que habían desaparecido.

—Pero… —Evan parpadeó varias veces. Se había quedado sin palabras. Negó con la cabeza como si necesitara despejarla.

Mercy sentía lo mismo.

«Alex persiguió a Theodore y Charlotte con una pistola. Y probablemente provocó un incendio en su casa. ¿Por qué?».

Pensó en su encuentro con Alex.

«Un momento…».

—¿Se encontró su bastón en la escena? —preguntó a Evan.

—¿Bastón? No que yo sepa.

Mercy miró al hombre que se encontraba en la cama del hospital.

—¿Una barba y un bastón falsos? Supongo que la cojera tampoco es real. Depende de quién quieras ser ese día, o de a quién intentas engañar.

Alex no dijo nada y volvió a centrar la mirada en el televisor.

—Vamos fuera —le dijo Mercy a Evan.

Si se quedaba en la habitación, podría soltar una docena de preguntas que deberían hacerse en una sala de interrogatorios. Evan no se movió, seguía con la mirada clavada en Alex Kerr. Docenas de emociones asomaban a sus ojos. Mercy lo agarró del brazo y tiró de él.

—¿El primo de Victor entró en mi casa? —murmuró Evan en el pasillo. Parecía aturdido.

—Quiero averiguar qué más ha hecho —dijo Mercy—. Quiero interrogarlo oficialmente. Podría estar implicado en la desaparición de Bridget y Molly.

Al mencionar a su hermana, pareció que Evan recuperaba la compostura.

—Lo prepararé ahora mismo.

Mercy sacó su teléfono.

—Pediré una orden para registrar su casa.

Le temblaban las manos por la adrenalina que fluía por su sistema desde hacía treinta segundos. Tenía la sensación de que nunca

había estado tan cerca de encontrar a la madre y a la hermana pequeña de los niños.

«Esto puede ser el giro que necesito».

CAPÍTULO 40

Truman aparcó frente a la comisaría de Eagle's Nest y suspiró al ver quién se paseaba por la acera. El hombre lo vio, se detuvo y observó expectante al jefe de policía mientras este apagaba el vehículo y permanecía sentado, tomando un largo sorbo del café que acababa de comprar después del almuerzo. Truman quería dar marcha atrás e irse.

No estaba de humor para charlar con Tim Giles.

Sin embargo, salió del vehículo y se acercó a Tim, que parecía estar librando una lucha interna para reprimir las ganas de huir corriendo, como había hecho al ver a Truman y a Evan en la puerta de su apartamento. Aun así, se mantuvo firme e incluso estableció contacto visual.

—Buenos días, jefe —dijo Tim, desplazando el peso del cuerpo de un pie a otro.

Truman se detuvo, sorprendido por el saludo, y se preguntó por qué motivo Tim se mostraba educado y esquivo al mismo tiempo.

—¿En qué puedo ayudarte, Tim?

El hombre echó una rápida a su alrededor.

—¿Podemos hablar dentro? Es una cuestión privada.

Truman echó una mirada deliberada a la calle desierta y luego se dirigió a la puerta, haciendo un gesto al tipo para que lo siguiera. Dentro saludó a Lucas, que enarcó una ceja al ver a Tim. Truman se encogió de hombros.

No tenía ni idea de lo que quería.

Recorrieron el pasillo hasta su despacho, preguntándose qué habría impulsado a Tim Giles a acercarse a él. Se sentó en su silla y señaló otra al otro lado del escritorio. Tim se sentó tímidamente en el borde y apoyó las manos en el regazo. Luego las puso sobre los brazos de la silla, pero cambió de opinión y volvió a dejarlas en el regazo mientras miraba las fotos de las paredes del despacho.

El policía esperó unos segundos para dejar que Tim tomara la iniciativa, pero no lo hizo.

—Ya estamos en un entorno privado —señaló Truman.

—Ya lo veo. —Tim carraspeó y miró a Truman, como si estuviera dispuesto a hablar.

—Tengo un amigo que trabaja en el hospital de Bend.

—¿Es médico?

—No. Es una especie de celador. Hace lo que le mandan. Principalmente lleva a la gente en silla de ruedas y hace recados.

—¿Está en problemas? —preguntó Truman.

—Oh, no. Para nada. —Tim volvió a colocar las manos en los brazos de la silla—. ¿Recuerda que le hablé de un hombre que vi cerca de la pensión donde mataron a ese tipo?

—El hombre asesinado se llamaba Billy Serrano —replicó Truman—. Sí, nos dijiste al detective Bolton y a mí que el tipo que viste allí era un buscador del tesoro. Intentaste espiarle.

Tim no se mostró avergonzado por el último comentario de Truman.

—Ese mismo. No les cae bien a los demás buscadores del tesoro. No cae bien a nadie. Trabaja solo y no habla con los demás. Bueno, mi amigo del hospital también está metido en la búsqueda del tesoro, y dice que este tipo fue ingresado por una herida de bala. Anoche.

Truman se quedó quieto, ya que sabía lo del tiroteo en casa de Evan.

—¿Cómo le dispararon? —preguntó.

«No puede estar hablando del mismo hombre».

—Fue un poli. El tipo entró en su casa. —Tim sacudió la cabeza —. Eso sí que es una estupidez, entrar en la casa de un policía.

—No más estúpido que intentar entrar en una comisaría.

Tim se encorvó, agachando la mirada.

—Sabe que estaba borracho. De todos modos, mi amigo está seguro de que quien está en el hospital es el hombre que vi cerca de la pensión.

—Pero tú aún no has visto al paciente. ¿Cómo podría tu amigo reconocer a alguien que viste tú?

—Porque estaba conmigo cuando lo seguí una vez, tratando de conseguir pistas. Todos los buscadores han visto a ese tipo. Todo el mundo piensa que es un gilipollas.

—De acuerdo. —Truman se reclinó en su silla, pensando en la historia de Tim. Estaba lo bastante seguro como para abordarlo. O para engañarlo—. El otro día mencionaste que tenía barba.

—Y la tenía, pero Dave me ha dicho que se la había afeitado.

—Pero aun así lo ha reconocido sin ella.

—Sí.

Truman guardó silencio, observando lo incómodo que se sentía Tim, incapaz de estarse quieto.

—¿Algo más?

—No.

—Le contaré lo que me has dicho al detective Bolton.

Se puso en pie para hacer saber a Tim que la conversación había

terminado, pero este no se movió.

—Hmmm. —Estaba inquieto como un niño pequeño—. ¿Hay alguna posibilidad de que haya…, ya sabe…, una recompensa si ese es el tipo que mató a Serrano?

—No que yo sepa.

Tim se llevó una decepción, pero se puso en pie.

—Bueno, aun así, espero que sirva de algo.

Truman lo observó mientras se marchaba y luego llamó a Evan.

—Tengo una teoría que podría interesarte. ¿Te acuerdas de Tim Giles? —preguntó Truman.

—¿Cómo podría olvidarlo?

—Cree que tu intruso es el hombre que vio cerca de la pensión de Sandy hablando con Billy Serrano. Tiene un amigo en el hospital que afirma que es él.

—Sabes que lo hemos identificado, ¿verdad? —preguntó Evan.

—No. No lo sabía.

—¿Cuándo hablaste por última vez con Mercy?

—Esta mañana temprano. Justo antes de que se fuera al hospital.

—Pues es ella quien lo ha identificado —dijo Evan—. Se llama Alex Kerr. Es el primo de Victor Kerr.

Truman intentó encajar las piezas.

—¿El pariente de Charlotte y Theodore entró en tu casa? ¿Con una pistola?

—Exacto. Y ahora dices que podría ser sospechoso de mi caso de Billy Serrano.

—Es Tim Giles quien lo dice, y sus palabras me han parecido creíbles. O al menos él cree de verdad lo que dice.

—Alex Kerr se niega a hablar. No creo que admita haber disparado a Billy Serrano… Espera.

Truman aguardó.

—A Kerr se le cayó un arma en mi casa —afirmó Evan con emoción—. Haré que los forenses la comparen con la bala y el casquillo de la escena de Serrano.

—¿Cuánto tiempo llevará?

—Mierda. Demasiado tiempo.

—¿Y en un laboratorio privado?

—Lo consultaré con mi jefe. No tengo sospechosos de la muerte de Billy ni de Meghan, así que creo que lo autorizará. Me gustaría averiguar si Alex Kerr está implicado mientras lo tenemos detenido.

—Me cuesta creer que la persona que asesinó a los buscadores del tesoro pueda ser la misma que aterrorizó a tus sobrinos. ¿Cómo pueden estar relacionados ambos crímenes? —preguntó Truman.

—Pues por si fuera poco, Mercy está convencida de que hay un tercer vínculo —dijo Evan—. Cree que si Alex Kerr fue a por Theodore

y Charlotte dos veces, puede estar implicado en las desapariciones de sus padres.

A Truman le daba vueltas la cabeza.

—Victor no puede hablar ni escribir, así que, aunque estuviera despierto, no podría decirnos quién le dio la paliza —dijo Evan—. Pero los médicos van a reducir la dosis de algunos de los medicamentos que lo mantienen sedado para ver si vuelve en sí. Si está lo bastante lúcido, tal vez pueda lograr que asienta o mueva la cabeza si le doy un nombre. Esta mañana le han hecho un escáner cerebral y están muy satisfechos con los resultados.

—Fantástico.

—Voy a quedarme por aquí, para ver cómo evoluciona. Mercy se fue hace un rato. Está esperando una orden de registro para la casa de Alex Kerr, pero quería prepararse para ir con un equipo de pruebas en cuanto se la aprobaran.

—Supongo que está buscando algo que la lleve hasta tu hermana y Molly —dijo Truman.

—Sí. O que le permita concluir que Alex tiene algo que ver con las lesiones de Victor Kerr. —Evan hizo una pausa—. Intento no hacerme ilusiones con mi hermana —dijo en voz baja—. Pero, maldita sea, espero que esta sea la clave para solucionar el caso.

—Cuentas con todo mi apoyo. Tanto tú como los niños —dijo Truman.

—Gracias —respondió Evan.

Ambos colgaron y Truman permaneció sentado durante un largo, tamborileando con un bolígrafo en el escritorio mientras intentaba asimilar lo que habían averiguado en las últimas veinticuatro horas.

Alguien le había dado una paliza a Victor Kerr y muy probablemente lo había abandonado a su suerte para que muriera.

El hombre que había irrumpido en casa de Evan y entrado en el dormitorio de Charlotte con una pistola era un pariente, Alex Kerr.

Alex Kerr podía haber intentado quemar su casa.

Alex Kerr podía ser un buscador del tesoro que había matado a Billy Serrano. Y, por tanto, posiblemente también a Meghan Serrano.

Dado que Alex Kerr había recurrido a la violencia para llegar a los niños, podría estar implicado en las desapariciones de sus padres.

Todo apuntaba a que Alex Kerr podía ser el único autor de todos los delitos.

«Pero anoche había una segunda persona en casa de Evan. ¿Quién era?».

Truman pensó en lo nervioso que se había mostrado Tim Giles en su despacho y que había señalado a Alex Kerr por el asesinato de Billy Serrano.

Los tres eran buscadores del tesoro, un juego despiadado que

ofrecía una recompensa de varios millones.

Algunos cazadores ya habían demostrado que estaban dispuestos a todo para ganar.

«¿Serían capaces de delatarse entre sí para apartar a los demás de la lucha por el premio?».

Truman se levantó y cogió su sombrero.

«Ya sé dónde vive Tim Giles».

CAPÍTULO 41

Mercy estaba sentada en el parachoques de su todoterreno, tamborileando con los dedos sobre el vehículo mientras intentaba contener la energía que bullía en su interior. Había salido de la carretera rural a cinco kilómetros del rancho de los Kerr y había detenido el vehículo, esperando a que el juez aprobara su orden de registro de la casa de Alex Kerr. Eddie le enviaría una copia por correo electrónico en cuanto estuviera firmada y luego llevaría el original al rancho. Un equipo de técnicos de la escena del crimen estaba a la espera. Pero Mercy quería ser la primera en llegar.

Era un día radiante y soplaba una suave brisa que levantaba el ánimo. No era el tiempo adecuado para el trabajo que iba a realizar. Tendría que ser un día nublado y gris. Deprimente. Siniestro.

«Por favor, que sea el vínculo que nos falta con Bridget y Molly».

Se levantó y caminó por la grava, dando patadas a las piedras más grandes. Una furgoneta redujo la velocidad mientras el conductor la observaba. Mercy sacudió la cabeza, sonrió y le hizo un gesto para que siguiera adelante. El tipo le devolvió el saludo y aceleró.

Ya se habían detenido dos personas para ver si necesitaba ayuda.

Así era la vida en el campo.

Rodeó su todoterreno, pensando en todos los rumbos que podía tomar la búsqueda. Algunos buenos. Otros malos. Tenía grabada en el cerebro la distribución de la finca. La granja grande. El granero. Los edificios anexos. La casa móvil de Alex.

Ese lugar no se veía desde la casa principal donde vivían Christine y Linda. Estaba en la parte posterior de la finca, como si la hubieran añadido a posteriori. Recordó lo tenso que se puso Alex al mencionarle su divorcio. Fue un breve destello de ira, pero bastó para demostrar que podía montar en cólera de forma rápida, casi instantánea.

«¿Quién más ha visto esa ira?».

Posiblemente Victor. Los actos de Alex hacia Theodore y Charlotte podían ser una prueba de su enfado con los padres de los niños, lo que lo convertía en el principal sospechoso de la desaparición de Victor.

«Pero ¿por qué está enfadado?».

El padre de Victor, Jack, había sido la primera oveja negra de la

familia, acosado por sus hermanos, que estaban celosos de la atención que le dedicaba su madre y de sus dones naturales.

«¿Es posible que los hijos hayan heredado también ese odio?».

Alex y Victor eran primos hermanos. Alex había afirmado que de pequeños habían sido amigos, pero que luego se habían distanciado. También había dicho que hacía tiempo que no lo veía.

Mercy creía que era mentira.

Era un presentimiento. En el momento en que estableció contacto visual con Alex en la cama del hospital y este se negó a hablar, supo que había torturado a Victor.

«Solo pido que Bridget y Molly estén a salvo».

Lo más probable era que Christine y Linda no supieran que Alex estaba en el hospital. El detenido no había hablado con nadie y no había solicitado una llamada telefónica. Su silencio decía mucho sobre su delito de la noche anterior.

«¿Sabe Christine que su hijo ha estado acosando a Theodore y Charlotte?».

Alex debía de conocer la existencia de los niños cuando se sentó en el despacho de Mercy y no dijo ni una palabra de ellos, de modo que cabía la posibilidad de que Christine y Linda también los conocieran. Además, tampoco los habían mencionado en sus conversaciones con Mercy.

O quizás no sabían nada.

Y luego estaba el delicado tema del tercio de la herencia de Ethel Kerr que debería haber ido a parar a su tercer hijo, Jack, o a sus herederos: Victor, Theodore, Charlotte y Molly.

—No puedo descartar ese móvil —murmuró Mercy para sí.

En su dilatada carrera había descubierto que el dinero, el poder y el sexo solían ser los motivos de la mayoría de los crímenes.

Comprobó si tenía alguna llamada perdida.

«¿Cuánto llegará la orden judicial?».

Mercy volvió a subir al vehículo y puso música para distraerse un poco. Sacó una carpeta de su bolsa y la abrió. Lo primero que vio fue una foto de Bridget Kerr. La imagen era granulada, sacada de un registro del Departamento de Tráfico de la foto de su carné de conducir, de cuando aún era Bethany Bolton.

Recordó que ni Christine ni Linda habían pedido ver una foto de la Bridget. Tampoco lo había hecho Alex.

Mercy había supuesto que si una mujer desconocida hubiera llamado a su puerta se lo habrían dicho.

«Nunca des nada por sentado», pensó.

—Mierda.

Arrancó su vehículo. Quería que Linda y Christine vieran la foto, aunque fuera vieja y granulada. No necesitaban saber que estaba a

punto de registrar la casa de Alex en busca de pruebas que lo relacionaran con la tortura de Victor Kerr y la desaparición de Bridget y Molly.

—Me quedaron algunas preguntas pendientes —dijo a su reflejo en el espejo retrovisor, practicando una sonrisa despreocupada.

No iba a llamarlas antes. Quería que las mujeres se sorprendieran, no que estuvieran preparadas.

«¿Significa eso que me quedo sin galletas?».

Al cabo de unos minutos, aparcó delante de la gran granja. Con la foto en el bolso, subió los escalones hasta el porche y llamó al timbre. Un minuto después volvió a llamar pulsando con fuerza.

«Maldita sea».

Mercy volvió a bajar los escalones y se dirigió a la parte trasera de la casa. Allí estaba la terraza con la mesa y la sombrilla donde había compartido galletas y té helado con las ancianas. Tomó un sendero hacia uno de los edificios anexos y vio a Linda Kerr montando a caballo en un cercado. La mujer estaba sentada perfectamente erguida a lomos de un corcel pinto que se movía a un trote increíblemente pausado. No era un paso perezoso, sino que el animal ejecutaba unos movimientos lentos y precisos, con la cabeza y el cuello en una posición perfecta.

Mercy reconoció la gran destreza de la mujer, ya que en el pasado había asistido a bastantes espectáculos ecuestres.

Linda la vio e inmediatamente giró el caballo en su dirección, levantando una mano para hacer visera. Al cabo de un segundo la saludó.

—¡Hola, agente Mercy!

Mercy le devolvió el saludo y se detuvo ante la valla. Percibió los olores del caballo y de la tierra seca. Eran buenos olores. Le recordaban la granja de sus padres y todo el tiempo que había pasado con los caballos de niña. El pinto se acercó y relinchó, con las orejas tiesas y una mirada de interés. Ella le acarició el morro aterciopelado y lamentó no poder llegar a su hermoso cuello.

—¿Qué la trae hoy por aquí? —preguntó Linda, que desmontó y acompañó el caballo hacia el pequeño establo. Mercy la siguió por el otro lado de la valla.

—El otro día me quedaron pendientes un par de preguntas. He llamado al timbre de la casa, pero no ha contestado nadie. ¿Está Christine también por aquí?

—Sí, debería estar en la casa. ¿Qué hora es?

—Casi la una.

—Probablemente esté durmiendo la siesta, pero seguro que el timbre la ha despertado. Dele diez minutos y estará operativa —dijo Linda con una sonrisa. En el interior del establo, deslizó un ronzal

sobre la brida del caballo y lo ató a un travesaño. Se volvió hacia Mercy—. ¿Qué preguntas quería hacernos?

Mercy sacó la foto de baja calidad de su bolso.

—Quería que vieran esto. La última vez que estuve, me olvidé de enseñarles una foto de Bridget Kerr.

Linda cogió el papel y Mercy la observó con atención.

La mujer examinó la imagen durante unos instantes y luego sacudió la cabeza.

—Lo siento. No me resulta familiar. —Le devolvió la foto a Mercy —. ¿Es antigua?

—Sí, pero es todo lo que tenemos.

—Llamaré a Chrissy para asegurarme de que está despierta —dijo Linda, sacando el teléfono del bolsillo de la camisa—. Si lo está, puede enseñársela.

Tocó la pantalla y se llevó el teléfono a la oreja.

Mercy decidió darse un capricho y le acarició el cuello al caballo. Un animal cálido. Pelaje suave.

«Echo de menos los caballos».

—¿Te has levantado? —preguntó Linda al teléfono—. Sí, era la agente del FBI, Mercy. Está aquí en el establo conmigo. —Una pausa —. Quiere enseñarte una foto. —Hizo un leve gesto con la cabeza en dirección a Mercy—. Le diré que suba. Pon la hornada de ayer.

Colgó, se guardó el teléfono en el bolsillo y dirigió su atención a una hebilla de la brida.

—Adelante. Subiré en cuanto acabe con Picasso. He hecho galletas con una nueva receta y me gustaría conocer el veredicto de sus papilas profesionales.

—No soy una profesional. —Mercy se rio—. Estaría más que encantada de volver a probar las de chocolate.

—También me quedan.

Mercy salió del establo y regresó a la casa grande, notando el olor a caballo que le impregnaba la mano. Le vinieron a la mente más recuerdos. Rose y ella montando en el bosque. Mientras su caballo tuviera otro al que seguir, Rose podía ir a cualquier parte y atravesar la vegetación más agreste.

«Los niños deberían aprender a montar a caballo».

Consultó el teléfono en busca de un mensaje de Eddie sobre la orden judicial. Nada. Al cabo de un par de minutos, llamó a la puerta principal de la casa grande. Christine la abrió casi al instante.

—¡Entre! ¡Entre! Siento haberme quedado dormida.

—Y yo siento haberla despertado —dijo Mercy, siguiendo a la mujer sonriente por la casa hasta la cocina.

—Linda quería que probara esto. —Christine cogió un recipiente de plástico de la encimera y se lo entregó a Mercy—. ¿Le importa

llevarlo? He puesto un poco de té helado fuera, y estoy segura de que Linda no tardará en llegar. —Abrió un armario y sacó unos cuantos platos pequeños con motivos florales y algunas servilletas—. Linda ha hecho galletas blancas y negras. Es una receta nueva. Creo que el glaseado blanco no le ha quedado perfecto, pero ella no opina lo mismo.

Mercy miró por la ventana y vio una jarra y unos vasos sobre la mesa de hierro forjado. Quedarse a comer galletas no formaba parte de sus planes, pero su última visita había sido esclarecedora. Era una buena oportunidad para insistirles con tacto en que le dieran más información sobre Alex. Examinó a Christine y decidió que no sabía que su hijo había sido detenido y que estaba en el hospital. Era la misma de siempre, con la sonrisa a flor de piel. Aunque todavía parecía medio dormida.

Christine la acompañó al porche y sirvió un vaso alto de té helado para cada una. Mercy lo miró, preguntándose cuánto bourbon tendría. Tomó un sorbo con cuidado.

Estaba muy cargado.

—Christine, ¿podría tomar un vaso de agua? Tengo que conducir para volver a la ciudad.

La anciana estaba colocando los platos y doblando las servilletas con formas muy elaboradas.

—Adelante. No me lo tomaré como algo personal. —Se rio—. Los vasos están en el armario junto al fregadero.

Mercy volvió a entrar en la casa. La cocina era antigua, pero estaba inmaculada. El frigorífico y el lavavajillas parecían nuevos, pero los fogones eran una reliquia de color aguacate. Mercy abrió el armario que había junto al fregadero, cogió un vaso y utilizó el grifo del frigorífico. Observó cómo se llenaba.

«Un momento. ¿Qué acabo de ver?».

Dejó el vaso medio lleno en la encimera y abrió de nuevo el armario. En el segundo estante, encima de los vasos normales, había dos tazas infantiles con personajes de *Barrio Sésamo*, una de Paco Pico y otra de Elmo.

Mercy se las quedó mirando.

«Ninguna de las dos mujeres tiene nietos. Las tazas están justo delante. No al fondo o en un estante superior, como si apenas las usaran. Molly».

Mercy cerró el armario y permaneció inmóvil durante unos instantes mientras su mente procesaba lo que había visto.

«Vete. Pide refuerzos. Ahora».

Se dirigió a la puerta corredera de cristal.

—¿Christine? Lo siento, pero he recibido un mensaje y tengo que volver a la oficina.

—¡Ah! Yo también lo siento. Deje que le prepare unas galletas.

Christine puso varias galletas en un plato y lo llevó hacia la puerta.

Mercy se apartó para dejar pasar a la mujer y examinó la cocina y el comedor, en busca de más indicios de que las dos hermanas no vivían solas.

—Las pondré en una bolsita y te las puedes llevar.

Mientras Christine se afanaba en la cocina, Mercy retrocedió lentamente hasta tener una línea de visión de la puerta principal.

—Aquí tiene. —La mujer le dedicó una gran sonrisa—. Ya le dirá a Linda lo que le parece.

Mercy cogió la bolsita, le dio las gracias y atravesó el salón en dirección a la puerta principal.

En ese momento, el suelo crujió detrás de ella y recibió un golpe en la nuca, como si le hubieran fracturado el cráneo. Mercy cayó de rodillas, con la vista nublada, y tiró las galletas mientras buscaba su arma.

Otro golpe y los ojos le hicieron chiribitas.

Y luego, la nada.

CAPÍTULO 42

Truman estaba a medio camino de la casa de Tim Giles cuando recibió la llamada de Ina Smythe. Pulsó un botón en el volante.

—Hola, Ina. ¿Cómo estás? —respondió.

—Bien, bien. Me duele un poco la espalda, pero tampoco es novedad.

Se alegró de que empleara un tono alegre. Sabía que tenía días buenos y malos con la espalda, las caderas y las rodillas. Ese parecía ser uno de los buenos.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Me dijiste que examinara los mapas forestales y de senderos de las zonas a las que fui con Rolly.

Enseguida le vino a la mente la conversación que habían tenido dos días antes.

—¿Te resulta familiar alguno de los nombres de los lugares?

Casi había olvidado que le había pedido que le indicara alguna zona que pudiera tener un significado especial para Chester Rollins.

—Todos me resultan familiares. Cuando vives en el mismo lugar toda tu vida, los conoces más o menos todos.

—Eso es cierto.

—Pero hubo uno que me llamó la atención. He dedicado el último día y medio a tirar de ese hilo.

—¿Y?

—He buscado fotos del lugar en internet, y estoy segura de que fui allí con Rolly al menos dos veces. Ahora ha cambiado mucho. El sendero se encuentra en mejor estado y han añadido barandillas. Incluso hay un baño al inicio. Pero sé que estuvimos allí, y recuerdo que a Rolly le encantaba el mirador.

—Genial. —Truman tomó un desvío para abandonar la carretera rural—. ¿Dónde es?

—El mirador se llama Descanso del Ángel. Me sonó en cuanto vi el nombre. Rolly dijo que se llamaba así por mí —dijo entre risas—. Siempre me llamaba «su ángel». Debo admitir que esta búsqueda me ha traído muchos recuerdos. Una vez allí arriba encontramos una roca ancha y plana que estaba lejos del sendero. Sabíamos que no nos encontraríamos con nadie, así que…

—Ina…. ¿es un detalle importante que deba conocer?

Truman se puso tenso al pensar en la escena que quería describirle la anciana.

Ella se rio.

—Supongo que no. Pero recuerdo que el Descanso de Ángel le causó impresión.

—¿Algún otro lugar?

—Todavía estoy revisando los mapas. Te avisaré si recuerdo algo más.

—Genial. Te lo agradezco mucho y…

—Otra cosa. Me equivoqué con el bebé. Me confundí.

—¿No tuvo un hijo con alguien? —preguntó Truman.

—Huy, sí. Pero fue un niño, no una niña. Es que una amiga tuvo una niña por la misma época.

—¿Estás segura?

—Sí. Te lo juro por Dios. Tengo que irme. Llaman a la puerta.

—Gracias, Ina.

Truman colgó y necesitó cinco segundos para asimilar la información que acababa de darle Ina antes de que una llamada de Eddie, el compañero de Mercy en el FBI, iluminara la pantalla de su móvil.

—Hola, Eddie —respondió.

—¿Está Mercy contigo? —preguntó el agente.

—No, creo que está en el hospital.

—No contesta al teléfono. Tengo la orden que quería. Me ha enviado media docena de mensajes de texto preguntando si estaba lista, y ahora me encuentro en el lugar. El registro ya ha empezado, pero todavía no la he localizado.

—¿Una orden para qué? —preguntó Truman.

—Para el registro del domicilio y los vehículos de Alex Kerr.

—Sí, me lo dijo. No he hablado con ella, pero Evan Bolton me ha comunicado que lo había identificado esta mañana.

—Cuando la llamo me salta directamente el buzón de voz.

—Pues parece que está en una zona fuera de cobertura.

—Teniendo en cuenta su impaciencia por conseguir esta orden, me resulta extraño que pase tanto tiempo en una zona en la que no pueda localizarla para decirle que ya la tenemos.

Truman le dio la razón. Mercy conocía los puntos muertos de la cobertura de las antenas para móviles del condado. Todo el mundo los conocía.

—Espera —le dijo a Eddie mientras aparcaba a un lado de la carretera. Tomó el teléfono y abrió la aplicación que rastreaba a su familia.

Ollie y Kaylie aparecieron al cabo de diez segundos. Kaylie estaba en la cafetería y Ollie en el Burger King. El localizador de Mercy

mostró su posición de hacía dos horas y luego se quedó en blanco. El pequeño icono giraba y mostraba el mensaje: NO SE HA ENCONTRADO LA UBICACIÓN. Una y otra vez. Truman actualizó la pantalla tres veces.

NO SE HA ENCONTRADO LA UBICACIÓN.

«¿Qué ubicación ha mostrado antes de desaparecer?».

Truman cerró los ojos, concentrándose en lo que había visto.

Abbotswell Road. En las afueras de la ciudad.

—No aparece en mi localizador —le dijo a Eddie.

—Sé que ocurre a veces y que no suele ser un gran problema, pero eso no significa que me guste —dijo Eddie, implacable.

Eddie era como un hermano para Mercy. La desaparición de la agente el año anterior supuso un duro golpe para él.

—Antes de que se actualizara a «No se ha encontrado la ubicación» estaba en Abbotswell Road.

—Eso está a un kilómetro y medio de aquí. Debía de dirigirse al lugar del registro.

—Me extrañaría que hubiera ido antes de conseguir la orden —dijo Truman.

—No creo que entrara en la casa, pero tiene su lógica que inspeccionara el exterior porque sabe que Alex sigue en el hospital. No entiendo por qué no está aquí. ¿Qué podría haberla llevado a otro sitio?

—Buena pregunta. Espero que se dé cuenta enseguida de que está fuera de cobertura.

—El registro nos llevará unas dos horas. No me puedo creer que se esté perdiendo esto.

—Estoy seguro de que aparecerá. Voy para ahí para verla cuando llegue —dijo Truman dando media vuelta.

La incertidumbre le estaba provocando una gran desazón.

«Esto no es propio de Mercy. Tim Giles puede esperar».

CAPÍTULO 43

—¿En qué demonios estabas pensando?

—¿Qué querías que hiciera?

—¡Pues utilizar la cabeza! En menudo lío nos has metido.

Mercy oyó pasos a su alrededor y el crujido del suelo mientras recuperaba la conciencia. Estaba boca abajo, con las manos atadas a la espalda. Abrió un ojo y vio una alfombra de color verde oscuro.

Notó una punzada de dolor en la nuca.

«Christine».

La mujer la había golpeado. Dos veces.

Mercy estaba en el salón de los Kerr, con la mejilla apoyada en la alfombra y los hombros doloridos por culpa de la posición de las manos.

Las hermanas se habían enzarzado en una discusión.

—Estoy segura de que ha visto las tazas infantiles. Tenía que hacer algo para evitar que se fuera. No voy a permitir que todo el trabajo de Alex se vaya al traste. Esta familia es lo primero.

«Tiene razón».

—Necesitamos el dinero. Nos lo merecemos —le dijo Christine a Linda—. El hijo antisocial de Jack no se lo merece.

«Victor».

—Ese perdedor abandonó la sociedad. Quería vivir de la tierra, al margen de todo. No necesita el dinero.

«Debe de referirse al testamento de Ethel».

Mercy había estado en lo cierto. Las mujeres no querían dar el tercio de la herencia de Jack Kerr a sus descendientes.

—¡Mi Alex lo arriesgó todo anoche y no sé si está vivo o muerto! He peinado las redes sociales y llamado a las cadenas de noticias para intentar averiguar qué ha pasado, ¡pero nadie dice nada!

Mercy mantuvo los ojos cerrados, sorprendida de que Christine no hubiera averiguado que Alex estaba vivo y en el hospital. Y en serios problemas.

—Bueno, o está muerto o está herido —afirmó Linda, palabras que provocaron el lamento de Christine—. Agradezco las intenciones, pero vuestra cagada es de dimensiones cósmicas.

—Hacíamos lo mejor para los nuestros. Nuestro lema siempre ha sido proteger a la familia a toda costa. Si Alex está herido, sé que

nunca diría una palabra contra nosotras. Se llevaría nuestros secretos a la tumba.

«En este caso, no es una cualidad admirable».

Las fibras de la alfombra le hacían cosquillas en la nariz, y se movió imperceptiblemente para aliviarse.

«¿Cuántos secretos necesitan llevarse a la tumba estas mujeres?».

—Entonces, ¿dónde está? —preguntó Linda—. No podemos hacer esto solas. —Suspiró, y Mercy notó un golpe en la pierna—. ¿Qué coño crees que vamos a hacer con una agente del FBI?

—Tenía que pararle los pies.

—Eso ya lo entiendo.

—Entonces, ¿por qué me hablas así? —preguntó Christine al borde de las lágrimas—. No se me ha ocurrido otra cosa.

Alguien le dio una patada en las costillas y Mercy gruñó.

—Creía que estabas despierta —dijo Linda, agachada junto a la cabeza de la agente, con un rifle en las manos—. Nos has causado muchos problemas.

—Alguien vendrá a buscarme pronto. Saben dónde estoy —dijo Mercy, con la boca pegada a la alfombra.

El agotamiento de hablar le hizo ver chiribitas de nuevo. Tuvo que hacer un gran esfuerzo y sentía un dolor insoportable en la cabeza.

—No te creo —dijo Linda—. Si estuvieran en camino, no habrías dicho nada. Habrías preferido que nos sorprendieran.

«Tiene razón».

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Linda.

—Para mostraros la foto —murmuró Mercy, tratando de mover la boca lo menos posible para evitar la punzada de dolor que le atravesaba el cerebro.

—Mentira. ¿Qué ha pasado con Alex? —preguntó Linda.

—No lo sé.

—¿Qué vamos a hacer con ella? —susurró Christine.

—¿Vamos? —preguntó Linda—. ¡La responsable eres tú! Tú y ese descerebrado que tienes por hijo.

—¡Lo que hemos hecho ha sido por el bien común!

—¡Cállate y déjame pensar! —Linda se puso a dar vueltas en círculos.

Christine se quedó callada.

—Ahora mismo tus intenciones ya no importan. Tienes a una agente del FBI que sabe que la has golpeado en la cabeza y atado. —Linda se detuvo y miró fijamente a su hermana—. ¿Crees que podemos ignorar esto sin más?

—No —respondió Christine en voz baja.

—Claro que no. De momento tenemos que bajarla al sótano y ya

lo decidiremos luego. Yo me encargo de mover su vehículo. Al menos has hecho algo bien destruyendo su teléfono de un martillazo. Agárrala de un hombro.

Las mujeres la agarraron de las axilas y la arrastraron. Mercy se retorció, decidida a plantar cara. Aquellas mujeres harían todo lo posible por protegerse, lo cual no suponía nada bueno para ella.

—¡No te muevas!

A Christine le resbaló la mano del hombro y Linda tiró con más fuerza del otro. Mercy se retorció y logró apoyar las rodillas en el suelo. Intentó mover un pie hacia delante para levantarse, pero volvió a caer de rodillas.

«Tengo que darles un cabezazo. Morder. Derribarlas. Hacer algo».

Sintió un golpe en la nuca y vio de nuevo una explosión de colores.

Luego, la oscuridad.

CAPÍTULO 44

Alguien cantaba.

«Calla, pequeña, no digas nada…».

Mercy mantuvo los ojos cerrados e intentó relajarse para mitigar el insoportable dolor de cabeza. La almohada era dura y demasiado abultada. No era de extrañar que le doliera.

«Me han golpeado otra vez».

Abrió los ojos de golpe y vio la mirada amable de una mujer joven. Estaba sentada en el suelo de la pequeña habitación, con una niña en el regazo. Mercy se levantó bruscamente, ignorando la punzada de dolor que le atravesaba el cerebro, incapaz de apartar la mirada.

—Eres Bethany Bolton —dijo atropelladamente.

«Está viva».

La mujer abrió los ojos de par en par, sorprendida.

—Lo era. Ahora soy Bridget Kerr. ¿Cómo lo has sabido? ¿Quién eres?

La abrumadora sensación de alivio la dejó sin fuerza en los brazos y se desplomó de nuevo.

—Te he estado buscando, todo el mundo te está buscando —respondió atropelladamente—. No sabíamos si estabas muerta, escondida o qué.

—¿Quién eres tú? —La voz de Bridget subió una octava.

—FBI —dijo Mercy, que cerró los ojos cuando la habitación empezó a girar lentamente—. Me llamo Mercy y… ¡oh! ¡Tus hijos están bien! Están en casa de Evan.

Parpadeó y volvió a mirar a la mujer. Se dio cuenta de que se parecía a Charlotte. La niña rubia se limitó a mirar a Mercy con gesto inexpresivo.

—¿Evan? ¿Mi hermano? ¿Está con Charlotte y Theodore? —A Bridget se le quebró la voz—. ¿Y Victor? ¿Dónde está Victor? Alex no me dijo lo que le había hecho.

—Tu marido está en el hospital. Le dieron una paliza.

—¿Lo has visto? —preguntó con el rostro surcado de lágrimas—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué le hizo Alex?

—¿Alex Kerr es el autor de todo esto? —preguntó Mercy. A su cerebro le costaba encajar las piezas—. Lo sospechaba, pero no estaba

segura. Victor tiene rotos algunos dedos. Y la mandíbula. Debo ser sincera contigo: ha sufrido una lesión en la cabeza y no sé lo grave que es. Sí sé que Alex lo abandonó a su suerte. Lo encontramos en el fondo de un tubo de lava, deshidratado e inconsciente, pero ahora está recibiendo atención médica.

Bridget apoyó los labios sobre la cabeza de Molly y abrazó a la niña hasta que esta se retorció en señal de protesta. La madre sollozó. La pequeña se volvió, miró a Bridget y le acarició la mejilla húmeda.

—Estoy bien, cariño —susurró Bridget—. Todos están bien. Charlotte, Theodore y tu padre. Vamos a salir de este sitio.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí? —preguntó Mercy.

La sensación de mareo había disminuido y decidió sentarse. Buscó su teléfono y su arma. Ambos habían desaparecido. También sus zapatos. Se encontraba en una habitación del tamaño de un dormitorio pequeño, sin ventanas, sillas ni cama. Había unos cuantos cojines pequeños y finos esparcidos por el suelo de cemento, y Mercy se los quedó mirando. En ese momento le vino un recuerdo a la cabeza. Estaban cubiertos de una tela descolorida con palmeras y loros.

«Cojines para las sillas de exterior».

Mercy se había sentado en las duras sillas de metal mientras comía galletas.

Mientras Bridget y Molly estaban retenidas como prisioneras.

«Se encontraban encerradas en el sótano mientras las hermanas me entretenían arriba».

A Mercy se le revolvió el estómago. Había estado tan cerca de ellas…

—Depende del día que sea —dijo Bridget con una risa áspera—. Tengo la sensación de que llevo varios meses aquí.

—Según tus hijos, hace casi tres semanas que te fuiste.

—He estado aquí todo ese tiempo —afirmó Bridget—. Esta gente está como una puta cabra. Victor siempre me había dicho que eran unos hijos de puta egoístas y violentos, pero yo creía que su opinión era parcial. Sin embargo, tenía toda la razón.

—¿Te refieres a Christine y Linda? —preguntó Mercy.

—Y a Alex. Toda la familia está podrida hasta la médula. Lo llevan en la sangre —afirmó con un deje cargado de ira y de odio—. Qué ingenua he sido.

Mercy siguió examinando la habitación. En un rincón había una mininevera, con cajas de galletas y cereales encima. En otra había un gran montón de juguetes de colores. Varios libros infantiles, de los que tienen páginas rígidas, ideales para los niños pequeños, estaban apilados encima de una caja de pañales.

«¿Ha estado encerrada en esta habitación con Molly durante

semanas?».

Mercy se estremeció. La falta de ventanas la desorientaba. No tenía ni idea de la hora ni del tiempo que llevaba inconsciente. Recordó que Linda había mencionado un sótano. No era de extrañar que se sintiera como si estuviera enterrada. Mercy olisqueó. La habitación olía a pañales sucios. Miró hacia atrás y vio una bolsa de basura en el suelo con varios bultos pequeños que debían de ser los pañales usados. Al lado había un cubo grande con tapa.

«¿Es ese su inodoro?».

Volvió a mirar a Bridget, que asintió.

—Sí, eso es lo que piensas que es. Y siento que huela tan mal. Yo ya me he acostumbrado. Suelen esperar unos cinco días antes de cambiar el cubo, pero creo que esta vez ha pasado más tiempo.

La vejiga de Mercy se despertó de repente.

«No puedo. Al menos, todavía no».

—Las toallitas para bebés han sido mi salvación —dijo Bridget—. Gracias a ellas ambas estamos aseadas, pero tengo el pelo asqueroso. —Se tocó el cuero cabelludo.

—¿Te dan de comer? —preguntó Mercy.

—Sí. No escatiman con la comida. Me lo tomo como una señal de que al final nos dejarán ir.

Mercy pensó en Victor en el fondo del tubo de lava. A él nadie le había dejado irse.

—Lo difícil es entretenerla. —Bridget le hizo el caballito a Molly en su regazo, pero la niña mantenía un gesto triste—. Le leo libros una y otra vez. Cantamos canciones, hacemos yoga y toda la actividad física que podemos. —Bajó la voz—. Pero ha dejado de hablar. No había aprendido muchas palabras… quizá unas veinte, pero al menos decía algo. Ahora ni siquiera lo intenta. —Bridget se limpió una lágrima de la mejilla—. No sé cuánto tiempo más podremos aguantar así. Me han asegurado que nos darán parte del dinero si no digo nada a la policía ni a nadie. Creen que así no abriré la boca. Idiotas… Haré todo lo posible para meterlos a todos en la cárcel. Por eso miento y les digo que guardaré silencio a cambio del dinero.

«El patrimonio de Ethel. El tercio que de todas formas pertenece a Victor».

—Qué generosas —dijo Mercy con frialdad—. ¿Cómo estableciste contacto con ellas?

—Llamé a su puerta. —Bridget hizo una mueca—. Pero primero fui a casa de Evan…

—¿Cómo? ¡Evan me dijo que no te había visto desde hacía catorce años!

—Es cierto. Lo único que hice fue dejar una nota; no sabía lo que pensaba de mí después de haberme ido y no dar señales de vida en

todo este tiempo.

Mercy se la quedó mirando.

—¿Dónde le dejaste la nota?

—En su vehículo en la entrada de su casa.

—Pues no la encontró. Debió de salir volando.

—La sujeté con el limpiaparabrisas. Es imposible que se la llevara el viento. —Bridget frunció el ceño—. La esperanza de que hubiera encontrado la nota es lo único que me ha permitido mantener la cordura. Confiaba en que intentara encontrar a Victor por mí.

—¿No sabías dónde había ido Victor? ¿Por qué les pediste a tus hijos que dijeran a la gente que había muerto? Se sintieron muy culpables por compartir ese secreto con nosotros. Theodore se enfadó con Charlotte cuando nos contó la verdad, pero lo hizo en el momento adecuado. Necesitábamos saberlo.

Bridget se tapó los ojos con una mano.

—Benditos sean. Son unos niños muy buenos. Me siento fatal por haberles impuesto esa carga.

—Ya lo creo que son buenos. Te doy toda la razón. Y han creado un estrecho vínculo con Evan.

Bridget volvió a llorar.

—Me alegro mucho. Lo he pasado muy mal todos estos años alejada de mi gente. Quería mucho a mi hermano. Aún lo quiero.

—Tendrás que decirme por qué no te pusiste en contacto con tu familia, pero primero quiero saber por qué no pudiste encontrar a Victor.

—No estaba segura de a dónde había ido. Cuando pasó una semana, empecé a preocuparme. No podía quedarme en casa de brazos cruzados.

—No te habría venido nada mal tener un teléfono móvil —dijo Mercy.

—Lo sé. Victor y yo hemos hablado de ello docenas de veces, pero no queremos renunciar a nuestro compromiso de vivir y criar a nuestros hijos a nuestra manera. Los teléfonos móviles son útiles, pero no son un producto de primera necesidad.

Mercy esperaba que Charlotte no se hubiera convertido en una adicta al teléfono barato que Evan había comprado para los niños.

—Todavía no entiendo por qué se fue Victor y por qué ordenaste a los niños que dijeran que había muerto.

Suspiró.

—Es complicado. Victor no confiaba plenamente en Alex y…

—Alto ahí. —Mercy se irguió y notó un pinchazo en la sien. Se sentía más estable, pero los movimientos bruscos le dolían—. Alex dijo que no había tenido noticias de Victor desde que se fue hace más de una década.

—Eso es mentira. —Bridget le acarició el pelo a Molly. La niña se había acurrucado contra el pecho de su madre, apoyada en un brazo. Aún era un bebé—. Victor se encontró con Alex en la ciudad hace unos años, y a partir de entonces empezaron a quedar de vez en cuando para tomar una cerveza. En su día fueron muy amigos, pero Victor dijo que nunca se había sentido del todo cómodo con aquel hombre. Alex solo se preocupaba de sí mismo. Cuando recuperaron la relación, Victor no le habló de mí ni de los niños. Tampoco le dijo dónde vivía. Si no hemos mantenido contacto con mi familia es en parte porque Victor temía que los Kerr nos encontraran a través de ellos. No confiaba en la gente de mayor edad de esa familia. —Se le demudó el rostro—. Pensé que exageraba un poco. Pero no. En cambio, estaba convencido de que era seguro ver a Alex de vez en cuando, y se equivocaba.

—Yo estuve mucho tiempo sin hablar con mi familia —admitió Mercy lentamente—. Pero me sentí apartada… abandonada. Me cuesta entender cómo pudiste cortar la relación durante tanto tiempo con una gente que, en principio, parecen buenas personas. —Hizo una pausa, recordando que los chicos no podían hablar de temas tabú—. Bridget, ¿tienes la sensación de que Victor es demasiado controlador? ¿Con respecto a los niños y también a ti?

Bridget apartó la mirada.

—Entiendo que a alguien de fuera se lo parezca, pero lo acordamos todo como pareja. Muchas de las restricciones que pusimos a los niños se me ocurrieron a mí, no fueron solo ideas suyas. Decidimos que nuestros hijos no necesitaban saber nada de nuestras vidas antes de conocernos y el hecho de tener una norma para no hablar de ello lo facilitaba todo. También queríamos llevar una vida sencilla, alejada del consumismo de la sociedad y de una delincuencia desbocada. Vivir de la tierra era un sueño para ambos y una buena opción para evitar a los otros Kerr. Tienes que entender lo poco que confiaba Victor en Christine y Linda. Creía que eran capaces de cualquier cosa para deshacerse de alguien.

—Y no le faltaba razón —dijo Mercy, que aun así pensaba que Victor ejercía un control desmesurado sobre su familia.

—Haría lo que fuera por él —dijo Bridget, esbozando una sonrisa —. Cuando nos conocimos, fue como si mi alma lo hubiera estado esperando. Ambos supimos al instante que el nuestro era un amor especial… grande, ardiente. Un amor que nos llevaría a seguir al otro hasta el fin del mundo. Y cuando tuvimos a los niños, nuestra relación se estrechó aún más. Nunca se ha debilitado en todos los años que llevamos casados. Tenemos una unión inquebrantable. Creo que poca gente puede decir lo mismo.

«Yo sí», pensó Mercy.

Al pensar en Truman, sintió una punzada de dolor en el pecho.

«Comprendo ese amor ardiente».

—Al final, vine aquí y llamé a la puerta —dijo Bridget—. No estaba segura de quién vivía en la antigua casa de los Kerr, pero Victor me había dicho que Alex aún vivía en la finca. Yo sabía lo de sus tías. Según Victor, nunca lo habían aceptado a él ni a su padre como parte de la familia. —Frunció los labios con una mirada de recelo—. Siempre sospechó que ellas dos estaban detrás del accidente de barco de sus maridos.

Sus palabras no la sorprendieron.

—¿Tenía pruebas de ello? Si lo sabías, ¿por qué viniste aquí?

—No tenía idea de a dónde más ir. Dado que a veces se veía con Alex, me pareció un punto de partida lógico. En cuanto a las pruebas, Victor investigó el accidente del barco, porque nunca acabó de convencerle la versión oficial, sobre todo teniendo en cuenta lo que había oído sobre las mujeres y su abuela Ethel.

Mercy estaba fascinada.

—¿Qué había oído sobre Ethel?

—Dicen que envenenó a su marido. No recuerdo cómo se llamaba.

—Albert —dijo Mercy—. Estás insinuando que las hermanas Kerr son viudas negras.

Un velo de duda asomó al rostro de Bridget.

—De nuevo, no hay pruebas. Solo son rumores. Pero Victor tenía un fuerte presentimiento sobre la muerte de sus maridos.

—Encontraron unas tasas de drogas y alcohol muy elevadas en sus cuerpos; bueno, en uno de ellos. El cadáver del segundo no apareció jamás.

Mercy todavía confiaba en que Joshua Kerr apareciera de alguna manera. Había aprendido a no creer que alguien estaba muerto hasta ver el cadáver.

—Eso hizo que Victor sospechara que habían envenenado a Ethel. Según dijo, su abuela empeoró rápidamente. Sé que ocurre a veces, pero sucedió en un momento demasiado conveniente.

«Hice bien al recelar de todas las muertes que se habían producido en esta familia».

Christine y Linda podrían ser algo más que unas simples viudas negras.

—Por eso todavía me cuesta más entender por qué viniste aquí —dijo Mercy.

—En el peor de los casos, pensé que se mostrarían groseras y me echarían. Nunca imaginé que me harían esto. Para ellas era una desconocida.

—¿Qué ocurrió cuando llamaste a la puerta? —preguntó Mercy.

—Me invitaron a entrar. Les hizo ilusión que estuviera casada con Victor y me dijeron que hacía años que no sabían nada de él. Me engañaron para que bajara al sótano diciéndome que aquí tenían fotos de bebé de Victor en una caja, pero antes me dieron té y galletas como si se alegraran mucho de verme. Christine enseguida empezó a hacerle carantoñas a Molly, a jugar al cucú y le dio un peluche para que se entretuviera.

—¿Compraron los libros y los juguetes? —Mercy señaló los montones.

—Sí. Son todos nuevos. Cuando Christine los bajó, me fijé en cómo miraba a Molly. Sospecho que se muere de ganas de tener nietos. Linda se burló de ella. —Agachó la mirada—. He dejado que Christine se lleve a Molly arriba.

Mercy parpadeó.

—Aunque sé que son malvadas, creía sinceramente que Christine no le haría daño. Pasarse el día encerrada aquí abajo no es bueno para ella. Al menos cuando estaba arriba, Christine la llevaba a ver los caballos y a pasear por al aire libre. —Bridget hizo una mueca—. Así también yo podía tomarme un respiro. —Miró a Mercy a los ojos, con un gesto de culpabilidad—. Soy una madre horrible —susurró.

—Eso no es verdad —replicó Mercy—. Estás en una situación horrible. Hiciste lo que considerabas más apropiado para ti y para Molly. Y creo que obraste bien. —Mercy no podía imaginar lo angustiada y agotada que debía de estar Bridget para permitir que su captora jugara con su hija—. Probablemente les ayudó a confiar en ti y dio más credibilidad a tu promesa de que accederías a no contar a nadie lo que habían hecho para quedarse con el dinero.

Bridget asintió, pero no parecía muy convencida. Entonces adoptó un gesto muy serio.

—Cuando Chester murió, Victor recibió una carta suya en la que…

—¿Quién es Chester?

Bridget frunció el ceño.

—Chester Rollins.

—¿El millonario? ¿Qué tiene que ver con Victor?

Bridget se quedó boquiabierta.

—Creía que lo sabías. Como has hablado del dinero…

Mercy estaba perdida.

—¿La herencia de Ethel? Victor tiene derecho a un tercio de la herencia de su padre. ¿Acaso Alex no estuvo a punto de matarlo justamente por eso?

—No, qué va… —Negó con vehemencia—. Chester Rollins es el abuelo de Victor. Le dejó una herencia.

—¿Victor es el heredero de la fortuna de Rollins? —exclamó

Mercy.

—Bueno, más o menos. Es un asunto bastante complicado.

Mercy no entendía cómo encajaban las piezas de aquel rompecabezas.

—Christine me dijo que no sabían quién era el padre de Jack, que el marido de Ethel estaba fuera cuando Jack fue concebido. ¿Crees que fue Chester Rollins?

—Sé que fue Chester Rollins. Se puso en contacto con Victor hace unos años y se lo contó. Y desde entonces no dejó de presionarlo para que le permitiera nombrarlo heredero, pero Victor no quiso.

Mercy no daba crédito.

«¿Quién rechaza una fortuna de varios millones de dólares? Un tipo que vive al margen de la sociedad y se niega a utilizar un teléfono móvil».

—Victor odiaba todo lo relacionado con Chester. Consideraba que había abandonado a su padre, Jack, que lo había tirado a los lobos de los Kerr. Además, le repugnaban sus exhibiciones de trofeos de caza y su vida pública como mujeriego. No quería el dinero de ese hombre; no quería tener ningún tipo de vínculo con él. Ese fue otro motivo por el que ordenamos a los chicos que dijeran que su padre había muerto, por si los abogados de Chester o los periodistas venían a husmear. Victor tenía la corazonada de que la situación explotaría tras la muerte de Chester.

—Así que Chester murió y Victor recibió una carta que decía…

Mercy, como el resto del país, sabía que Chester Rollins había dejado todo su dinero a organizaciones benéficas, salvo los dos millones de dólares de la búsqueda del tesoro.

—Ya sabes cómo era Chester —dijo Bridget—. Un poco raro. Le gustaban los rompecabezas, la fama y todo lo que se saliera de lo normal.

—Algo he leído.

—La carta incluía indicaciones sobre el tesoro.

Mercy se quedó atónita.

—¿Chester creía que Victor aceptaría un tesoro de dos millones de dólares cuando ya había rechazado una herencia?

—La carta decía que de este modo nadie sabría que había obtenido el dinero. Nadie tiene por qué saber quién encuentra el tesoro… o incluso si se encuentra. Victor tenía mucho miedo de que la prensa nos acosara si se descubría que era el heredero de Chester. Valora la privacidad por encima de casi todo. Nuestras vidas habrían dado un vuelco si hubiéramos aceptado el dinero.

—Entonces, ¿por qué Chester no se lo dio a Victor de forma anónima? Nadie tenía que saberlo.

—Victor estaba convencido de que tarde o temprano alguien lo

descubriría. Y Chester se lo pasó en grande creando las pistas de la búsqueda del tesoro. Tenía un carácter extravagante y le encantaba que la gente hablara de él. Aunque Victor nunca consiguiera el tesoro, Chester se dio por satisfecho dejando un legado a la altura de su fama.

—Su búsqueda del tesoro ha provocado varias muertes —dijo Mercy—. Un hombre y su hermana han sido asesinados, y más de una persona ha estado a punto de perder la vida. Eagle's Nest ha tenido que soportar la llegada de una avalancha de gente que monta su tienda de campaña en el primer sitio que encuentra. Los buscadores del tesoro no se andan con chiquitas.

—No tenía ni idea de que la situación estuviera tan descontrolada —dijo Bridget—. Cuando Victor se fue, vi un artículo que hablaba del interés que había suscitado la búsqueda del tesoro, pero no me imaginaba que se había llegado a ese extremo. El plan de Victor era conseguir el tesoro y no decírselo a nadie.

—Si Victor no quería el dinero, ¿por qué se fue a buscar el tesoro? —preguntó Mercy.

Bridget mostró un gesto de culpa.

—Lo convencí. Le dije que debíamos guardarlo para los niños. Un fondo por si nos pasaba algo a uno de nosotros. Una red de seguridad. No le gustaba la idea, pero finalmente aceptó. Sin embargo, no sé cómo, se cruzó con Alex, quien me dijo que Victor había acudido a él para que le ayudara a localizar el tesoro a cambio de una parte. Yo no me lo creo, más bien diría que se encontraron en la ciudad de casualidad.

—¿Has visto a Alex?

—Ah, sí. Ha estado aquí varias veces. No ha podido localizar el tesoro y está convencido de que yo sé dónde está. Dijo que Victor le estaba ocultando algo. Nos hizo fotos a Molly y a mí aquí abajo para amenazarlo. Supongo que le dijo que nos haría daño si no le daba la ubicación del tesoro.

—Tienes suerte de que Alex crea que sabes algo. Tal vez sea el único motivo por el que sigues con vida. —Mercy pensó en las manos laceradas y fracturadas de Victor y en los golpes en la cabeza. Alex lo había torturado para obtener más información y encontrar el tesoro—. Pero yo creía que Alex no sabía nada de ti y de los niños.

—Me parece que así era hasta que llamé a la puerta de su madre. —Bridget se estremeció—. Fue entonces cuando obligó a Victor a decirle dónde vivíamos. No quiero ni imaginar lo que le hizo Alex para sonsacarle esa información. —Acercó su mejilla a la de Molly—. Desde que me enteré de que sabe dónde está nuestra casa, he estado muy preocupada por Charlotte y Theodore.

—Creo que fue allí —dijo Mercy—. Los niños se escondieron y vieron entrar a un hombre… No les hizo daño, pero prendió fuego a

algunos de vuestros muebles. Estaba muy enfadado y quería causar daños.

—Tiene su lógica. Supongo que creía que los niños podían saber algo que le permitiera adivinar dónde estaba el tesoro. O quizá pensaba utilizarlos para aumentar el nivel de las amenazas a Victor.

—Pensé que la carta tenía las indicaciones.

—Alex afirma que está incompleta. Cree que hay una segunda carta. Y está furioso por ello. Seguro que intentó que Victor le diera la información que faltaba, pero ¿cómo iba a decirle algo que no sabía?

—¿No habéis recibido una segunda carta?

—No.

Las piezas del rompecabezas empezaban a encajar. Alex debía de haberse puesto la barba para que no lo reconociera nadie mientras buscaba el tesoro. Eso no explicaba el bastón que había llevado a su despacho, pero Mercy supuso que había sido para que ella lo viera como alguien poco amenazador y reducir su probabilidad de convertirse en sospechoso si ocurría algo. Había ido a casa de Victor y Bridget en busca de los niños y de una respuesta. Al no encontrarla, se enfadó y adoptó una actitud destructiva, por eso provocó el incendio y rompió los frascos del granero. Después, entró en casa de Evan.

Si no lo hubieran atrapado, Mercy no habría considerado como sospechoso a un hombre que caminaba con bastón.

—La policía tiene a Alex, pero se niega a hablar —afirmó Mercy, que prefirió no decirle lo cerca que había estado de llevarse a sus hijos. Bastantes problemas tenía ya esta pobre madre.

«¿Qué habría hecho con los niños?».

—Gracias a Dios que lo han detenido —dijo Bridget.

—¿Nadie sabe cómo encontrar el tesoro? —preguntó Mercy.

—Por lo que me dijo Alex, creo que no. Me ha amenazado varias veces, convencido de que conozco la respuesta, pero se equivoca. Apenas pude leer la carta que Victor recibió de Chester. Estaba más pendiente de lo que podía significar el tesoro para nuestra familia, lo bueno y lo malo. —Bridget suspiró y se apoyó en la pared. Molly se había quedado dormida en sus brazos—. Supongo que ha sido lo malo.

Cerró lentamente los párpados.

Mercy volvió a recostarse en los cojines mientras su mente asimilaba lo que Bridget le había revelado.

«Avaricia. Dinero».

Alex había destruido varias vidas en su afán por hacerse con el dinero.

Y Christine y Linda parecían ser algo más que cómplices.

Mercy tenía que alejar a Bridget y Molly de las garras de aquellas mujeres. Con Alex detenido, podían recurrir a la violencia, o a algo peor, con tal de ocultar lo que habían hecho.

—¿Qué ocurre exactamente cuando te traen la comida o te quitan el cubo? —preguntó Mercy.

—Antes venían las dos —dijo Bridget, con los ojos aún cerrados —. Yo tenía que acercarme al rincón y sentarme de espaldas a ellas. Linda se quedaba en la puerta con una picana eléctrica mientras Christine traía la comida o cambiaba el cubo. Ahora lo hace solo Christine. No me obliga a darme la vuelta mientras permanezca en el rincón. Lleva la picana en una mano y la comida en la otra. —Bridget bostezó—. Pero seguro que ahora, como también estás tú, volverán a bajar las dos.

—Necesitamos un plan —dijo Mercy.

Bridget abrió los ojos de golpe.

—Has oído que llevan una picana eléctrica, ¿verdad?

—No voy a quedarme sentada de brazos cruzados esperando a que venga a buscarme alguien —dijo Mercy—. Son dos mujeres de más de setenta años. Ni siquiera una picana puede equilibrar la situación si tú y yo trabajamos juntas.

Se tocó la parte posterior de la cabeza y se estremeció al sentir la sangre pegajosa reseca. Se miró los dedos, tratando de calmar las náuseas que volvían a agitarle las entrañas, y parpadeó para aliviar la sensación de mareo.

«Tal vez la situación no está tan igualada como creo. —Examinó la habitación y posó la mirada en la puerta—. Una salida».

CAPÍTULO 45

Truman vio a Eddie enseguida.

El agente del FBI salió de la casa móvil de Alex Kerr cuando Truman se detuvo. Había varios vehículos más, con aspecto de coches oficiales del gobierno federal, aparcados a lo largo del estrecho camino de entrada, que se bifurcaba. Un sendero llevaba a la casa y el otro a un gran garaje independiente. La puerta enrollable del garaje estaba abierta, y vio a dos técnicos examinando media docena de motocicletas. Truman aparcó detrás de un Ford Explorer y se le cayó el alma a los pies.

El Tahoe de Mercy no estaba allí.

Comprobó la aplicación. NO SE HA ENCONTRADO LA UBICACIÓN.

La visión del icono en espiral le dio ganas de tirar el teléfono.

«Mierda».

Eddie se reunió con él a medio camino.

—¿No sabes nada? —preguntó—. Al oír tu vehículo confié que fuera el de ella.

—Sigo sin localizarla.

Truman la había llamado seis veces en el trayecto. Siempre saltaba el buzón de voz.

Eddie se frotó la nuca, con la frente surcada de arrugas.

—Esto no me gusta nada.

—A mí tampoco, pero seguro que se encuentra bien.

«¿Intento convencerle a él o a mí mismo?».

—No es de extrañar que estemos nerviosos después de lo que ocurrió la última vez —añadió Truman. Mercy había desaparecido durante semanas el invierno anterior. Truman miró fijamente a Eddie, en silencio. No quería reaccionar de forma exagerada, pero tampoco quedarse corto—. Solo han pasado unas horas.

—¿Has hablado con Ollie o Kaylie?

—He estado a punto, pero no sé cómo preguntar sin alarmarles. Mira cómo reaccionamos tú y yo. Los chicos no deben pasar por esto.

Eddie asintió, sin demasiado convencimiento.

—Pero puede que le haya dicho a uno de ellos a dónde fue.

—Entonces estará bien, y recibiremos noticias suyas cuando recupere la cobertura.

Eddie tensó el maxilar varias veces al pensar en las palabras de

Truman.

—Pues toca esperar. ¿Quieres echar un vistazo? —Señaló la casa.

—Claro, si te parece bien…

Lo que fuera con tal de distraerse y dejar de pensar en Mercy.

—Ya casi han acabado dentro, aunque nunca está de más contar con la ayuda de otro par de ojos.

Los dos hombres se dirigieron a la casa y subieron el pequeño tramo de escaleras de madera.

—¿Algo interesante? —preguntó Truman.

—Le han requisado el portátil y el ordenador de sobremesa —dijo Eddie—. Y se han llevado su furgoneta para procesarla. Eché un vistazo antes de que se fueran. Tiene un vehículo sorprendentemente limpio.

—Tal vez lo limpió para la ocasión —señaló Truman—. Estás buscando cualquier cosa que lo relacione con la tortura de Victor Kerr, ¿correcto?

Truman se negó a usar eufemismos para lo que le había ocurrido a Victor Kerr. No quiso utilizar la palabra «lesiones». El hombre había sido torturado.

—Y cualquier señal que lo relacione con Bridget y Molly Kerr.

—¿Teléfono móvil?

—No se ha encontrado ninguno. Anoche tampoco llevaba.

—Tiene que estar en algún sitio.

—Hemos descubierto que Alex estaba interesado en la búsqueda del tesoro. Tiene mapas y varias páginas de notas manuscritas. Seguro que hay información en sus ordenadores.

—Eso coincide con lo que he descubierto esta mañana. He hablado con Evan Bolton sobre ello.

Puso a Eddie al corriente de su conversación con Tim Giles, que indicaba que Alex podría estar implicado en el asesinato de Billy Serrano.

—¿No fue asesinada también su hermana? —preguntó Eddie.

—Sí. Meghan Serrano. Estrangulamiento.

Eddie se detuvo.

—Estás sugiriendo que esos dos asesinatos de la búsqueda del tesoro guardan relación con la desaparición de Bethany y Molly Kerr.

—Creo que Alex Kerr está implicado en ambos casos.

Eddie frunció el ceño y Truman tuvo la sensación de que podía oír los engranajes que giraban en su cerebro.

—La orden incluye las armas que encontremos. Hemos requisado dos armas largas, pero ninguna de mano.

—Según Evan Bolton, a Alex se le cayó una pistola en su casa anoche. Bolton la está comparando con la bala encontrada en la escena del asesinato de Billy Serrano.

—¿Sabes si hay alguna pista sobre la segunda persona que estuvo anoche en el allanamiento en casa de Bolton? —preguntó Eddie.

—No que yo sepa. Pero creo que estás en el lugar adecuado para encontrar esas pistas. Precisamente me dirigía a interrogar a Tim Giles para saber dónde estaba anoche. Me preguntaba si Alex y él habían formado algún tipo de alianza para buscar el tesoro.

—¿No es un idiota? —preguntó Eddie—. Alex no parece una persona del tipo que traba amistad con alguien así.

—Tienes razón. Quizá encontremos algo en casa de Alex que apunte a lo de anoche.

Apareció un policía de la científica con dos bolsas de papel en las manos. Eddie y Truman se apartaron del paso.

—¿Habéis acabado con el dormitorio? —preguntó Eddie.

—Sí —respondió el técnico—. Podéis entrar donde queráis, salvo en el baño más pequeño. Es la única estancia que nos falta por analizar.

—Sígueme.

Eddie le hizo un gesto a Truman y avanzaron por un estrecho pasillo hasta un dormitorio que se utilizaba como despacho. Había un gran escritorio en el centro de la habitación. Una zona sin polvo indicaba el lugar donde se encontraba el ordenador de sobremesa. Había también dos estanterías altas repletas de libros, carpetas, trofeos y cajas. De las paredes colgaban varias fotos ampliadas. La mayoría eran de Alex con varias motos. Los trofeos también estaban relacionados con motos de *cross* y las motocicletas en general. Todos eran de hacía más de veinte años.

—¿Qué han encontrado los técnicos? —preguntó Truman.

—Limpiaron los desagües en busca de cualquier muestra de pelo que pudiera pertenecer a Bridget. Pedí a un equipo que extrajera pelos de su cepillo en casa. Han recortado un trozo manchado de la alfombra del dormitorio principal que dio positivo en sangre. Era una mancha pequeña, de solo cinco centímetros de diámetro. Han aspirado los muebles y la moqueta. Han extraído algunas huellas. Pero aún no hemos encontrado nada que indique directamente que alguno de los Kerr desaparecidos estuvo aquí.

—Los ordenadores podrían proporcionarnos las mejores pistas —dijo Truman.

—Pienso exactamente lo mismo.

—¿Esto está relacionado con lo del tesoro? —Truman señaló las libretas y los mapas que había sobre el escritorio.

—Sí. He seguido un poco la búsqueda y conozco el poema, pero a juzgar por lo que veo aquí, Alex solo se centra en los últimos versos. No veo ninguna referencia a los primeros.

—¿Se ha saltado los pasos previos? —preguntó Truman—. Quizá

utilizó la investigación de otra persona para llegar hasta aquí. Sé que lo que encontró Meghan Serrano ha desaparecido. Tenía las copias del trabajo de su hermano que le dio Evan Bolton. Cree que las imprimió justo antes de que la mataran.

Eddie asintió.

—Eso explicaría por qué se había centrado en solo unas pocas pistas. Pero todo lo que hay aquí está escrito de su puño y letra, y no he visto fotocopias de otras investigaciones.

—Quizá las escaneó y las guardó en uno de sus ordenadores. Eso permitiría relacionarlo con el asesinato de Meghan.

—Les diré a los informáticos forenses que lo comprueben. Hasta ahora nos habíamos centrado en encontrar algo que lo relacionara con Victor o Bridget.

—No cabe duda de que Alex podría ser el centro de múltiples investigaciones —dijo Truman—. ¿Has hablado ya con su madre o su tía? Sé que viven cerca.

—Están en la casa grande y blanca que hay en el lado este de la propiedad. Iré a visitarlas. Me sorprende que no se hayan acercado a ver qué pasaba aquí.

—¿Desde aquí se ve su casa? —preguntó Truman.

—No, pero deberían haberse fijado en la polvareda que hemos levantado en los caminos de grava.

—Mercy me contó la curiosa historia de los Kerr —dijo Truman —. Los hombres de la familia parecen tener una esperanza de vida mucho más baja que las mujeres.

Eddie resopló.

—Sí, también hemos hablado de ello en nuestras reuniones. La familia ha sufrido más de una tragedia. Darby investigó la mayoría de las muertes. Todas fueron accidentales, por lo que sabemos.

—A Mercy le cayeron bien las dos hermanas con las que habló. Dijo que eran personajes pintorescos, pero tenía sus dudas sobre la correcta gestión de la herencia de la matriarca. ¿Irás a verlas ahora?

—Ese es el plan —respondió Eddie—. Tengo que contarles lo que ha pasado hoy aquí y hacerles algunas preguntas.

—Te acompaño.

CAPÍTULO 46

Pom, pom, pom.

Mercy oyó unos pasos que bajaban las escaleras y se puso en posición antes de los fuertes golpes en la puerta.

—¡Bridget! —La voz de Christine atravesó la puerta—. Ya sabes lo que tienes que hacer. Llévate a la agente al rincón contigo.

«Me ha llamado "agente" en lugar de Mercy. No es una buena señal».

Christine la había despersonalizado. Un comportamiento asociado a la violencia. Un intento de distanciarse emocionalmente de la víctima.

—No puedo moverla —replicó Bridget, que se había desplazado a su rincón y había colocado a Molly detrás de ella, distrayendo a la niña con un juguete.

—¡Haz que se mueva ella misma!

—Todavía está inconsciente. Aún no se le han pasado los efectos de la droga que le habéis dado —mintió Bridget.

Habían decidido hacerles creer que Bridget pensaba que la habían drogado. Si entraban convencidas de que Mercy seguía inconsciente, bajarían las defensas y sentirían curiosidad por su estado físico.

Silencio al otro lado de la puerta.

«Bien. Se sorprende de que siga inconsciente».

—No sé qué le habéis dado, pero ha vomitado un poco —volvió a mentir Bridget—. Quizá así se le pase más rápido.

A partir de ese momento, podían suceder dos cosas: o Christine abría la puerta como siempre, o iba a buscar a Linda. Mercy tenía un plan si entraban las dos mujeres, pero en tal caso se reducían las probabilidades de éxito.

—¿Ha vomitado? —preguntó Christine.

—Sí. Se ha atragantado un poco y la he limpiado, pero ya respira bien. ¿Cuánto tiempo durarán los efectos de la droga?

Más silencio.

«No vuelvas a subir».

Mercy contaba con la curiosidad de Christine.

Oyó un ruido metálico al otro lado de la puerta.

«¡Sí!».

Mercy se puso en tensión, visualizando su siguiente movimiento. Estaba tumbada de lado, de espaldas a la puerta, sujetando firmemente contra su estómago dos vasos de plástico que quedarían fuera del campo visual de Christine si entraba. Había también un libro infantil abierto por una página que tenía un espejo de mala calidad. *¡Saluda al bebé!*, se titulaba, y ofrecía a Mercy una visión borrosa de lo que ocurría a sus espaldas.

Reprimió una arcada, respirando por la boca para evitar los olores pútridos. La mirada de Bridget se cruzó con la suya y asintió con un leve gesto. Su plan estaba en marcha.

Una imagen distorsionada de Christine apareció en el espejo y se acercó con cautela a Mercy.

—Quédate ahí —le ordenó a Bridget.

—Por supuesto —dijo la joven madre.

—Qué mal huele, por Dios —murmuró Christine, dando otro paso hacia Mercy—. Traeré otro cubo.

Mercy se volvió bruscamente y le arrojó el contenido de los vasos a Christine.

La mujer chilló al sentir el impacto de la orina y las heces en la cara. Mercy se levantó del suelo y la derribó entre gritos. Le tapó la boca a Christine con una mano y le gritó a Bridget:

—¡Vamos, vamos, vamos!

Bridget ya estaba en movimiento, con Molly bajo un brazo. Saltó por encima de Mercy y Christine y arrancó la larga picana de las manos de la anciana.

Mercy estaba empapada de orina y le resbaló la mano cubierta de heces con la que tapaba la boca de Christine. Los gritos de la mujer resonaron entre las paredes de la pequeña habitación. Mercy volvió a tapársela, intentando reprimir las náuseas y negándose a pensar en la sustancia marrón que le cubría los dedos. En cuanto Bridget salió por la puerta, Mercy rodó, se puso en pie y se lanzó hacia las escaleras. Cerró la pesada puerta tras ella y echó los cerrojos.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó Bridget con un ronco susurro mientras Mercy agarraba la picana.

—Quédate aquí hasta que te diga que está despejado —le ordenó la agente.

Christine empezó a aporrear la puerta y a llamar a Linda a gritos, pero apenas la oían. Mercy miró hacia la puerta y vio que la habían tapado con varias capas de madera y relleno de cojines. Por mucho que Bridget hubiera gritado mientras ella tomaba el té con las hermanas, jamás la habría oído.

Mercy se limpió las manos en los pantalones y subió lentamente las escaleras hacia la puerta.

«Qué asco».

Agarró la picana con fuerza. Para utilizarla, tendría que estar a pocos metros de la otra persona. No era la mejor arma, pero tampoco podía pedir más.

«Tengo que encontrar mi pistola. Y el teléfono. No. Christine lo destruyó. Maldita sea».

Repasó mentalmente la distribución de la casa. Estaba bastante segura de que la puerta de la parte superior de la escalera estaba justo al final de la cocina. Para salir, podía atravesar la cocina y llegar a la puerta trasera que daba a la terraza. Si giraba hacia el otro lado, creía que llegaría a otra sala de estar y luego al vestíbulo y la puerta principal.

Pero no estaba segura.

Cuando la invitaron a entrar en la casa, lo hicieron por el lado derecho, pasando por el salón. Vio una puerta doble en el lado izquierdo del vestíbulo, y a través del cristal vislumbró un sofá muy formal y un escritorio anticuado.

Mercy agarró el pomo de la puerta en lo alto de la escalera. Por desgracia, se abría hacia fuera, lo que significaba que no podría ver la cocina. Al mirar hacia atrás, vio a Bridget abajo, con Molly apoyada en la cadera. Las dos la observaban con los ojos muy abiertos. Mercy se llevó un dedo a los labios y Bridget dijo en voz baja:

—Buena suerte.

Giró el pomo en silencio, aguzando el oído, muy atenta a cualquier sonido al otro lado de la puerta. La abrió un poco, y la rendija de medio centímetro que quedó en el quicio le permitió echar un estrecho vistazo a la cocina, donde entraba la luz del sol.

Todo tranquilo.

Mercy abrió más la puerta, conteniendo la respiración, dando gracias por que las bisagras no chirriaran. Con la picana en una mano, atravesó el umbral y cerró la puerta tras ella. Dio unos pasos hacia la cocina con gran cautela.

«¿Dónde pondrían mi arma? No tengo tiempo para buscar. Es mejor que coja a Bridget y salga de la casa».

El plan consistía en que, cuando una o las dos salieran del edificio, subirían corriendo el largo camino hasta la carretera para pedir ayuda.

La casa estaba en silencio, así que volvió a la puerta para hacerle una señal a Bridget y que saliera.

—Agente Mercy.

Linda apareció junto a la puerta del porche, apuntándola con una escopeta.

Mercy entornó los ojos. Solo veía el cañón.

«La he fastidiado. Aléjala de Bridget y Molly».

Mercy se lanzó en dirección contraria, intentando mantener el

equilibrio. Por desgracia, en lugar de zapatos llevaba unos calcetines resbaladizos. Al final cayó al suelo, se apoyó en las manos y se aplastó un dedo con el mango de la picana.

¡BOOM!

La pared de yeso explotó en el lugar donde ella había estado una fracción de segundo antes, creando una lluvia de fragmentos, polvo y perdigones.

Su hombro se encendió de dolor, pero se lanzó hacia delante con el objetivo de doblar la esquina a tres metros de distancia, entrar en la sala de estar y salir por la puerta principal. Se lanzó por la esquina, sin importarle que se le hubiera caído la picana. Era inútil contra una escopeta.

Mercy se quedó helada.

No estaba en una sala de estar. Había entrado en una gran despensa. No había acceso a ninguna otra habitación del primer piso.

Mierda.

A su derecha, una escalera estrecha, de aspecto antiguo y empinada, conducía hacia arriba.

La escalera del servicio.

¡BUUUM!

Algo estalló detrás de ella, y se precipitó hacia las escaleras, con el corazón desbocado. Tropezó con las tablas desiguales y subió a toda velocidad los escalones con las manos y los pies, convencida de que el siguiente disparo la alcanzaría por detrás.

Los gritos llenaron las escaleras.

—¡Mercy! ¡Vuelve! —gritó Bridget para hacerse oír.

Los chillidos no cesaron cuando Mercy llegó arriba. Sentía una quemazón en el hombro.

—¡Mercy!

Bridget volvió a gritar su nombre, pero alguien más gritaba también. Linda.

La picana.

Mercy volvió a bajar las escaleras y encontró a Linda retorciéndose en el suelo mientras Bridget le clavaba la picana en la espalda.

«Bridget la ha sorprendido por detrás mientras me perseguía», pensó la agente.

Mercy oyó las descargas eléctricas que Bridget le infligía. La mirada furiosa de la joven se cruzó con la de Mercy.

—¡Coge el arma! —gritó para hacerse oír pese a los gritos de Linda.

La escopeta estaba en el suelo a pocos centímetros de la mano de la mujer. Mercy la agarró, cargó otro cartucho y apuntó a Linda.

—¡No te muevas! —le gritó.

Bridget dio un paso atrás con la picana aún en la mano, casi sin resuello, y la anciana se quedó inerte en el suelo, llorando. Mercy no sabía si las lágrimas se debían a las constantes descargas o al darse cuenta de que estaba acabada y su vida se iba al infierno.

—¿Dónde está Molly? —preguntó a Bridget.

—Abajo. Voy a por ella.

Mercy oyó sus pasos bajando al sótano.

—¡Policía! —gritó alguien en la sala de estar.

Mercy conocía esa voz.

—¡Truman! —gritó.

—Todo en orden. La casa está despejada y estamos junto a la cocina.

Bridget subió del sótano con Molly en brazos, y entonces la figura imponente de Truman entró en la estancia. Bajó el arma al ver a Linda en el suelo y a Mercy apuntándola con la escopeta.

—¿Mercy? —Eddie apareció detrás de Truman—. Oh, gracias a Dios. —Pasó por delante de Truman y se arrodilló para esposar a Linda—. Hemos oído los disparos.

Mercy bajó la escopeta y se apartó.

—Christine Kerr está en el sótano.

Le dolía el hombro, pero solo tenía ojos para Truman y se aferró a su mirada como si fuera un salvavidas. Al menos eso era lo que significaba para ella.

«Se acabó».

Al cabo de un segundo se fundieron en un abrazo. El pecho de Truman era firme como una roca. Una roca segura e indestructible.

—¿Estás bien? —le preguntó, besándole el pelo.

—Ahora sí.

El agotamiento llegó de golpe y le fallaron las rodillas.

—¡Estás sangrando! —Le dio la vuelta para mirarle la espalda—. ¡Te han herido!

—Me ha alcanzado algún perdigón. No es grave.

En realidad no tenía ni idea de si era grave o no, pero quería que la abrazara de nuevo. Intentó volverse hacia él, pero Truman la obligó a quedarse quieta, examinándole la espalda.

—¿Qué es ese olor? —preguntó con un deje de confusión.

—Es mejor que no lo sepas.

Sintió la necesidad imperiosa de lavarse las manos y se acercó al fregadero de la cocina.

Truman miró a Bridget.

—Eres Bridget. Y Molly.

Ella asintió mientras la pequeña apoyaba la cabeza en el hombro de su madre.

—Tu marido y tus hijos se alegrarán de verte —dijo Truman.

—No tanto como yo a ellos.

CAPÍTULO 47

Cuando Evan bajó de su furgoneta en el aparcamiento del hospital con Theodore y Charlotte, vio que el todoterreno de Truman se detenía en la entrada de Urgencias. Hacía media hora que había hablado con él por teléfono. Bridget y Molly estaban bien y las estaban llevando al hospital para que se reunieran con Victor y sus otros dos hijos.

«Estoy a punto de ver a mi hermana».

Las emociones se agolpaban en su interior. Emoción. Precaución. Preocupación.

«¿Y si no quiere verme?».

Catorce años era mucho tiempo sin contacto. Le preocupaba que ella quisiera continuar con ese silencio. La idea de no volver a ver a Charlotte y Theodore le quemaba como un ácido en el estómago.

Mientras los niños y él cruzaban el aparcamiento, Mercy bajó con rigidez del todoterreno.

«Esto no es buena señal».

La puerta trasera del acompañante se abrió y aparecieron una mujer y una niña pequeña.

«Bethany. No, ahora tengo que llamarla Bridget».

—¡Mamá! ¡Mamá!

Theodore echó a correr. Llegó primero a su madre y la abrazó, con el rostro surcado de lágrimas. Charlotte le siguió de inmediato y estuvo a punto de derribarlos a todos con su enérgico abrazo.

Evan se acercó tras ellos, con la mirada fija en el rostro de Bridget. Tenía el mismo aspecto, pero era una persona distinta. Había envejecido durante su ausencia.

«Yo también».

Era extraño verla como madre. Pero también tenía su lógica.

«Los niños la adoran».

—¡Lot! —Molly se retorcía en los brazos de su madre—. ¡Lot!

—¿Qué dice Molly? —le preguntó Evan a Mercy al detenerse junto a ella, que observaba el reencuentro, con los ojos anegados en lágrimas.

—Creo que es el mote de Charlotte.

Molly se puso a gritar de alegría mientras Charlotte la tomaba en brazos y se ponía a dar vueltas con ella.

—Oh, gracias a Dios —dijo Mercy en voz baja—. Molly dejó de hablar mientras estaban encerradas en el sótano. Estaba como medio aturdida.

Bridget levantó la vista del abrazo con Theodore y se encontró con la mirada de Evan.

—Evan —susurró, con la voz entrecortada.

Él se acercó y la estrechó entre sus brazos. Bridget era menuda, apenas le llegaba al hombro. Pero ya no era una adolescente. Había forjado su propia vida y tenía unos hijos increíbles.

«Está viva».

—No puedo creerlo —repetía una y otra vez.

—Lo siento mucho —dijo Bridget—. Siento no haberme puesto en contacto contigo durante todos estos años. Te he echado mucho de menos. —Se apartó y lo miró con aprensión—. ¿Y mamá y papá?

—Disfrutando de la vida en Arizona. Se alegrarán muchísimo de saber que estás bien.

El alivio le iluminó el rostro y se fundió en un abrazó.

—Lo siento mucho —repitió.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Estoy bien.

Bridget miró a Molly, que ahora estaba en brazos de Theodore. Su hermano se desvivía por ella, le sonreía y hacía carantoñas y cosquillas en el cuello.

Bridget cerró los ojos.

—Nunca pensé que volvería a oír su risa.

—Siento que hayas pasado por todo esto —le dijo Evan.

—Podría haber sido mucho peor. —Le dedicó una sonrisa a Mercy, que estaba de pie a unos metros, apoyada en Truman—. Se le metió entre ceja y ceja sacarnos de allí.

—¿Va todo bien? —le preguntó Evan a Mercy, que llevaba un cortavientos con la cremallera subida hasta el cuello, a pesar del calor que hacía. Tenía todo el cuerpo dolorido.

—Me recuperaré, pero puede que necesite algunos puntos.

Se encogió de hombros e hizo una mueca de dolor.

Evan enarcó una ceja mirando a Truman, que asintió.

—Ha prometido que dejará que le echen un vistazo en Urgencias.

—Vamos a ver a Victor —le dijo Evan a Bridget—. Los médicos me han dicho que está medio despierto. —Miró alrededor y olisqueó, frunciendo la nariz—. ¿Qué es ese olor?

✶✶✶

Al cabo de dos horas, Mercy ya no tenía ningún pedigón en el cuerpo y se dirigía con Truman a la habitación del hospital de Victor

Kerr. Tenía varias zonas del hombro y la espalda entumecidas. Eran los puntos donde le había inyectado lidocaína antes de extraerle los perdigones. Tenía trece bolitas de metal bajo la piel. «¡Uno más!», había exclamado el médico con cada proyectil que extraía.

Mercy prefirió no mirar.

Se había limpiado como buenamente había podido. Por suerte, llevaba una muda para imprevistos en su Tahoe, que Linda había escondido detrás de un granero. Se había lavado el pelo con un jabón del hospital, que se lo dejó como un estropajo. En cuanto viera a Bridget reunida con toda su familia, su prioridad sería darse una ducha.

Truman abrió la puerta de la habitación y Mercy se emocionó al ver que Victor tenía los ojos abiertos. Molly estaba sentada sobre su estómago y los otros dos niños permanecían a un lado, lo más cerca posible de él. Bridget se encontraba al otro lado, sin apartar la mirada del rostro de su marido.

Charlotte le enseñaba fotos de Oreo en su móvil.

—Hola —dijo Evan cuando Truman y ella se unieron al grupo.

El detective le dedicó una sonrisa a Mercy y ella lo miró fijamente. Sus ojos rebosaban de vida. Siempre le había parecido demasiado serio, como si el peso del mundo descansara sobre sus hombros.

«Sentía una gran carga. Su hermana había desaparecido».

—¿Cómo va? —preguntó Mercy.

—Bien. Victor puede hablar de aquella manera sin abrir la boca. Yo no le entiendo, pero Betha… Bridget no tiene ningún problema. —La sonrisa desapareció—. Victor ha confirmado que fue Alex quien lo torturó.

—Qué horrible —dijo Mercy—. Y todo por dinero.

—Me he enterado por Eddie. Han detenido a Christine y Linda Kerr. Las dos están cantando como un canario, acusándose mutuamente y a Alex.

Mercy resopló.

—¿Qué habrá pasado con lo de «proteger a la familia a toda costa»? Supongo que cuando uno se enfrenta a una condena de cárcel, se ven las cosas de otro modo.

—Los Kerr no sabían que el padre de Jack era Chester Rollins. Fue algo que Alex le sacó a Victor cuando descubrió lo de la carta que supuestamente incluía la ubicación del tesoro.

—No me sorprende. Según Bridget, Victor se enteró hace unos años.

—Dos cosas más —dijo Evan—. Las mujeres dicen que Alex disparó a Billy Serrano y también asesinó a su hermana, Meghan. Afirman que ella participó en el asesinato de su hermano y que Alex la

mató. Supongo que al principio se la cameló y la convenció de que su hermano no debía llevarse la mitad del tesoro, y luego se deshizo de ella al comprobar que sus notas no le permitían encontrarlo.

—Qué hombre tan horrible —murmuró Mercy—. ¿Qué es lo segundo?

—Christine era la otra persona que entró en mi casa anoche —dijo Evan—. La que se escapó.

—¿Quería hacer daño a los niños? —preguntó Truman.

—Ella afirma que el plan no era ese.

—Como si no hubieran hecho daño a Bridget y Molly —soltó Mercy—. No todo el daño es físico.

Miró a la pequeña familia mientras Molly tocaba una de las vendas de las manos de su padre. Todos tenían un largo camino por delante para recuperarse de las secuelas físicas y emocionales.

—He estado observando a Victor y a Bridget —le dijo Truman en voz baja al oído—. No pueden dejar de mirarse el uno al otro.

Mercy también lo había notado.

—Hoy me he puesto muy nervioso cuando no podía localizarte —confesó con un deje de tristeza—. No quería perderte de nuevo.

Mercy le besó en la mejilla y mantuvo la caricia durante unos segundos.

—Yo estaba preocupada por ti, porque sabía que lo estarías pasando mal.

Se fijó en cómo su marido observaba a Bridget, que no se apartaba de Victor.

—Lo dejó todo para estar con él —afirmó Mercy—. Me confesó que su amor era incondicional, que se amarían hasta el fin del mundo.

—Me lo creo.

Su aliento le hizo cosquillas en la mejilla y se apoyó en él, disfrutando de la sensación que le producía sentir el peso de su brazo alrededor de los hombros.

—¿Nosotros tenemos algo parecido? —preguntó Truman.

Mercy lo miró y disfrutó del velo de preocupación que le empañaba sus ojos castaños.

—No tengo ninguna duda de que nuestra relación es igual. Ni la más mínima duda. Te seguiría a cualquier parte, y sé que tú harías lo mismo por mí. —Le acarició la cara—. Cuando nos conocimos, supe que el destino nos había unido. Intenté ignorarlo, pero lo sabía.

Una gran sonrisa le iluminó el rostro.

—Yo también.

Kaylie y Ollie aparecieron en la puerta y observaron la habitación abarrotada con aire vacilante. Evan les hizo un gesto para que entraran.

—Podéis pasar —les dijo—. El padre necesita conoceros. Sin

vosotros, no habríamos sobrevivido esta última semana.

Entraron y Mercy frunció el ceño. Ambos parecían muy nerviosos.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Kaylie.

—Esto es lo que pasa. —La joven levantó la mochila de lentejuelas que le había dado a Charlotte—. La abrí para ver si tenía ahí dentro las gafas de sol que no encontraba por ningún lado. Mira qué había.

Le entregó una postal dirigida a Victor.

Ollie apenas podía estarse quieto.

—¡Mira lo que dice!

Mercy le dio la vuelta. Era una acuarela de una abeja y de fondo una montaña boscosa. Le dio la vuelta para ver el reverso. No había remitente.

—No lo entiendo.

—¡Es una abeja! —exclamó Evan—. ¡Joder! ¿Esto estaba en la mochila de Charlotte?

—¿Es importante? —preguntó Mercy.

Evan tenía los ojos muy abiertos y Ollie y Kaylie sonreían como tontos.

—¿«Dónde será. Quien la veja, ganará»? «La veja» es la abeja —dijo Ollie, señalando la postal.

Mercy negó con la cabeza. No lo comprendía.

—Charlotte —dijo Evan—, ¿puedes venir un momento?

La niña se separó de su padre a regañadientes y se unió al grupo, mirándolos con curiosidad. Entonces vio la mochila.

—¿He hecho algo?

—En absoluto —dijo Evan—. ¿De dónde has sacado esta postal?

Se la mostró.

La pequeña sonrió.

—Llegó por correo después de que mamá se fuera. Me pareció bonita y por eso me la quedé. —Lo miró—. Podía, ¿no? No tenía nada escrito, así que supuse que no era importante. El resto del correo está en un cajón de la cocina.

—Gracias, cariño. Puedes volver con tu padre —le dijo Evan. Una vez que se hubo marchado, miró a Mercy—. Theodore me dijo que tenían un apartado postal en la ciudad. Recogía el correo una vez a la semana. Esto debió de enviarse por separado, no con la primera carta de Chester Rollins.

Mercy por fin ató cabos.

—¿Es parte de la respuesta a las pistas? Bridget dijo que Alex estaba convencido de que la primera carta de Rollins sobre la ubicación del tesoro estaba incompleta.

Truman tocó la montaña que aparecía de fondo en la postal.

—¿Ves ese pequeño ángel dibujado en la colina? ¿Cuánto quieres apostar a que es el Descanso del Ángel? Ina me dijo que era un lugar importante para Chester.

—Ollie también lo vio —dijo Kaylie—. Yo creía que las alas del poema se referían a las de un pájaro, pero al ver esto, pensé en las de un ángel, y aquí cerca hay tres lugares con la palabra «ángel». —Sonrió mirando a Truman—. Acabas de reducirlo a uno.

Mercy se quedó sin aliento.

—¿Quieres decir que la búsqueda ha terminado?

Miró a la familia Kerr reunida alrededor de la cama del hospital. Ninguna otra merecía más el tesoro.

—Casi —dijo Evan.

CAPÍTULO 48

Tres días después

—Estamos entre los pinos, sin duda —murmuró Evan, citando el título de la búsqueda del tesoro cuando él y los niños llegaron al final de la ruta de cinco kilómetros.

Charlotte había insistido en que Oreo la acompañara. El perrito trotó alegremente durante los primeros cien metros, pero luego se sentó y se negó a seguir andando. Charlotte se ofreció a llevarlo en brazos, pero al cabo de cien metros más el perro acabó en brazos de Evan, que lo llevó el resto de la caminata hasta el Descanso del Ángel.

Ollie, Kaylie, Theodore y Charlotte fueron los cómplices de Evan en lo que debía suponer el final de la búsqueda del tesoro.

Dos muertes y múltiples allanamientos y casos de destrucción de propiedad privada bastaron para que el abogado de Chester Rollins emitiera un comunicado de prensa. En él afirmaba que se había encontrado el tesoro y que el afortunado deseaba permanecer en el anonimato. La gente protestó, exigiendo saber dónde y quién lo había encontrado, pero el letrado ignoró sus peticiones. Estaba de acuerdo con las fuerzas del orden en que era hora de poner fin a la búsqueda.

Habían relacionado a Alex Kerr con el asesinato de Billy Serrano gracias a la bala recuperada y con el de Meghan por una huella dactilar extraída del colgante de su collar. Seguía negándose a hablar, pero Linda Kerr no tuvo tantos reparos y lo implicó a él y a su madre, tras alcanzar un acuerdo con el fiscal del distrito.

Evan observó a Charlotte con el rabillo del ojo. Su parecido con Bridget ya no le creaba añoranza ni tristeza. Ahora disfrutaba de sus sonrisas traviesas y de su carácter obstinado. Volver a tener a Bridget en su vida había eliminado una oscura nube que se había cernido sobre él durante catorce años. Habían vuelto a conectar casi de inmediato, como si su hermana nunca hubiera estado fuera de su vida. Y cada vez apreciaba más a su cuñado. Victor no era un cónyuge controlador, sino que estaba demostrando ser un buen hombre que había hecho lo que creía correcto para proteger a su familia. El amor entre Victor y Bridget no se parecía a nada que Evan hubiera visto jamás.

Sentía envidia.

—¿Sabes qué quiero hacer con el dinero, tío Evan? —preguntó Charlotte, con una mirada de ensueño.

—Supongo que irte de compras. Vestidos. Zapatos. Joyas.

—No. Inténtalo otra vez.

—Hmmm… un viaje a Hawái y a Australia.

—No. Inténtalo otra vez.

—¿Qué tal si me lo dices?

Le quitó a Oreo de los brazos y le dio al perro un beso en la nariz.

—Quiero tener un rancho para los animales que no tienen hogar. Perros, gatos y conejos. Quizá incluso caballos. Contrataré a veterinarios y a muchos niños para que les den cariño.

Evan se emocionó.

—Es una idea maravillosa. —El condado había autorizado oficialmente la adopción de Oreo, que no se apartaba de Charlotte ni a sol ni a sombra. Lo único que había tenido que hacer era presentar una solicitud formal—. No sé qué pensarían tus padres de eso. Si encontramos el tesoro, creo que quieren guardarlo para que puedas ir a la universidad.

—No creo que nos cueste dos millones de dólares ir a la universidad —dijo Charlotte de forma contundente.

—Espero que no.

—Hay suficiente dinero para los perros.

—Eso dependerá de tus padres. Y recuerda que no debes hablar con nadie de esto. Es un secreto.

—Lo sé. Mi madre me lo dijo hace tres días. —Levantó el mentón —. No soy tonta. —Charlotte lo miró fijamente—. ¿Por qué no te has casado?

El cambio de tema lo pilló con el pie cambiado.

—Todavía no he conocido a la mujer adecuada. Es una gran decisión pasar el resto de tu vida con alguien.

La niña lo miró pensativa.

—Quizá podría utilizar el dinero para crear un servicio de citas. Te encontraría a una buena mujer. Alguien que quiera tener hijos, porque serías un buen padre. Aunque ya eres un poco mayor.

«Eso duele», pensó el detective.

—Sería muy amable por tu parte, Charlotte.

La pequeña se adelantó para alcanzar a Kaylie, que se había detenido en un banco con unas impresionantes vistas.

Evan bebió un trago de agua, se secó la frente y luego se unió a los demás. Tenían unas vistas privilegiadas de la zona este. Llanuras, granjas y pequeñas colinas. El paisaje se extendía hasta el horizonte.

—No está nada mal —le dijo a Ollie.

El chico no se fijó en la impresionante vista, sino que se puso a dar vueltas por el banco, examinándolo detenidamente. Theodore

observaba todos sus movimientos. Evan sabía que idolatraba a Ollie, de hecho le había oído utilizar algunas de sus palabras típicas y le había visto imitar sus gestos.

«No ha elegido un mal modelo de conducta».

—Este es el final de la ruta —afirmó Ollie—. Tiene que estar aquí, en alguna parte.

Los cinco miraron a su alrededor. Evan no tenía ni idea de lo que buscaban exactamente. Supuso que lo sabrían cuando lo encontraran.

—Truman dijo que Ina habló de una gran roca plana que había cerca de aquí —afirmó Ollie.

—Separémonos y busquemos.

—No, permaneced juntos —replicó Evan.

Lo último que necesitaba era que alguno de los niños se perdiera en el pinar.

—«Donde el claro aplana sus alas». —Kaylie citó la penúltima línea—. Si utilizamos la teoría de los homónimos, podríamos estar buscando un claro en el bosque. Y según Ina, posiblemente una roca plana.

Ollie se quedó pensativo y se dirigió hacia los pinos. Los demás le siguieron, zigzagueando entre los altos árboles. El suelo estaba bastante limpio, solo había agujas de pino, artemisa y roca. Podían ver fácilmente varios metros por delante. Llevaban diez minutos caminando de un lado a otro cuando Theodore divisó un grupo de grandes rocas donde los árboles se desvanecían. Las rocas se encontraban sin duda en un claro del bosque, como sugería la pista. La mayoría eran irregulares o tenían forma redondeada, pero una era bastante grande y plana. Había menos árboles alrededor de las rocas, lo que permitía que el sol calentara su superficie.

Kaylie se sentó inmediatamente en la plana.

—¿Y ahora qué?

—Mira a tu alrededor —dijo Ollie.

—Ni siquiera sabemos si estamos en el lugar correcto —replicó Kaylie—. La postal no decía nada sobre las rocas en el Descanso del Ángel.

—No he visto nada en el banco, que es lugar más icónico —le dijo Ollie—. Tiene sentido mirar aquí. Es un claro en el bosque.

Se encogió de hombros y se puso en pie sobre la amplia roca, con los brazos en jarras mientras observaba el pequeño claro. Evan trazó un lento círculo alrededor del afloramiento de rocas. Ollie y Theodore lo imitaron.

—¿Ninguna de las pistas podría interpretarse como la descripción de una formación rocosa como esta? —preguntó Evan.

—No lo creo —respondió Ollie, con un deje de incertidumbre.

«¿Es una pérdida de tiempo? Quizá estamos dando demasiada

importancia a la memoria de Ina».

Evan quería encontrar el dinero para la familia Kerr. Victor tendría que hacer frente a unas facturas médicas desorbitadas, y cabía la posibilidad de que hubiera sufrido alguna secuela cerebral menor. El dinero sería una red de seguridad.

—¡Eh! ¡Mirad esto!

Kaylie se encaramó a otra roca. Los otros cuatro se subieron a la plana e intentaron ver lo que ella estaba mirando.

A Evan le recordó un jeroglífico. En el lateral de la roca más alta del grupo, alguien había pintado una abeja imposible de ver desde el suelo.

—Será posible… —dijo Evan, sorprendido—. «¿Quién la veja, ganará?» —citó—. Es una abeja.

Habían encontrado la última pista.

—¿A dónde va? —preguntó Ollie. Solo había espacio para Kaylie en la segunda roca.

—Espera. Creo que veo algo. —Se tumbó boca abajo e introdujo la mano entre la roca alta y la suya—. Sí es algo de plástico.

Retrocedió, con una bolsa de plástico resistente en la mano. Era más pequeña de lo que Evan esperaba. Solo tenía unos treinta centímetros de lado.

—Ahí no caben dos millones de dólares —dijo Ollie—. ¿Hay algo más?

—No. Esto es todo.

—Quizá tenga un cheque dentro —sugirió Charlotte.

—Entonces, quien lo cobrara no podría mantenerse en el anonimato —replicó Theodore—. Mamá y papá no lo aceptarán si es un cheque.

A Charlotte se le cayó el alma a los pies.

—Ollie, ¿puedes cortar esto? Es demasiado grueso para romperlo.

Kaylie bajó a la roca grande y plana donde estaban los demás. Ollie sacó una navaja y cortó la gruesa bolsa.

—¡Qué bonita es! —exclamó Charlotte al ver una caja de plástico. Estaba decorada con piedras de plástico y remolinos dorados. Era algo que una adolescente podía utilizar para guardar sus objetos más preciados. Parecía un juguete de diez dólares de Target.

«¿Ya está?».

Kaylie abrió los cierres y miró dentro mientras todos se acercaban para ver.

—Ohhh —exclamó Charlotte—. ¿Son de verdad?

Kaylie cogió varios anillos, cada uno con un gran diamante, y se los entregó a Ollie, que los miró.

—¿Cómo podemos saber si son auténticos? —preguntó.

—Sospecho que lo son —dijo Evan.

A continuación, sacaron una pequeña bolsa de terciopelo. Kaylie la abrió y vertió el contenido en la caja de juguetes. Más diamantes. Y zafiros, rubíes y esmeraldas. Pero sobre todo diamantes.

Evan no dudaba de que se trataba de una colección de piedras preciosas de dos millones de dólares.

—Supongo que los diamantes son más manejables y fáciles de esconder que el dinero en efectivo —dijo Ollie.

—¿Y si te los roban? —preguntó Theodore.

—Chester Rollins era un coleccionista de joyas —dijo Ollie—. No son robadas.

Los cinco se quedaron en silencio, mirando fijamente la caja.

—¿Y ahora qué? —preguntó Charlotte, mirando a Evan. Sus ojos brillaban con la misma intensidad de las gemas.

El detective sonrió.

—Ahora tienes que convencer a tus padres para que te dejen cuidar de los animales sin hogar.

—¡Sí! —Charlotte agitó un puño al aire y luego abrazó a su hermano, dejándolo sin respiración—. ¡Más perros!

Una reconfortante sensación embargó a Evan. Su hermana había vuelto y él adoraba a la familia que había traído con ella.

«Un final feliz», pensó.

AGRADECIMIENTOS

Me ha llevado casi un año y medio escribir este libro. Para los anteriores tardé una media de unos cinco meses. Para no entrar en muchos detalles, 2020 fue un año pésimo; 2021 fue mejor, pero aun así me costó encontrar la paz y la concentración necesarias para escribir.

Me faltan palabras para agradecer la paciencia de mi editorial, que ha ajustado mis plazos de entrega para adaptarse a mis necesidades. Montlake es mi casa desde hace una década, y sus editoras son francamente las mejores. Me cubren las espaldas y siempre preguntan qué pueden hacer para ayudar. Mi agente, Meg Ruley, es mi mayor animadora y siempre me ofrece su hombro para llorar.

Ha sido un placer volver al mundo de Mercy. Después de escribir *A Merciful Promise*, recibí un gran número de mensajes que me rogaban que no pusiera fin a la serie. Los lectores querían saber más de los personajes. Admito que necesitaba un pequeño respiro después de escribir seis libros de Mercy seguidos, y escribir los dos primeros libros de la serie Columbia River me proporcionó ese descanso. Cuando Mercy apareció en *Silencio fatal* como personaje secundario, supe que estaba preparada para volver a sumergirme en su vida. Había echado de menos a Truman, Kaylie y Ollie, e incluso a sus mascotas.

Gracias a mis lectores por su paciencia al esperar a que publicara este libro.

Habrá más.